

අලුතා මුද්‍රණය  
සහ හැඳිම කළහොත්

# Los afroargentinos de Buenos Aires

George Reid Andrews



EDICIONES



DE LA FLOR







*Glenn Feld Andrews*  
**Los  
afroargentinos  
de Buenos Aires**

**Los  
afroargentinos  
de Buenos Aires**



EDICIONES DE LA FLOR



*George Reid Andrews*

A Hoy, la luz de mi vida

# Los afroargentinos de Buenos Aires



**EDICIONES DE LA FLOR**

Título del original:

*The Afro-Argentines of Buenos Aires. 1800-1900*

Traducción: Antonio Bonanno

Tapa: Gustavo Valdés

Composición tipográfica: Linas S.R.L.

Primera edición en inglés:

1980, *The University of Wisconsin Press*

© 1989 by Ediciones de la Flor S.R.L.

Anchoris 27, 1280 Buenos Aires

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

ISBN 950-515-332-5

## A Roye, la luz de mi vida

### RECONOCIMIENTOS.

Es imposible escribir un libro de esta clase sin contraer innumerables deudas con gente que nos ha ayudado en distintos puntos del camino. Es un placer reconocer mi gratitud a varias personas muy especiales.

Es la costumbre, al enumerar los agradecimientos, mencionar en último lugar al propio cónyuge, siempre con la salvedad de que no se debe tomar esa ubicación en el sentido de que ellos sean los últimos. A veces me he preguntado por qué será ésta la práctica cuando es muy claro para todo el que tenga experiencia en estos asuntos que la única persona que sufre más que el autor durante el curso de preparación de un libro, es el cónyuge del autor. Mi esposa, Roye A. Werner, soportó más divagaciones acerca de las dificultades de escribir sobre los afroargentinos de Buenos Aires, de cuanto parecería humanamente posible y, sin embargo, de alguna manera siempre logró responder con entusiasmo y aliento. El hecho de que este libro esté dedicado a ella no es más que un débil reconocimiento de la parte que le cupo en su preparación.

Deseo agradecer a mis padres y a mis suegros, quienes contribuyeron tanto moral como materialmente al emprendimiento y la realización de este trabajo. Ojalá todos los hombres fueran tan afortunados con su familia.

Varios historiadores e investigadores resultaron ser tan buenos amigos como colegas. Debo un agradecimiento especial a Juan Jorge Cabodi, Juan Carlos Garavaglia, César García Belsunce, Marta Goldberg, Lyman L. Johnson, el coronel (RE) Ulises Muschietti, Marysa Navarro, Carla Robinson, Ricardo Rodríguez Molas, Eduardo Saguier y Luis Soler Cañas por favores demasiado numerosos y variados para enumerarlos.

Quisiera agradecer también a varias instituciones argentinas. A pe-

sar de la crónica escasez de recursos y fondos, los diversos archivos estatales en que realicé mis investigaciones siempre me atendieron con el máximo grado de cortesía, atención y eficiencia. Me es muy grato reconocer la ayuda prestada por los directores y personal del Archivo General de la Nación, el Archivo General del Ejército y los archivos provinciales de Córdoba y Entre Ríos.

Ocupa un lugar muy especial en nuestros recuerdos de la Argentina el Instituto de Desarrollo Económico y Social. Más que una base institucional, el IDES nos proporcionó a mi esposa y a mí, un hogar. Nunca nos olvidaremos de nuestros amigos del Instituto y especialmente de su director ejecutivo, Getulio Steinbach\*.

Debo reconocer el apoyo financiero para mi investigación del Social Science Research Council, el Fullbright-Hays Doctoral Dissertation Program of the Department of Health, Education and Welfare, y la Graduate School de la Universidad de Wisconsin.

Este libro es el resultado de un curso de posgrado en Historia Latinoamericana de la Universidad de Wisconsin. Mis cursos con Philip D. Curtin, el difunto John L. Phelan, Thomas Skidmore y Peter H. Smith, formaron el cimiento sobre el que se basó mi posterior investigación. Mi asesor, Peter Smith, fue una gran ayuda porque criticó y comentó borradores previos de este libro. Los cuatro hombres merecen mi agradecimiento por una tarea bien realizada.

El material del Capítulo 10 apareció, en forma un tanto diferente, en el *Journal of Latin American Studies* (1979), y parte del Capítulo 7 fue publicada previamente en el *Journal of Negro History* (1979).

\* Los dos últimos párrafos fueron agregados para la edición castellana por el Prof. George Reid Andrews, quien revisó la traducción que aquí presentamos para modificar algunos fragmentos y agregar otros. Hay cambios y adiciones inclusive en los apéndices, las notas y la bibliografía, por lo que la presente edición es una versión al día sobre el tema (Nota del editor).

# 1

## EL ENIGMA DE LA DESAPARICION

“Negros, en Buenos Aires, no hay”. Esto es lo que dicen los nativos de la ciudad, los *porteños*, a sus visitantes, y así parece. Uno puede vagar por la atestada zona céntrica por cuadras y cuadras sin ver a un solo negro, hombre o mujer. En verdad, un viajero que llega a Buenos Aires después de pasar por otros países de América latina, no puede dejar de sorprenderse por el aspecto europeo de la población en ese ángulo del continente. Si bien la composición étnica de la ciudad parece estar alterándose un tanto como resultado de la corriente migratoria del Paraguay, Bolivia y el interior de la Argentina, áreas en que los indios y mestizos forman una proporción mayor de la mezcla étnica, la población de la capital conserva un tono decididamente europeo. Uno se ve obligado a concordar con su huésped porteño: no hay negros en Buenos Aires.

Pero si permaneciera en Buenos Aires para una estadía extendida, el viajero o turista gradualmente tomaría conciencia de que esta afirmación general no es enteramente cierta, de que en verdad hay algunos negros en Buenos Aires. Aunque tal vez no vea más de uno o dos por semana en las áreas centrales de la ciudad, por casualidad podría toparse con las vecindades afroargentinas en las áreas más retiradas de Barracas, Flores y Floresta. Si pasara algún tiempo en La Boca, el barrio de clase trabajadora próximo al puerto, no podría dejar de ver a la gente negra que uno ve con frecuencia en las calles de ese lugar. Y si nuestro hipotético turista visitara algunos de los museos históricos de la ciudad, tomaría conciencia de que aun cuando no haya gente de color hoy en Buenos Aires, muy definidamente los hubo en el pasado. En las pinturas que se encuentran en estos museos, vería a los negros y mulatos que aparecen una y otra vez junto a los blancos de la ciudad, simultáneamente testigos y creadores del pasado colonial de la ciudad en el siglo XIX.

En ese punto uno se sentiría tentado de preguntar por qué hay ahora

tan pocos negros en Buenos Aires. Estuvieron obviamente allí en el pasado en número importante: ¿qué les sucedió, adónde fueron? Dos de las más famosas historias de la Argentina en lengua inglesa formulan precisamente esa pregunta. En un escrito de 1945, Isabel Rennie describió la desaparición de los afroargentinos como “uno de los enigmas más intrigantes de la historia argentina”. Veinticinco años más tarde, James Scobie observó que “la desaparición de los negros de la escena argentina ha intrigado mucho más a los demógrafos que la desaparición de los indios”.<sup>1</sup> Tan intrigante es la pregunta que en 1974 la revista norteamericana *Ebony* envió a un miembro de su personal a Buenos Aires a reunir material para una nota sobre “Argentina: Tierra de los negros que desaparecen”.<sup>2</sup>

El proceso de desaparición fue bastante repentino, y en realidad no empezó a tener efecto hasta la década de 1850. El censo de la ciudad de 1778 demostraba que los negros y mulatos constituían el 30 por ciento de la población, 7.256 sobre un total de 24.363.<sup>3</sup> El censo de 1810 indicaba que el porcentaje de afroargentinos de la ciudad permaneció constante en esos treinta y dos años intermedios: en 1810, los pardos y morochos sumaban 9.615 de una población total de 32.558.<sup>4</sup> Para 1838, la población de color había crecido a 13.967, aunque en términos relativos sólo daba cuenta de un cuarto del total de la ciudad.<sup>5</sup> Pero para 1887 (en la media centuria transcurrida, ningún censo municipal registró información acerca de la raza), el proceso de desaparición estaba bastante avanzado. Para ese año los afroargentinos habían disminuido a sólo 8.005 de una población total de 433.375, menos del 2 por ciento<sup>6</sup> (Ver cuadro 5.1, página 81).

Los lectores que busquen una explicación para esta declinación encontrarán un material no escaso. El conjunto de comentarios históricos sobre la desaparición de los afroargentinos se fue realizando durante más de un siglo, y es correspondientemente extenso. Se los puede sintetizar en cuatro temas básicos respecto de la desaparición de la población negra.

El argumento reiterado tal vez con mayor frecuencia es que los negros fueron eliminados en las guerras que perjudicaron a la Argentina del siglo diecinueve.<sup>7</sup> Reclutados en grandes números en los ejércitos revolucionarios que combatieron a los españoles, los soldados afroargentinos lucharon luego sucesivamente contra los indios, los brasileños y los paraguayos, así como en las interminables guerras civiles del país. Según esta explicación, para 1869, el final de la guerra del Paraguay, miles de soldados afroargentinos habrían sido muertos en batalla, habían muerto por enfermedad mientras realizaban la campaña o habían quedado inválidos en el servicio. La resultante falta de varones hizo que fuera virtualmente imposible para la población de color resarcirse de sus pérdidas en el campo de batalla.

Esta explicación está íntimamente relacionada con la segunda, la del mestizaje, o mezcla racial.<sup>8</sup> Enfrentadas a una escasez de hombres de su raza, y supuestamente deseosas de producir hijos de piel más clara con fines de movilidad social hacia arriba, las mujeres negras y mulatas se dirigieron a los hombres blancos como parejas. Este argumento combina la casi eliminación de los varones negros con el gran flujo de varones

inmigrantes europeos posterior a 1850, en una explicación lógica para la declinación de los afroargentinos.

Un tercer argumento se centra en las bajas tasas de natalidad y las altas tasas de mortalidad que sufrieron los afroargentinos.<sup>9</sup> Ocupando los escalones más bajos de la escala social y económica, los negros y mulatos de la ciudad no podían procurarse vivienda decente, alimento, vestimenta y asistencia médica. Por lo tanto sucumbían en números mayores y a edad más temprana que los blancos. Supuestamente, ésta fue una condición crónica en toda la primera mitad del siglo XIX y alcanzó su culminación en la epidemia de fiebre amarilla de 1871, acontecimiento catastrófico en la historia de la ciudad, al que con frecuencia se culpa de haber aplicado el golpe de gracia a la población de color.

Una cuarta explicación, y bastante obvia, es la declinación del comercio de esclavos. La abolición del tráfico en 1813 supuestamente marcó el fin de la importación en gran escala de africanos al país. Al faltar nuevas llegadas que compensaran las pérdidas descriptas en los párrafos anteriores, la comunidad negra fue condenada a la extinción gradual.

Estas explicaciones, que han sido repetidas por historiadores argentinos y extranjeros que escribieron sobre la Argentina durante los últimos cien años, son lógicas, coherentes y eminentemente razonables. En verdad, sólo hay un criterio que no satisfacen: poco o ningún esfuerzo se ha hecho para probarlas. Este libro comenzó como un intento de someter a prueba esas explicaciones y ver en qué medida eran verificables mediante el uso de la documentación primaria disponible en archivos y bibliotecas de la Argentina. Tal como se lo concibió originalmente, este estudio debía cubrir la historia demográfica de toda la población negra y mulata de la Argentina, pero razones prácticas y de tiempo obligaron a confinar la investigación a un área más limitada. Un número de factores hicieron de Buenos Aires el sitio lógico. Primero, la importancia de la ciudad como centro para el comercio de esclavos, en la parte meridional de América del Sur y, en consecuencia, su gran población de color, eran razones obvias para elegir a la capital. Sin duda debido a la concentración de población negra allí, la mayor parte de la literatura secundaria sobre los afroargentinos se ocupa específicamente de Buenos Aires. Segundo, la capital ofrecía un núcleo de fuentes del que no se dispone en el interior. Sobreviven varios censos razonablemente buenos de la ciudad para el período 1800-1860, así como informes anuales demográficos y estadísticos emitidos por el gobierno provincial entre 1822 y 1825 y entre 1854 y 1880. También, los registros militares esenciales para tal estudio estaban ubicados en la capital y eran especialmente completos para el material relativo al reclutamiento y envío de tropas desde la ciudad y la provincia de Buenos Aires.

En verdad, la concentración de bibliotecas y archivos en la capital significaba que el acceso al material secundario y primario sobre los afroargentinos sería más fácil en Buenos Aires.

A medida que este estudio avanzó, se tornó claro que las explicaciones tradicionales tienen serios inconvenientes. Aunque ciertas en parte, son ciertas sólo en parte, y distorsionan la historia de los afroargentinos de

maneras sorprendentes e inesperadas. Las distorsiones demográficas, a su vez, forman parte de un fenómeno mayor, que es el oscurecimiento, sea intencional o no, del rol de los afroargentinos en la historia de su nación. Como descubrió el historiador norteamericano Leslie Rout, mientras realizaba una investigación sobre la población negra del país, se pueden leer las principales historias de la Argentina y captar solamente las vislumbres más huidizas de sus hombres y mujeres de color.<sup>10</sup> Se destaca mucho su rol como soldados comunes, pero sólo se hace mención casual de aquellos negros y mulatos que se elevaron hasta convertirse en oficiales que comandaban batallones y regimientos. Poco se dice acerca de las asociaciones de ayuda mutua de los afroargentinos, que precedieron a las de los inmigrantes. Nada se dice de los negros escritores, artistas, intelectuales y periodistas que florecieron en la ciudad en el siglo XIX. En suma, un lector que confía únicamente en esas historias para el entendimiento de la historia afroargentina, puede derivar un cuadro de fracaso y desesperación de un pueblo que murió sin dejar logros ni realizaciones que los recuerden.

Obviamente, esas inexactitudes básicas debían corregirse antes de que se pudiera resolver la cuestión de la desaparición. Así, lo que comenzó como un estudio de un fenómeno puramente demográfico, la declinación de la población afroargentina, creció hasta convertirse en un intento de reconstruir la verdadera historia del pasado afroargentino en las áreas de historia social, cultural y militar. Es también un intento por explicar qué motivó a los argentinos a negar a los negros el lugar que les corresponde en el registro del pasado del país.

El caso histórico de los afroargentinos podría ser de un interés poco más que pasajero, de no ser que desapariciones análogas de gente negra de las páginas de la historia de sus países se han verificado virtualmente en todas las repúblicas hispanoamericanas. En un escrito de 1970, Magnus Mörner observó que “en lo que respecta a Hispanoamérica, los historiadores parecen perder todo interés en el negro tan pronto como se produce la abolición. En todo caso, desaparece casi por completo de la literatura histórica”.<sup>11</sup> En su libro *The African Experience in Spanish America*, Leslie Rout vuelve una y otra vez a este tema. Descubre que en Chile hay “un desinterés casi total de los investigadores nacionales en los afrochilenos desde la emancipación”. En Venezuela, “los historiadores y sociólogos nacionales que se ocupan de cuestiones raciales han exhibido una notable propensión a limitar el foco de sus investigaciones a los años previos a 1854. De hecho no parece haberse publicado ningún estudio comprensivo de las condiciones políticas raciales posteriores a la abolición”. En Colombia “ninguno de estos estudiosos [que escriben sobre historia afrocolombiana] lleva su investigación más allá de 1852”. En conclusión, Rout descubre que mientras varias naciones hispanoamericanas han rehabilitado al indio como símbolo mítico de la resistencia contra la agresión colonial y neocolonial, “no hay ningún deseo de agregar otro grupo a esta categoría, o de bucear en la cuestión de las contribuciones culturales africanas”.<sup>12</sup>

Por lo tanto, el caso de los afroargentinos es representativo de una pauta que afecta a los afrohispanoamericanos en su conjunto: la dedicación casi exclusiva a la esclavitud y el período colonial se advierte fácilmente en un estudio de las publicaciones recientes sobre la historia negra en Hispanoamérica.<sup>13</sup> La falta de estudios sobre el período posterior a la abolición a menudo ha sido atribuida a problemas de documentación. Un número de países latinoamericanos suprimió el uso de etiquetas raciales en censos y otros documentos a partir de su independencia. En consecuencia, los investigadores que trabajan en archivos del período nacional tienen dificultades para identificar a individuos o grupos como afrolatinoamericanos. En verdad, un conocido estudioso mexicano ha argumentado que la desaparición de las descripciones raciales de los documentos mexicanos indica un proceso de integración por el cual los afromexicanos fueron absorbidos en la población más grande en condiciones de relativa igualdad con otros grupos raciales.<sup>14</sup>

Cualesquiera que sean las razones subyacentes, el hecho de que no se haya examinado la historia de los afrohispanoamericanos desde la abolición, ha significado un enorme obstáculo para nuestros esfuerzos de entender las actuales pautas de relaciones raciales en América latina, cómo varían dentro de la región, y cómo se comparan con las que se encuentran en otras sociedades multirraciales. Según ha sostenido Magnus Mörner en más de una ocasión: "Es mi creencia que las condiciones posteriores a la abolición han sido más cruciales en la conformación de las existentes pautas de relaciones raciales en las Américas que la esclavitud en sus distintas formas... los problemas posteriores a la abolición, en la actualidad me parecen como la más urgente tarea de investigación para los historiadores interesados en los problemas de la desigualdad sociorracial".<sup>15</sup> Ciertos procesos históricos fueron puestos en movimiento por la decisión de emplear africanos como trabajadores reclutados en las colonias americanas. Esos procesos no terminaron ni llegaron a una solución cuando los amos liberaron a sus esclavos. Antes bien, entraron en una fase nueva y diferente que fue a la vez la herencia del régimen esclavista y su creación autónoma. El conocimiento de aquellas sociedades esclavistas resulta esencial para la comprensión de los actuales problemas de raza en el hemisferio, pero igualmente importante, si no más, es la comprensión de la evolución histórica de las relaciones de raza desde la terminación de la esclavitud.

Así, aunque se ocupa de la esclavitud y del comercio de esclavos tal como se manifestaban en Buenos Aires, este estudio centra la mayor parte de sus energías en el período nacional. Al hacerlo, sugiere que las dificultades de realizar investigaciones acerca de los afrolatinoamericanos desde la abolición han sido un tanto exageradas, y que en realidad existe una rica variedad de fuentes y accesos disponibles para el historiador interesado en la investigación de este tópico.

Este estudio también trata de contribuir a una comprensión más plena de las relaciones raciales en todas las Américas. Por necesidad, el libro examina una serie de cuestiones pertinentes no sólo a Buenos Aires

sino también al resto del hemisferio, tales como las tendencias demográficas posteriores a la abolición, las avenidas de movilidad hacia arriba para la gente negra, su posición en las sociedades de base clasista que se formaron en ciertas ciudades de América del Norte y del Sur hacia fines del siglo XIX, los mecanismos de la movilización y la organización de la comunidad, etcétera. He tratado de efectuar frecuentes comparaciones entre la experiencia histórica de Buenos Aires y las de otros países de Norte y Sudamérica; varias secciones, tales como el análisis en el Capítulo 5 de la cuestionable exactitud de los censos de la ciudad en el siglo XIX, o el estudio en el Capítulo 6 de la ideología racial argentina, se beneficiaron mucho con los resultados de investigaciones previas realizadas por estudiosos que trabajaron en Brasil, los Estados Unidos y otras partes. El Capítulo 11 intenta reunir algunas de las líneas más importantes del libro y ver a los afroargentinos en una perspectiva explícitamente comparativa. Es mi esperanza, entonces, que este volumen ilumine no sólo la tristemente olvidada historia de los afroargentinos, sino que también arroje cierta luz sobre el pasado y el presente de todos los afroamericanos, tanto del norte como del sur.

Antes de pasar a los afroargentinos, son necesarias algunas clarificaciones de la terminología. La edición inglesa de este libro utilizó la palabra "negro" en su sentido norteamericano, para denominar cualquier persona con visible ancestro africano, independientemente de que ese ancestro fuera puro o mezclado con otras razas. Obviamente tal uso no es conveniente para el público argentino, para quien la palabra "negro" tiene un sentido más restricto que no abarca a las personas de raza mixta, los mulatos.

He intentado adaptar la terminología racial de esta edición castellana a la usada en la Argentina, haciendo la distinción entre negros y mulatos o utilizando los rótulos raciales del período colonial, morenos y pardos.<sup>16</sup> Sin embargo, el libro tiende a tratar a personas de ascendencia africana pura y mixta como un solo grupo, que he denominado "los afroargentinos", un término que se usa en el mismo sentido que tiene "negro" en los Estados Unidos. Aunque tal lenguaje pueda considerarse como contrario a las costumbres raciales de la Argentina y, más específicamente, de Buenos Aires, un aspecto importante del argumento del libro es que durante el siglo pasado las relaciones de raza en Buenos Aires llegaron a ser cada vez más dicotómicas en carácter, colocando a los negros y los mulatos en una sola categoría racial "no blanca". El libro sugiere, pues, que un enfoque racial importado y ajeno a los conceptos y costumbres porteños, quizá pueda arrojar cierta luz sobre las realidades raciales de la ciudad, tanto en el pasado como en el presente.

Espero que mis lectores concuerden con ello.

Ver la Bibliografía para una explicación de las abreviaturas de archivos y citas de documentos que aparecen en estas notas.

1. Ysabel Fisk Rennie, *The Argentine Republic* (Nueva York, 1945), p. 43; y James Scobie, *Argentina: A City and a Nation* (Nueva York, 1971), p. 32.
2. Era Bell Thompson, "Argentina: Land of the Vanishing Blacks", *Ebony*, Oct. 1974, pp. 74-84.
3. José Luis Moreno, "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, 1965), 8:166.
4. Marta Goldberg, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico* 16 (Abril-Junio 1976): 79.
5. *Ibíd.*, p. 98.
6. *Censo general de la ciudad de Buenos Aires, 1887*, 2 vols. (Buenos Aires, 1889), 2: 56-57.
7. Para algunas exposiciones de esta teoría, ver *Segundo Censo de la República Argentina: Mayo 10 de 1895*, 3 vols. (Buenos Aires, 1898), 2: XLVII; José Ingenieros, *La locura en la Argentina* (Buenos Aires, 1937), p. 30; Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900), 1:72-73; Alvaro Yunque, *Calfulcurá, la conquista de las pampas* (Buenos Aires, 1956), pp. 187-88; y Andrés Avellaneda, "Prohíbe la Junta el ingreso de esclavos", *La Opinión* (Buenos Aires), Mayo 28, 1976, p. 8.
8. Juan José Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, Nov. 25, 1905; Máximo Simpson, "Porteños de color", *Panorama*, Junio 1967, p. 85; Goldberg, "La población negra", p. 85; y Emiliano Endrek, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), pp. 18-19.
9. Ricardo Rodríguez Molas, "El negro en el Río de la Plata", *Polémica* 2 (Mayo 1970): 55-56; Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, trad. Justo Maeso (Buenos Aires, 1958), p. 179; y Nicolás Besio Moreno, *Buenos Aires: Estudio crítico de su población, 1536-1936* (Buenos Aires, 1939), pp. 24, 290, 380.
10. Leslie Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), p. 194.
11. Magnus Mörner, ed., *Race and Class in Latin America* (Nueva York, 1970), pp. 214-15.
12. Rout, *The African Experience*, pp. 212, 244, 254, 282.
13. Para citar algunos títulos representativos, uno piensa en Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (Caracas, 1967); Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra en México* (Ciudad México, 1946; reed. Ciudad México, 1972) que sólo cubre el período colonial; Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Perú, 1684-1750* (Stanford, 1974); David W. Cohen y Jack P. Greene, editores, *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972); Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century* (Madison, 1970); John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854* (Westport, Conn., 1971); Rolando Mallafe, *Negro Sla-*

very in Latin America (Berkeley, 1975); Colin Palmer, *Slaves of the White God: Blacks in México, 1570-1650* (Cambridge, Mass., 1976); Josefina Pla, *Hermano negro: la esclavitud en el Paraguay* (Madrid, 1972); Richard Price, comp., *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas* (Garden City, N. Y., 1973); y William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó, 1680-1810* (Norman, Oklahoma, 1976). La situación no es del todo unilateral: las publicaciones tales como las obras antes citadas de Magnus Mörner y Leslie Rout, *Los afroargentinos* (Montevideo, 1967) de Carlos Rama, varios ensayos en la colección de Robert Brent Topling, *Slavery and Race Relations in Latin America* (Westport, Conn., 1974) y las obras de Norman Whitten, *Class Kinship and Power in an Ecuatorian Town: The Negroes of San Lorenzo* (Stanford, 1965) y *Black Fronteersmen* (Nueva York, 1974), profundizan en la historia de los afrolatinoamericanos en los siglos XIX y XX. Pero la tendencia es clara.

14. Gonzalo Aguirre Beltrán, "The Integration of the Negro into the National Society of México", en Mörner, *Race and Class*, pp. 11-27.
15. Magnus Mörner, "Recent Research on Negro Slavery and Abolition in Latin America", *Latin American Research Review* 13 (1978): 274; ver también Magnus Mörner, "The History of Race Relations in Latin America: Some Comments on the State of Research", *Latin American Research Review* 1 (1965): 34.
16. Según algunos historiadores del siglo XX, "pardo" podría aplicarse a toda persona de raza mixta, independientemente de que el individuo tenga ancestro africano (Endrek, *El Mestizaje*, p. 27). Pero la mayoría de los autores sostienen que la palabra se aplicaba sólo a las personas que tenían ancestro africano, y no a los indios o a los mestizos (Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, p. 173; Pla, *Hermano negro*, p. 31; y Rout, *The African experience*, p. 133). Tal como se la emplea en la Argentina y Uruguay, la palabra claramente implicaba a una persona de ascendencia africana. Virtualmente en todos los documentos en que aparece, está modificada por las palabras "libre" o "esclavo". Dado que sólo las personas de ascendencia africana eran legalmente susceptibles de ser esclavas, "pardo" era entonces un eufemismo por mulato. Ver también Goldberg, "La población negra", pp. 81-82, n. 25.

## 2

# EL MARCO

La historia de los afroargentinos no puede explicarse y comprenderse aisladamente de la historia de la ciudad y la provincia de Buenos Aires. La vida de los individuos y los grupos no se desarrolla dentro de un vacío. La gente vive dentro de su entorno, y los límites de su vida están definidos por esos entornos. Al tratar de explicar la experiencia histórica de los afroargentinos, y cómo y por qué esa experiencia fue análoga o diferente de la de otra gente en otros tiempos y lugares, es esencial poseer un entendimiento básico del marco en que vivió y trabajó, luchó y murió, la gente negra de Buenos Aires.<sup>1</sup>

Buenos Aires es el nombre de la más grande y rica de las veintidós provincias de la Argentina. Limitada al este por el Océano Atlántico y al norte por la gran bahía de agua dulce conocida como Río de la Plata, ocupa más de once kilómetros de la línea de la costa y se extiende en su punto de mayor amplitud aproximadamente 680 kilómetros tierra adentro. Su superficie total es de 30.758.000 hectáreas, aproximadamente la misma dimensión de Bélgica, Holanda y Alemania occidental sumadas. La característica física predominante de la provincia es la *pampa*, de fama mundial, la planicie herbosa que forma una enorme extensión de uno de los suelos agrícolas más ricos del mundo.

Buenos Aires es también el nombre de la ciudad capital y más grande de la Argentina. Si bien se encuentra ubicada dentro de la provincia de Buenos Aires, desde 1880 Buenos Aires ha funcionado como unidad administrativa autónoma y separada, el Distrito Federal de la Nación. La actual población del Gran Buenos Aires (la Capital Federal y sus suburbios) supera los ocho millones de habitantes, lo que representa casi un tercio de la población total del país.

La ciudad fue inicialmente fundada en 1536, abandonada cinco años más tarde, y luego restablecida de manera permanente en 1580. Los

colonos creían que su ubicación en las costas del Río de la Plata y en la desembocadura de los ríos Uruguay y Paraná, convertiría a la ciudad en el principal puerto del Atlántico de la parte meridional de América del Sur. Lamentablemente, la chatura del terreno de la provincia carece particularmente de relieve alrededor de la ciudad de Buenos Aires, y los colonos pronto descubrieron que el fondo del ancho río es en esencia una continuación de la pampa. Por lo tanto, dado que desciende muy gradualmente, los anclajes próximos a la ciudad eran muy poco profundos hasta que se completaron las tareas en el puerto en la década de 1890. Las naves que llegaban se veían obligadas a anclar a dos o tres kilómetros de la costa, en el estuario, y los bienes y pasajeros eran luego transportados a los muelles en carros tirados por caballos, con enormes ruedas de madera.

La política colonial española inhibió aún más el desarrollo de la ciudad. La Corona trataba de mantener un estricto control sobre el comercio con sus colonias, y una manera de hacerlo era permitir que sólo cuatro de sus puertos americanos realizaran comercio con Europa. A pesar de la ventajosa ubicación de Buenos Aires, no fue elegida para ser una de esas ciudades afortunadas. Tampoco gozó de gran prestigio político. Formó una de las regiones más periféricas del virreinato del Perú, cuya capital era Lima, a varios meses de viaje de Buenos Aires. En consecuencia, la ciudad estuvo condenada a una condición desventajosa casi hasta el final del período colonial.

Como la mayoría de los puertos hispanoamericanos, Buenos Aires lograba participar en el comercio con Europa, Africa y el resto de las Américas con medios tanto legales como ilegales. Los comerciantes y administradores de la ciudad lograron imponerse a la Corona para que ésta otorgara un número de permisos especiales, de modo que el puerto recibiera una cantidad limitada de navíos durante los siglos XVII y XVIII. Más importante en términos de volumen y valor fue el tráfico de contrabando de toda clase de mercaderías. Los intentos reales por controlarlo resultaron inútiles, principalmente porque era tan provechoso que generaba jugosas dádivas para los funcionarios locales encargados de poner en vigencia las leyes. Los bienes ilegales contrabandeados a través de Buenos Aires eran comercializados en todo Argentina, Paraguay, Chile y Bolivia.

El cambio de la filosofía gubernamental, unido a la comprensión por parte de España de que no podía controlar el floreciente comercio de contrabando, impulsó a la Corona a declarar las colonias abiertas al comercio libre en 1778. Si bien éste era un comercio libre limitado a las embarcaciones de bandera española, fue un beneficio para Buenos Aires, que adquirió una creciente importancia comercial mientras continuaba realizando negocios ilícitos con comerciantes extranjeros, principalmente portugueses e ingleses. Igualmente propicia para el desarrollo de la ciudad fue la creación, en 1776, del virreinato del Río de la Plata, que comprendía el territorio que ahora forman las naciones de Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Alarmada por las incursiones militares y económicas portuguesas y británicas en la región, la Corona convirtió a Buenos Aires

en la capital de esta nueva unidad administrativa con la esperanza de apuntalar la defensa de un flanco desprotegido. Estas esperanzas no se realizaron por completo, pero las políticas de España tuvieron el efecto de sacar a Buenos Aires de la forzada quietud de dos siglos. Floreció el comercio y la población creció en un 50 por ciento entre 1778 y 1810, ya que los inmigrantes eran atraídos a la ciudad por su nueva importancia económica y administrativa. Llegaron europeos y africanos en número creciente: los europeos voluntariamente y los africanos, por supuesto, contra su voluntad.

El derrumbamiento del gobierno español causado por la invasión de Napoleón en España en 1808, halló una vigorosa oligarquía comercial pronta y dispuesta a llenar el vacío de poder en Buenos Aires. El 25 de mayo de 1810, el municipio asumió oficialmente la autoridad que anteriormente ejercía el virrey y, seis años más tarde, el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata (que supuestamente representaba a todo el virreinato, pero que en realidad era boicoteado por el Alto Perú, Paraguay, la Banda Oriental y varias provincias argentinas que no tenían ningún deseo de caer bajo la dominación porteña) declaró a la región independiente del gobierno español.

La revolución iniciada en Buenos Aires en 1810 no triunfó completamente hasta 1825. Hubo combates en la Banda Oriental, y las tropas españolas con base en el Alto Perú invadieron el noroeste argentino, pero Buenos Aires se salvó de los efectos más directos de la guerra. La ciudad entró en el período nacional más o menos incólume, aunque con su población disminuida por el reclutamiento de grandes números de hombres para luchar contra los españoles.

El comienzo del período nacional encontró a una Argentina seriamente dividida. El país era en realidad dos países o, según el pensamiento de algunos gobernantes provinciales, muchos pequeños países, formando cada provincia una entidad separada. La base del conflicto entre las provincias era la posición económica de Buenos Aires, en constante robustecimiento. Situada sobre la costa atlántica, poseedora del único puerto oceánico del país, Buenos Aires servía como punto de embarque para las exportaciones argentinas y como punto de recepción de inmigrantes, mercadería, capital e ideas. Una de las fuerzas impulsoras subyacentes en la búsqueda de independencia de la ciudad había sido su deseo de comercio libre, no obstaculizado por controles coloniales. Tal comercio estaba muy bien para la provincia de Buenos Aires, cuyos agricultores rápidamente se adecuaron a la producción de vacunos y ovinos para el comercio de exportación, pero fue desastroso para las economías del interior.

Estas provincias habían sido colonizadas no desde el mar, como Buenos Aires, sino por colonos que viajaban por tierra desde Chile y el Perú. Eran enormes las distancias que las separaban de la costa; al mismo tiempo, los Andes dificultaban la comunicación con el Alto Perú y Chile. Estas áreas aisladas habían desarrollado sus propias pequeñas industrias rurales para mantenerse provistas de ropa, muebles, materiales de construcción, etcétera. Esos bienes fueron suficientes para satisfacer la de-

manda local durante el período colonial, pero no podían competir con las manufacturas europeas más baratas y de calidad más alta que entraron en el país cuando se removieron las restricciones coloniales. Durante un tiempo, el alto costo de enviar bienes al interior por mula o carro, dio cierta protección al interior, y sus productores pudieron conservar sus mercados locales. Pero ellos pronto perdieron sus bocas de salida en Buenos Aires y en las provincias del litoral, aquéllas ubicadas a lo largo de los ríos Uruguay y Paraná y que por lo tanto poseen salida hacia el mar. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando la expansión de los ferrocarriles proveyó de transporte barato desde y hacia el interior, esos productores locales se derrumbaron por completo. Las telas importadas, británicas y alemanas, reemplazaron los lienzos y lanas domésticos, el azúcar brasileño reemplazó al azúcar tucumano y los vinos franceses reemplazaron a los vinos de Mendoza.

El crecimiento del comercio argentino-europeo produjo otros cambios en la economía de la nación. Durante el período colonial, el flujo del comercio había seguido una ruta extendida que iba de Europa al Alto Perú. La riqueza de las minas de plata potosinas atraía importaciones a través de Buenos Aires, y si bien la capital recogía su ganancia de este comercio, esos negocios también sirvieron para enriquecer provincias del interior como Córdoba, Tucumán, Salta y otros puntos de parada en la ruta. La declinación de las minas de plata, la interrupción del comercio con el Alto Perú controlado por España debido a la revolución, la remoción de los controles coloniales sobre las importaciones y una creciente disposición de parte de los comerciantes europeos a aceptar cueros y carnes saladas a cambio de manufacturas, resultó en la comercialización por parte de Buenos Aires de sus propios bienes de exportación en lugar de la plata potosina. Este comercio directo entre la capital y Europa tornó prescindibles a las provincias del interior y las llevó a un estancamiento del cual, en gran medida, aún no han salido.

El conflicto resultante entre Buenos Aires, con su propia zona exterior (aliada a veces con las provincias litorales de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, cuyos puertos fluviales y fértiles tierras de pastoreo tornaban a sus intereses económicos parecidos a los de Buenos Aires), contra el interior, forma la cuestión política central de la historia argentina del siglo XIX. Vestigios de ese conflicto se demoran hasta el presente en la vida del país, aunque en general se acepta que Buenos Aires ha ganado. El país se dividió en lo que parecieron ser dos facciones, pero que en realidad eran más que eso. Los que abogaban por un fuerte gobierno central eran conocidos como unitarios. En realidad, ellos promovían la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país, ya que tal gobierno casi inevitablemente tendría que residir en Buenos Aires y ejercer la autoridad desde allí. Los unitarios también tendían a apoyar el comercio libre, los principios económicos liberales y una forma republicana de gobierno. Estaban fuertemente influidos por el pensamiento político del Iluminismo inglés y francés, y hasta cierto punto por el ejemplo político de los Estados Unidos. Los federales, por otra parte, favorecían un sistema

más suelto de confederación donde un gobierno nacional manejara las relaciones exteriores mientras las provincias individuales retuvieran la autonomía casi completa sobre sus asuntos internos. El federalismo como movimiento era apoyado por los *caudillos*, fuertes hombres de armas, personalistas, que gobernaban las provincias del interior en la segunda mitad del siglo. Poseía casi tantas escuelas de pensamiento como caudillos había; así como proponía una suelta agregación de provincias independientes en una confederación débil, como movimiento político tenía poca cohesión y los principales líderes trataban de conservar una independencia y libertad de acción casi completas. La oposición al creciente poder de Buenos Aires era uno de sus pocos temas unificadores.

La lucha entre Buenos Aires y el interior se inició durante los primeros años de la independencia. En 1816, delegados de varias provincias se habían reunido en Tucumán para declarar la independencia argentina. Poco después, el Congreso y el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata se trasladaron a Buenos Aires. Al caer bajo el control unitario, el Congreso promulgó la Constitución centralista de 1819, que fue ofrecida a la aprobación de las Provincias Unidas. Los federales rechazaron el documento e invadieron Buenos Aires al año siguiente. Fácilmente derrotaron a los desmoralizados porteños, iniciando un año de aguda inestabilidad política en la capital. Finalmente se restauró el orden, y para 1826 el Congreso se había recuperado lo suficiente como para proponer otra constitución centralista y elegir como presidente al unitario Bernardino Rivadavia. Las provincias federales amenazaron invadir nuevamente Buenos Aires si ésta trataba de imponer esta constitución al resto del país, de modo que se abandonó el proyecto y Rivadavia renunció al cargo.

A pesar de sus derrotas, Buenos Aires estaba echando tranquilamente las bases económicas para su victoria final sobre el resto del país. Seguía expandiéndose el comercio con Europa, como sucedía con la riqueza de los establecimientos agrícolas de la provincia. Para la década de 1820, los indios aún controlaban los dos tercios meridionales de lo que es ahora la provincia de Buenos Aires, pero no escaseaba la tierra donde criar millones de vacunos para el comercio exportador. Los *saladeros*, establecimientos donde se mataba a los vacunos, se los desollaba y se salaba su carne, surgieron en torno de la ciudad y trabajaban todo el tiempo preparando carne y cueros para la exportación. Los agricultores también criaban ovinos por la lana y la carne, pero las exportaciones principales eran la carne vacuna y los cueros. Como consecuencia de este comercio en expansión, la ciudad experimentó importantes cambios políticos y económicos. Mientras los comerciantes urbanos habían sido la incuestionada elite de la ciudad a fines del período colonial, ahora se les unían los estancieros, que competían con ellos y se estaban convirtiendo de manera creciente en influyentes actores de las políticas provinciales. El dominio de los estancieros se vio confirmado por la elección por la legislatura provincial, en 1829, del gobernador Juan Manuel de Rosas, que tomó el poder en respuesta a la continuada inestabilidad política que reinaba en la provin-

cia. El terminó con la inestabilidad, pero a un gran costo. Sus gobiernos, que duraron de 1829 a 1832 y de 1835 a 1852, fueron responsables de la muerte, la bancarrota y la huida al exilio de miles de porteños. Nominalmente federal, Rosas tomó mucho de los unitarios al formular su política. Por ejemplo, la cuestión de la aduana nacional en Buenos Aires desde hacía tiempo tenía suma importancia en la política argentina. Los unitarios favorecían la retención de todos los ingresos aduaneros por parte de la provincia de Buenos Aires, mientras que los federales sostenían que el dinero pertenecía a la nación entera y debía dividirse igualmente entre las provincias. Rosas no sólo continuó la práctica unitaria de retener todos los impuestos aduaneros para la provincia, sino que también bloqueó la entrada a los ríos Paraná y Uruguay y exigió impuestos a todos los buques en ruta a los puertos litorales.

Rosas dedicó ingentes recursos a campañas militares contra provincias del interior y contra Montevideo, el almacén comercial competidor del lado uruguayo del Río de la Plata. Estas agresiones militares y políticas finalmente resultaron en su derrota y la posterior proscripción por parte de un ejército aliado, comandado por Urquiza, el gobernador federal de la provincia de Entre Ríos. Pero el gobierno del dictador había suscitado aun más oposición entre los unitarios de la provincia de Buenos Aires que entre los federales del interior. Cuando la represión tornó imposible en Buenos Aires la actividad política antirrosista, miles de porteños migraron a Uruguay donde sirvieron con las tropas sitiadas allí. Tan aguda era la hostilidad entre el dictador y sus enemigos que después de su caída, sus sucesores unitarios transformaron su memoria en una presencia casi mítica que formó el eje en torno del cual giraron las políticas de la Argentina en el siglo XIX. Su nombre era regularmente exhumado y ritualmente escarnecido cada día de la Independencia, y los programas políticos antipopulares eran denunciados como tramas rosistas. Rosas se convirtió en el Anticristo político del Buenos Aires dominado por los unitarios, el representante simbólico de todas las fuerzas e ideas que eran anatema para los liberales de la provincia.<sup>2</sup>

Los unitarios cometían considerables distorsiones y exageraciones en su retrato del gobernador Rosas y en el relato de sus delitos, pero esto se debía al hecho de que el dictador era el exponente y el promotor de muchas ideas diametralmente opuestas a las de los unitarios. Por ejemplo, mientras los unitarios miraban a Europa en busca de capital, inmigrantes e ideas acerca del mejor modo de desarrollar su país, Rosas se presentaba como el defensor del nacionalismo argentino. El abandonó anteriores esfuerzos unitarios para atraer colonos europeos al país, deliberadamente no cumplió con el pago de préstamos británicos al gobierno provincial, y logró evitar los intentos franceses y británicos de bloquear el puerto de Buenos Aires.

Aún más amenazador para los unitarios, era el uso que hacía Rosas de las no elites urbanas y rurales como base de apoyo político. Aunque Rosas inicialmente actuó como vocero de los estancieros, tornó casi inexpugnable su posición política cultivando también el apoyo de los trabaja-

dores de la provincia. Al hacerlo, se convirtió en el primero de una sucesión de líderes populistas argentinos que siempre han horrorizado a los unitarios y a sus descendientes políticos. Como se mencionó anteriormente, los unitarios eran decididamente republicanos en sus principios políticos pero indudablemente no eran demócratas. Si bien creían en las elecciones restringido por rígidos requerimientos de propiedad, de modo que sólo los hombres de la mejor clase pudieran votar y ocupar cargos. Rosas observó estas reglas en la primera oportunidad en que obtuvo un cargo, en 1829. En esa ocasión fue elegido por una legislatura desesperada por poner fin a los crónicos disturbios políticos de la provincia, y él asumió legalmente su cargo. Pero durante su primer término, reconoció la necesidad política de formar una base amplia de apoyo político para permanecer en el poder. Gozando ya del apoyo de los ganaderos, se puso a la tarea capitalizando los múltiples descontentos de los trabajadores de la capital y del campo. La atención que prestó a esos sectores se vio ampliamente recompensada en 1833 por el golpe apoyado popularmente que derrocó al gobernador Balcarce y abrió el camino para el retorno de Rosas al poder dieciocho meses más tarde.

Al alistar a la gente común como parte de su aparato político, Rosas violó dos principios básicos del credo unitarito. Primero, eludió el proceso electoral normal y de esta manera socavó seriamente la legitimidad de las instituciones republicanas que los liberales porteños estaban tratando de imponer en la provincia y finalmente, se esperaba, en el resto del país. Segundo, Rosas cometió el pecado imperdonable de no sólo admitir, sino de alentar activamente a las masas a convertirse en participantes del sistema político de Buenos Aires. Esta participación era de una clase limitada y controlada, cuidadosamente supervisada por un hábil manipulador político que no tenía ninguna intención de permitir que sus partidarios escaparan al control, pero era de todos modos participación, y por lo tanto un cambio radical respecto del período colonial y de la independencia temprana, épocas en que los que no pertenecían a las elites no tenían voz en las decisiones políticas, económicas y sociales que determinaban cómo se vivía la vida en la provincia de Buenos Aires.

Describir la composición social de cualquier ciudad hispanoamericana durante el final del período colonial y los comienzos del período nacional, es una tarea imponente debido principalmente a la compleja determinación de la raza y el ancestro, la posición social atribuida, la adscripción institucional, y la posición económica que determinaban el lugar de cada uno en la jerarquía social.<sup>3</sup> Los historiadores que trataron de simplificar las complejidades de la estructura social colonial han descrito un arreglo esencialmente dicotómico en el que una elite pequeña, estrictamente circunscripta, gobernaba sobre la gran masa de los grupos subalternos. Esta elite, conocida en Buenos Aires como la gente decente, era fácilmente reconocible en cualquier sociedad hispanoamericana. Los miembros de las familias de elite compartían un conjunto de atributos que los diferenciaban claramente de sus inferiores sociales. Eran casi universalmente de ancestro

racial blanco, o comunmente aceptados como tales. El Cabildo y otros organismo oficiales y semioficiales estaban compuestos enteramente por varones de esas familias. Los vínculos de parentesco y de amistad (a menudo cimentados por la relación de padrinzago) unían a la gente decente: los casamientos entre ellos eran comunes. Los vínculos económicos completaban a los vínculos sociales, ya que los miembros de la elite mostraban una marcada tendencia a realizar negocios entre ellos mismos antes que con ajenos. En Buenos Aires, como en muchas otras ciudades coloniales, su riqueza se basaba principalmente en el comercio, aunque para el final del período colonial los grandes terratenientes y saladeristas también presionaban para lograr la admisión en el estrato dominante de la sociedad.<sup>4</sup>

Una descripción dicotómica de la estructura social de Buenos Aires pone en evidencia la marcada distinción entre la gente decente y los grupos subalternos, la gente del pueblo, distinción que era una parte importante de la realidad social del porteño. Pero tiene el lamentable efecto de oscurecer la variedad de estratos y grupos que se pueden encontrar entre esos sectores. En verdad, uno de los contrastes más notables entre las poblaciones de elite y de no elite de la ciudad de Buenos Aires es la discrepancia entre los respectivos niveles de cohesión entre los dos grupos. Las relaciones internas que nucleaban a la gente decente producían una clase social con un alto grado de solidaridad y de conciencia propia, bien organizada y muy efectiva en la defensa de sus intereses económicos, sociales y políticos. Por otra parte, la gente del pueblo consistía en una masa fragmentada y dividida de individuos separados en grupos sociales en competencia según varios determinantes. Uno de los más importantes era la raza. Mientras la gente decente se enorgullecía de su homogeneidad racial, las no elites estaban divididas en una notable variedad de condiciones raciales, codificadas por la legislación colonial española y arreglada en una jerarquía cuidadosamente establecida. Los blancos estimaban su condición racial como su bien máspreciado e inalienable, una herencia que les daba derecho a una incuestionada superioridad legal sobre los no blancos. Los indios vivían bajo una legislación paternalista especial que en algunos casos los tornaba superiores a la gente negra, y en otros casos, inferiores. Los negros libres habían escapado a los constreñimientos de la esclavitud para ocupar una posición intermedia entre los esclavos y los blancos. Los mulatos y mestizos, racialmente mixtos, se esforzaban por los privilegios acordados a la gente blanca, lográndolos a veces, siendo desairados otras. En el fondo de la escala, la población esclava soportaba una condición social y legal subordinada a la de todas las otras posiciones.

El lugar de nacimiento era otra barrera divisoria. Los blancos nacidos en Europa pretendían superioridad sobre los blancos nacidos en América. Los afroargentinos nativos tenían poco en común con los esclavos recién llegados de África. Había también una sustancial variación económica entre los grupos subalternos. Muchos se ganaban apenas la vida mediante ocasionales trabajos a jornal en empleos no especializados, puntuados por períodos de desempleo o de subempleo. Otros trabajaban de manera más regular

y lograban una base económica más segura. Los niveles superiores de la gente del pueblo, en términos puramente económicos, estaban poblados por los artesanos, mercaderes, posaderos y dueños de comercios minoristas que ganaban sustancialmente más que los trabajadores no capacitados o semicapacitados. Estos grupos se veían a sí mismos como de una condición más alta que el resto de la gente del pueblo, y los fenómenos tales como los esfuerzos de los artesanos por establecer gremios en el período que va de 1780 a 1820, son indicativos de su deseo de establecerse aparte de las masas. La complejidad de las divisiones entre la gente del pueblo se torna muy evidente, sin embargo, en la historia de los gremios, porque estos intentos abortados de movilizar a las no elites fracasaron debido al conflicto étnico y racialmente los artesanos europeos y criollos (nacidos en el Río de la Plata) y entre los blancos y los no blancos.<sup>5</sup>

Carentes de la cohesión y de la conciencia social que caracterizaba a la elite, los trabajadores urbanos y rurales formaban una masa bastante vulnerable a los controles ejercidos por sus superiores. Parte del genio del gobernador Rosas radicó en poder transformar esa masa en un potente instrumento político al que luego empleó para su propio beneficio. Bajo el gobierno de Rosas por primera vez en la historia de la provincia los grupos subalternos se convirtieron en una fuerza que debía ser tenida en cuenta. Según la visión unitaria, el gobernador Rosas era la contraparte porteña de los caudillo bárbaros y violentos del interior, que empleaban a bandas leales de gauchos para tomar y mantener el poder.

Tras la caída de Rosas, los unitarios asumieron el control de la provincia de Buenos Aires, mientras los federales retenían el resto del país. Como resultado de esta división, Buenos Aires se rehusó a participar de la Confederación Argentina, formada por las otras provincias en 1853. El puerto y su región interior permanecieron apartados, tornándose cada vez más prósperos con su comercio exportador en gradual expansión y su control del comercio importador. La Confederación pronto descubrió que la Argentina sencillamente no podría sobrevivir como nación viable sin la participación de su provincia más grande. Después de varias batallas campales y de prolongadas negociaciones, Buenos Aires consintió unirse al resto de las provincias. En 1862, el porteño Bartolomé Mitre fue elegido presidente de la República Argentina, y la capital de la nación fue trasladada de la provincia de Entre Ríos a la ciudad de Buenos Aires, donde ha continuado desde entonces.

La unificación del país permitió al fin que los unitarios comenzaran la tarea de reestructurar a la Argentina según líneas dictadas por sus filosofías políticas, económicas y sociales. Este notable experimento de planificación nacional fue iniciado por un grupo de líderes al que se llegó a conocer como la Generación de 1880 y, al menos en el corto plazo, el experimento tuvo un éxito extraordinario. El programa unitario se basaba en la decisión consciente de integrar tan plenamente como fuera posible a la Argentina en la economía mundial, explotando los fabulosos recursos agrícolas del país. Varios avances tecnológicos hicieron de la segunda mitad del siglo una época particularmente afortunada para dar tal paso.

La introducción de los cercos de alambre y las nuevas razas de vacunos en las décadas de 1849 y 1850 habían resultado en la creciente racionalización de la producción de carne argentina, pero su procesamiento seguía presentando obstáculos. La carne seca y salada no apetecía mucho a los consumidores europeos, de modo que la carne argentina exportada iba principalmente a alimentar a los esclavos del Brasil y el Caribe. El avance de la refrigeración en la década de 1880 permitió a la Argentina enviar carne vacuna y ovina congelada a Europa en un estado mucho más atractivo al paladar. Al mismo tiempo, la extensión de los ferrocarriles de propiedad británica hasta muy adentro en las pampas, abrió nuevas áreas para la explotación agrícola, facilitada también por las campañas contra los indios de la década de 1870. Entre 1872 y 1895, la extensión de tierra cultivada en las pampas aumentó quince veces; se quintuplicó el valor de las exportaciones.<sup>6</sup> Los exportadores norteamericanos de carne y cereales trepidaron al contemplar el auge argentino.

El rápido crecimiento de la economía de exportación después de 1860 produjo profundos cambios en la capital. El Buenos Aires de ese año difería sólo ligeramente de la ciudad que había proclamado su independencia de España en 1810. Si bien más grande, habiendo crecido de 40.000 a 187.000 habitantes, en muchos sentidos seguía siendo "la gran aldea", como afectuosamente la llamaban sus habitantes. La zona del centro seguía siendo pequeña, la mayoría de las calles de la ciudad carecían de pavimento y tenían mal drenaje, los edificios eran construcciones de uno o dos pisos en el estilo colonial, y las tradicionales relaciones sociales entre la gente decente y la gente del pueblo sobrevivían en esencia inalteradas desde el período colonial. Entre 1880 y 1914, gradualmente desapareció el Buenos Aires de antaño para ser reemplazado por uno de los grandes centros metropolitanos del mundo. Los ingresos por el auge de las exportaciones entraban en la capital, y allí se quedaban. Mientras las provincias del interior se hundían más y más en la competencia económica, el gobierno nacional invertía sumas enormes en el desarrollo del puerto de la capital y de La Plata, la capital provincial situada a 60 kilómetros por la costa. Grandes porciones de Buenos Aires fueron demolidas y reconstruidas según los estilos de París y Londres. Las grandes instituciones inversoras y los bancos internacionales abrieron sucursales en la Argentina para manejar los ingresos y egresos de capital. Los precios de la tierra para la agricultura se elevaron espectacularmente, haciendo millonarios a los agricultores de la provincia y lanzándolos a una posición de definida superioridad respecto de los comerciantes, contra los cuales habían competido por tanto tiempo. Los ganaderos fabulosamente ricos construían suntuosas mansiones en Buenos Aires y recorrían regularmente Europa.

Y, por supuesto, llegaban los inmigrantes. Uno de los sueños más acariciados por los unitarios había sido reemplazar a las perezosas masas argentinas racialmente mixtas (se usan esos términos tan fuertes para ilustrar la visión unitaria de la realidad social argentina) con europeos educados y trabajadores. Esto había sido parte del programa unitario

desde la declaración de la Independencia, pero no fue hasta las décadas de 1870 y 1880 que los creadores de política poseyeron activamente el poder y los recursos para perseguir ese objetivo. Como en el caso del auge de la exportación, los resultados de sus programas excedieron sus mayores expectativas. Entre 1869 y 1895, la población del país se duplicó en tamaño, de 1,8 millones a 4 millones; para 1914 casi había vuelto a doblarse, a 7,9 millones. El crecimiento de la capital fue aún más espectacular: de 187.000 habitantes en 1869 a 650.000 en 1895 y 1,5 millones en 1914. Para 1914, el 30 por ciento de la población argentina había nacido en el extranjero, una proporción mayor que la de los Estados Unidos. Aunque esos inmigrantes y sus descendientes luego se distribuyeron de manera más o menos pareja en todo el país, durante el siglo XIX estuvieron fuertemente concentrados en la ciudad de Buenos Aires. En 1869, casi la mitad de los extranjeros de todo el país vivía en el Gran Buenos Aires, en una época en que la capital daba cuenta de sólo el 12,9 por ciento de la población nacional. En 1895, el 38,6 por ciento de los inmigrantes de la Argentina vivía en la capital.<sup>7</sup>

A pesar de este espectacular flujo de inmigrantes, la estructura social de la ciudad demostró ser más resistente al cambio que su estructura física. El concepto de gente decente, que probablemente no abarcara a más del 5 por ciento de la población de la ciudad, continuaba muy vigente.<sup>8</sup> En todo el período 1860-1916, la política fue conducida por partidos controlados por la oligarquía tradicional, lo que lleva a los historiadores a rotular este período de la historia argentina como la República Conservadora. El grueso de la población quedaba efectivamente marginada de la participación política directa. Esto era el resultado directo de las restricciones introducidas en el sistema político por una elite que no tenía ninguna intención de permitir que otro Rosas capitalizara el descontento de las clases inferiores para llegar al poder.

Sin embargo, se estaban preparando cambios. Tal vez lo más importante, los grupos subalternos se estaban dividiendo de manera creciente en incipientes clases media e inferior. Los artesanos calificados, los trabajadores de cuello blanco, los propietarios de pequeños negocios y empresas: estos hombres y sus familias se veían a sí mismos como pertenecientes a un plano social significativamente más alto que los jornaleros, los trabajadores portuarios y de la construcción, los sirvientes domésticos y los indigentes que constituían el grueso de la población. Los que podían permitírselo, trataban de establecer a sus familias en las gentiles y respetables condiciones que los apartaran de sus compatriotas más pobres. La educación para los hijos propios, un prerrequisito esencial para la condición social alta, era un ítem prioritario para las familias de movilidad ascendente. En vestimenta y conducta, la naciente clase media trataba de modelarse estrictamente según la elite, a la que aspiraban unirse un día los más optimistas.

La movilidad de la gente del pueblo a la gente decente seguía siendo rara, pero no tanto como lo había sido anteriormente. El pasaje de la clase media a la clase superior no era tan lento como el de las masas trabajadoras

a la elite, en particular cuando se lo efectuaba en dos o tres generaciones. Aunque un empresario italiano de éxito se descubriera inelegible como miembro del Jockey Club, probablemente su hijo pudiera ingresar con relativa facilidad, siempre que la riqueza de la familia hubiera permanecido intacta.

Mucho más común que el movimiento de la clase media a la elite era el movimiento entre la clase inferior y la media. Aunque faltan estudios sobre la movilidad social en el Buenos Aires del siglo XIX, parece ser que los grupos de inmigrantes experimentaban considerable movilidad hacia arriba y hacia abajo durante varias generaciones. Las transiciones entre los distintos niveles de la gente del pueblo producían una estructura social turbulenta en la que las esperanzas de mayor progreso hacia arriba a veces cegaban a los miembros de los estratos medios para las posibilidades de la organización de clases.

No obstante, para el final del siglo, las asociaciones y organizaciones de base clasista se habían tornado crecientemente activas e importantes en la vida social y política de los porteños. Para la década de 1850, los trabajadores inmigrantes y nativos estaban fundando sociedades de ayuda mutua basándose en el modelo de las sociedades anarquistas de Europa. Para 1880 se habían formado varias pequeñas uniones, y la primera huelga registrada en la Argentina se produjo cuando no se atendieron las demandas de los impresores, de salarios más altos y jornadas más cortas. Las huelgas se difundieron durante la recesión de la década de 1890, y una paralizante huelga general en 1902 instó al gobierno a declarar el estado de sitio en Buenos Aires y varias otras provincias. La fundación del Partido Socialista en 1896 y de la Federación de Trabajadores de la Argentina en 1901, marcó la creciente organización y centralización del movimiento de los trabajadores. Entre tanto, la clase media, oprimida por la inflación y las recesiones de la década de 1890, y frustrada en sus esperanzas de un rol más activo en la vida política del país, se unió para formar el Partido Radical, dedicado a derribar del control de gobierno a la oligarquía. La promulgación por parte del Congreso del sufragio masculino universal y el voto secreto en 1912, señaló el fin del control de las elecciones por la oligarquía. Cuatro años más tarde, el candidato radical Hipólito Yrigoyen ganó la presidencia contra la estridente oposición de la elite porteña, que veía en él a otro demagogo al estilo de Rosas.

Para 1900, entonces, la ciudad de Buenos Aires estaba bien encaminada en el desarrollo del tipo de estructura clasista relacionada con las sociedades modernas, urbanizadas e industrializadas. En la vida de la capital sobrevivían aspectos de una sociedad anterior más tradicional, pero en comparación con las provincias del interior, y en verdad con la mayor parte de América latina, Buenos Aires crecía y evolucionaba con un ritmo arrollador. El interior, en contraste, había cambiado relativamente poco en cien años. Los caudillos habían sido derrotados y todas las provincias reconocían a Buenos Aires como líder del país, pero ellas todavía eran gobernadas por elites conservadoras tradicionales que no toleraban ningún cambio en las costumbres y los usos locales, y que debían

enfrentar pocas demandas de tales cambios. Más y más la capital se diferenciaba del resto del país, mostrando un parecido mayor a París o Nueva York que a Córdoba o Tucumán. La ciudad retrasada del período colonial había superado a sus competidoras. Buenos Aires entró en el siglo XX como la primera ciudad no sólo de la Argentina sino de toda América del Sur.

1. Este análisis tendrá sólo unas pocas notas dado que, como breve panorama de la historia de la ciudad, consiste casi enteramente en generalizaciones a las que se ha llegado después de varios años de lectura de fuentes secundarias, investigaciones en archivos, y conversaciones con historiadores argentinos y de otras nacionalidades. Aún debe escribirse una historia comprensiva del Buenos Aires del siglo XIX, aunque dos libros de James Scobie fueron sumamente útiles en la preparación de este capítulo: *Argentina: A City and a Nation* (Nueva York, 1971) y *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910* (Nueva York, 1974). Leer el segundo libro junto con los capítulos 1-8 de Miguel Angel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871* (Buenos Aires, 1974) le da al lector una visión muy clara del ambiente físico y social de la ciudad. El Buenos Aires colonial está bien descrito en José Torre Revello, *La sociedad colonial* (Buenos Aires, 1970) y la obra clásica de Juan Agustín García, *La ciudad indiana* (Buenos Aires, 1900, reed., Buenos Aires, 1955). A los lectores que busquen más información sobre el Buenos Aires del siglo XIX se los remite a Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra* (Buenos Aires, 1972); Torcuato S. Di Tella y otros, *Argentina, sociedad de masas* (Buenos Aires, 1965), caps. 2-5; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, 1971), cap. 7; David Tiffenberg, *Luchas sociales en Argentina* (Buenos Aires, 1970); y los vols. 3-5 editados por Paidós titulados *Historia Argentina: Tulio Halperín Donghi, De la revolución de independencia a la confederación rosista* (Buenos Aires, 1972); Haydeé Gorostegui de Torres, *La organización nacional* (Buenos Aires, 1972) y Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *La república conservadora* (Buenos Aires, 1972). También se remite a los lectores a las buenas bibliografías de los dos libros de Scobie.
2. Para una introducción a la controversia, que aún tiene fuerza, sobre Rosas en la historiografía argentina, ver Clifton B. Kroeber, "Rosas and the Revision of Argentine History, 1880-1955", *Inter-American Review of Bibliography* 10 (enero-marzo de 1960): 3-25.
3. Para un excelente estudio de estas complejidades, ver las siguientes obras sobre otros países hispanoamericanos: para Guatemala, Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo* (San José, 1975); para México, Lyle McAlister, "Social Structure and Social Change in New Spain", *Hispanic American Historical Review* 43 (agosto de 1963): 349-70; para Perú, James Lockhart, *Spanish Perú, 1532-1560* (Madison, 1968); y para Uruguay, Lucía Sala de Tourón y otros, *Estructura económico-social de la colonia* (Montevideo, 1967).
4. Para un estudio estadístico de la elite de una ciudad colonial comparable en muchos aspectos con Buenos Aires, ver Stephanie Bower Blank, "Social Integration and Social Stability in a Colonial Spanish American City, Caracas

- (1595-1627)" (Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1971), Juan José Sebreli, *Apogeo y ocaso de los Anchorena* (Buenos Aires, 1974), es la historia de una de las más duraderas de las familias de elite de Buenos Aires.
5. Lyman L. Johnson, "The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1776, 1810" (Tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1974).
  6. Scobie, *Argentina*, p. 119.
  7. Cifras tomadas de Gallo y Cortés Conde, *La república conservadora*, pp. 166, 168.
  8. Esta cifra fue tomada de Scobie, *Buenos Aires*, pp. 216, 273.

### 3

## LA ESCLAVITUD Y EL COMERCIO DE ESCLAVOS

### EL COMERCIO EN BUENOS AIRES

El primer permiso real para importar esclavos en la región del Río de la Plata fue otorgado en 1534, dos años antes de la primera fundación de Buenos Aires.<sup>1</sup> Desde 1595, sin embargo, sólo 233 africanos habían sido importados a la ciudad, una cifra inadecuada para satisfacer la demanda local de trabajadores esclavos.<sup>2</sup> Respondiendo a los reiterados pedidos de esclavos adicionales por parte de los colonos, ese año la Corona otorgó un asiento, una concesión real, al esclavista portugués Pedro Gomes Reynel para traer anualmente 600 esclavos a Buenos Aires por un período de nueve años. Gomes Reynel demostró no ser capaz de la tarea, proporcionando sólo 2.252 esclavos a la gente de la ciudad, muy necesitada de fuerza laboral. Pero había muchos hombres dispuestos a intentar lo que Gomes Reynel no había logrado, y se otorgó un nuevo asiento a otro comerciante portugués en 1602.<sup>3</sup>

El sistema de otorgar asientos a individuos seleccionados era parte de la política mercantilista española consistente en mantener un ajustado control sobre toda la actividad económica en el Nuevo Mundo, en especial en el comercio. La Corona emitió una serie de estos permisos durante el siglo XVII, pero sus esfuerzos por supervisar y limitar el comercio de esclavos fracasó espectacularmente. El contrabando de todo tipo de mercadería predominaba en el Río de la Plata durante el período colonial y el comercio de esclavos no era una excepción. La implicación de los funcionarios oficiales en el contrabando de esclavos era un escándalo frecuente: la primera instancia informada de esclavitud ilegal en la Argentina implicó al obispo de Tucumán, que en 1585 fue sorprendido importando africanos desde Brasil sin permiso.<sup>4</sup> Si bien fueron confiscados los esclavos del obispo, éste continuó su operación de contrabando hasta 1602, cuando

intervino directamente el rey para acusarlo de sobornar a los principales funcionarios del puerto de Buenos Aires.<sup>5</sup>

Se produjeron otras irregularidades que sólo pudieron tener lugar con la connivencia de las autoridades. Una práctica común era que los esclavistas entraran en el puerto de Buenos Aires afirmando que su nave se había deteriorado en el mar y que necesitaban efectuar reparaciones antes de seguir viaje. Mientras reparaban las averías se desembarcaba la carga de esclavos, generalmente al amparo de la noche. Se los sacaba de la ciudad, y luego se los volvía a traer como "negros descaminados", negros que se han perdido en su camino. Entonces, tales esclavos podían venderse de una manera semilegal, a pesar del hecho de que no tenían ni licencia de importación ni documentos de entrada. Este desembarco subrepticio de una carga de gente, y su salida de la ciudad, sólo podían realizarse con la cooperación oficial. Tal cooperación se producía muy fácilmente: incluso durante la administración, de 1598 a 1609, del gobernador Hernandarias, un firme opositor del contrabando, más de 1.100 africanos fueron vendidos como descaminados. Además, este período cubrió varios años en los que no hubo permiso de importación de esclavos para nadie.<sup>6</sup>

La existencia de este comercio ilegal hace difícil determinar exactamente cuántos esclavos entraron en Buenos Aires durante el período colonial. Unas pocas estadísticas sugieren que el volumen del comercio legal escasamente podía compararse con el ilegal. De los 12.778 esclavos registrados como ingresados en Buenos Aires desde Brasil entre 1606 y 1625, sólo 288 lo hicieron bajo permiso real. 11.262 eran esclavos confiscados a contrabandistas y vendidos por la ciudad, y 1.228 más aparecen en los manifiestos de barcos a los que se les permitió descargar esclavos sin permiso.<sup>7</sup> Otra fuente informa que entre 1606 y 1625 se confiscaron 8.932 esclavos a contrabandistas, que fueron vendidos por las autoridades reales.<sup>8</sup> Y éstos eran solamente los esclavos que fueron aprehendidos; ¿cuántos más entraron en la ciudad sin ser detectados, sin dejar rastros en los registros reales? Sólo podemos conjeturar. Es cierto, sin embargo, que los 22.892 africanos registrados como ingresados en el puerto entre 1595 y 1680 forman sólo una fracción del verdadero número.<sup>9</sup>

Buenos Aires misma no tenía necesidad de la gran cantidad de esclavos traídos a ella durante el siglo XVII. Como era una pequeña ciudad con una economía basada en el comercio y cierta agricultura, no requería los tremendos flujos de fuerza laboral y esclava esenciales para las economías de plantación, de mano de obra intensiva, del Brasil y el Caribe. Pero la ciudad también servía como puerto de recepción para una enorme región interior, que incluía toda la Argentina central y septentrional, Paraguay, Chile y el Alto Perú, ahora conocido como Bolivia.<sup>10</sup> La mayoría de los africanos que llegaban a Buenos Aires, entonces, permanecían sólo por un breve período antes de continuar viaje por tierra hasta su destino final. El flujo de esclavos que abandonaba la ciudad era grande y constante, a veces incluso excediendo el número de los llegados. En 1616, el gobernador Hernandarias informó a la Corona que entre 1612 y 1615 los regis-

tros oficiales indicaban que 3.463 africanos habían llegado al puerto, y que 4.515 habían partido hacia el interior, un excedente de más de mil.<sup>11</sup> De los 9.970 esclavos traídos a Buenos Aires por la British South Sea Company entre 1715 y 1752, más de las tres cuartas partes fueron enviados al interior.<sup>12</sup>

Durante el siglo XVIII, la Corona trató de estimular y regularizar el comercio de esclavos otorgando asientos a compañías antes que a individuos. El primer permiso de este tipo fue otorgado en 1696 a la compañía Cacheu, portuguesa, también conocida como Compañía de Guinea. Molestos por la ineficiencia y la corrupción de la operación portuguesa, los españoles revocaron este permiso en 1701, y lo cedieron a la Compañía Francesa de Guinea, que demostró ser tan indiferente a las normas y regulaciones españolas como la compañía portuguesa. Cuando ya no pudo ignorarse la evidencia de que los franceses pasaban por alto las leyes aduaneras, la Corona decidió hacer un último intento con la British South Sea Company, que conservó el asiento desde 1715 hasta 1750. Los británicos eran tan decepcionantes como los portugueses y los franceses, y las operaciones de la compañía en el Río de la Plata se complicaron mucho en las dos oportunidades en que España y Gran Bretaña entraron en guerra durante este período.

Si bien las compañías francesa y británica trajeron a unos 14.000 esclavos a Buenos Aires entre 1700 y 1750, España concluyó que las ventajas de permitir que las compañías extranjeras operaran abiertamente en la región superaban en gran medida el valor de los esclavos introducidos. Los funcionarios reales seguían exhibiendo una alarmante disposición a aceptar sobornos de los contrabandistas: en 1716, el gobernador de Buenos Aires permitió que representantes de la South Sea Company vendieran esclavos y manufacturas (estas últimas ilegales) libres de impuesto a cambio de una comisión equivalente al 25 por ciento de las ganancias.<sup>13</sup> En 1750, hubo un retorno al sistema de otorgar asientos a individuos, pero en 1778 España finalmente reconoció el fracaso de esta política de exclusión y abrió las colonias a un comercio libre limitado, permitiendo que las naves españolas entraran sin inconvenientes a los puertos hispanoamericanos. Esta nueva libertad estimuló un tanto el comercio, pero el tráfico de esclavos entró en una fase de esplendor después de 1789 y 1791, cuando las regulaciones comerciales se liberalizaron más, abriendo los puertos coloniales a los comerciantes extranjeros. De los ciento veinticuatro buques esclavistas que llegaron a Buenos Aires entre 1740 y 1806, ciento nueve lo hicieron después de 1790.<sup>14</sup> El comercio posterior a 1790 siguió dominado por naves portuguesas y españolas, aunque las embarcaciones de bandera norteamericana formaron una minoría de creciente importancia en el tráfico del Río de la Plata.<sup>15</sup>

Una descripción de la mecánica del comercio de esclavos, fácilmente puede oscurecer el asunto que más nos interesa: la experiencia de los africanos y los afroargentinos que formaron la población negra de Buenos Aires. El dolor del primer paso en la experiencia, el de ser capturado en África y transportado al Nuevo Mundo, sólo puede transmitirse inadecua-

damente con palabras. El médico de una embarcación británica con rumbo a Buenos Aires en la década de 1740, describió las condiciones en que los africanos eran trasladados a la Argentina:

“Durante más de setenta días, tuve que levantarme a las cuatro de la mañana y bajar hasta donde se encontraban los esclavos, para ver los que habían muerto y auxiliar a los moribundos. Me vestía a las siete y suministraba remedios a más de cien lisiados o enfermos. A las diez, asistíamos a los blancos de la tripulación y atendíamos nuevamente a blancos y negros a las cuatro de la tarde.

A las seis, conducíamos los esclavos a sus lugares de descanso, previa revisión de toda su ropa, precaución, ésta, dictada por el temor de que tuviesen armas escondidas, cuchillos, clavos, etc. A las ocho de la noche, administrábamos los remedios indicados para esa hora y luego, a las doce, suministrábamos a los enfermos una pequeña dosis de agua medicinal. Sus indisposiciones requerían una vigilancia especial para evitar que bebieran mucha agua. La preparación y composición de los remedios llenaban gran parte de las horas restantes. Podría decirse, con toda verdad, que el señor Juan Abbot, primer cirujano, y yo, éramos esclavos de los esclavos. Ningún galeote trabajó más, remando, que nosotros, con el evidente disgusto de comprender que todo nuestro trabajo era vano.

La hidropesía fue enfermedad fatal. De cuatrocientos cincuenta y cinco esclavos, entre hombres y mujeres, sepultamos más de la mitad. La hidropesía se originó en individuos no acostumbrados al encierro, debido a la falta de ejercicios y a la reducida alimentación de porotos, arroz, etc. La enfermedad determinada por estas causas, hubiera hecho difícil su curación en tierra, a bordo resulta irremediable, acrecentando su gravedad, la aparición del escorbuto.”<sup>16</sup>

Otro factor que contribuía a la mortalidad en el Pasaje Medio, el viaje a través del Atlántico desde Africa hasta el Nuevo Mundo, era la condición en que los esclavos abordaban las naves en Africa. En una oportunidad, en 1804, cuando a una junta de médicos de Buenos Aires se le pidió que decidiera si se debía permitir que desembarcara una carga de africanos enfermos, uno de los médicos que había vivido en Mozambique recordó la manera en que los esclavos llegaban del interior: “Los negros llegan a la costa con todos los elementos de la enfermedad. Retenidos por grillos y bozales por muchos meses, bebiendo poco, comiendo raíces, frutos silvestres y toda sabandija, desfallecidos por el calor y las fatigas de las marchas, expuestos a todas las intemperies, llegan a Mozambique casi exhaustos”.<sup>17</sup>

Agregó que la resistencia a la enfermedad a menudo se debilitaba más por el hecho de que los negros se rehusaban a comer y a recuperar la fuerza en la ciudad portuaria, dado que muchos de ellos estaban convencidos de que los blancos deseaban engordarlos antes de comérselos. Otro de los médicos resumió brevemente el trauma sufrido por todos los negros traídos al Nuevo Mundo. “Criados a su albedrío”, observó, “son conquistados por sus semejantes y conducidos prisioneros hasta los puertos de

mar, experimentando en las travesías sed, hambre, encierro, mal trato y todo lo que es capaz de afligir el corazón humano, como dejar sus conocidos, su patria, su independencia, y privación de todos los objetos que lisonjeaban sus sentidos constitutivos de su felicidad.<sup>118</sup>

¿De qué áreas de Africa provenían los negros de Buenos Aires? El cuadro 3.1 es una compilación de datos de diversas fuentes que puede usarse para determinar los orígenes de los africanos de la ciudad. La primera columna contabiliza los esclavos importados en Buenos Aires directamente de Africa durante la segunda mitad del siglo XVIII. Esta tabla omite a otros 12.473 esclavos que entraron a la ciudad desde Brasil y cuyo exacto origen africano se desconoce. La segunda columna se refiere al lugar de nacimiento enumerado por 140 africanos reclutados en el ejército argentino durante las guerras de la independencia. Los registros de enrolamiento se hallaron en cinco tomos de documentos militares del período. La tercera columna da cuenta del lugar de nacimiento enumerado por 254 africanos contenido en una muestra de la población negra tomada del censo municipal de 1827, que se analiza en profundidad en el Capítulo 5.

Cuadro 3.1. Lugar de nacimiento de africanos residentes en la ciudad de Buenos Aires, c. 1750-1830. Tabulados de tres fuentes diferentes

	Importaciones de esclavos, 1742-1806	Reclutados africanos, 1810-20	Africanos enrolados en muestra censo municipal 1827
Africa Occidental	3.979	44	127
Congo y Angola	2.742	—	—
Congo	—	25	41
Angola	—	40	25
Africa del Sur	114	0	0
Africa Oriental	4.708	21	10
Lugar africano no especificado o desconocido	1.529	19	51
<b>Total</b>	<b>13.072</b>	<b>149</b>	<b>254</b>

*Fuentes: Columna 1: Elena F. Scheuss de Studer. La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII (es) (Buenos Aires, 1958), pp. 324-25. Columna 2: Archivo General de la Nación 3 59-1-1, 59-1-6, 59-2-1, 59-2-4, 59-2-7. Columna 3: Archivo General de la Nación, 10 23-5-5, 23-5-6.*

Los historiadores del Río de la Plata tradicionalmente han señalado Angola, el Congo y Mozambique como las fuentes de los esclavos de la

región. Es obvio que han subestimado la importancia de Africa Occidental. De los esclavos importados entre 1742 y 1806, los africanos occidentales constituían un tercio de los de origen conocido. Asimismo, también formaban un tercio de la muestra de africanos enrolados en los regimientos de Buenos Aires durante el período de la independencia, y constituyeron casi dos tercios de los africanos de lugar de nacimiento conocido documentados en el censo de 1827. Esta última cifra puede estar un tanto inflada debido a la tendencia del porteño a usar Guinea como sinónimo de Africa. Los africanos, independientemente de su lugar de nacimiento, a menudo eran considerados en Buenos Aires como "negros de Guinea". Sin embargo, es significativo que el nombre de una región del Africa Occidental haya sido usado de esta manera: aparentemente, los blancos de Buenos Aires habían tenido considerable contacto con esclavos procedentes de Africa Occidental.

Si bien había algún comercio directo entre Buenos Aires y Africa Occidental, parece ser que la mayoría de los africanos occidentales residentes en Buenos Aires habían llegado procedentes de Brasil. El puerto brasileño de Bahía recibió a millones de africanos occidentales durante el período colonial, muchos de los cuales eran enviados luego a Río de Janeiro. Desde allí seguían viaje a Uruguay y Buenos Aires.<sup>19</sup>

A las naves de esclavos que llegaban al Río de la Plata después de 1791 se les requería que atracaran primero en el puerto oriental de Montevideo para una inspección sanitaria. Allí desembarcaban algunos de los africanos, pero la mayoría seguía viaje a Buenos Aires, a un par de días de navegación a vela. Entonces eran desembarcados y enviados al mercado de esclavos, donde se los alojaba hasta que eran vendidos o enviados al interior. Su primera visión de Buenos Aires no podía ser tranquilizadora. Durante el curso del siglo XVIII, la ciudad tenía tres mercados de esclavos y el principal elemento que tenían en común los tres parece haber sido su extremada escualidez. El primero, que pertenecía a la Compañía Francesa de Guinea, estaba situado sobre la ribera levemente al sur de la ciudad, en lo que es ahora el Parque Lezama. El segundo, que pertenecía a los británicos, estaba ubicado en el norte de la ciudad, en el área de Retiro. Este mercado fue abandonado cuando concluyó el asiento británico, y para 1800 estaba en ruinas.<sup>20</sup> En 1791 el gobierno estableció un nuevo mercado en el área de la aduana real: los distintos comerciantes pagaban aranceles por el derecho de mantener allí a sus esclavos.

El municipio batalló durante todo el siglo XVIII para mantener al mercado de esclavos alejado del centro de la ciudad, y en especial lejos de las vecindades donde vivían las familias más acomodadas. Cuando los franceses abrieron el primer mercado, el municipio estipuló que estuviera ubicado al menos a un cuarto de legua de la ciudad. El municipio siguió imponiendo tales requerimientos a los esclavistas y la controversia llegó a un clímax en el período colonial tardío, cuando se expandieron tanto la ciudad como el comercio esclavista. En 1787 el intendente real propuso construir un nuevo mercado de esclavos en el solar del antiguo mercado

británico, un área que anteriormente había sido suburbana pero que era ahora parte de la ciudad. El Cabildo estaba encolerizado, y su descripción del mercado entonces existente sugiere cuán miserables eran sus condiciones. El municipio presentó varias objeciones a la propuesta del intendente, siendo una de ellas que el mercado de esclavos rebajaría el valor de las propiedades (“establecido en dicho paraje un asiento de esta naturaleza ninguno querrá comprar el terreno restante por la mala vecindad”), siendo la otra que el mercado planteaba una grave amenaza a la salud pública: “negros medios apestados, llenos de sarna, y escorbuto, y despidiendo de su cuerpo un fétido y pestilencial olor pueden con su vecindad inficionar la ciudad, mayormente cuando dicho terreno domina o supera la ciudad, y cae hacia la parte del Norte, que es el viento que generalmente reina.”<sup>21</sup> Si bien el nuevo mercado de esclavos no fue construido en la zona de Retiro, tampoco se lo erigió donde deseaba el Cabildo; se lo construyó en el complejo aduanero real, cerca de los muelles.

La oligarquía de la ciudad siguió intentando sacar el mercado de la ciudad. En 1799, el Consulado de Buenos Aires, una cámara de comercio semioficial, compuesta por los comerciantes principales de la ciudad, propuso que se construyera un nuevo mercado a unos 24 kilómetros a lo largo de la costa.<sup>22</sup> En 1803, el Cabildo protestó una práctica especialmente bárbara de los esclavistas, la de lanzar ciegamente a las calles de la ciudad a los esclavos no vendidos, desnudos, que no hablaban español y carecían de todo medio de sustento. La mayoría de estos esclavos repentinamente liberados no estaba en condiciones de defenderse por sí mismos, como lo evidenciaba el hecho de que no habían atraído a ningún comprador en una sociedad muy necesitada de fuerza laboral y en su mayoría morían en las calles poco después de ser “liberados”. El virrey corroboró las quejas del municipio y las envió al rey, aunque él parece haberse sentido más ofendido por la desnudez de los africanos que por su situación desesperada.<sup>23</sup> Nuevamente en 1809, un año antes de la revolución, el municipio elevó otra petición para que se sacara el mercado de la ciudad.<sup>24</sup>

## LA ESCLAVITUD EN LA ECONOMÍA DE LA CIUDAD

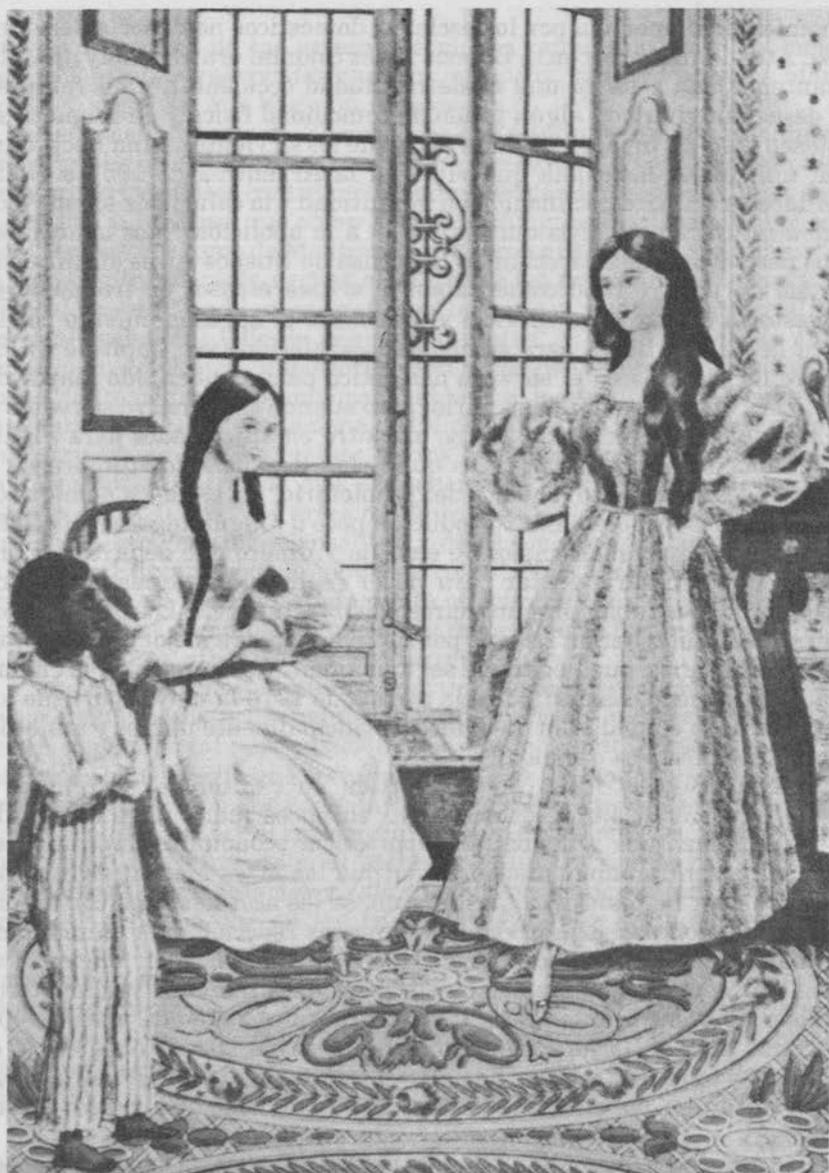
Si bien pocos porteños deseaban enfrentar las cargas de miseria humana que pasaban a través del mercado de esclavos menos aún hubiesen negado la importancia de esas cargas para el sostenimiento de la economía de la ciudad. El Buenos Aires colonial presenta el espectáculo de una sociedad sumamente dependiente de sus trabajadores esclavos. Cuando en 1787, el municipio protestó el plan del intendente de construir un nuevo mercado de esclavos en Retiro, éste reprochó a los miembros del Cabildo su miopía y conjuró la sombría perspectiva de una ciudad y su región interior, desprovistas de esclavos que se hicieran cargo de sus unidades de producción. Las grandes fincas, las *haciendas*, se tornarían yermas y salvajes, tanto por falta de hombres que las cultivaran como por la falta de herramientas y equipos necesarios, construidos y reparados por los esclavos artesanos. El

intendente advirtió que las proyectadas factorías para procesar carne que se enviaría al exterior, cuya construcción había comenzado recientemente, dependían casi por completo de la fuerza laboral esclava abundante, para la construcción y luego para la posterior operación de las instalaciones, una vez que estuvieran concretadas. Sabotear este proyecto privando a la ciudad de esclavos, sería sabotear el propio futuro económico de la elite.<sup>25</sup>

Si bien el Cabildo continuó su oposición al propuesto mercado, sus miembros nunca negaron la descripción por parte del intendente de la dependencia que la ciudad tenía de sus esclavos. Es correcto decir que si cada trabajador esclavo del Buenos Aires del 1800 hubiese desaparecido repentinamente, la actividad económica se hubiese detenido en una cuestión de horas. Los esclavos dominaban o formaban una parte importante de la fuerza laboral en una cantidad de ocupaciones. Probablemente fueran más visibles en el campo del servicio doméstico. Como en otras ciudades coloniales hispanoamericanas, ninguna familia que aspirara a una alta condición social en Buenos Aires, podía prescindir de su corte de sirvientes negros.<sup>26</sup> En los documentos de venta de esclavos, así como en los avisos de los periódicos, las capacidades atribuidas con mayor frecuencia a los esclavos que se vendían eran las tareas del hogar: cocina, lavado, planchado, costura y también "aptos para todo servicio doméstico". Los visitantes extranjeros que llegaban a Buenos Aires en ocasiones comentaban que esas capacidades domésticas eran una consideración estrictamente secundaria, ya que los sirvientes habían sido comprados esencialmente para la ostentación. Anthony King, un norteamericano que llegó a Buenos Aires en 1827 y pasó veinticuatro años en la Argentina, recordaba cómo ninguna argentina respetable hubiese pensado en ir a misa sin su criada negra para que le llevara la alfombra y la atendiera durante el servicio.<sup>27</sup> Varias pinturas del Buenos Aires de comienzos del siglo XIX, muestran precisamente esta escena; la serie de pinturas de León Pallière tituladas *Interior de un Templo* son representaciones especialmente vívidas de las matronas de Buenos Aires acompañadas por sus servidoras.<sup>28</sup>

Los intelectuales de la colonia tendían a concordar con los observadores extranjeros en que el número de esclavos empleados en el servicio doméstico era muy desproporcionado respecto de las necesidades de la ciudad. El primer periódico de Buenos Aires, *El Telégrafo Mercantil* publicó un editorial en 1802 atacando la práctica de mantener un gran personal de esclavos domésticos. Su oposición se basaba en dos razones: primero, que tener tantos esclavos de todas las edades y sexos que vivían juntos en espacios estrechos, era una invitación abierta al vicio y a la lascivia; segundo, que la fuerza laboral derrochada en servicio doméstico podía usarse más productivamente en ocupaciones como la agricultura o los oficios. Los editores proponían que no se permitiera a ninguna familia emplear a más de una pareja de esclavos casados como sirvientes.<sup>29</sup>

Aunque probablemente sea cierto que el personal de sirvientes de las familias porteñas de la elite era excesivo y fuera de proporción con las necesidades económicas inmediatas de la casa, la importancia de la función



Muchacho sirviente con sus amas, una de las cuales está tomando mate. La litografía fue hecha por el grabador suizo Hipólito Bacle hacia 1830, lo que sugiere que el muchacho es casi seguramente un liberto (véase el Capítulo 4).

económica desempeñada por los esclavos domésticos no debería desatenderse. Atender una casa en el Buenos Aires colonial era algo muy distinto a mantener una casa en una moderna ciudad occidental, y las familias que deseaban vivir con algún grado de comodidad física y de limpieza se hubiesen visto en un aprieto sin la ayuda de los sirvientes. Lina Beck-Bernard, una mujer alsaciana que vivió en la Argentina de 1857 a 1862, recordaba la drástica declinación en la cantidad y la calidad de los sirvientes domésticos en los años que siguieron a la abolición.<sup>30</sup> Los editoriales de los periódicos que aparecían en la prensa de Buenos Aires durante las décadas de 1830 y 1850 comentaban la crítica escasez de trabajadores dispuestos a entrar en el servicio y proponían el aprisionamiento por la fuerza de negros libres para remediar la situación (ver Capítulo 4). El número de esclavos en el servicio doméstico puede haber sido mayor de cuanto era absolutamente necesario, pero cuando ese número se redujo y finalmente se eliminó, la ciudad se encontró en dificultades para seguir funcionando según la manera a la que había llegado a acostumbrarse.

Pero desde el punto de vista del propietario, los esclavos domésticos tenían un serio inconveniente: producían poco o ningún ingreso en efectivo. Es cierto, ahorraban gastos de energía y dinero que de otra manera hubiese sido necesario gastar para hacer realizar las tareas del hogar, pero ellos no generaban ningún ingreso visible, tangible. Los propietarios interesados en obtener un retorno por su inversión, era mejor que tuvieran esclavos artesanos, que llegaron a ser sumamente numerosos en la ciudad durante el período colonial. Para la década de 1770 la mayor parte de los artesanos de la ciudad eran no blancos: principalmente negros y mulatos, con algunos mestizos e indios.<sup>31</sup>

Cuando Buenos Aires fue convertida en capital del virreinato y abierta al comercio libre, los artesanos europeos fueron atraídos a ella por su incrementada actividad e importancia económica pero, una vez llegados, se sentían angustiados al ver que las artes mecánicas estaban dominadas por no blancos, y por lo tanto, se les acordaba una correspondiente condición social inferior. Los europeos reaccionaban tratando de eliminar a la gente de ascendencia africana e india de los oficios, o al menos de reducir su número. Los europeos del gremio de los zapateros trataban de prohibir que los esclavos lograran el rango de maestros (el nivel más alto de la jerarquía artesana, seguido por el jornalero y el aprendiz), y también trataban de impedir que los africanos y los afroargentinos votaran en las elecciones gremiales o que ocuparan cargos en los gremios.<sup>32</sup>

El censo de artesanos de 1778 en la ciudad, demuestra que los europeos lograron imponer una estructura racial discriminatoria en los oficios. Los hombres negros estaban significativamente subrepresentados en el nivel de maestro y sobrerrepresentados en los niveles de jornalero y aprendiz. También, los africanos y los afroargentinos estaban concentrados en las profesiones menos lucrativas: zapatería y sastrería. Aunque algunos lograban entrar en los campos más remunerativos de la carpintería y en el oficio de barbero los negros y mulatos tendían a ser consignados a los

niveles inferiores de las artesanías menos remunerativas. Los mejores empleos estaban reservados para los europeos, mientras que los blancos criollos ocupaban una posición intermedia.<sup>33</sup>

Pero los esfuerzos de los europeos por eliminar completamente a los afroargentinos de los oficios, tuvieron poco éxito. La participación en las artesanías manuales continuaron tan estrechamente relacionadas con la ascendencia africana que entre 1800 y 1805 figuras sociales de elite tanto de Buenos Aires como de Montevideo instaron al gobierno real a restringir aún más el número de negros a los que se les permitía el ingreso en los oficios, ya que "los blancos prefieren la miseria y la holgazanería antes de ir al trabajo al lado de negros y mulatos".<sup>34</sup> Un inglés de la ciudad observó en 1807 que, "superiores para empleos mecánicos y contrarios a éstos, tanto por orgullo como por indolencia, los españoles y criollos blanqueados dejan tales ocupaciones para sus paisanos más oscuros, que son industriosos en sus respectivos oficios" como la zapatería, la sastrería y la carpintería, entre los que él mencionó.<sup>35</sup> Otro inglés observó en la década de 1820 que "las artes mecánicas están limitadas a aquéllas que son absolutamente indispensables, y éstas son practicadas por españoles pobres de Europa o por la gente de color".<sup>36</sup> Los avisos de los periódicos de la década de 1820 reiteradamente ofrecían la compra y venta de artesanos esclavos, siendo las profesiones mencionadas con mayor frecuencia las de zapatero, albañil, sastre y herrero.<sup>37</sup>

Los esfuerzos por eliminar la participación negra de los oficios resultaron infructuosos principalmente porque era del interés de demasiada gente continuar tal participación. Los estudiosos de la esclavitud en las Américas han descrito una costumbre según la cual los amos alquilaban sus esclavos a otra gente que necesitaba sus servicios, recibiendo así un ingreso directo en efectivo por el trabajo del esclavo.<sup>38</sup> Tal empresa podía ser muy lucrativa, especialmente si el esclavo era un trabajador capacitado que podía obtener altos salarios. El alquiler se verificaba por mayor frecuencia en áreas urbanas que en las rurales, y era muy difundido en Buenos Aires. Un visitante de la ciudad de 1794, y otro de 1806, registraron impresiones muy análogas de este fenómeno, coincidiendo al decir que el alquiler de esclavos era tan común que había tenido el efecto de disuadir a los blancos de convertirse en artesanos, ya que el trabajo estaba dominado por los negros y mulatos, por ende era de condición muy baja. El visitante de 1806 describía el sistema:

El deseo de mantener en pie y sin trabajar un pequeño capital, ha sugerido la idea de emplearlo con preferencia en comprar esclavos y destinarlos a los oficios, para que con su trabajo recuperen algo más que el interés del fondo invertido en esta especulación; por semejante medio se han colmado [de esclavos] de estas gentes mercenarias todas las tiendas públicas, y han retraído por consiguiente los justos deseos de los ciudadanos pobres de aplicar a sus hijos a este género de industria.<sup>39</sup>

La lucratividad de esta clase de inversión significó que los esfuerzos de los artesanos europeos por cerrar los oficios a las castas (gente de

ascendencia racial mixta) estuvieron condenados al fracaso. Las autoridades reconocieron el despropósito de tratar de subvertir un sistema económico con el que se beneficiaba una gran proporción de la población blanca de la ciudad. En verdad, era un sistema que proporcionaba la única fuente de ingresos a mucha gente, en particular las mujeres solteras, cuyas propias oportunidades de empleo eran limitadas. La propiedad de un esclavo capacitado podía proporcionarles los medios para la automantenimiento, en un uso curioso de la palabra.<sup>40</sup>

Los abusos potenciales del alquiler eran varios. Un editorial de *El Telégrafo Mercantil* de 1802 atacaba a los numerosos propietarios de esclavos que se mantenían con lo que ganaban sus esclavos. El periódico informaba que muchos propietarios ni siquiera se molestaban en adiestrar a los africanos recién llegados en un oficio, y antes bien los enviaban directamente a mendigar por las calles. Muchos propietarios exigían salarios que los africanos sencillamente no eran capaces de ganar, y entonces dejaban a sus esclavos para que se las arreglaran solos.<sup>41</sup>

*El Telégrafo Mercantil* también señalaba otra área de problema, una que a menudo significaba una ventaja para los esclavos. El periódico insistía en que el sistema de alquiler daba a los esclavos demasiada libertad, dado que mientras entregaran a sus propietarios los salarios requeridos, a los amos les importaba poco cómo o dónde pasaban su tiempo los esclavos. Un alegato semejante se había hecho en un caso judicial de 1790, en el que a un joven esclavo se lo acusaba de violación. El tribunal observó que el esclavo era uno de esos que andaban libremente por la ciudad, y que "con tal que le entregaran una módica mensualidad a sus dueños, apenas conocían otra sujeción".<sup>42</sup> Aunque la defensa estableció que el esclavo nunca había violado a nadie, éste fue sentenciado a doscientos azotes y a seis años en la cárcel, tal vez para que sirviera como ejemplo a otros esclavos en cuanto a no abusar de la libertad relativa que les proporcionaba el sistema de alquiler. En 1822, el gobierno tomó otra medida para evitar que los esclavos aparecieran como libres en partes de la ciudad donde no se los conocía. En adelante, se exigía a los esclavos que llevaran en todo momento los papeles de registro que incluían el nombre de su propietario.<sup>43</sup>

La libertad que un esclavo podía lograr en las calles, apartado del control de su amo, era una ventaja importante del sistema de alquiler. Otra aún más grande era la posibilidad de que esta libertad en la calle, que sólo era parcial y que podía concluir a voluntad del amo, pudiera algún día convertirse en libertad completa y permanente. La legislación real y municipal limitaba las sumas que los esclavos debían entregar a sus amos; todo lo que obtenían por encima de esa suma, era de ellos y podían guardarlo o gastarlo como quisieran. La ley española también estipulaba que los esclavos tenían derecho a retener todo dinero que ganaran en su tiempo libre, que incluía los domingos, las fiestas religiosas, y las horas que tenían para sí después de haber satisfecho las demandas laborales de sus amos. Muchos esclavos usaban ese tiempo libre para hacer y vender artículos en la calle. Ninguna memoria de la vida en el

Buenos Aires de comienzos del siglo XIX, deja de mencionar a los vendedores callejeros negros, y las rimas y cantos con que pregonaban sus mercaderías.<sup>44</sup> Los vendedores negros monopolizaban el mercado en toda clase de productos, incluidos pasteles y empanadas, aceitunas preparadas, escobas y plumeros, velas y productos de lechería. Fuera esclavos no capacitados arrojados a la calle con orden de sus amos de producir un salario diario, o sirvientes domésticos que trabajaban en su tiempo libre para ganar dinero propio, los hombres y mujeres negros de Buenos Aires demostraban una obvia capacidad empresarial en sus pequeños negocios, una capacidad a la que las limitaciones legales y económicas impedían su plena realización.

Otras mujeres esclavas y libres ganaban dinero haciendo lavado. Las lavanderas negras formaban parte de la escena urbana como los vendedores callejeros negros. Siempre se las podía encontrar lavando y secando ropa a la orilla del río, y los niños bien, los hijos de las familias de elite de la ciudad, solían deleitarse en molestar a estas mujeres y en ensuciar con barro sus ropas recién lavadas. Impedidas por su condición social y legal de tomar represalia contra sus atormentadores, las lavanderas se limitaban a lanzar furiosos insultos a los jóvenes petimetres, lo que aparentemente era una fuente perenne de gran diversión para la gente de la ciudad.<sup>45</sup> Innecesario decirlo, trabajar todo el año a la orilla del río, húmeda y pantanosa, no era un modo saludable de ganarse la vida, y al menos un observador contemporáneo señaló la práctica de las lavanderas de llevar a sus hijos a trabajar con ellas, como una causa importante de la alta mortalidad infantil entre los afroargentinos.<sup>46</sup>

La gente negra y mulata también dominaba una variedad de otras ocupaciones. Casi todos los exterminadores de insectos de la ciudad eran negros, y según los relatos contemporáneos, rara vez carecían de empleo.<sup>47</sup> Hasta que la ciudad empezó a establecer un sistema de cañerías principales para el agua, en la década de 1870, el agua era vendida de puerta en puerta desde enormes carros; muchos de estos aguateros eran negros esclavos y libres.<sup>48</sup> Los hombres de color trabajaban como changadores, portadores de carga por la ciudad. Ellos hallaban la mayor parte de su empleo en los muelles, descargando equipaje y carga, y llevándolos hasta su destino.<sup>49</sup> Algunos hombres y mujeres negros y mulatos aprovechaban las pautas de consumo impuestas a la comunidad afroargentina por su pobreza, convirtiéndose en achuradoras, es decir, los que trabajaban en el matadero rescatando intestinos, pulmones, órganos y carne enferma de los animales matados. Los achuradores vendían entonces esa carne desechada a los negros, mulatos y blancos pobres que no podían permitirse nada mejor.<sup>50</sup> Los afroargentinos, de esta manera, le daban a la Argentina uno de sus platos favoritos, los chinchulines, intestinos trenzados y asados.

Los esclavos también participaban en otras dos áreas ocupacionales que tienden a ser pasadas por alto en los estudios tradicionales de los afroargentinos. La primera es la de la manufactura. Las panaderías, las primeras empresas de la región que emplearon técnicas de producción masiva, empleaban a muchos esclavos.<sup>51</sup> Para 1805 la panadería más



Un pastelero. Usa un plumero para mantener limpia su mercancía.  
Litografía de César Hipólito Bacle, c. 1830.

grande de Montevideo ocupaba a cuarenta esclavos, mientras que el censo de Buenos Aires de 1810 demuestra que al menos ocho panaderías empleaban a quince o más esclavos, a menudo en conjunto con trabajadores libres.<sup>52</sup> El censo de 1810 también presenta varias fábricas que producían muebles y otros ítems y que empleaban de cinco a quince esclavos. No eran factorías en el sentido del siglo XX, ni siquiera en el sentido de la Gran Bretaña del siglo XIX (en realidad eran más bien grandes talleres);

las fábricas representaban la fase de la pequeña industria en la industrialización, los primeros pasos hacia la producción racionalizada de bienes manufacturados en la colonia. El gobierno indicó la importancia de estos establecimientos en 1813, cuando reclutó esclavos para combatir a los españoles. Mientras a los propietarios de esclavos demésticos se les requería que contribuyeran con un tercio de sus varones adultos al Estado, a los propietarios de panaderías y fábricas se les requería que contribuyeran sólo con un quinto.<sup>53</sup>



Lavandera en camino al trabajo.  
Litografía de César Hipólito Bacle, c.1830

Aun después de que las guerras de la independencia redujeron la población de esclavos varones, éstos seguían formando un porcentaje significativo de los trabajadores industriales de la ciudad. El censo de 1827 indica al menos cuatro panaderías y tres fábricas que empleaban entre diez y veinte esclavos, y una fuente secundaria menciona una fábrica de peinetones que funcionaba en el período nacional temprano y que empleaba a 106 esclavos.<sup>54</sup> En junio de 1824, en un periódico de Buenos Aires se publicitó para la venta un establecimiento donde se manufacturaban sombreros que contaba con una fuerza laboral de veintiséis esclavos; al mes siguiente el mismo periódico publicitó la venta de una fábrica de sebo con un número no especificado de esclavos.<sup>55</sup> Si bien la fuerza laboral industrial de los esclavos recibió un fuerte golpe durante las guerras de la independencia, de ningún modo fue eliminada.

La segunda área ocupacional en la que participaban mucho los esclavos era la agricultura. Aparecían con frecuencia avisos en los periódicos que ofrecían la compra y venta de esclavos capacitados en el cuidado de caballos y en "faenas de campo". Un viajero del siglo XVIII que recorría la provincia informó que "todas estas haciendas están llenas de gauchos que no reciben ninguna paga, porque en lugar de emplear peones, los hacendados ricos sólo tienen capataces y esclavos".<sup>56</sup> Los libros de contaduría de muchas de las estancias mencionan trabajadores esclavos, y un establecimiento semilegendario de la frontera india del extremo sur de la provincia sólo contaba con trabajadores esclavos, incluidos los capataces.<sup>57</sup> Los capataces negros y mulatos aparecen con frecuencia en registros del período, e incluso los capataces esclavos no eran raros.<sup>58</sup>

La agricultura de Buenos Aires tenía poco en común con la agricultura tropical del Caribe, del Brasil o del sur de los Estados Unidos. El ganado y el trigo producidos en la provincia eran mucho menos intensivos en mano de obra que tales cosechas como el azúcar o el algodón, de modo que ningún esclavo de Buenos Aires tenía que trabajar en la escuadrilla del campo generalmente asociada con la esclavitud agrícola. En todo caso, los esclavos agrícolas del campo gozaban de libertades que los esclavos de la ciudad nunca experimentaban. Los esclavos rurales eran, por definición, jinetes que se movían con relativa libertad a través de la pampa despoblada y sin leyes. Dado que el trabajo agrícola argentino de ningún modo era tan socialmente denigrante como el trabajo de campo del Caribe o del Brasil, los negros y mulatos libres, los mestizos y los blancos trabajaban como peones asalariados junto a los esclavos, y las distinciones entre los esclavos y los libres se diluían un tanto en el proceso.<sup>59</sup> Varios historiadores consideran el trabajo agrícola y convertirse en gaucho como las experiencias más liberadoras que podía tener un esclavo argentino. Sin duda, ser un jinete de la pampa donde el alimento no había más que tomarlo, debió ser una de las formas de vida más libres e irrestrictas imaginables.<sup>60</sup>

Las autoridades coloniales tenían plena conciencia de la naturaleza ambigua de la esclavitud en el campo y pusieron en vigencia una legislación especial contra los "negros alzados", que huían a caballo para unirse

a las bandas vagabundas de gauchos delincuentes. Los propietarios que no informaban de la huida de un esclavo gaucho dentro de los tres días de producida, debían pagar veinte pesos, una suma muy alta, especialmente en el campo. Todo esclavo escapado que pasaba más de seis meses con tal pandilla, supuestamente era ejecutado de manera automática si se lo capturaba, aunque algunos eran deportados, en cambio, a colonias penales.<sup>61</sup> Estas penalidades eran mucho más rígidas que las que se aplicaban a los esclavos que escapaban de la ciudad, y reflejaban el temor de las autoridades a una población grande e incontrolable de negros cimarrones en el interior.

Sólo se puede concluir concordando con la descripción que hiciera el intendente de la dependencia que tenía Buenos Aires de los trabajadores esclavos. Esa dependencia era profunda, en el sentido de que la fuerza laboral esclava formaba la base de la pirámide laboral de la ciudad, el estrato inferior. El anterior panorama del trabajo realizado por los afroargentinos revela el proceso discriminatorio de selección de empleos que tenía lugar en el Buenos Aires de 1780-1850. Los empleos menos deseables, más degradantes, más insanos y peor pagados estaban reservados para los afroargentinos. Se permitía que los negros participaran en los oficios mecánicos sólo debido a la escasez de blancos dispuestos a entrar en los oficios, al hecho de que muchos propietarios confiaran en la ganancia de sus esclavos y a la condición social tradicionalmente baja del trabajo manual en la sociedad española e hispanoamericana.<sup>62</sup> Como los negros estaban destinados a las ocupaciones más despreciables, la baja condición ocupacional y la baja condición racial acordadas a los afroargentinos se reforzaban mutuamente en un círculo que se tornaba imposible de quebrar. Una consecuencia de este proceso fue que la estructura ocupacional de los afroargentinos libres tendía a ser idéntica a la de los esclavos. Cuando una lavandera ganaba su libertad, en verdad era raro que se elevara en la escala ocupacional. Aun cuando legalmente eran libres, los afroargentinos seguían sometidos a los constreñimientos de una sociedad que reservaba los mejores empleos para los blancos.

Muestras tomadas de los censos municipales de 1810 y 1827 proporcionan evidencia en apoyo de esta observación. (Ver Apéndice B para un análisis de estas muestras y la manera en que fueron tomadas). Lamentablemente, la conclusividad de esta evidencia está abierta al cuestionamiento debido al hecho de que a menudo los encargados de realizar el censo no registraban la ocupación de los individuos censados. En la muestra de 1810, el 76,7 por ciento de los blancos no tenía una ocupación catalogada, comparado con el 80,6 por ciento de los negros y mulatos libres y el 98,2 por ciento de los esclavos. En la muestra de 1827, el 71,9 por ciento de los blancos no tenía ninguna ocupación catalogada, comparado con el 85,0 por ciento de los negros y mulatos libres y el 86,4 por ciento de los esclavos. Muchos de los individuos sin ocupación informada eran niños y mujeres, quienes tendían a no tener ocupaciones formales aunque podían estar trabajando una jornada completa en distintas tareas. Otras personas no categorizadas probablemente fueran los servidores do-

mésticos, un grupo ocupacional grande en la ciudad que está subrepresentado sospechosamente en ambos censos.

Cuadro 3.2. Distribución ocupacional de una muestra del censo municipal de Buenos Aires en 1810\*

	Blancos	Negros y mulatos libres	Esclavos	Total
<i>Categoría ocupacional</i>				
Propietarios	2	0	0	2
Profesionales	38	1	0	39
Comercio	64	0	0	64
Pequeños agricultores	8	1	1	10
Artesanos	40	22	6	68
Semicalificados	43	6	4	53
No calificados	16	6	1	23
Inactivos	9	0	0	9
<b>Total</b>	<b>220</b>	<b>36</b>	<b>12</b>	<b>268</b>
<i>Ninguna ocupación catalogada</i>	724	150	644	1.518

*Fuente:* Muestra del autor del censo municipal de 1810 de Buenos Aires, analizado en el Apéndice B. Manuscrito del censo ubicado en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, [en adelante AGN], IX - 10-7-1.

\* Para una explicación de estas categorías ocupacionales, ver Apéndice A.

A pesar de los inconvenientes de los datos, una comparación de la distribución ocupacional de los grupos de blancos y no blancos en las muestras sugiere marcadamente la posición igualmente desventajosa de los negros y mulatos libres y esclavos. El cuadro 3.2 muestra que en 1810 las tres categorías de trabajadores manuales (artesanos, trabajadores semicalificados y no calificados) daban cuenta del 94,5 por ciento de todos los negros y mulatos libres que poseían ocupaciones catalogadas y el 91,7 por ciento de esclavos que tenían ocupaciones catalogadas. Esas tres categorías daban cuenta de sólo el 45,0 por ciento de los trabajadores blancos. Se advierte al lector que en el caso de los afroargentinos, estos porcentajes se basan en números absolutos muy pequeños. Sin embargo, la tendencia es clara: el 47,3 por ciento de los blancos estaba en las tres categorías ocupacionales superiores; sólo estaba una persona de color libre, y ni un solo esclavo.

Las cosas no habían mejorado mucho para los afroargentinos para 1827. El cuadro 3.3 muestra que las tres categorías mayores para los negros y mulatos libres y los esclavos seguían siendo aquellas relacionadas con el trabajo manual: artesanos, trabajadores no calificados y trabajadores semicalificados, en ese orden. De los afroargentinos libres, el 91,3 por ciento pertenecía a esas tres categorías, así como el 87,8 por ciento de los esclavos. Sólo pertenecían a ellas el 47,7 por ciento de los blancos. Estos tres porcentajes se aproximan mucho a los registrados en 1810. Entre los blancos, las categorías laborales más densamente representadas eran el comercio, los artesanos y los trabajadores semicalificados. Los trabajadores no calificados, la segunda categoría en orden de importancia entre los negros y mulatos, era quinta entre los blancos. La predominancia de los blancos en las categorías más alta de la muestra de 1810 se repitió en 1827; en verdad, el comercio era la categoría más grande para los blancos.

En suma, era raro el hombre de color que podía esperar elevarse por encima del nivel de un artesano moderadamente exitoso, así como era rara la mujer de color que pudiera esperar más de la vida que una cómoda posición como confiable ama de llaves. Si bien algunos ocasionales afroargentinos podían avanzar y experimentar considerable movilidad hacia

Cuadro 3.3. Distribución ocupacional de una muestra del censo municipal de Buenos Aires en 1827\*

	Blancos	Negros y mulatos libres	Esclavos	Total
<i>Categoría ocupacional</i>				
Propietarios	8	0	0	8
Profesionales	30	2	0	32
Comercio	125	2	1	128
Pequeños agricultores	15	1	4	20
Artesanos	92	34	14	140
Semicalificados	49	17	10	76
No calificados	26	33	12	71
Inactivos	8	3	0	11
<b>Total</b>	<b>353</b>	<b>92</b>	<b>41</b>	<b>486</b>
<i>Ninguna ocupación catalogada</i>				
	903	521	312	1.736

Fuente: Muestra del autor del censo municipal de Buenos Aires de 1827, analizado en el Apéndice B. El manuscrito del censo está en el AGN - X - 23-5-5 y 23-5-6.

\* Para una explicación de estas categorías ocupacionales ver el Apéndice A.

arriba después de ser liberados, la mayoría no lograba superar las barreras que mantenían a la comunidad en el nivel más bajo de la pirámide social y vocacional durante todo el período nacional temprano. El progreso más importante realizado por la masa de los afroargentinos en las primeras cuatro décadas después de la independencia sería la transición lenta de la esclavitud legal a la libertad legal. El Capítulo 4 habla de esa transición.

1. Elena F. Scheuss de Studer, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* (Buenos Aires, 1958), p. 87.
2. Nicolás Besio Moreno, *Buenos Aires: Estudio crítico de su población, 1536-1936* (Buenos Aires, 1939), p. 267.
3. José Torre Revello, *La sociedad colonial* (Buenos Aires, 1970), pp. 77-78.
4. Rolando Mellafe, *La introducción de la esclavitud negra en Chile* (Santiago, 1959), pp. 242-43.
5. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p. 17. El obispo también estuvo implicado en el contrabando de esclavos al Paraguay (Josefina Pla, *Hermano negro: La esclavitud en el Paraguay*, Madrid, 1972, p. 56).
6. Mellafe, *La introducción*, pp. 244-48.
7. Studer, *La trata de negros*, p. 102.
8. Torre Revello, *La sociedad colonial*, p. 79.
9. *Ibid.*, p. 81.
10. Mellafe, *La introducción*, p. 200, 252; Studer, *La trata de negros*, p. 237; William F. Sater, "The Black experience in Chile", en Robert Brent Toplin, comp., *Slavery and Race Relations in Latin America* (Westport, Conn., 1974), pp. 21-22; Félix A. Torres, "El comercio de esclavos en Córdoba, 1700-1731" (tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972), pp. 17-18; y Carlos Sempat Assadourian, *El tráfico de esclavos en Córdoba, de Angola a Potosí: Siglos XVI-XVII* (Córdoba, 1961).
11. Torre Revello, *La sociedad colonial*, p. 79.
12. Studer, *La trata de negros*, p. 236.
13. Ricardo Rodríguez Molas, "El negro en el Río de la Plata", *Polémica* 2 (mayo de 1970): 41.
14. Studer, *La trata de negros*, Tabla 15, "Buques negreros llegados al Río de la Plata desde 1792 hasta 1806".
15. Rodríguez Molas, "El negro", p. 43; Studer, *La trata de negros*, gráficos entre páginas 256 y 257; ver también Lucía Sala de Tourón y otros, *Estructura económico-social de la colonia* (Montevideo, 1967), pp. 29-30.
16. Citado en Rodríguez Molas, "El negro", p. 44; ver Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: A Census* (Madison, 1969), pp. 275-76, para un análisis de las tasas de mortalidad entre las tripulaciones y las cargas de buques negreros.
17. Lanuza, *Morenada*, p. 55.
18. *Ibid.*
19. Ildefonso Pereda Valdés, *El negro en el Uruguay, pasado y presente* (Montevideo, 1965), pp. 16-17; y Néstor Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), p. 173.

20. Emeric E. Vidal, *Picturesque Illustration of Buenos Aires and Montevideo* (Londres, 1820), p. 65.
21. *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, 88 vols. (en adelante, *Acuerdos*) (Buenos Aires, 1907-34) Ser. 3, Tomo 8, Libro 48, p. 390.
22. José Luis Molinari, "Los indios y negros durante las invasiones inglesas al Río de la Plata, en 1806 y 1807", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 34 (1963): 657-58.
23. Torre Revello, *La sociedad colonial*, pp. 89-90.
24. *Acuerdos*, Ser. 4, Tomo 3, Libro 64, pp. 447-48.
25. *Acuerdos*, Ser. 3, Tomo 8, Libro 48, p. 397.
26. Acerca del gran número de esclavos domésticos en la Lima colonial, ver Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Perú, 1684-1750* (Stanford, 1974), p. 100; para la Caracas colonial, ver Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (Caracas, 1967), p. 181.
27. J. Anthony King, *Veinticuatro años en la República Argentina* (Buenos Aires, 1921) p. 178.
28. Estas pinturas pueden verse en el Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.
29. *Telégrafo Mercantil*, 11 de julio de 1802.
30. Lina Beck-Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862* (Buenos Aires, 1935), p. 183.
31. Lyman L. Johnson, "The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1776-1810" (tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1974), pp. 9-10, y Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900) 1:74. Acerca de la importancia de los negros libres y esclavos como artesanos en otras ciudades norte y sudamericanas, ver Bowser, *The African Slave*, pp. 125-46; David W. Cohen y Jack P. Greene, comps., *Neither Slave nor Free: The Freedom of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 102-4; y Mary Catherine Karasch, "Slave Life in Río de Janeiro, 1805-1850" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1972), pp. 252, 412, 465-78.
32. Johnson, "Artisans of Buenos Aires", pp. 56-58.
33. *Ibid.*, cap. 5.
34. Rodríguez Molas, "El negro", p. 50; ver también Tourón y otros, *Estructura económico-social*, pp. 138-39.
35. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior* (Buenos Aires, 1921), p. 65.
36. Vidal, *Picturesque Illustrations*, pp. 13-14.
37. Ver, por ejemplo, la *Gaceta Mercantil* para el período 1824-30, o el estudio de Nelly Beatriz López sobre las ventas de esclavos en la ciudad de Córdoba, "La esclavitud en Córdoba, 1790-1853" (tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972).
38. Richard C. Wade, *Slavery in the Cities* (Londres, 1964), pp. 38-47; Bowser, *The African Slave*, p. 103; y Karasch, "Slave Life in Río de Janeiro", pp. 125-26, 134-36.
39. Rodríguez Molas, "El Negro", p. 50, y ver también Torre Revello, *La sociedad colonial*, pp. 87-88.
40. Johnson, "Artisans of Buenos Aires", p. 56.

41. *Telégrafo Mercantil*, 11 de julio de 1802. Para el caso de un esclavo angoleño que luchó contra tal amo y ganó, ver AGN, Registro 7, 1804, folio 257v.
42. Lanuza, *Morenada*, p. 39.
43. AGN-X-32-10-2, libro 5, folio 185.
44. Ver, por ejemplo, José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* (Buenos Aires, 1908), pp. 165-75, 176; Víctor Gálvez, "La raza africana en Buenos Aires" *Nueva Revista de Buenos Aires* 8 (1883): 252-53; y Ortiz Ode-rigo, *Aspectos de la cultura africana*, pp. 123-31.
45. W. H. Hudson, *Far Away and Long Ago* (Londres, 1951), pp. 97-98.
46. Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, trad. de Justo Maeso (Buenos Aires, 1958), p. 195.
47. Wilde, *Buenos Aires*, p. 176.
48. Torre Revello, *La sociedad colonial*, pp. 87-88.
49. Beck-Bernard, *Cinco años en la Conferencia Argentina*, p. 61.
50. Lanuza, *Morenada*, pp. 97-98; y Francisco L. Romay, *El barrio de Monserrat* (Buenos Aires, 1971), p. 64.
51. Tourón y otros, *Estructura económico-social*, pp. 56-57 y Johnson, "Artisans of Buenos Aires", p. 225.
52. Tourón y otros, *Estructura económico-social*, p. 56; y AGN-X-10-7-1.
53. Marta B. Goldberg de Flichman y Laura Beatriz Jany, "Algunos problemas referentes a la situación del esclavo en el Río de la Plata", en *IV Congreso Internacional de Historia de América*, 6 vols. (Buenos Aires, 1966), 4:65.
54. AGN-X-23-5-5, 23-5-6; y Lanuza, *Morenada*, pp. 97-98.
55. *Gaceta Mercantil*, 11 de junio de 1824; 1º de julio de 1824.
56. Ricardo Rodríguez Molas, "O negro na história argentina (1852-1900)", *Alfa* 4 (septiembre de 1963): 190.
57. Ver, por ejemplo, las cuentas coloniales de la estancia de Las Varas, AGN-IX-37-5-4; Rodríguez Molas, "El negro", pp. 50-51.
58. Rodríguez Molas, "El negro", p. 50; y Tourón y otros, *Estructura económico-social*, p. 143. Para un caso de 1831 de una mujer de Buenos Aires que obtuvo la exención al reclutamiento para su capataz negro, ver AGN-X-15-9-4.
59. Tulio Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period* (Londres, 1975), pp. 50-51.
60. Ver Ricardo Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho* (Buenos Aires, 1968), para un análisis del fenómeno del gaucho, cuyo modo de vida fue inmortalizado en el poema épico de José Hernández, *Martín Fierro* (primera edición publicada en Buenos Aires en 1872).
61. Bernardo Kordon, "La raza negra en el Río de la Plata". *Todo es Historia* 3 (1969), Suplemento 7, pp. 7-9, y Ricardo Rodríguez Molas, *La música y danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, 1957), pp. 4-6.
62. Para un análisis de bajo prestigio del trabajo manual en las sociedades hispánicas, ver James Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910* (Nueva York, 1974), pp. 218-20. Ver también Emiliano Endrek, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), pp. 69-74.

## 4

# LA TRANSICION DE LA ESCLAVITUD A LA LIBERTAD

## LAS CONDICIONES DE LA LIBERTAD EN EL PERIODO COLONIAL

El derecho y las costumbres españolas atemperaban las asperezas de la esclavitud otorgando a los esclavos un número de derechos, el más importante de los cuales era la oportunidad de ganarse la libertad. Las *Siete Partidas*, la codificación del siglo XIII del derecho español realizada por el rey Alfonso el Sabio, enumeraba una variedad de modos por los cuales los esclavos podían escapar de la esclavitud. Para citar sólo unos pocos, si un amo hacía del esclavo el tutor de sus hijos, el esclavo tenía derecho a la libertad. Si un esclavo se casaba con una persona libre con conocimiento y consentimiento del amo, el esclavo era libre. Si el esclavo aparecía como heredero del amo en el testamento de éste, era libre. Toda esclava obligada a la prostitución por su amo tenía derecho a la libertad.<sup>1</sup>

Sin embargo, tales bondades legales rara vez eran observadas en el Nuevo Mundo, y pocos esclavos obtenían la libertad explotando esos estatutos poco conocidos. En líneas generales, en el período colonial, los esclavos compraban su libertad con dinero en efectivo o servicios, o la recibían como una dote directa de su propietario. La investigación sobre las manumisiones —la libertad de esclavos— en Perú y México coloniales, ha demostrado que eran más los esclavos que compraban su libertad que los que la recibían como una dote de sus amos,<sup>2</sup> y otro tanto sucedía en Buenos Aires. Un estudio de las manumisiones en la ciudad entre 1776 y 1810 demostró que menos de un tercio de los esclavos liberados durante ese período recibieron directamente su libertad: el 59,8 por ciento de las manumisiones implicaban pago en efectivo, y un 10,9 por ciento adicional requería que la persona liberada satisficiera diversas condiciones (generalmente, promesas de futuro servicio) establecidas por el ex amo.<sup>3</sup>

Otro mecanismo por el cual los esclavos hispanoamericanos podían obtener la libertad era el servicio heroico prestado al Estado, generalmente en la lucha contra invasores extranjeros. Después de las invasiones inglesas en Buenos Aires en 1806 y 1807 el municipio otorgó libertad a un número de esclavos, aunque el Cabildo renegó de su promesa original de liberar a todos los esclavos que se habían distinguido en la lucha contra los ingleses.<sup>4</sup> Este ofrecimiento, efectuado en el clima de pánico de las semanas que precedieron a la segunda invasión, fue luego reducido a una lotería por la cual se liberó a 22 de los 688 esclavos que habían combatido a los británicos. El gobierno real y un número de blancos oficiales de la milicia apostaron dinero para liberar a otros 48, también elegidos mediante lotería, haciendo un total de 70, el 10 por ciento de los esclavos que habían participado en la lucha.<sup>5</sup> El Cabildo también resolvió comprar la libertad de todos los esclavos lisiados o mutilados y pagarles una pensión vitalicia de seis pesos por mes, pero no es claro si se realizó nunca ese magnánimo proyecto.<sup>6</sup> Otros casos de esclavos que obtuvieron la libertad mediante el servicio extraordinario prestado al Estado se verificaron en 1812, cuando un esclavo de nombre Ventura fue liberado otorgándosele una pensión por haber informado a las autoridades de una conspiración contrarrevolucionaria conducida por Martín de Alzaga, y en 1813, cuando el Cabildo liberó a la hija del capitán negro libre Antonio Videla, después de la muerte de Videla en la lucha contra los españoles en Uruguay.<sup>7</sup>

Pero tales manumisiones eran raras y la mayoría de los esclavos adquirían su libertad por los medios más convencionales y menos riesgosos de comprarla o de persuadir a su propietario de que se la concediera. El estudio anteriormente citado acerca de las manumisiones en Buenos Aires entre 1776 y 1810 establece el número aproximado de tales liberaciones durante ese período en 1.500. El estudio también concluye que la tasa anual de manumisiones (porcentaje de la población esclava que obtenía su libertad cada año), se triplicó durante esos años, de 0,4 por ciento en 1776 a 1,3 por ciento de 1810.<sup>8</sup> Esta frecuencia creciente probablemente se debiera a la incrementada actividad comercial de la ciudad. Los estudios comparativos han descubierto que los períodos de expansión económica proporcionan mayores oportunidades para que los esclavos se ganen el dinero para comprar su libertad, y el Buenos Aires crecientemente próspero de 1801-10 parece haber seguido esa pauta.<sup>9</sup> El alto número de manumisiones en Buenos Aires probablemente también estuviera relacionado con el gran número de buques de esclavos que amarraban en la ciudad después de 1790, asegurando una continuada provisión de esclavos y tornando así a los propietarios más dispuestos a separarse de los antiguos, en especial si éstos se habían ganado la libertad con un buen servicio.

Sin embargo, el régimen esclavista de Buenos Aires corría poco peligro de extinguirse por la práctica de la manumisión. Eugenio Petit Muñoz reconoció la situación con triste exactitud cuando observó que el medio más frecuente por el cual los esclavos adquirían la libertad en Uruguay y Argentina coloniales era muriendo; sólo un porcentaje limitado de cada

generación de esclavos lograba adquirir ése, que es el máspreciado de todos los bienes, la libertad.<sup>10</sup>

Una muestra de 1 de cada 7 individuos de la población negra y mulata tomada del censo municipal de 1810, demostraba que para el último año del período colonial, el 22,6 por ciento de la población negra de la ciudad era libre. (Los datos de ese censo presentados en éste y en el capítulo siguiente fueron tomados de esa muestra.) Esta es una cifra intermedia en la escala de otros regímenes esclavistas de los siglos XVIII y XIX. La gente libre formaba el 59,7 por ciento de la población negra y mulata de Caracas desde 1783.<sup>11</sup> Para 1821, el 54,5 por ciento de la población de color del estado brasileño de Minas Gerais era libre.<sup>12</sup> Y para 1850, el 35 por ciento de la población afrocubana era libre.<sup>13</sup> Por otra parte, en la ciudad de Río de Janeiro, la gente libre formaba sólo el 7,7 por ciento de la población negra y mulata en 1808, y el 12,0 por ciento en 1849.<sup>14</sup> En ningún punto de la América del Sur de preguerra, la gente libre formaba más que el 9 por ciento de la población afroamericana.<sup>15</sup>

Las esclavas de Buenos Aires adquirían su libertad con mucho mayor frecuencia que los esclavos varones. Desde 1810, la proporción sexual en la población de esclavos era de 110,9 varones por cada 100 mujeres. La proporción sexual entre los esclavos manumitidos entre 1776 y 1810 era de 70,1 varones por cada 100 mujeres; en consecuencia la proporción entre la población de negros y mulatos libres de Buenos Aires, tal como se documenta en el censo de 1810, era de 97,9 varones por cada 100 mujeres.

Las poblaciones de esclavos y de negros y mulatos libres de la ciudad también exhibían considerables diferencias en la estructura de edad. Mientras el 13,4 por ciento de los esclavos tenía 40 años o más, el 28,9 por ciento de los libres pertenecía a ese grupo de edad. Esto producía una edad mediana de 20,9 para la población esclava y 27,0 para los libres. Esto probablemente refleje una tendencia, observada en otras sociedades esclavistas, a que los propietarios liberaran a los esclavos más ancianos que ya no servían y constituían una carga financiera.<sup>16</sup> Esta impresión se ve reforzada por el hecho de que los menores de 15 años formaban proporciones aproximadamente iguales de la población de esclavos y de la de libres, el 30,9 y el 28,3 por ciento, respectivamente. Así, la edad mediana más alta de la población libre se debe principalmente a la preponderancia de individuos de más de 40 años.

Es en el área de la raza donde se diferenciaban más marcadamente las poblaciones libre y esclava. Mientras los pardos componían sólo el 18,5 por ciento de la población esclava de raza conocida, formaban el 48,7 por ciento de todos los esclavos liberados entre 1776 y 1810 y el 21,1 por ciento de la población afroargentina libre residente en la ciudad en 1810. Para decirlo con otros términos, el 63,2 por ciento de los pardos de Buenos Aires en 1810 era libre; sólo el 13,3 por ciento de los morenos lo era. Obviamente, los afroargentinos de ancestro mixto eran mucho más afortunados en la carrera hacia la libertad de cuanto lo eran los afroargentinos de pura ascendencia africana. Estos datos son muy semejantes

a las cifras para Brasil y los Estados Unidos, lo que demuestra una tendencia, que abarcaba un hemisferio, a que los mulatos adquirieran la libertad con mayor frecuencia que los negros puros.<sup>17</sup> La razón principal para esto era que los mulatos eran casi siempre criollos, nativos de la sociedad, los que entendían mejor las costumbres y prácticas que los negros africanos nacidos en el extranjero. Así, los mulatos era más hábiles para reconocer y explotar las oportunidades legales, económicas y sociales para escapar a la esclavitud.<sup>18</sup> Además, el próximo capítulo demostrará que los afroargentinos de Buenos Aires tendían a aclarar su color con las generaciones. Los mulatos se beneficiaban del hecho de que sus padres o abuelos podían haber comprado ya su propia libertad décadas antes, lo que permitía que parte de la población de mulatos presente en 1810 hubiera nacido libre. Sin duda, el porcentaje de pardos con padres libres debió ser significativamente superior que el porcentaje de morenos con padres libres, aunque el censo no proporciona datos para probar este punto.

Pero incluso aquellos afroargentinos que nominalmente eran libres, nunca gozaban de la misma clase de libertad que era el derecho de nacimiento de toda persona blanca de Hispanoamérica. La legislación colonial imponía una larga serie de restricciones a la libertad de los negros y pardos libres, algunas de las cuales databan del uso legal español medieval, mientras otras eran nuevas limitaciones creadas como respuesta a las realidades del Nuevo Mundo. Estos controles, conocidos como el Régimen de castas, fueron instituidos para desacelerar o detener el proceso de mezcla racial en el Nuevo Mundo y reservar las más altas posiciones sociales y económicas de la sociedad para los blancos europeos y los nacidos en América. La legislación resultó notablemente infructífera para lograr el primer objetivo, pero tuvo mucho éxito en la realización del segundo. Sujetas a innumerables restricciones sobre su libertad, las castas—morenos, pardos, afroindios y mestizos; los indios eran una categoría racial separada regida por una legislación especial—adquirieron una condición legal a medias entre la de los blancos y la de los esclavos. Los afroargentinos de Buenos Aires, junto con los negros del resto del imperio, tenían prohibido portar armas, lucir cierto tipo de ropas tales como sedas, encaje o perlas, caminar por las calles de la ciudad después de la caída de la noche, tener cargos civiles, eclesiásticos o militares, comprar o vender alcohol, ser educados en las mismas escuelas que los blancos, y así en más, toda una lista que debió parecer *ad infinitum* para la gente que vivía bajo sus dictados.<sup>19</sup>

Uno de los aspectos más irritativos de este sistema era que un afroargentino nacido en el seno de una familia que había sido libre por generaciones, era el equivalente legal a un afroargentino que había adquirido su libertad el día anterior: ambos estaban en igual desventaja bajo el Régimen de castas. Tampoco una mezcla de ancestro blanco significaba ninguna diferencia legal. Según la doctrina española de la *limpieza de sangre*, las líneas de ascendencia manchadas con sangre “no limpia” (africana, árabe, judía e india) eran social y legalmente irredimibles. Así, incluso

en casos en que los afroargentinos podían declarar un ancestro europeo, en tanto mostraran obvia evidencia física de su herencia africana, seguían siendo parte de las castas y por lo tanto, de una condición legal diferente de la de sus parientes.<sup>20</sup>

Pero tal discriminación no era siempre fácil de poner en práctica, y las rigideces estatutarias del Régimen de castas adquirieron cierta flexibilidad cuando se lo puso en vigencia. La institucionalización del Régimen de castas varió considerablemente de una parte del Nuevo Mundo a la otra, adaptándose a las condiciones en diferentes partes del imperio. En Buenos Aires se pasaban por alto calladamente varios aspectos de esta legislación. Por ejemplo, a blancos y mulatos se les permitía, en general, comprar y vender licor, a pesar de las ocasionales protestas de parte del municipio, que alegaba que ello contribuía a la criminalidad y al carácter rebelde de los negros, y de los comerciantes blancos, a los que no les molestaba que los negros les compraran licor pero que no querían comerciantes de color que compitieran en las ventas.<sup>21</sup> Los morenos y mulatos libres estaban obligados legalmente a pagar un tributo anual a la Corona, en la forma de dinero o servicio. Si bien esta ley se ponía en vigencia en ciertas partes de las colonias, era ignorada en el Río de la Plata, como sucedía con el requisito de que los negros libres vivieran con una persona blanca que se hiciera responsable de su buena conducta.<sup>22</sup>

Otra manera de relajar las restricciones del sistema de castas era tornar más amplios los criterios raciales por los que se determinaba la pertenencia a las castas. Este es un fenómeno muy difícil de aislar, descubrir y describir, dado que una parte esencial del permiso para que los mulatos y mestizos asumieran la condición racial blanca era la destrucción de toda evidencia de su ancestro "no limpio". Este problema de la falsificación de los antecedentes raciales para escapar de la condición de casta, se tratará en detalle en el capítulo siguiente. Baste con decir por ahora que tal engaño tenía lugar en escala significativa en el Buenos Aires colonial.

Pero, en general, parece ser que el gobierno y la sociedad de la ciudad eran razonablemente concienzudos en la observancia de las leyes que negaban su libertad plena a los afroargentinos. Los morenos, mulatos y afroindios tenían prohibidas las escuelas de la ciudad y el servicio en el gobierno municipal, real y eclesiástico.<sup>23</sup> Los gremios artesanales prohibían a los no blancos el voto a los cargos en las organizaciones.<sup>24</sup> La libertad de reunión y de asociación de los negros libres estaba restringida por una serie de ordenanzas que prohibían los *candombes*, sus danzas callejeras.<sup>25</sup> En algunas áreas, los funcionarios de Buenos Aires se destacaban respecto del resto del imperio en su celo por poner en vigencia la legislación discriminatoria. Un decreto real de 1805 ordenaba que los blancos y otra gente "de distinguido origen" podía casarse con mujeres de casta con el permiso oficial del virrey o de la Audiencia, el tribunal real local. Al recibir el decreto, el virrey Sobremonte, de Buenos Aires, anunció que en ninguna circunstancia otorgaría él tal permiso.<sup>26</sup>

## EMANCIPACION: LA ESCLAVITUD TIENE UNA PROLONGADA MUERTE

Tal era la situación legal y social de los negros y mulatos del Buenos Aires colonial: en su mayoría estaban esclavizados, y las personas libres que había entre ellos gozaban sólo de una libertad parcial. Luego se produjo la revolución de 1810, y con ella nuevos pedidos para que se pusiera fin a la discriminación racial. En realidad, en el Río de la Plata tales ideas eran anteriores a la revolución. En 1801, *El Telégrafo Mercantil* había atacado al sistema de castas como un régimen irracional y contraproducente que “priva la Iglesia de Ministros, y Obreros Evangélicos, que pudieran ser sumamente útiles en otra providencia; las Artes y Ciencias de sabios Profesores; el Reyno de valientes y esforzados Soldados; y finalmente el estado y la Patria de ciudadanos que pudieran servirle de notable utilidad y esplendor”. Haciendo hincapié en el estado miserable en que se hallaban sumergidos los no blancos, el editor sostenía que la eliminación del sistema de castas, permitiría que éstos se elevaran de su nivel deprimido a una posición de igualdad con los blancos, “y quizá llegaría tiempo, en que viésemos regentar las Cátedras, y mandar un Ataque a aquellos mismos cuyos Abuelos fueron nuestros Esclavos...”<sup>27</sup>

Tales expresiones vivazmente optimistas era representativas de la corriente del pensamiento liberal del Iluminismo que entonces tenía fuerza en Buenos Aires. Tal como lo exponían pensadores porteños como Mariano Moreno, abogaba por el comercio libre, el derrocamiento del privilegio aristocrático (y, por extensión, de la legislación racialmente discriminatoria), ocasionalmente, la abolición de la esclavitud, aunque el acento liberal puesto en los derechos de la propiedad a menudo anulaba esto último. En realidad, poco después de que el Cabildo de Buenos Aires se hiciera cargo del poder del virrey, en 1810, iniciándose oficialmente la revolución argentina, resolvió que la abolición inmediata de la esclavitud era imposible: “No es posible extinguir de un golpe la esclavitud sin atacar lo sagrado de nuestras propiedades, y sin exponer la patria a graves peligros con la repentina emancipación de una raza que, educada en la servidumbre no usaría de la libertad sino en su daño...”<sup>28</sup> El mismo argumento fue empleado en un artículo periodístico de 1812 dirigido a los esclavos de la ciudad, que les informaba que “Vuestra apetecida libertad acaso no podrá decretarse en el momento como lo ansía la humanidad y la razón; porque por desgracia lucha en oposición con el derecho sagrado de la libertad individual [esto es, el derecho de los propietarios a poseer esclavos] y porque educados y envejecidos en el abatimiento y la servidumbre sois casi incapaces de conducirnos desde luego por vosotros mismos, sin que antes seais de algún modo preparados a esta repentina mutación.”<sup>29</sup>

Empleando esta doble justificación de los derechos de propiedad y de la supuesta incapacidad de los esclavos para arreglarse solos, los revolucionarios de la ciudad eludieron la abolición que nadie deseaba, salvo los afroargentinos. En cambio se ocuparon de dos procesos más graduales

para terminar con la esclavitud. El primero será descrito brevemente aquí; se lo analiza en detalle en el Capítulo 7. Enfrentado con la escasez de hombres elegibles para el servicio militar, el gobierno instituyó una serie de decretos de conscripción dirigidos directamente a la población esclava. Los esclavos se convertían en libres tan pronto como eran reclutados, aunque se les exigía que sirvieran por un período mínimo a cambio de su libertad. Entre 1813 y 1818, dos mil africanos y afroargentinos residentes en la provincia de Buenos Aires entraron en el ejército según ese programa.<sup>30</sup>

Los varones físicamente aptos eran los únicos miembros de la población esclava elegibles para obtener la libertad de esta manera, y por supuesto, los hijos de tales hombres seguían siendo esclavos, dado que la condición legal era transmitida por la madre antes que por el padre. Mucho más universal en su alcance, entonces fue la *Ley de libertad de vientres* de 1813. Muy semejante a leyes promulgadas en Chile, Venezuela, Paraguay y otros países hispanoamericanos, ese decreto disponía que todos los hijos nacidos de madres esclavas en la Argentina después del 31 de enero de 1813, eran libres, aunque su libertad estaba limitada a una serie de condiciones. Esos niños, conocidos como libertos, tenían la obligación de vivir en la casa del dueño de su madre hasta que se casaban o llegaban a la mayoría de edad (20 años para los varones, 16 para las mujeres), fuera lo que fuese lo que sucediera primero. Sólo en ese momento se tornaban absolutamente libres. Se les requería que sirvieran a su patrón, como designaba la ley al propietario de la madre, sin salario hasta los 15 años, después de lo cual debían recibir un peso por mes hasta que obtenían su libertad plena. El peso mensual era depositado en una cuenta que custodiaba la policía, y la suma acumulada se les entregaba cuando llegaban a la mayoría de edad. Posterior legislación estableció programas para proveer a los libertos de permisos de tierras y préstamos cuando llegaban a la mayoría de edad, para que pudieran convertirse en ciudadanos productivos del Estado.<sup>31</sup>

Además del decreto relativo a los libertos, a principios de 1813, los revolucionarios pusieron en vigencia una abolición total del comercio de humanos. Todo esclavo que entrara al país del extranjero, libremente u obligado por un comerciante o patrón, sería libre tan pronto como pisara suelo argentino.<sup>32</sup>

Estos fueron los esfuerzos iniciales, generados por la revolución argentina, por terminar con la esclavitud. Incluso como se la concibió originalmente, la libertad de vientres ofrecía notables semejanzas con el antiguo régimen esclavista. La ley permitía específicamente que se compraran y vendieran libertos casi exactamente como los esclavos. En teoría, era el derecho de patronato y el derecho a los servicios del liberto lo que cambiaba de manos, pero en la práctica era un ser humano al que se estaba vendiendo, a pesar del hecho de que éste pudiera ser teóricamente libre. Esta realidad era reconocida tácitamente por la legislación que establecía un procedimiento por el cual los libertos podían comprar su libertad antes de llegar a la mayoría de edad. En un intento por introducir un elemento

Cuadro 4.1. Hijos que vivían con y sin padres, de una muestra del centro municipal de Buenos Aires de 1827

	Blancos	Negros y mulatos	Total
Hijos que vivían con al menos un padre	340	164	504
Hijos que vivían sin padres	57	111	168
Total	397	275	672

*Fuente:* Muestra del autor del censo municipal de Buenos Aires de 1827, analizado en el Apéndice B; manuscrito del censo ubicado en el AGN - X - 23-5-5 y 23-5-6.

humano en este sistema, la ley también disponía que los hijos libertos no podían ser separados de sus madres hasta la edad de 2 años; después de esa edad se los podía vender aparte, y a menudo los vendían como lo revela una muestra del censo municipal de 1827.

El Cuadro 4.1. demuestra que hijos negros y mulatos de menos de 15 años (nacidos, por lo tanto, en 1813 o después), tenían mucho más que los blancos de la misma edad a vivir aparte respecto de sus padres. Para ponerlo en términos de porcentaje, el 85,6 de los hijos blancos vivían con uno o ambos padres; el 59,6 de los hijos afroargentinos vivían con uno o ambos padres. Dieciséis de los 275 hijos negros y mulatos aparecían como esclavos en el censo, a pesar del hecho de que según las leyes de 1813, ellos debían ser libres.

En el sistema confederado de la Argentina, la vigencia de las leyes de los libertos podían variar, y variaban considerablemente de una provincia a otra. En Mendoza, por ejemplo, la mayoría de edad para los libertos fue elevada a los 25 años, y los casos de propietarios que retenían ilegalmente los servicios de libertos más allá de esa edad no eran desconocidos.<sup>33</sup> Parece haber sido más escrupulosa la observancia del decreto en Buenos Aires: cada uno de los casos que encontré en los archivos y donde los libertos hacían juicios por su libertad, resultaban favorablemente para el demandante, siempre que éste pudiera proveer la prueba necesaria de la fecha de nacimiento. El gobierno podía ser muy estricto en cuando a este punto: en 1831, a un afroargentino bautizado el 11 de abril de 1813, pero que en realidad había nacido el 19 de enero, se le negó la condición de liberto y se le requirió que siguiera sirviendo a su amo como esclavo.<sup>34</sup>

Una comparación de los datos de muestras de los censos municipales de 1810 y 1827 sugiere el impacto de la legislación sobre los libertos en los afroargentinos. Como se analizará en el Capítulo 5, las cifras de los

cuadros 4.2. y 4.3. representan muestras de esos dos censos, cuyos manuscritos se conservan sólo de manera incompleta. Por lo tanto, no se debe interpretar que representan cambios absolutos en la población negra durante esos 17 años, antes bien, se los debe entender como índices de las direcciones del cambio demográfico.

Ya se ha observado que en 1810, el final del período colonial, el 22,6 por ciento de la población afroargentina de la muestra era libre. Para 1827, el porcentaje se había casi triplicado, elevándose al 63,4 por ciento. Pero esta cifra es engañosa, dado que la población de 1827 incluía a los libertos nacidos después de 1812, todos los cuales estaban aún en esclavitud en 1827, aunque apuntando hacia la libertad final. Los jóvenes de 14 o menos años componían el 43,2 por ciento de la población negra y mulata libre. Por supuesto, no todos ellos eran libertos. Algunos eran hijos de madres libres y por lo tanto no tenían ninguna obligación hacia patrones o propietarios. Otros eran hijos a los que se les había comprado la libertad o a los que los amos habían otorgado la libertad, y también estaban exentos de las obligaciones de prestar servicios. Para determinar la can-

Cuadro 4.2. Condición legal de afroargentinos incluidos en una muestra del censo municipal de Buenos Aires de 1810

	Libre	Esclavo	Total
<i>Varones</i>	92	345	437
0-14	29	89	118
15-44	46	209	255
45-más	14	29	43
desconocido	3	18	21
<i>Mujeres</i>	94	311	405
0-14	21	92	113
15-44	44	186	230
45-más	19	23	42
desconocido	10	10	20
<i>Total</i>	186	656	842
0-14	50	181	231
15-44	90	395	485
45-más	33	52	85
desconocido	13	28	41

*Fuente:* Muestra del autor del censo municipal de Buenos Aires de 1810, analizado en el Apéndice B. Manuscrito del censo ubicado en el AGN-IX-10-7-1.

Cuadro 4.3. Condición legal de los afroargentinos incluidos en una muestra del censo municipal de Buenos Aires de 1827.

	Libre	Esclavo	Desconocido	Total
<i>Varones</i>	222	140	19	381
0-14	118	9	2	129
15-44	71	104	14	189
45-más	33	27	3	63
<i>Mujeres</i>	390	213	48	651
0-14	147	7	1	155
15-44	195	184	36	415
45-más	48	22	11	81
<i>Desconocido</i>	1	—	—	1
15-44	1	—	—	1
<i>Total</i>	613	353	67	1.033
0-14	265	16	3	284
15-44	267	288	50	605
45-más	81	49	14	144

Fuente: Ver cuadro 4.1.

tividad aproximada de hijos que eran libertos, calculé las proporciones hijo-mujer (número de hijos de 0 a 4 años por cada 1000 mujeres de entre 15 a 44 años) para las poblaciones de esclavos y de morenos y pardos libres en 1810. Se halló que la proporción para la población libre era de 1,31 veces la de la población esclava. En 1827, la proporción de mujeres afroargentinas de entre 15 a 44 años (edades de potencial alumbramiento) que eran libres era del 51,5 por ciento; las esclavas formaban el 48,5 por ciento. Multiplicando esa proporción de mujeres libres por 1,31 para establecer la misma relación entre los dos grupos correspondientes a 1810, hallamos que el 67,5 por ciento de los niños de color de menos de 15 años podía esperarse que fueran hijos de madres libres y por lo tanto, ellos mismos completamente libres, mientras que el 32,5 por ciento eran libertos que no podían obtener su libertad por otros dos a veinte años, según su edad en el momento del censo. Este cálculo sugiere que el 45,2 por ciento de la población negra y mulata municipal estaba aún en la servidumbre forzosa para 1827, mientras que el 54,8 por ciento de los afroargentinos de Buenos Aires gozaban de una libertad más o menos completa, casi 2,5 veces la proporción registrada en 1810.

El programa que permitía que los esclavos obtuvieran su libertad

mediante el servicio militar, a primera vista, parece haber tenido cierto éxito. En 1810, el 18,0 por ciento de los varones afroargentinos entre las edades de 15 y 44 años habían sido libres; para 1827, ese porcentaje se había más que doblado, a 40,6. Pero los hombres negros y mulatos habían pagado un precio cruel por esta libertad: en 1810, los varones de entre 15 y 44 años habían formado el 30,3 por ciento de la población afroargentina de la ciudad; para 1827, su número había descendido al 18,3 por ciento. La naturaleza incompleta de los dos censos impide un cálculo confiable de las cifras absolutas de la población, pero una comparación de las dos muestras sugiere una declinación marcada en la población masculina negra de entre 15 a 44 años, de entre el 10 y el 20 por ciento, entre 1810 y 1827. Volveremos a este punto en el Capítulo 5.

Las mujeres negras adultas adquirían la libertad en el período 1810-27 con mayor frecuencia que los hombres, a pesar del hecho de que no existía ningún programa especial o mecanismo por los cuales las mujeres pudieran adquirir la libertad. Como se mencionó anteriormente, en la muestra de 1827, el 51,5 por ciento de las mujeres negras de entre 15 y 44 años eran libres; en 1810, sólo el 21,4 por ciento de ese grupo de edad había sido libre. Podemos especular que, en un fenómeno análogo al que se verificó en los Estados Unidos durante y después de la revolución, los propietarios de esclavos estaban lo bastante conmovidos por la ideología libertaria para ver la contradicción en la continuada existencia de la esclavitud en una sociedad que luchaba por su libertad de una potencia colonialista.<sup>35</sup> Esta aparente disposición a manumitir a los afroargentinos que no tenían ningún derecho legal a la libertad, parece haberse enfriado en la década de 1830, como veremos muy pronto.

Así, el período que fue de 1810 a 1827 presenció una innegable mejora en la condición legal de los afroargentinos. En términos de ciertos indicadores socioeconómicos, los afroargentinos también progresaron. El cuadro 4.4. muestra que en 1810, el 82,9 por ciento de la población negra y mulata de la muestra vivía en hogares encabezados por blancos; para 1827, ese

Cuadro 4.4. Porcentaje de la población negra y mulata que vivía en unidades sociales controladas por blancos, de una muestra de los censos municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827.

	Familias	Hogares
1810	68,4% (N = 803)	82,9% (N = 543)
1827	51,5 (N = 1.031)	73,7 (N = 890)

Fuente: Ver cuadros 4.2. y 4.1.

porcentaje había descendido al 73,7 por ciento. Se efectuó un progreso mayor al nivel familiar: en 1810, el 68,4 por ciento de los afroargentinos de Buenos Aires vivían en familias encabezadas por blancos, pero para 1827 sólo el 51,5 por ciento estaban en esa categoría; como punto de comparación, en 1810, el 99,4 por ciento de la población blanca vivía en familias encabezadas por blancos. En 1827, la cifra era del 99,0 por ciento.\*

La creciente capacidad de la gente de color para formar su propio hogar y su unidad familiar parece fuertemente correlacionada con su evasión de la esclavitud. En verdad, al porcentaje de afroargentinos esclavizados y el porcentaje de afroargentinos que vivían con familias blancas son bastante aproximados en ambos censos. Parece obvio que cuando los negros y mulatos dejaban la esclavitud, inmediatamente formaban sus propias unidades familiares, contradiciendo las observaciones contemporáneas que alegaban una carencia de sentimiento familiar entre la población de color.<sup>36</sup>

El incremento de los hogares controlados por negros y mulatos pudo haber sido aún más sustancial de no ser por dos factores: la muerte de varones afroargentinos causada por las guerras de independencia, y la estructura ocupacional continuadamente perjudicada de la población de color. Como acabamos de ver, el censo de 1827 documenta un desequilibrio sexual entre los afroargentinos: predominaban mucho las mujeres, mientras que los varones superaban a las mujeres en 1810. Independientemente de su composición racial, los hogares de Buenos Aires eran encabezados de manera predominante por varones (68,9 por ciento de los hogares de la ciudad tenían jefes masculinos en 1810, 76,1 por ciento en 1827). La remoción de una gran proporción de la población masculina negra parece haber asestado un duro golpe a muchas familias que se esforzaban por formar su propio hogar. Entre los hogares afroargentinos, el 67,7 por ciento había sido encabezado por varones en 1810, una cifra que armonizaba con la de la ciudad en su conjunto; en 1827 el 56,8 por ciento de esos hogares tenían como jefes a varones. Que el número de los hogares negros y mulatos se hubiese incrementado entre 1810 y 1827 parece haberse debido a la decisión de las mujeres recién liberadas de la comunidad de establecer hogares independientes toda vez que podían. En un período en que el porcentaje de la población de color de la ciudad declinó del 29,5 por ciento al 19,5 por ciento, el porcentaje de hogares encabezados por afroargentinos se elevó ligeramente, del 4,8 al 5,5 por ciento.

Los cuadros 3.2. y 3.3., analizados en el capítulo previo, revelaron la concentración de trabajadores afroargentinos en los niveles inferiores de la pirámide ocupacional de la ciudad. El gobierno provincial era con-

\* "Hogar" se define acá en términos de vivienda: todos los individuos registrados por el censo como residentes en una unidad habitacional independiente son considerados como pertenecientes a ese hogar. "Familia" se define en términos de parentesco, esto es, núcleo familiar y aquellos parientes, esclavos, sirvientes, empleados o personas de relación indefinida registrados como viviendo con la familia.

cienzudo respecto de otorgarles su libertad a los libertos una vez que llegaban a la mayoría de edad, pero hacía poco más para ayudarlos a evadir su posición socioeconómica subordinada. Por ejemplo, no se hizo ningún intento de instituir los programas de cesión de tierras y de préstamos previstos por la original legislación de la "libertad de vientres", y que hubiese permitido que los afroargentinos se convirtieran en pequeños agricultores independientes. Al carecer de una base económica para comprar o aun alquilar casas propias, los jefes de familias negras y mulatas establecían viviendas independientes con mucho menor frecuencia que los jefes de familia blancos. Esto no era una cuestión de elección: la investigación acerca de los maestros artesanos negros libres, el segmento más próspero de la comunidad, ha demostrado que su proporción de propiedad de hogar era casi tan alta como la de los maestros artesanos blancos.<sup>37</sup> Toda vez que los afroargentinos podían permitirse convertirse en jefes de hogar, lo hacían. Lamentablemente, su posición en la economía de la sociedad rara vez les daba la oportunidad.

A pesar de sus muchos inconvenientes, la legislación relativa a los libertos permitía que más afroargentinos que nunca adquirieran la libertad. No tuvo tanto éxito la ley que abolía el comercio de esclavos. De hecho, continuó en efecto menos de un año. A principios de 1814, el gobierno revolucionario ordenó que todo esclavo que entrara a la Argentina desde Brasil, fuera devuelto a su propietario. Este decreto fue emitido en respuesta a protestas brasileñas respecto del número de esclavos que habían huido hacia el sur al enterarse de que allá podían obtener la libertad.<sup>38</sup> La abolición del comercio de esclavos se modificó más ese año, disponiendo que los esclavos que entraban en el país acompañando a sus amos como sirvientes domésticos no obtendrían su libertad. Esto generó tal tráfico de esclavos importados bajo ese rótulo que, en 1824, el gobierno provincial consideró necesario prohibir explícitamente la venta de domésticos traídos al país por extranjeros. Pero los ciudadanos de Buenos Aires, en especial aquellos pertenecientes a las familias de la elite, obtuvieron numerosos permisos especiales para traer esclavos al país para su propio servicio. Esto sucedía a pesar de la legislación de 1813 que prohibía el comercio, de un decreto ejecutivo del gobernador Las Heras de 1823 que declaraba que el comercio de humanos era un acto de piratería, y de un tratado de 1825 con Gran Bretaña para eliminar el tráfico de esclavos. Otra violación de la ley que generalmente pasaba impune era sacar esclavas embarazadas fuera del país, las que daban a luz niños que serían esclavos permanentes antes que libertos. La legislación promulgada en 1816, que prohibía esta práctica, rara vez era observada.<sup>39</sup>

Las escapatorias de la ley de 1813 están ampliamente ilustradas por algunos datos del censo de 1827. Ese censo incluía una pregunta con la que se indagaba cuánto tiempo habían residido los individuos en la provincia de Buenos Aires. Por las respuestas a esta pregunta, es posible calcular la fecha de entrada. Según mi muestra del censo, a partir de 1827, dos tercios de los africanos que habían entrado en la ciudad después de 1812 eran esclavos, una proporción más alta que entre los africanos

traídos a la ciudad durante los años del tráfico de esclavos anterior a 1813. Conviene ser cauto al interpretar estas cifras, debido al muy pequeño número de casos en la columna "1813-27". Sin embargo, demuestran que de ningún modo todos los negros que entraron en Buenos Aires después de 1813 automáticamente obtuvieron su libertad tan pronto como pisaron suelo argentino. La proporción de esclavos era aún más alta entre los africanos sin fecha de ingreso conocida. Este grupo puede haber incluido africanos traídos al país después de 1813, cuyos propietarios no desearon que los amparara la legislación del liberto y por lo tanto ocultaron la fecha de ingreso ante el encargado de realizar el censo.

Cuadro 4.5. Condición legal de los africanos por fecha de entrada en la provincia de Buenos Aires, de una muestra del censo municipal de Buenos Aires de 1827.

	1760-1812	1813-27	Desconocido	Total
Libres	56	12	16	84
Esclavos	79	23	36	138
Desconocidos	0	0	25	25
Total	135	35	77	247

Fuente: Ver cuadro 4.1.

Estos datos también demuestran que el comercio de esclavos declinó considerablemente en volumen después de 1812. Aun teniendo en cuenta los ingresos de comienzos de la década de 1820, la mano de obra traída a la ciudad no alcanzaba a satisfacer la demanda, y el gobierno se vio obligado a considerar nuevos métodos que permitieran a los esclavos entrar en el país sin violar abiertamente la legislación anterior, con la que tenía vinculaciones ideológicas, si no ya prácticas. La guerra con Brasil de 1825-28 proporcionó una oportunidad perfecta. En las condiciones de la guerra, Argentina autorizó a buques corsarios a luchar con la bandera argentina, capturar buques brasileños y vender el contenido de tales botines en Buenos Aires. Dado que Brasil continuaba desarrollando un próspero comercio esclavista en esa época, uno de los bienes más importantes capturados por los corsarios eran los africanos.

En marzo de 1827, el gobierno provincial dictó un conjunto de reglamentaciones para normalizar la venta de ese botín.<sup>40</sup> Recordando que según la ley de 1813, todo esclavo que pisara tierra argentina era libre,

el gobierno anunció que aquéllos que tenían la fortuna de ser capturados por buques argentinos eran libres también, aunque se trataba de una clase muy peculiar de libertad. Primero, todos los negros serían vendidos por los corsarios al gobierno por cincuenta pesos cada uno; al parecer, esto no satisfizo a los corsarios, dado que siete meses más tarde el gobierno elevó el precio a doscientos pesos.<sup>41</sup> Todos los hombres en condiciones de portar armas, serían enviados a servir en las fuerzas armadas por un período de cuatro años, después de los cuales quedarían libres. Los restantes hombres, mujeres y niños adquirirían condición de libertos, serían alquilados por el Estado a los patrones, y se les requeriría que sirvieran o por seis años o hasta la edad de 20 años, fuera lo que fuese lo que se verificara más tarde. La legislación posterior estableció variados términos de servicios, según la edad del liberto al entrar en el país.<sup>42</sup> El patrón le pagaba al gobierno un peso por mes por un liberto, sin duda un precio razonable en el mercado perpetuamente necesitado de trabajadores de la ciudad. También como los libertos podían ser comprados y vendidos como esclavos, sus patrones podían ganar con ellos. En abril de 1830, Federico Guittarde compró a una liberta, María, por cuatrocientos pesos, y tres meses más tarde la vendió a un nuevo patrón por setecientos pesos.<sup>43</sup>

Si bien esta legislación autorizaba a la policía a manejar la distribución de los libertos y el cobro de la renta, es obvio que ese procedimiento se violaba con frecuencia. Los archivos de la policía contienen numerosos documentos en los que los patrones registran haber recibido a sus libertos directamente de capitanes de corsarios, a veces pagando tanto como cuatrocientos pesos por ellos.<sup>44</sup> Toda distinción entre este sistema y el tráfico de esclavos es puramente académica, aunque es verdad que los libertos estaban obligados a servir sólo un tiempo limitado y así escapaban a la esclavitud probablemente permanente que les aguardaba en Brasil. O al menos uno espera que así fuera: en 1831, los registros de la policía de los libertos traídos al país por corsarios, de alguna manera se perdieron, y se solicitó a libertos y patrones que se presentaran juntos a la comisaría local para informar a la policía cuánto tiempo quedaba para el servicio del liberto y para redactar nuevos documentos. Si bien la policía buscó "un arbitrio que concilie los derechos del Patrono, y que trabaje a la vez los fraudes que éstos podrían hacer a los libertos", uno se pregunta cuántos libertos sirvieron años extras de trabajo forzado e impago debido a la pérdida de esas listas.<sup>45</sup>

Los africanos traídos a Buenos Aires por los corsarios al parecer eran insuficientes para proveer la demanda de mano de obra reclutada de la ciudad, y en 1831, el gobernador Juan Manuel de Rosas reabrió el comercio de servidores domésticos traídos al país por extranjeros, haciendo que fuera perfectamente legal que los vendieran a los argentinos como esclavos. Dos años más tarde se revocó ese decreto, aunque la ley que lo reemplazó disponía que todo el que traía a un negro que no podía demostrar su libertad, se convertía en el patrón de ese negro, que pasaba a ser su liberto.<sup>46</sup>

El tráfico de esclavos, que había sido terminantemente prohibido en 1813, por último comenzó a ceder en la década de 1830 bajo la presión británica. La firma del tratado angloargentino antiesclavista de 1840, parece haber marcado su terminación, aunque aún en 1853 una carga de cien africanos fue traída a la costa en la Patagonia por el corsario *Lavalleja*, los que fueron reclutados en el ejército o distribuidos como libertos bajo la legislación aún existente de 1827.<sup>47</sup>

Sólo restaba, entonces, abolir la esclavitud, un sistema legal que aún no había sido desechado oficialmente en la Argentina. La nunca ratificada Constitución de 1819 había contenido una cláusula de abolición, pero no fue hasta 1853 que la Constitución nacional anunció que "no hay esclavos en la Confederación Argentina; los pocos que hoy existen quedan libres desde la jura de esta Constitución".<sup>48</sup> Incluso en esa fecha tardía, Buenos Aires se las ingeniaba para preservar la existencia de su régimen esclavista: como ésta era la única provincia argentina que no se unió a la Confederación y no ratificó la Constitución, la esclavitud continuó allí hasta 1861, cuando la provincia finalmente se unió a la Confederación y se sometió a su Constitución. La Constitución provincial de Buenos Aires de 1854 prohibió el comercio de esclavos pero cuidadosamente se abstuvo de abolir la esclavitud.<sup>49</sup>

Sigue siendo una pregunta abierta cuántos fueron exactamente los esclavos liberados en Buenos Aires por la emancipación de 1861, aunque parece evidente que para entonces, la esclavitud en la ciudad era una institución moribunda. Para 1850, los avisos relativos a la venta de esclavos habían desaparecido por completo de los periódicos. El tratado antiesclavista de 1840 con Gran Bretaña parece haber cerrado efectivamente la entrada de esclavos del exterior. Si bien el censo municipal de 1855 no incluía en su cuestionario ninguna información sobre la raza, varias personas que realizaron el censo indagaron la raza por su propia iniciativa: los negros nacidos en el extranjero incluidos en este censo eran un grupo sumamente anciano, que tenía una edad media de 62,4 años.<sup>50</sup> Sin duda, los esclavos tan ancianos como éstos serían de poco beneficio económico para sus propietarios.

Dejando de lado la cuestión numérica, hay considerable duda acerca de que la emancipación se haya puesto nunca en vigencia. El artículo de la Constitución de 1853 que disponía la abolición, también dictaba el establecimiento de una comisión para reembolsar a los propietarios por sus esclavos liberados. Si bien tal comisión se estableció en la provincia de Santa Fe, donde los esclavos siguieron formando la espina dorsal de la fuerza laboral agrícola,<sup>51</sup> ninguna se creó en Buenos Aires, ni en la mayoría de las otras provincias. Dado que la Constitución también disponía que el Estado no podía expropiar ninguna propiedad sin indemnización previa, parece ser que los esclavos que quedaban en Buenos Aires en 1861 probablemente nunca recibieron los beneficios de la emancipación.<sup>52</sup> Leslie Rout resume muy bien la emancipación argentina cuando observa que en la Argentina nunca se abolió realmente la esclavitud: ésta murió sencillamente de vejez.<sup>53</sup>

## LIBRES AL FIN

Ya hemos descrito la libertad muy restringida que era la suerte de los pardos y morenos libres en el Buenos Aires colonial. ¿En qué medida la revolución argentina realizó la visión de *El Telégrafo Mercantil* de profesores y generales negros que rigieran los asuntos del país en una sociedad libre de restricciones raciales? El lector no se sorprenderá demasiado al saber que la visión siguió siendo una visión, con existencia sólo en el ámbito de la mente. Si bien la condición legal de los negros libres mejoró con la independencia, pasarían décadas antes de que los afroargentinos fueran los equivalentes legales de los euroargentinos. El análisis siguiente estará limitado a la primera mitad del siglo XIX, las cinco décadas de la revolución de 1810 y la ratificación en 1861 por parte de la provincia de Buenos Aires de la Constitución de 1853.

En cierta medida, la retórica antidiscriminatoria expresada durante las primeras etapas de la revolución probablemente fuera genuina, pero también tenía un obvio motivo ulterior: lograr el apoyo afroargentino para la lucha contra España. La forma de apoyo más inmediatamente necesaria era militar, y para alentar a los soldados de color en su lucha contra los españoles, el gobierno revolucionario utilizó un lenguaje inspirado e hizo algunas genuinas concesiones. En junio de 1810, la Junta Revolucionaria había elevado socialmente a soldados y oficiales indios a una posición de igualdad con los blancos. Las tropas pardas y morenas estaban justificadamente resentidas: en la milicia colonial ellos habían servido codo a codo con los indios en el batallón de castas. Ahora, repentinamente, los indios eran iguales a los blancos, mientras que los afroargentinos permanecían en una posición inferior. La Junta tomó conciencia de este resentimiento y respondió a él. En diciembre de 1810, en reconocimiento del desempeño sobresaliente de las tropas de pardos y morenos libres en la fuerza expedicionaria al Alto Perú, los oficiales y soldados afroargentinos fueron declarados iguales a blancos e indios, y a los oficiales de color entonces se les permitió que agregaran el apreciado *don* a su nombre, y a los soldados que se autodenominaran *distinguido*.<sup>54</sup> Unos pocos meses más tarde, Agustín Sosa, un mulato brasileño que había migrado a la Argentina elevándose al rango de teniente coronel en la milicia colonial, fue confirmado en ese rango por la junta, convirtiéndose así en el primer teniente coronel de color del ejército argentino.<sup>55</sup> La experiencia militar y los talentos de Sosa eran grandes, pero podemos especular que se ganó su promoción como un ejemplo para las tropas negras de cuánto podía elevarse un hombre de color en el nuevo ejército revolucionario. Cuando en octubre de 1811, el Sexto Regimiento de Pardos y Morenos fue elevado de la condición de milicia a una unidad de línea regular, con los correspondientes incrementos de jerarquía, paga y privilegios, la junta aprovechó la ocasión para publicitar su filosofía antidiscriminatoria: "El actual gobierno... debe dirigirse con preferencia hacia aquellos perjuicios que disminuyen la masa operante en la gran causa de nuestra libertad. Tal es en particular la degradación, a que la diferencia

accidental de color ha condenado hasta ahora una parte tan numerosa, como capaz de cualquiera empresa grande de nuestra población".<sup>56</sup>

En un comunicado de 1813 al gobierno de la provincia de Córdoba, el gobierno central de Buenos Aires analizaba la necesidad de convencer a las masas de que la revolución estaba verdaderamente dedicada a derrocar el Régimen de castas. El Gobierno Supremo ordenó a los cordobeses nombrar funcionarios civiles y militares únicamente sobre la base del talento y la capacidad, eligiendo candidatos que fueran administradores capaces "aunque su extracción y descendencia genealógica no sea la más acreditada". Todas sus políticas revolucionarias serían inútiles, "si los pueblos no experimentasen los buenos efectos de tales promesas hechas bajo la sombra del Gobierno", esto es, la promesa del fin de la discriminación.<sup>57</sup>

Según parece, los cordobeses hicieron exactamente lo opuesto, relevando de sus puestos a todos los oficiales de color cuando la compañía de milicia parda y morena de la provincia fue enviada a la guerra. Este fue un acertado pronóstico de lo que sucedería. En todo el período desde 1810 hasta 1850 los afroargentinos y africanos libres continuaron en grave desventaja, tanto oficial como no oficialmente. Una serie de leyes o prácticas discriminatorias que asumían la fuerza del derecho apartaron a los afroargentinos de la sociedad más grande. Casi no se tenía noticias de funcionarios civiles de color. Si bien muchos afroargentinos se elevaron al rango de oficiales en las fuerzas armadas, el paso entre coronel y general resultaba una barrera infranqueable, y el número de negros y mulatos que se convirtieron en oficiales de ningún modo era proporcional a su representación en el ejército (ver Capítulo 7). De 1810 a 1821, un hombre que había sido esclavo o hijo de esclavos, no tenía derecho al voto, como naturalmente sucedía con todas las mujeres de color. En 1821 se eliminó esta regla: los varones de color libres pudieron votar y tener cargos en la provincia siempre que satisficieran los necesarios requerimientos de propiedad, lo que sólo un pequeño porcentaje de afroargentinos podía hacer.<sup>58</sup>

En el área de educación, los afroargentinos gradualmente mejoraron su posición a medida que avanzaba el período nacional, pero la lucha por la igualdad fue larga y exasperante. Era especialmente difícil en la ciudad de Córdoba, donde los negros fueron admitidos por primera vez en las escuelas públicas en 1829, con una cuota de dos afroargentinos por año a los que se les permitía el ingreso en la escuela secundaria. Aun en 1852 a los afroargentinos se les prohibía oficialmente el ingreso en la Universidad de Córdoba, según normas que habían quedado inalteradas desde el período colonial.<sup>59</sup>

Las oportunidades educacionales eran sólo levemente mejores en Buenos Aires. No es claro en qué punto se abrieron a los pardos y morenos las escuelas públicas de la ciudad. Es cierto que cuando el gobierno autorizó la creación de sociedades de ayuda mutua negras en 1820, una de las obligaciones que impuso a las sociedades era el establecimiento y mantenimiento de escuelas para los hijos de los miembros, requerimiento que promovería un sistema escolar segregado en la ciudad.<sup>60</sup> Se sabe que la Sociedad de Beneficencia de la ciudad creó una escuela segregada para

estudiantes pardos y morenos hacia 1830, y en 1852 abrió dos escuelas segregadas más para niñas de color.<sup>61</sup> Estas dos escuelas de niñas siguieron funcionando hasta la década de 1860 conteniendo en su punto más alto, en la década de 1850, el 17 por ciento de las estudiantes femeninas de la ciudad.<sup>62</sup> Aunque para 1853 las escuelas de varones estaban abiertas para los estudiantes negros, la discriminación informal impedía que los afroargentinos ocuparan un puesto igual en ellas. *La Crónica* del 15 de julio de 1855, publicaba un artículo sobre el trato discriminatorio de negros en las escuelas públicas de Buenos Aires, a lo cual uno de los maestros acusados replicó que dado que los niños negros debían ganarse la vida como sirvientes domésticos, nunca podían asistir a las clases matinales, y era por esa razón que su desempeño en la escuela era tan malo. El rector de la Universidad de Buenos Aires expresó su pena de que aún ningún estudiante negro o mulato hubiese ingresado a tal Universidad, a lo cual agregó su profunda esperanza de poder tener pronto el placer de enseñarle a tales estudiantes.<sup>63</sup> Aún en 1880 ningún estudiante de color se había graduado en la Universidad.<sup>64</sup>

Una forma más sutil pero igualmente efectiva de discriminación era la suposición de la sociedad más grande, en general tácita pero ocasionalmente explícita, de que la población de color de la ciudad existía solamente para servir a los blancos. Esta suposición surge claramente en documentos oficiales tales como los informes anuales de las estadísticas demográficas realizadas por los sacerdotes parroquiales para el gobierno provincial, donde los nacimientos negros están registrados en una columna encabezada "morenos y gente de servicio".<sup>65</sup> Cuando los libertos comenzaron a obtener su libertad y Buenos Aires debió sufrir, en la década de 1830, una lógica escasez de servicio doméstico, aparecieron airados editoriales en los periódicos porteños que proponían la conscripción de la gente de color para el servicio doméstico. Un editorial de 1830 describía el melancólico cuadro de familias acomodadas que pedían a los afroargentinos que fueran a trabajar para ellos, ofreciéndoles notables salarios, y sin embargo no lograban encontrar ayuda. Los sirvientes "conocen la necesidad que hay de ellos, y dan la ley que quieren a los amos. Esto que es práctico en el día, demuestra la urgencia de tomar medidas análogas, que remedien en algún modo un mal tan sensible que afecta la delicadeza, consideraciones y respetos debidos a las clases de la sociedad".

Después de atacar a los afroargentinos por aprovechar injustamente las condiciones de gran demanda y de poca oferta del mercado, el editor sugería la promulgación de leyes para obligar a la gente de color a contratarse como sirvientes domésticos y para gobernar su conducta mientras estaban en el empleo.<sup>66</sup> Aparentemente, el editor no percibía ninguna discrepancia entre esta posición y el nombre de su periódico: *El mártir o libre*, y en ese mismo número aparecía un extenso himno a la libertad, "la voz sagrada que constituye la dignidad de hombre... ese don precioso".

Pero el gobierno no puso en vigencia tales leyes, y la escasez de ayuda se tornó aún más aguda. En octubre de 1853 *La Tribuna* presentó un artículo en dos partes acerca del problema, culpando al recientemente

derrotado dictador Rosas por la renuencia de los afroargentinos a entrar en el servicio:

“El servicio doméstico desde entonces se convirtió en un verdadero martirio; viciadas las buenas costumbres de la gente de color, fomentados en ella el lujo, la holgazanería y la licencia, las familias tienen que resignarse a tranzar con su libertinaje, o a desempeñar por sí mismas los diferentes quehaceres domésticos. Quince años de desorden y de desmoralización han corrompido completamente el servicio doméstico de Buenos Aires, en términos de ser más fácil hallar diez maestros de primeras letras que encarguen de la educación de un niño, que una sirvienta honrada y puntual que llene sus deberes conforme a las imposiciones de la ley”.<sup>67</sup>

El editor seguía proponiendo remedios considerablemente más duros que los sugeridos en 1830: proponía el establecimiento de una Casa de Corrección a la que debía enviarse a toda la gente arrestada por vagancia, delitos menores o que sencillamente mostrara “ciertas faltas que aún sean corregibles”. Allí se los adiestraría para el servicio doméstico y luego serían alquilados por la ciudad.<sup>68</sup>

De esa manera, *La Tribuna* sugería una violación claramente ilegal de los derechos civiles de la población afroargentina. Los individuos inocentes de todo crimen, excepto “ciertas faltas” serían obligados a ir a trabajar contra su voluntad. Aun más siniestro era el hecho de que el periódico igualara la ascendencia africana con la candidatura automática al servicio doméstico. Una base lógica análoga, aunque esta vez referida al servicio militar antes que al servicio doméstico, se empleó para justificar una serie de decretos de reclutamiento racialmente discriminatorios en las décadas de 1820 y 1830. Un edicto de 1831 que exigía el enrolamiento de libertos de 15 años en adelante, sostenía que los patronos naturalmente tenían derecho al servicio de sus libertos, ya que los libertos habían nacido para servir, pero que el Estado tenía un derecho aún más urgente. “Si los patronos son acreedores a disfrutar del servicio que ellos les prestan, el Estado no puede considerarse de peor condición, cuando la tierra que los ha distinguido [esto es, les ha dado libertad] llama indistintamente en su auxilio a todos al servicio”.<sup>69</sup>

Un mes más tarde el gobierno decidió que de hecho, el Estado no estaba llamando por igual a todos sus ciudadanos, sino que más bien llamaba con especial insistencia a los afroargentinos. “Este deber común a todos afecta muy especialmente a los pardos y morenos, que debiendo nacer esclavos por la condición de sus madres, han nacido libres por la generosidad de la Patria”.<sup>70</sup> Se emplearon justificaciones similares para un reclutamiento de negros libres en 1826 y para la formación de una milicia de esclavos en 1816.<sup>71</sup>

Un análisis de las limitaciones de la libertad de los afroargentinos no sería completo sin mencionar la legislación y la práctica que, si bien no racialmente discriminatorias, castigaban particularmente a los afroargentinos debido a su baja condición socioeconómica. El período de 1810 a

1860 vio un esfuerzo concertado de parte de las elites comercial y terrateniente de la provincia de Buenos Aires por lograr un control cada vez más completo sobre los sectores no pertenecientes a la elite de la sociedad, convirtiéndola de una masa de gente subempleada y vagabunda en un proletariado organizado y regimentado, unido y enraizado a sus talleres o estancias. Leyes progresivamente más rígidas que regían la vagancia, la necesidad de tener empleo, y el servicio militar, se combinaron con la explotación ilegal de obligar a la gente a contratos desventajosos o a términos abusivos del servicio militar, castigaron por igual a los blancos pobres, los mestizos, los indios y los negros y mulatos, y limitaron mucho su libertad para ir adonde querían cuando lo deseaban, de trabajar o no trabajar.<sup>72</sup> La triste ironía de este creciente control de la clase más baja por parte de la elite, era que era el resultado del fin de la esclavitud y el tráfico de esclavos, que habían eliminado una fuente de fuerza laboral fácilmente explotable apta para ser empleada de cualquier manera en que lo deseara el propietario. Los afroargentinos no pudieron ganar: en cuanto comenzaron la transición de la esclavitud a la libertad, vieron su libertad sitiada por las demandas sociales y económicas de la sociedad más grande, un sitio que no se levantaría casi hasta la finalización del siglo.

La historiadora española Nuria Sales de Bohigas sugiere un modelo de cinco etapas para el análisis del proceso de abolición de la esclavitud en Hispanoamérica.<sup>73</sup> La primera etapa es la del crecimiento prerrevolucionario del sentimiento abolicionista entre los liberales coloniales, que duró hasta 1810. La segunda es la etapa en que los gobiernos revolucionarios propusieron medidas enérgicas y abarcadoras para eliminar las estructuras coloniales del privilegio y la esclavitud. Este ardor inicial pronto se enfrió, sin embargo, y fue reemplazado por un enfoque más cauto y gradual ejemplificado por el concepto de la libertad de vientres. Hacia el final de las guerras de independencia, alrededor de 1820, se estableció una marcada reacción cuando las elites terratenientes y comerciales empezaron a enfrentar la realidad del fin de la esclavitud y del tráfico de esclavos. Enfrentando la perspectiva de perder sus fuerzas laborales reclutadas, los gobiernos hispanoamericanos empezaron a ignorar concretamente la anterior legislación antiesclavista, no poniéndola en vigencia o, como en Perú, repeliéndola. Luego, a partir de mediados de la década de 1820 hasta 1830, se ve un activo intento de prolongar la esclavitud y el servicio compulsivo renovando el tráfico de esclavos y reduciendo las libertades posrevolucionarias que gozaron temporariamente los negros y mulatos. Esta etapa se prolongó en todos los países hispanoamericanos hasta avanzada la segunda mitad del siglo, y grandes porciones de este sistema colonial resurrecto sobreviven más o menos intactas en diversas partes del continente.

Buenos Aires encaja perfectamente en el esquema de Bohigas. Ni significativamente mejor ni peor que el resto de las repúblicas hispanoamericanas, la ciudad ignoró de manera consistente los derechos de sus ciudadanos de color toda vez que ello era económica o políticamente con-

veniente, y otorgó concesiones sólo cuando creyó que tenía algo que ganar en la transacción.

Como parte de la celebración del quinto aniversario del día de la independencia en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1815, se erigieron cuatro estatuas en la plaza central de la ciudad: una representaba a las Américas recientemente libres, otra a Europa admirando la libertad de América, una tercera mostraba a Asia aún en cadenas, y una cuarta representaba a Africa con sus cadenas que acababan de romperse. La inscripción en la base de la estatua africana era un poema.

Africa hasta aquí lloró  
a sus hijos en prisiones  
que la crueldad aprobó.  
Su amargo llanto cesó  
desde que el americano  
con su libertad ufano,  
compasivo y generoso,  
prodigia este don precioso  
al infeliz africano.<sup>74</sup>

Estas congratulaciones que los porteños se autoconferían, eran prematuras e inmerecidas. El don de la libertad resultó no ser ningún don. La libertad era un bien como cualquier otro, retirado del mercado por sus propietarios para hacer subir su precio y luego adquirido muy caro por los afroargentinos en un plan en cuotas que se extendían por décadas.

1. Eugenio Petit Muñoz y otros, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, 2 vols. (Montevideo, 1948) 1:377-78.
2. Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Perú, 1684-1750* (Stanford, 1974), pp. 279-98; y Leslie B. Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), p. 91. En el caso de Bahía, en Brasil, el 47,7 por ciento de los esclavos liberados entre 1684 y 1745 pagaron por su libertad; aunque ese porcentaje varió considerablemente en el período de sesenta años. En la década de 1680, el 37 por ciento de los esclavos manumitidos pagaron por su libertad; para la década de 1740, lo hizo el 57 por ciento, un incremento que Schwartz relaciona con el aumento en los precios de los esclavos (Stuart Schwartz, "The Manumission of Slaves in Colonial Brazil: Bahía, 1658-1745", *Hispanic American Historical Review* 54, noviembre de 1974: 623-24).
3. Lyman I. Johnson, "La manumisión en el Buenos Aires colonial: Un análisis ampliado", *Desarrollo Económico* 17 (enero-marzo de 1978): 639.
4. *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, 88 vols. (Buenos Aires, 1907-34), Ser. 4, tomo 2, libro 61, p. 476.
5. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), pp. 65-66.
6. *Acuerdos*, Ser. 4, tomo 2, libro 62, pp. 694-695.

7. José Luis Lanuza, *Morenada*, pp. 56-57; y *Acuerdos*, Ser. 4, tomo 5, libro 69, pp. 592-94.
8. Johnson, "La manumisión en el Buenos Aires colonial", pp. 639-44.
9. David W. Cohen y Lack P. Greene, comps., *Neither Slave nor Free: The Free Man of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 7-9.
10. Petit Muñoz y otros, *La condición de los negros*, 1: 313.
11. Miguel Acosta Saignes y otros, "La vivienda de los pobres", en *Estudio de Caracas* (Caracas, 1967), vol. 2, libro 2, p. 64.
12. Cohen y Greene, comps., *Neither Slave nor Free*, p. 97.
13. *Ibíd.*, p. 316.
14. Mary Catherine Karasch, "Slave Life in Río de Janeiro, 1808-1850" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1972), pp. 10-16.
15. Ira Berlin, *Slaves without Masters: The Free Negro in the Antebellum South* (Nueva York, 1974), pp. 47, 137.
16. Karasch, "Slave Life", pp. 219-21; y Rout, *African Experience*, p. 88.
17. Cohen y Green, comps., *Neither Slave nor Free*, pp. 97, 318-19; y Berlin *Slaves without Masters*, pp. 177-78.
18. Lyman Johnson plantea este punto en su artículo "La manumisión de esclavos durante el Virreinato", *Desarrollo Económico* 16 (octubre-diciembre de 1976): 340.
19. Ver Rout, *African Experience*, pp. 126-60, para un análisis del Régimen. Ver también Magnus Mörner, *Race Mixture in the History of Latin America* (Boston, 1967), pp. 53-75.
20. Petit Muñoz y otros, *La condición de los negros*, 1:63-64.
21. José Torre Revello, *La sociedad colonial* (Buenos Aires, 1970), p. 80; Bernardo Kordon, "La raza negra en el Río de la Plata", *Todo es Historia* 3 (1969) Suplemento 7, p. 7; y Ricardo Rodríguez Molas, *La música y danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, 1957), pp. 6-7.
22. Petit Muñoz y otros, *La condición de los negros*, 1:337; Lucía Sala de Tourón y otros, *Estructura económico-social de la colonia* (Montevideo, 1967), pp. 90-91.
23. Elena F. Scheuss de Studer, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII* (Buenos Aires, 1958), p. 333; Torre Revello, *La sociedad colonial*, p. 98, y *Telégrafo Mercantil*, 27 de junio de 1801, pp. 1-3.
24. Lyman I. Johnson, "The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1776-1810" (Tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1974), pp. 79-80, 191-92.
25. Ver Capítulo 9.
26. Emiliano Endrek, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), p. 86.
27. *Telégrafo Mercantil*, 27 de junio de 1801, p. 3.
28. Alberto González Arzac, *Abolición de la esclavitud en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), p. 25.
29. Del *Grito del Sud*, 18 de agosto de 1812, citado en Marta B. Goldberg de Flichman y Laura Beatriz Jany, "Algunos problemas referentes a la situación

- del esclavo en el Río de la Plata". en *IV Congreso Interamericano de Historia de América* (Buenos Aires, 1966), 6:61.
30. Para las cifras, ver *Ibid.*, pp. 65-66.
  31. Para un análisis de la Libertad de vientres, ver González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, pp. 25-26, 73-74; José Luis Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República Argentina - Epoca independiente", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Ser. 2, 1 (1961): 150-52; y Orlando Carracedo, "El Régimen de castas, el trabajo y la Revolución de Mayo", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, 1960), 4:171-72. Para un estudio detallado del modo en que funcionó en Venezuela la libertad de vientres, ver John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854* (Westport, Conn., 1971).
  32. González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, p. 26.
  33. Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República", p. 151.
  34. AGN-X-33-1-2, libro 47, folio 13.
  35. Berlin, *Slaves without Masters*, pp. 86-103; y León F. Litwack, *North of Slavery, The Negro in the Free States, 1790-1860* (Chicago, 1961), pp. 6-14.
  36. Ver, por ejemplo, Lina Beck-Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1957-62*, trad. José Luis Busaniche (Buenos Aires, 1935), p. 184; y Emeric E. Vidal, *Picturesque Illustration of Buenos Ayres and Montevideo* (Londres, 1820), p. 73.
  37. Johnson, "The Artisans", p. 255.
  38. Ricardo Rodríguez Molas, "El negro en el Río de la Plata", *Polémica* 2 (mayo de 1970): 45
  39. González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, pp. 26-27.
  40. AGN-X-32-10-7, libro 19, folio 189.
  41. Carracedo, "El Régimen de castas", p. 174.
  42. González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, pp. 28-29.
  43. AGN-X-31-9-5.
  44. Ver, por ejemplo, la adquisición por parte de don Juan Miller del joven liberto Antonio directamente de los propietarios del corsario *Presidente* (AGN-X-32-10-7), libro 19, folio 173; la adquisición por parte de don Juan Couri de la liberta Isabel de la misma fuente (AGN-X-31-9-5); y la adquisición por parte de Federico Guittarde de la liberta María al Capitán del *Triunfo Argentino* (AGN-X-31-9-5). Ver también Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República", p. 153.
  45. AGN-X-33-1-2, libro 46, folio 90.
  46. Rodríguez Molas, "El negro", p. 45. El país vecino de la Argentina, Uruguay, empleó un insólito artificio legal para continuar el comercio de esclavos tras su abolición en 1830. La legislación de 1832 estableció un programa por el cual los "colonos" africanos eran traídos al Uruguay por parte de empresarios con permiso. Se requería que esos colonos tuvieran menos de dieciséis años, y sus transportadores debían presentar lotes divididos igualmente entre varones y mujeres. Al llegar a Uruguay, se les asignaba a patronos, como en la Argentina, a los que servían por un periodo de doce años. A los "colonos" se les cobraba doscientos dólares por el viaje, que eran pagados por el patrón y eran la justificación de los siguientes doce años de servicios no pagados. Los

- registros que perduran indican que fueron importados 635 africanos jóvenes en 1833 y 1834, según ese programa (AGN/Montevideo/, Sec. 3, libro 938, folios 1-2v).
47. Nuria Sales de Bohigas, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas* (Barcelona, 1974), p. 83.
  48. González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, p. 54.
  49. Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República", p. 159.
  50. Alfredo E. Lattes y Raúl Poczter, *Muestra del censo de la población de la ciudad de Buenos Aires de 1855* (Buenos Aires, 1968), p. 78.
  51. Ver la descripción que hace Lina Beck-Bernard de la declinación de la agricultura en Santa Fe después de la abolición, en *Cinco años en la Confederación*, pp. 177-78.
  52. González Arzac, *Abolición de la esclavitud*, p. 54, sostiene este punto.
  53. Rout, *African Experience*, p. 188.
  54. *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, 3 vols. (Buenos Aires, 1972), 1: 149-50; y M. F. Mansilla, *Páginas históricas* (Buenos Aires, 1890), pp. 365-66.
  55. *Tomas de razón de despachos militares, cédulas de premio, retiros, empleos civiles y eclesiásticos, donativos, etc. 1740-1821* (Buenos Aires, 1925), p. 864; y Adolfo Saldías, *Los números de línea del Ejército Argentino*, 2 vols. (Buenos Aires, 1912) 1: 201.
  56. *Gaceta de Buenos Aires, 1810-21*, ed. facs., 6 vols. (Buenos Aires, 1910-13) 1: 792-93.
  57. Endrek, *El mestizaje en Córdoba*, p. 84.
  58. Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República", p. 155.
  59. Endrek, *El mestizaje en Córdoba*, pp. 67-68.
  60. Ver capítulo 8.
  61. Ricardo Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", *Buenos Aires: Revista de Humanidades* 1 (setiembre de 1961): 119; y Rodríguez Molas, "El Negro", p. 49.
  62. *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires, 1857* (Buenos Aires, 1858), 2: 123; y *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1864* (Buenos Aires, 1866), 2: 182.
  63. Rodríguez Molas, "Negros libres", p. 118.
  64. "Tomás B. Platero", *La Broma*, Noviembre 4 de 1882, p. 1.
  65. AGN-X-27-7-4.
  66. "Servicio doméstico" *El Mártir o Libre*, 17 de julio de 1830, pp. 1-2.
  67. "La moral doméstica", *La Tribuna*, 27 de octubre de 1853, p. 2.
  68. "La moral doméstica - Casa de Corrección", *La Tribuna*, noviembre 8 de 1853, pp. 2-3.
  69. AGN-X-33-1-2, libro 46, folio 29.
  70. AGN-X-33-1-2, libro 46, folio 69.
  71. AGN-X-22-10-7, libro 18, folio 65; *Gaceta de Buenos Aires*, 4: 717-19.
  72. Este proceso está descrito en Ricardo Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho* (Buenos Aires, 1968); y Orlando Carracedo, "El régimen de castas".
  73. Bohigas, *Sobre esclavos*, pp. 129-30.
  74. Lanuza, *Morenada*, p. 70.



## 5

# COMO DESAPARECIERON LOS AFROARGENTINOS

La declinación y desaparición de la población negra y mulata de Buenos Aires es un acontecimiento notable de la historia argentina; incluso se califica como una de las notas al pie más curiosas de la historia demográfica del mundo. Los historiadores empezaron a comentar el fenómeno ya en la década de 1830, y ha seguido atrayendo la atención y suscitando intriga entre argentinos y extranjeros. La tensión y la intriga de ningún modo se limitan a los historiadores: incluso *The South American Handbook* de 1975, una comprensiva guía de viaje para el continente, incluía una breve nota sobre el problema. Al referirse a la población de la Argentina, los editores comentaban que "un curioso detalle de la composición racial es que hasta 1850, alrededor del 40 por ciento de la población de Buenos Aires era negra. Este elemento ha desaparecido por completo".<sup>1</sup> Y, como mencionáramos en el Capítulo 1, la revista norteamericana *Ebony* se intrigó lo bastante por la desaparición al punto que envió a una periodista a Buenos Aires a recoger material para una nota sobre el fenómeno. La desaparición podría desecharse como una curiosidad desacostumbrada pero insignificante de la historia mundial, de no ser que acontecimientos análogos se han verificado en otros países latinoamericanos. La población negra de Uruguay, vecino de la Argentina, ha disminuido significativamente durante la historia del país, descendiendo al 2,3 por ciento de la población nacional para 1954.<sup>2</sup> Declinaciones análogas se han producido en Chile, Paraguay, Perú y México, donde en la actualidad es raro ver gente de ascendencia africana.<sup>3</sup> Un tanto más sorprendente, países tan fuertemente afroamericanos como Cuba, Puerto Rico y Brasil, también han informado declinaciones proporcionales en sus poblaciones de color.<sup>4</sup> Así, el examen de la declinación de la comunidad afroargentina de Buenos Aires es pertinente para un entendimiento de una pauta que parece afectar a América latina en su conjunto.

El primer autor que comentó la declinación de los afroargentinos fue Woodbine Parish, un diplomático británico que se desempeñó en Buenos Aires de 1825 a 1832 y se convirtió en amigo íntimo del gobernador Rosas. La extensa obra de Parish, *Buenos Aires and the Provinces of the Río de la Plata*, apareció en 1839 y contenía varias páginas sobre la declinación demográfica de los negros. Uniendo a los afroargentinos, indios y mestizos bajo el rubro "gente de color", Parish observaba que según el censo de 1778, ellos componían un tercio de la población de la ciudad, mientras que para 1825 su representación se había reducido a sólo un cuarto. Señalando que esta casta no blanca estaba compuesta casi por completo por afroargentinos, explicaba su relativa declinación como debida a dos factores: la abolición del comercio esclavista en 1813, que concluyó el influjo de gente negra a la ciudad, y la alta tasa de mortalidad entre los afroargentinos. Citó el Registro Estadístico de la provincia para demostrar que los nacimientos de negros y mulatos entre 1822 y 1825 apenas excedían las muertes, lo que resultaría en una insignificante tasa de crecimiento, mientras que la población blanca regularmente gozaba de un alto excedente de nacimientos sobre las muertes. Parish concluía que estos factores, combinados con la continuada inmigración europea a la ciudad, tendría que resultar en una final extinción de la población de color.<sup>5</sup>

Este proceso aparentemente estaba bien avanzado para la década de 1860, según José Manuel Estrada, que escribió por entonces que "hoy casi no hay negros en Buenos Aires". Estrada aclaraba que no se refería a mulatos sino a gente de pura ascendencia africana, ya que luego decía que la mezcla de razas había producido "mejoras graduales" en la población negra y la desaparición de "el verdadero tipo de la raza etiópica"<sup>6</sup> Para 1883, Domingo F. Sarmiento pudo escribir que quedaba muy poca gente de color en la ciudad, y aventuraba la predicción de que en veinte años habría desaparecido por completo.<sup>7</sup> El censo nacional de 1895 informaba de la existencia de sólo 454 individuos "de raza africana" en un país de casi 4.000.000 de habitantes, induciendo a los que redactaron el informe del censo a concluir que "la cuestión de las razas, tan importante en los Estados Unidos, no existe pues en la República Argentina". Este informe culpaba de la desaparición de los afroargentinos a su participación en las guerras de la nación. Se los reclutaba en grandes números y "acabaron casi todos por morir en los campos de batalla, en los campamentos militares, o en el bien ganado retiro después de sus patrióticas luchas."<sup>8</sup> No obstante, cuando en 1905 la revista *Caras y Caretas* envió un periodista en busca de los remanentes de la población negra y mulata él pudo hallar una comunidad cuyas actividades sociales y progreso económico proveyeron de material y fotografías para un artículo sobre "La gente de color", aunque el tono del escrito era claramente elegíaco: "Poco a poco esta raza se extingue. Con la lentitud de los recios estragos, la negra raza de los hijos del sol camina hacia la muerte".<sup>9</sup> Artículos semejantes han aparecido en revistas argentinas aun en tiempos tan recientes como 1971.<sup>10</sup>

## LOS CENSOS

El cuadro 5.1 es un resumen de los resultados de ocho censos de Buenos Aires tomados entre 1778 y 1887. Revelan que los afroargentinos comprendían aproximadamente el 30 por ciento de la población de la ciudad de 1780 a 1810. Hubo entonces una gradual declinación al 25 por ciento en 1822 y al 20 por ciento en 1827. La década de 1830 presencia una aparente recuperación al 26 por ciento, seguida por una marcada caída durante el período de cincuenta años que concluyó en 1887. La declinación proporcional que se produjo durante esa media centuria es tan marcada que no puede sorprender que el grueso de las observaciones del siglo XIX relativas a la declinación de la comunidad procedieran de este período. Pero con demasiada facilidad se pasa por alto en esta comparación la historia narrada por las cifras reales de la población, cuyos números representan a los hombres, mujeres y niños presentes en la ciudad en los días del censo. Una comparación de los años para los cuales hay cifras completas de censo, 1778, 1822, 1836 y 1887, revela una pauta

Cuadro 5.1. Resultados de ocho censos de la ciudad de Buenos Aires, 1778-1887

Año	Blancos	Indios o mestizos	Afroargentinos	No especificados	Total	Porcentaje de afroargentinos <sup>a</sup>
1778	16.023	1.104	7.235	—	24.363	29,7
1806 <sup>b</sup>	15.078	347	6.650	3.329	25.404	30,1
1810	22.793	150	9.615	—	32.558	29,5
1822	40.616	1.115	13.685	—	55.416	24,7
1827 <sup>b</sup>	34.067	152	8.321	—	42.540	19,5
1836	42.445	—	14.906	6.684	63.035	26,0
1838 <sup>b</sup>	42.312	—	14.928	5.717	62.957	26,1
1887	425.370	—	8.005	—	433.375	1,8

Fuentes: 1778, José Luis Moreno, "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778". *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* 8 (Rosario, 1965): 151-70; 1806, Marta B. Goldberg, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo económico* 16 (abril-junio, 1976) 75-99; 1810, Goldberg, "La población negra"; 1822, Goldberg, "La población negra"; 1827, cifras proporcionadas por Karla Robinson; 1836, Goldberg, "La población negra"; 1838, Goldberg, "La población negra"; 1887, *Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1889) 2: 56-57.

<sup>a</sup> Columna calculada excluyendo la columna no especificada del total.

<sup>b</sup> Resultados incompletos.

de firme crecimiento entre 1778 y 1836, período durante el cual la población afroargentina de la ciudad más que se duplicó en su número. La declinación en números absolutos no se produjo hasta la segunda mitad del siglo. Incluso en términos absolutos, esta caída fue extraordinaria: la población de color de 1887 era el 53,7 por ciento de la población parda / morena de 1836. La comunidad afroargentina había declinado casi en un cincuenta por ciento, aunque aún seguía siendo más grande que la población de 1778.

El medio siglo entre 1838 y 1887 es obviamente crucial en el entendimiento de lo que sucedió con los afroargentinos, pero por una ironía de la historia, tampoco los censos de la ciudad de ese período (el censo municipal de 1855 y el censo nacional de 1869) registraban la raza como una categoría de información. Los censos de 1836 y 1838 también registraban muy poca información acerca de los habitantes de la ciudad: los únicos datos recogidos eran el nombre del jefe del hogar de cada unidad habitacional y número de personas blancas y de color que vivían en la casa. Así, es imposible obtener características de edad y de sexo de la población, los datos sobre las profesiones, o información otra que los meros totales. Si uno pretende utilizar los censos municipales para analizar la historia demográfica de la ciudad, debe remitirse a los censos anteriores de 1806-7, 1810 y 1827. No sobreviven las hojas originales del censo de 1822, aunque se dispone de los totales publicados.<sup>11</sup>

Para los fines de este estudio, se tomaron muestras estratificadas de los censos municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827, que luego se analizaron. Puede hallarse una descripción de esas muestras en el Apéndice B. Dado que las muestras están estratificadas, no pueden y no deben emplearse para analizar la composición racial relativa de la población de Buenos Aires a través del tiempo. Los lectores que busquen esa información deben remitirse a los totales de censos publicados, resumidos en el cuadro 5.1.

Los censos de 1810 y 1827 representan la ciudad en dos puntos muy diferentes en su desarrollo en el siglo XIX. El censo de 1810 (cuyos manuscritos son mucho más completos que los del censo de 1806-7) describe la ciudad al final de 230 años de desarrollo colonial. Ofrece un cuadro de la magnitud de la mezcla racial, de las respectivas características de las poblaciones de esclavos y de negros libres, y de las diferencias demográficas entre blancos y no blancos. El censo de 1827 proporciona datos semejantes para la ciudad al final de las guerras de independencia. Los 17 años intermedios habían presenciado una sustancial declinación relativa en la población de color, de aproximadamente el 30 por ciento del total de la ciudad al 20 por ciento, sugiriendo que las causas de la declinación y la final desaparición de los afroargentinos ya estaban presentes y tenían efecto. Un examen de las tendencias demográficas reveladas por los dos censos, entonces, debería traer a la luz las causas subyacentes de esa desaparición.

Las dos muestras produjeron los totales anotados en el cuadro 5.2. Corresponden unas palabras de explicación respecto de la categoría afroar-

Cuadro 5.2. Resultados por raza de las muestras de los Censos Municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827

	1810	1827		1810	1827
Blancos	944	1.256	Afroargentinos	201	436
Indios	13	37	Pardos	372	597
Mestizos	8	13	Morenos	269	0
			Desconocidos		
Total	965	1.306	Total	842	1.033

*Fuente:* Muestras del autor de los censos municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827, analizadas en el Apéndice B. Los manuscritos de los censos se encuentran en el AGN; 1810: IX - 10-7-1; 1827: X - 23-5-5 y 23-5-6.

gentina “desconocidos” de la muestra de 1810: muchas de las personas que realizaban el censo sencillamente dejaban en blanco la categoría de la raza toda vez que contaban gente de color, pero entraban “libre” o “esclavo” para denotar la condición legal de la persona. Cuando aparecía cualquiera de esas dos palabras, el individuo era codificado como esclavo o persona libre de desconocida raza afroargentina.

Tal como se resumió en el Capítulo 1, la declinación de la población negra de Buenos Aires generalmente ha sido explicada en términos de cuatro factores: la abolición del tráfico de esclavos; las altas tasas de mortalidad y las tasas de fertilidad relativamente bajas entre la población afroargentina; tasas de mortalidad muy altas entre los varones negros durante las guerras del período 1810-70; y mezcla racial y gradual aclaración de la piel, lo que se vio exacerbado por la escasez de varones negros producida por las bajas de guerra. Ahora pasaremos a las muestras de censo y a otras fuentes demográficas disponibles para ver qué luz arrojan sobre estas cuatro explicaciones.

El capítulo anterior examinó la abolición del tráfico de esclavos en 1813 y las posteriores enmiendas de esa legislación. Los datos contenidos en los censos de 1810 y 1827, si bien no lo demuestran de manera concluyente, sugieren que el decreto de 1813 tuvo un significativo efecto retardador sobre el tráfico de esclavos para la ciudad. El cuadro 4.5. demostró que, de aquellos africanos residentes en Buenos Aires en 1827 cuya fecha de llegada fue registrada en el censo de ese año, el 79,4 por ciento había llegado a la ciudad antes de 1813. La declinación del tráfico humano posterior a 1813 se torna aún más evidente cuando se tiene en cuenta la mortalidad que para 1827 había reducido mucho a la población africana que había ingresado antes de 1813. Pero es importante reconocer que casi un tercio de los africanos registrados en ese censo no tenían ninguna fecha de entrada registrada, tornando imposible extrapolar de estas cifras con algún grado de certidumbre.

Un enfoque alternativo de la cuestión de cuánto declinó el tráfico de esclavos es comparar las representaciones africanas en la ciudad en los dos años de censo (ver cuadro 5.3.). Nuevamente, los inconvenientes de esos documentos plantean problemas. Los funcionarios a cargo del censo de 1810 a menudo no registraban el lugar de nacimiento, en especial cuando contaban a la gente negra. El lugar de nacimiento permanece desconocido para más de tres cuartas partes de los afroargentinos censados en 1810 y para el 20 por ciento de los blancos. De 189 afroargentinos de los que se registró el lugar de nacimiento, 62, o sea el 32,9 por ciento, eran africanos. Para 1827, el porcentaje de africanos de la población negra había declinado al 24,0 por ciento.

Como se estudiará más adelante en este capítulo, el hecho de que con frecuencia no se registrara la raza en el censo de 1810 (pardo o moreno), ni el lugar de nacimiento de los afroargentinos, parece haber resultado en un cómputo inferior de las poblaciones de africanos y de morenos. Sin duda, los resultados obtenidos del censo de 1810 están en marcada variación con los obtenidos tabulando los registros de reclutamiento de afroargentinos en el ejército (donde al reclutador se le pedía que registrara el lugar de nacimiento) durante dos décadas, 1810-20 y 1850-60 (Ver cuadro 5.4.). Los africanos formaban algo más de la mitad de los enrolados entre 1810 y 1820, pero habían descendido al 3 por ciento para la mitad del siglo. Parece altamente probable que esos africanos registrados en el censo de 1810 con lugar de nacimiento desconocido incluyeran grandes números de africanos cuyos orígenes eran de poco o ningún interés para los que realizaban el censo.

Cuadro 5.3. Afroargentinos por lugar de nacimiento en las muestras de los censos municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827

	1810			1827			Total
	Varo- nes	Muje- res	Total	Varo- nes	Muje- res	Desco- nocado	
Buenos Aires	33	37	70	210	433	1	644
Resto de la Argentina	3	2	5	30	60	—	90
Ubicación desconocida en la Argentina	20	28	48	0	0	—	0
Africa	34	28	62	120	128	—	248
América del Sur	0	0	0	15	22	—	37
Otros	2	2	4	6	8	—	14
Desconocido	<u>345</u>	<u>308</u>	<u>653</u>	<u>0</u>	<u>0</u>	<u>—</u>	<u>0</u>
Total	437	405	842	381	651	1	1.033

Fuente: Ver cuadro 5.2.

Cuadro 5.4. Lugar de nacimiento de los afroargentinos enrolados, 1810-20 y 1850-60

	1810-20			1850-60		
	Pardos	Morenos	Total	Pardos	Morenos	Total
Buenos Aires	22	11	33	139	127	266
Resto de la Argentina	28	48	76	60	30	90
Africa	2	149	151	2	12	14
América del Sur	5	16	21	23	43	66
Otros	1	9	10	3	6	9
<b>Total</b>	<b>58</b>	<b>233</b>	<b>291</b>	<b>227</b>	<b>218</b>	<b>445</b>

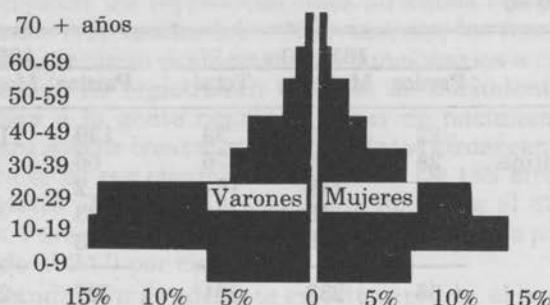
Fuente: AGN - III - 59-1-1, 59-1-6, 59-2-1, 59-2-4 y 59-2-7.

Pero para los fines de este análisis, la pregunta significativa no es si declinó el tráfico, sino si esa declinación en el número de africanos que migraban a la ciudad tuvo efecto negativo sobre el crecimiento de la población afroargentina. Para citar el caso de los Estados Unidos, la terminación del tráfico de esclavos en ese país en 1807 tuvo poco o ningún peso sobre la continuada expansión de la población negra, que desde comienzos del siglo XVIII había gozado de un sustancial exceso de nacimientos sobre las muertes. El incremento natural sirvió para mantener su tasa de crecimiento anual promedio en menos del 2 por ciento en todo el período 1800-1860.<sup>12</sup>

La figura 5.1. es una pirámide de sexo y edad construida a partir de la muestra de 1810. Una diferencia inmediatamente sorprendente entre las poblaciones blanca y afroargentina es la concentración de los pardos y morenos en la categoría de adultos jóvenes. Entre la población blanca, la categoría de edad modal es el grupo 0-9, exactamente lo que uno esperaría en una sociedad preindustrial donde el control de la natalidad probablemente se practicara poco. Pero entre los afroargentinos, la categoría modal es el grupo de edad de 10-19 años. Y el 56,4 por ciento de los negros y mulatos pertenece a la categoría de edad de 10-29 años, mientras sólo el 38,4 por ciento de los blancos pertenecen a esa categoría. Esta predominancia de los adultos jóvenes es aún más marcada en la población esclava que en la libre: el 61,5 por ciento de los esclavos tenían entre 10 y 29 años, mientras que el 38,2 por ciento de los afroargentinos libres estaba entre esas edades, una cifra esencialmente igual a la de los blancos.

El tráfico de esclavos fue obviamente responsable de la alta proporción de adultos jóvenes en la población negra. Las edades de entre 20 y 35 años son aquellas en que los esclavos experimentaban una productividad máxima.<sup>13</sup> Cuando el gobierno uruguayo trató de reabrir el abolido comercio de esclavos sobre una base más limitada, en 1832, estipuló que los

### Población afroargentina



### Población blanca

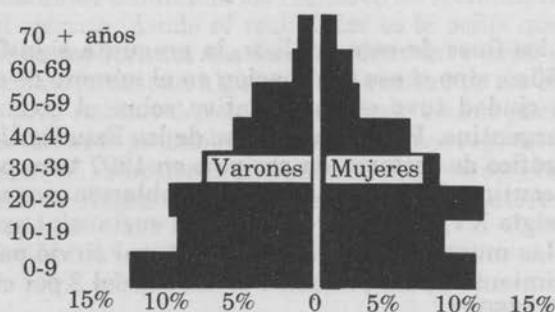


Figura 5.1. Pirámide de sexo-edad construida a partir de una muestra del censo municipal de Buenos Aires de 1810.

africanos importados según la nueva legislación debían tener una edad de 16 años o menos.<sup>14</sup> El censo de 1827 demuestra que de los africanos que vivían en Buenos Aires ese año, su edad mediana cuando llegaron a la ciudad era de 15,8 años. Las demandas del mercado dictaban que los esclavos traídos al Nuevo Mundo fueran adolescentes. Esto tuvo el efecto de abultar el grupo de edad de 10-29 años entre los varones negros y las mujeres negras por igual.

La concentración de gente de color en la categoría de edad de 15-29 años debía haber proporcionado una población ideal en cuando a la reproducción. La proporción de mujeres de la edad de reproducirse, de 15 a 44 años, era de 59,7 por ciento de las mujeres de color, el 53,0 por ciento de las mujeres blancas. Además, la edad mediana de las mujeres de color de los años de reproducción era de 24,7 años; para las mujeres blancas en

esos años era de 28,1 años. Sin embargo, las tasas de reemplazo afroargentino demostraron ser significativamente menores que las de los blancos. La carencia de registros de nacimiento comprensivos para el período colonial impide el cálculo de las tasas de nacimiento a partir de datos del registro vital, pero un índice alternativo es la proporción niño-mujer, la proporción entre los niños de edad 0-4 y las mujeres de entre 15-44 años de edad. Esta proporción, generalmente expresada en número de hijos por cada 1.000 mujeres, es un indicador bastante sensible del rendimiento de la fertilidad en los cinco años previos, y es especialmente útil para examinar la fertilidad en pequeñas áreas geopolíticas tales como estados, condados o ciudades. En el caso del censo de 1810, la proporción dada en el cuadro 5.5. muestra que la población negra y mulata estaba muy retrasada respecto de la blanca en cuanto a la reproducción. La proporción de hijos blancos respecto de mujeres blancas de entre 15 y 44 años era de 400, 8 por cada 1.000; entre las de color, la proporción era de 256,5 por cada 1.000. La proporción era especialmente baja entre los esclavos, 231,2, mientras que entre los afroargentinos libres era de 363,6. Esto se explica en parte por las estrategias de manumisión de familias esclavas. Los estudios de la manumisión han revelado que cuando las familias habían ahorrado bastante dinero para comprar la libertad de algunos de sus miembros, había una tendencia a adquirir primero la libertad de los hijos. Se podía comprar bastante barato la libertad de los infantes debido a la alta probabilidad de que muriesen antes de llegar a la adultez.<sup>15</sup> Así, muchos hijos de madres esclavas sin duda eran libres para 1810 y servían para elevar la proporción niño-mujer para los negros y mulatos libres. Es importante reconocer el hecho de que la proporción para la población afroargentina en su conjunto era de casi un cuarenta por ciento más baja que para la blanca.

De hecho, el número de niños pardos y morenos apenas era adecuado para los fines del reemplazo. A manera de comparación, la proporción niño-mujer para los Estados Unidos en 1960 era de 488 por cada 1.000; en Costa Rica era de 875; en Inglaterra era de 336. La nación a la que

Cuadro 5.5. Proporción de niños de edad 0 a 4 años por cada 1.000 mujeres de entre 15 a 44 años en las muestras de los censos municipales de 1810 y 1827 de Buenos Aires

	1810	1827
Blancos	400,8	365,9
Afroargentinos	256,5	183,1

Fuentes: Ver cuadro 5.2.

más se aproximaba la proporción niño-mujer afroargentinos era Suecia, que en 1960 tenía una proporción de 286 por cada 1.000. Al mismo tiempo, Suecia tenía una de las tasas de natalidad más bajas del mundo.<sup>16</sup>

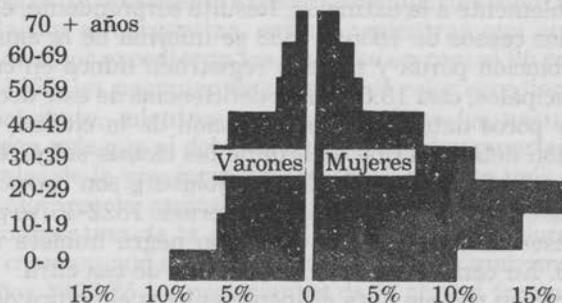
La alta mortalidad infantil redujo mucho las tasas de reproducción de la comunidad de color. En 1815, la ciudad publicó un informe acerca de los nacimientos de libertos desde 1813, esto es, hijos nacidos de madres esclavas. Las cifras presentadas por ese informe indican una tasa de mortalidad de infantes varones durante los dos primeros años de vida de 399 por cada 1.000 nacimientos vivos, y una tasa de mortalidad de infantes mujeres de 352 por cada 1.000 nacimientos vivos.<sup>17</sup> No se dispone de cifras análogas para la población blanca en esa época, pero la investigación realizada por la historiadora Marta Goldberg ha demostrado que la mortalidad infantil entre 1827 y 1831 fue significativamente más alta entre la población negra que entre los blancos. La tasa de mortalidad infantil anual media durante el primer año de vida por cada 100 nacimientos vivos era de 284,3 para la población blanca, de 350,4 para la afroargentina.<sup>18</sup>

La fertilidad negra y mulata era levemente superior a la blanca, pero no lo suficiente como para superar la diferencia entre la mortalidad infantil de las dos razas. En 1822, el número de nacimientos vivos por cada 1.000 mujeres de color de entre 15 y 49 años fue de 50,5, mientras que la tasa para las blancas fue de 48,3. Para 1837, estas cifras se habían elevado significativamente al 53,9 por cada 1.000 para la población negra y mulata y a 50,8 para la blanca.<sup>19</sup> Una fertilidad aproximadamente igual, combinada con una mortalidad infantil significativamente superior entre los afroargentinos, resultó en una ampliación de la brecha entre las proporciones niños-mujeres registradas en 1810. Según el censo de ese año, la proporción blanca era 1,4 veces más alta que la de color, para 1827, era el doble de grande, y la proporción negra y mulata había caído por debajo del nivel requerido para sostener a la población afroargentina.

La posición demográfica en deterioro de la población negra, documentada en estas estadísticas, se demuestra más en cálculos realizados por Goldberg. Utilizando los totales publicados del censo de 1822 y de registros y estadísticas vitales de este año, ella establece la mortalidad afroargentina de 1822 en un tercio más alta que la blanca, 40,9 por 1.000, comparado con el 30,2 por 1.000. Ella computa la tasa de reproducción neta de ese año para la población negra como 0,96; en otro cálculo, utiliza los totales admitidamente incompletos de natalidad y mortalidad para la década entre 1822 y 1831 para llegar a una tasa aun menor de 0,19.<sup>20</sup> Una tasa de reproducción neta de 1,0 implica que una población se está manteniendo a un nivel estable y constante; una tasa menor de 1,0 indica que la población está declinando; una tasa de 0,19 implica que la población virtualmente desaparecería dentro de dos generaciones.

Más evidencia de las graves perspectivas de la población negra puede hallarse en la figura 5.2, pirámides de edad y de sexo para las poblaciones negra y blanca tomadas de la muestra del censo de 1827. La característica más inmediatamente sorprendente de estas pirámides es su desequilibrio sexual. En 1810, el índice de masculinidad, el número de varones por cada

### Población afroargentina



### Población blanca

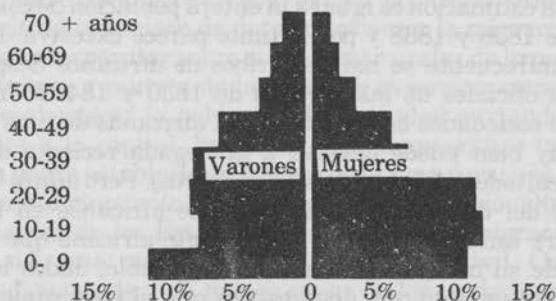


Figura 5.2. Pirámide de edad y sexo construida a partir de una muestra del censo municipal de Buenos Aires de 1827.

cien mujeres, era de 107,9 en la población de color, 103,4 en la blanca. Para 1827, ese índice había descendido marcadamente a 68,5 para la población negra y mulata y declinado a 90,3 para los blancos. Este desequilibrio era especialmente marcado en el grupo de edad de 15 a 34 años, donde la proporción era de 40,5 hombres de color por cada 100 mujeres de color, y 74,9 hombres blancos por cada 100 mujeres blancas. Claramente, los años de guerra habían cobrado su tributo, prestándole credibilidad a la explicación tradicional de que la población negra desapareció porque sus varones fueron muertos en la guerra. Despojada de sus hombres, la comunidad careció de poder adquisitivo para comprar alimento, ropa y abrigo que hubiesen podido disminuir las tasas de mortalidad registradas durante la década de 1820. También se puede suponer que la remoción de una gran parte de la población masculina adulta deterioró la capacidad de la comunidad para reproducirse.

Todos los indicadores concuerdan: los censos de 1822 y 1827, combinados con las estadísticas vitales parciales de que se dispone para el período,

describen el cuadro de una comunidad en marcada declinación y que se dirigía inexorablemente a la extinción. Resulta sorprendente, entonces, descubrir que en los censos de 1836 y 1838 se informa de la existencia de la más grande población parda y morena registrada nunca en cualquiera de los censos municipales, casi 15.000. Las deficiencias de este documento, que registraba muy pocos datos sobre la población de la ciudad, no permiten una investigación detallada que determine las causas subyacentes en este incremento inesperado. Si los cálculos de Goldberg son correctos y la tasa de producción de 0,96 de 1822 sirve para el período 1822-36, se podía esperar que al fin de esos catorce años, la población negra hubiera sido un poco menos de 8.000. En cambio, era de casi el doble de esa cifra.

Una explicación posible para el incremento es el tráfico de esclavos de los corsarios posterior a 1827 y la reapertura del comercio esclavista por parte del gobernador Rosas entre 1831 y 1833. El historiador del siglo XIX, Vicente Fidel López, estimaba que para 1840 Buenos Aires contenía entre 12.000 y 15.000 africanos traídos a la ciudad durante la guerra con Brasil y después.<sup>21</sup> Esta estimación es igual a la entera población de color registrada en los censos de 1836 y 1838 y por lo tanto parece excesiva. Es cierto que de manera no infrecuente se hallan arribos de africanos después de 1827 en los registros oficiales de las décadas de 1830 y 1840.<sup>22</sup> Y la vigorosa actividad de las sociedades de ayuda mutua africanas de esas décadas (ver Capítulo 8) muy bien puede deberse a la llegada reciente de esclavos y libertos cuyas lealtades africanas aún eran fuertes. Pero aún si la estimación de López fuera del doble del número real de africanos en la ciudad, la comunidad negra hubiese sido más fuertemente africana que en cualquier otro momento de su historia. Esto no parece posible, dados los ya citados registros de reclutamiento que demuestran que el porcentaje de africanos de los reclutas negros de la ciudad había descendido marcadamente del 50 por ciento en la década de 1810 al 3 por ciento para la década de 1850, y la edad mediana de 62,4 años registrada para la gente negra de origen extranjero del censo municipal de 1855 (ver Capítulo 4).

La migración interna parece haber contribuido algo al mantenimiento de la comunidad negra de la ciudad. Es obvio que para fines de la década de 1820 hubo un flujo de migrantes a Buenos Aires desde el Uruguay y el interior de la Argentina. El censo de 1827 indica que el 10,3 por ciento de la población de color y el 8,4 por ciento de la población blanca habían nacido o en el interior de la Argentina o en Uruguay.

El examen de los informes de censos de varias provincias argentinas y de la capital uruguaya de Montevideo sugiere que la única tendencia significativa de migración inversa fue de Buenos Aires a Montevideo; el intercambio de población entre Buenos Aires y el interior parece haber redundado en ventaja para la capital.<sup>23</sup>

No es claro en qué medida la migración dentro de la provincia de Buenos Aires sumó o restó a la población de la ciudad. El Registro Estadístico de la provincia revela que para la década de 1850 el grueso de la población parda y morena de la provincia residía en el campo, fuera de la capital, pero este traslado de población de la zona urbana a la rural parece haberse debido

no a la migración sino al incremento natural. Durante la década de 1820, el registro mostró un consistente excedente de muertes sobre los nacimientos entre la población afroargentina, urbana, mientras que en el campo, los nacimientos de color excedieron las muertes en casi el 25 por ciento. Para la década de 1850, los nacimientos urbanos de color excedieron las muertes en un 29 por ciento, mientras que en el campo los nacimientos de esa categoría fueron más que el doble del número de las muertes. Obviamente, las áreas rurales de la provincia formaban un entorno más saludable para la gente de color que la capital. Esto resultó en un desplazamiento de la población afroargentina de la ciudad a las regiones interiores, como puede verse en una comparación de cifras de nacimientos y matrimonios del registro. En los años 1822-25 los nacimientos de la ciudad formaron el 62,4 por ciento de los nacimientos afroargentinos en la provincia; para la década de 1850, los nacimientos en la ciudad dieron cuenta de sólo el 40,9 por ciento de los nacimientos negros y mulatos en la provincia. En la década de 1820, el 64,3 por ciento de las pautas de matrimonios de color de la provincia eran de la capital; entre 1856 y 1875, sólo el 31,1 por ciento eran de la capital.

Careciendo de toda clase de datos relativos a la migración interprovincial, sólo podemos especular sobre si las áreas rurales de la provincia atraían la migración negra y mulata de la capital o si servían como un área generadora para reabastecer la población de la ciudad enviando una corriente de inmigrantes a la capital. La experiencia demográfica mundial, que ha mostrado una pauta estable de migración de la zona rural a la ciudad durante los últimos ciento cincuenta años, apoyaría lo segundo. Otro tanto sucede con la experiencia de los Estados Unidos, donde la migración negra a las ciudades ha sido una constante desde la Guerra Civil. Como en Buenos Aires, las condiciones de vida menos sanas de las ciudades producían tasas de mortalidad urbana más altas que las rurales; también reducían la fertilidad negra, de modo que las tasas de natalidad negra eran más altas en las áreas rurales que en las urbanas.<sup>24</sup> Las tasas de incremento natural urbano entre los negros en el período 1860-1920 fueron negativas, siendo la migración la única fuerza que sostenía las poblaciones urbanas negras.<sup>25</sup> La provincia brasileña de San Pablo es otro ejemplo. La población negra y mulata de la ciudad de San Pablo experimentó tasas de crecimiento negativas o muy bajas después de la emancipación, pero fue sostenida por la constante migración desde las áreas rurales de la provincia, donde las condiciones para negros y blancos por igual parecen haber sido más sanas.<sup>26</sup>

¿Pero habrán sido suficientes la migración y la continuación del tráfico esclavista para explicar el notable incremento de la población negra documentado en los censos de 1836 y 1838? Y así como cuestionamos esta inesperada inversión de la declinación de la población de color, también podríamos considerar el período comprendido por los censos de 1810 y 1822. El censo de 1810 mostraba a una comunidad que sufría por tasas de reemplazo muy bajas. Sin embargo, la extrapolación de los resultados incompletos del censo de 1810 sugiere que la población afroargentina de la ciudad en ese año era de 11.637, y para 1822 esa población había aumentado a 13.685.<sup>27</sup> Este crecimiento se produjo a pesar de una marcada reducción en el tráfico

de esclavos y el reclutamiento de casi 2.000 soldados esclavos y un número desconocido de negros y mulatos libres para combatir a los españoles. ¿Cómo, entonces, se puede explicar el crecimiento registrado?

La pregunta es imposible de responder. El uso de los registros demográficos oficiales de que se dispone inevitablemente nos llevaría a concluir que los afroargentinos debieron desaparecer por completo para la década de 1850, o 1860, si no antes. Perjudicados por una mortalidad alta, una mortalidad infantil aún más alta y, para 1827, un desequilibrio sexual extraordinario, la comunidad lógicamente debió haberse extinguido por completo en el curso de la primera mitad del siglo. Los censos de 1822, 1836 y 1838 revelan que no estaba sucediendo eso.

## EVIDENCIA ALTERNATIVA

Otros datos sugieren también que la declinación de la comunidad de color sencillamente no se produjo en la medida en que los historiadores tradicionalmente han pensado que lo hizo. Si la lógica de las tasas demográficas fuera cierta, uno esperaría hallar que, para 1900, los afroargentinos sencillamente no formaban un elemento visible dentro de la población de la ciudad. Sin embargo, la frecuencia con que aparecen los afroargentinos en fotografías de periódicos y revistas del período, es francamente sorprendente. Las fotos de multitudes no poseen la calidad suficiente como para que uno descubra afroargentinos, pero las fotos de individuos o de pequeños grupos incluyen negros y mulatos con inesperada regularidad. Una foto de 1900 de cinco bomberos lesionados en un incendio incluye a un negro, el cabo Enrique Muñoz. Una foto de tres policías que se distinguieron durante la gran ola de calor del mismo año, muestra a dos sargentos blancos y a un cabo negro. Una instantánea de la oficina de un candidato político durante la elección de 1900, tomó a un joven afroargentino bien vestido de pie detrás del escritorio del candidato. Un aviso de 1902 de un curandero incluía varios testimonios, uno de los cuales era de un negro llamado José González, que atestiguaba que había sido curado de reumatismo, problemas estomacales y sordera, en cinco sesiones. Un artículo de 1899 sobre un hospicio de Buenos Aires estaba ilustrado con una fotografía de nueve "tipos psicóticos", dos de los cuales (el cleptómano y el compulsivo) eran hombres de color. Cuando la Sociedad de Beneficencia presentó sus anuales Premios a la Virtud en 1900 a nueve mujeres que se habían hecho acreedoras, una de ellas era mulata. Otra ceremonia anual en la ciudad ocurrió durante la Semana Santa, cuando una delegación de notables de la ciudad lavó los pies de doce hombres necesitados elegidos al azar. Una fotografía de 1901 de esos doce hombres mostraba que uno de ellos era afroargentino. Un retrato de siete soldados que ganaron premios por su puntería en una competencia de 1900, incluía a un sargento negro. Una cobertura de una fiesta hispanoamericana de 1901, el día de los muertos, contenía fotos de las celebraciones en el cementerio de la Recoleta. Varias de las personas de la fotografía eran jóvenes negros y mulatos que trabajaban como floristas. Más interesante,

un artículo sobre los primeros seis bebés que nacieron en Buenos Aires en el siglo XX, incluía a una niña mulata, Rosita Rosales, nacida a las 11.30 de la mañana en el día de Año Nuevo de 1900.<sup>28</sup>

Otro fenómeno inexplicable es el de la prensa afroargentina, que se trata en detalle en el Capítulo 10. De los veinte periódicos y revistas publicados por afroargentinos en el siglo XIX, sólo cuatro se publicaban antes de 1870. La prensa negra de Buenos Aires no floreció realmente hasta las décadas finales del siglo, un período en que la comunidad supuestamente se había reducido hasta la nada. Aún más peculiar, dos de esos periódicos, *La Igualdad* y *El Tambor*, publicados durante las décadas de 1860 y 1870, eran subsidiados por partidos políticos que buscaban el apoyo de los negros para las elecciones presidenciales de 1868 y 1874.<sup>29</sup> Los afroargentinos debieron dar cuenta de una parte significativa de la población votante para atraer esta clase de patrocinio político.

Las contradicciones se tornan más complejas cuando se comparan los totales de los censos del período 1800-1830 con los comentarios de los viajeros europeos acerca de la composición racial de la ciudad. El cuadro 5.1 demostraba que ninguno de los censos del período ponía a la población blanca en menos de dos tercios del total de la ciudad. Esto es un contraste notable con las observaciones registradas por autores como Alexander Gillespie, un oficial británico capturado por los argentinos durante las invasiones inglesas. Al escribir en 1807 sobre su cautiverio de varios meses en Buenos Aires, él estimó la población de la ciudad en 41.000 habitantes: "la quinta parte era de blancos, siendo el resto una casta compuesta en varios estados de conexión y cambios progresivos, desde el negro hasta el tinte del europeo más rubio. Aunque se mejore el color, sin embargo en su estado más refinado con frecuencia persiste un sello de 30 acciones que recuerda el origen verdadero de muchos de ellos".<sup>30</sup>

Las observaciones de Gillespie fueron corroboradas por Samuel Haigh, otro inglés que vivió diez años en Buenos Aires durante la década de 1820. En un escrito de 1827, él informó que la ciudad y sus alrededores contenían 100.000 habitantes. "Los blancos puros no son numerosos, y la clase más popular es una casta tan mezclada de blanco, indio y negro, que sería difícil fijar su origen".<sup>31</sup> Compárense los comentarios de Haigh con el censo de 1827, realizado el mismo año en que él escribió, en que más tres cuartas partes de la población de la ciudad es descrita como blanca: el conflicto es notable. Además, el viajero francés Mellet escribió en 1809 que Buenos Aires tenía un tercio de blancos, mientras que John y William Robertson estimaron la población blanca, durante la década de 1810, en un quinto del total.<sup>32</sup> Woodbine Parish fue el único visitante europeo en Buenos Aires cuyas observaciones concuerdan con los censos.

Es esencial tener presente que todas estas fuentes eran europeas; sus conceptos de raza se habían formado en un entorno continental antes que americano criollo. Insensibles a la etiqueta del Nuevo Mundo, rotulaban mulato a un afroeuropeo, mientras que en Buenos Aires o Caracas tal individuo, en especial si había adquirido riqueza personal y prestigio, muy bien podía ser aceptado como un blanco. Al mismo tiempo, es esencial recordar

que los latinoamericanos, y en especial los argentinos, juraban lealtad a los mismos conceptos y valores raciales sostenidos por los europeos considerando que la piel blanca y el ancestro europeo eran los bienes más valiosos que podía poseer una persona. Como descubrió el viajero sueco Jean Graaner cuando vistió Buenos Aires en 1826, los porteños “se jactan mucho todavía hoy, de que la sangre de sus habitantes se ha conservado tolerablemente pura o con poca mezcla de sangre africana”.<sup>33</sup> Sin embargo, si bien los argentinos trataban de adherir tan estrechamente como era posible a las pautas raciales europeas, la evidencia presentada por visitantes europeos a la capital sugiere que de hecho, se habían desviado significativamente de ella en especial en el área de atribuir la raza en los censos. Uno encuentra ocasional evidencia de tal desviación en las fuentes argentinas así como en las europeas. En un editorial de 1853 acerca de la escasez de servicio doméstico en la ciudad, el periódico *La Tribuna* hacía la sorprendente observación de que en Buenos Aires “para cien blancos hay otras tantas o más de color”.<sup>34</sup> Este comentario, hecho quince años después de un censo municipal que ponía a la población de color en sólo un cuarto del total de la ciudad, resulta en verdad intrigante.

En este punto se debe introducir un nuevo factor en el análisis: la posibilidad de que los censos de la ciudad y que los registros de estadísticas vitales no reflejen exactamente las realidades raciales de la ciudad. La confiabilidad de los censos realizados en sociedades preindustriales, en gran medida analfabetas, es notoriamente problemática. Las deficiencias en cobertura, consistencia y exactitud en la información son endémicas en los censos del siglo XIX realizados en todo Europa y las Américas.<sup>35</sup> Los censos municipales de Buenos Aires exhibían todas estas fallas y también otras. El censo de 1806-7 fue administrado de manera tan torpe que finalmente se lo debió abandonar incompleto.<sup>36</sup> El censo fue realizado nuevamente en 1810, pero varios distritos nunca fueron cubiertos, y las categorías de la información reunida variaban tanto de una parte de la ciudad a otra que los resultados debieron ser publicados separadamente por cuarteles antes que en totales comprensivos. Los resultados del censo de 1827 nunca fueron tabulados.<sup>37</sup> El censo municipal de 1854 produjo una cuenta tan inferior de la población que fue repudiado oficialmente y se realizó un nuevo censo en 1855.<sup>38</sup> Esto fue particularmente lamentable para los fines de este estudio, ya que los formularios del censo de 1854 pedían información sobre la raza, mientras que no sucedía lo mismo con los de 1855.<sup>39</sup>

Además de estas fallas básicas, los censos de América del Norte y del Sur han demostrado una consistente tendencia a subestimar la cantidad de la gente de color. Para tomar el ejemplo de los Estados Unidos, se descubrió que el censo de 1870 subestimaba el número de los habitantes del sur en su conjunto, en especial a la población negra. Se halló que el censo de 1890 había subestimado el número de la población nacional afronorteamericana. Los estudios posteriores a los censos han revelado que en tiempos tan recientes como 1960, se había subestimado el número de los afronorteamericanos en alrededor del 10 por ciento. Errores más grandes se produjeron en 1920, 1940 y 1950.<sup>40</sup>

Estas subestimaciones del número de afronorteamericanos en los Estados Unidos no fueron un fenómeno casual. Antes bien, se debieron a causas que se encuentran en todas las Américas. Tradicionalmente, la gente de color tendió a ocupar las casas y vecindades menos deseables. Esto se verificaba particularmente en las ciudades; las descripciones de la habitación urbana en los Estados Unidos en el siglo XIX recuerdan cómo la gente negra se refugiaba en sótanos, casuchas abandonadas y edificios en ruinas, habitaciones consideradas inaceptables para los blancos.<sup>41</sup> Las personas encargadas de realizar los censos a menudo encontraban difícil ubicar esas unidades habitacionales ruinosas y apartadas. Renuentes a aventurarse por las callejas ruidosas de las vecindades negras, y poco dispuestos a enfrentar la hostilidad de los habitantes, pasaban por alto a muchos residentes de tales áreas. El resultado fue la consistente subestimación del número de los afronorteamericanos registrados en los censos de Estados Unidos hasta el presente.

En la Argentina existían condiciones análogas. Si bien las viviendas negras en Buenos Aires no parecen haber sido tan escuálidas como en las ciudades norteamericanas, los afroargentinos tendían a habitar los distritos menos deseables de la ciudad. Un centro de asentamiento negro era la parroquia de Monserrat, un barrio "oscuro y sucio" plagado de ladrones, prostitutas y personajes del submundo.<sup>42</sup> Los infames conventillos, una forma de habitación de clase inferior similar a una barraca, aparecieron por primera vez en Buenos Aires en Monserrat y en otras vecindades negras y fueron habitados principalmente por gente de color hasta las décadas de 1860 y 1870, cuando los afroargentinos fueron expulsados por los inmigrantes europeos.<sup>43</sup> Entonces muchos negros y mulatos se alojaron en casuchas en la vecindad sureña de Barracas, a lo largo del contaminado Riachuelo. Los censistas norteamericanos demostraron poca diligencia al trabajar en tales vecindades y no hay ninguna evidencia que sugiera que los censistas de Buenos Aires fueran más concienzudos.

De particular importancia al considerar el desequilibrio sexual registrado en el censo de 1827, en la demostrada tendencia de los censos norteamericanos a subestimar la cantidad de varones afronorteamericanos de entre 15 y 35 años. Las subestimaciones de la cantidad de la población negra tradicionalmente han sido más graves para ese grupo de edad y de sexo. Los análisis post-censo del censo de 1960, por ejemplo demostraron subestimaciones de casi el 20 por ciento para los varones de 25 a 29 años y del 18 por ciento para los de 30 a 34 años.<sup>44</sup> Las razones para una subestimación de esta dimensión son varias, pero las principales son la alta movilidad de los varones negros jóvenes y su frecuente renuencia a mezclarse con representantes oficiales del gobierno de cualquier clase, sean censistas, cobradores de impuestos, policías u otros.

Había amplios motivos para que los negros y mulatos jóvenes tuvieran desconfianza de los censistas de Buenos Aires durante todo el período desde 1810 a 1870. Ya hemos examinado los discriminatorios decretos de reclutamiento que imponían una carga desproporcionadamente pesada sobre los afroargentinos. Virtualmente todos los censos realizados en la ciudad du-

rante este período tenían como uno de sus propósitos la determinación de potencial humano del que podía tomarse reclutas militares.<sup>45</sup> En realidad, tres censos de esclavos tomados entre 1819 y 1820 tuvieron a ese como su único objeto, y ni siquiera se molestaron en contar a las mujeres.<sup>46</sup> Otro tanto ocurrió con un censo de 1833 de los varones de la ciudad.<sup>47</sup>

Si bien los hombres de color inicialmente estaban más que dispuestos a tomar las armas en defensa de la provincia, a medida que pasaron los años de la guerra y la cantidad de los muertos afroargentinos se hacía más y más grande, es razonable presumir que cierto número de negros y mulatos haya tratado de evitar a los censistas y de esa manera el reclutamiento. Esto habría sido especialmente cierto respecto del censo de 1827, realizado durante la guerra con Brasil, después de diecisiete años de guerra casi ininterrumpida. También, como se verá en el Capítulo 7, las tasas de desertión entre las unidades negras y blancas en las décadas de 1810 y 1820 eran sumamente altas, mucho más altas que las tasas de mortalidad. Los desertores en libertad en la ciudad sin duda harían todo lo posible para evitar a los censistas en 1827, ayudando a dar cuenta de la declinación en los índices de masculinidad registrados entre ambas razas.

Una consideración final al evaluar la confiabilidad de los datos censales acerca de los afroargentinos, es la compleja cuestión de definir con exactitud quién es blanco y quién no lo es. Hace tiempo que los historiadores han reconocido la flexibilidad empleada en las sociedades latinoamericanas para asignar rótulos raciales. Decir que un individuo es blanco no equivale necesariamente a decir que es de ascendencia europea más o menos pura. Se han documentado numerosos casos de latinoamericanos de éxito económico o político de raza mixta que experimentaron una informal aclaración de su raza social en reconocimiento de su condición superior.<sup>48</sup> Una anécdota clásica del Brasil ilustra este fenómeno. Un visitante europeo en una ciudad colonial brasileña se sorprendió al ver a un hombre de piel notablemente oscura desempeñándose como funcionario local. Le preguntó a una persona de la ciudad si el funcionario, también hombre de considerable fortuna personal, era mulato. La persona contestó: "Lo era, pero ya no lo es más".<sup>49</sup>

Si bien Brasil es la sociedad latinoamericana citada con mayor frecuencia por la variabilidad de sus rótulos raciales, la misma tendencia existía y existe en todo Hispanoamérica en mayor o menor grado. De hecho, en los últimos años del período colonial, el gobierno real estableció un procedimiento por el cual los no blancos podían comprar legalmente rótulos raciales y prerrogativas de la gente blanca. Gracias al sacar, como se conocía al sistema, eran el intento de España de generar ingresos de una práctica que se había realizado serena e informalmente por siglos en el Nuevo Mundo.<sup>50</sup>

Un número de importantes individuos, en la Argentina del siglo XIX, parecen haber sido de ascendencia mixta afro-indio-europea, pero la sociedad de la época los aceptaba como blancos. La familia Taboada, uno de los pilares de la oligarquía gobernante en la provincia de Santiago del Estero, era conocida en toda la Argentina por sus numerosos miembros de piel oscura.<sup>51</sup> José Bernardo Monteagudo, un temprano patriota y luego ministro de Guerra y Marina de Perú, se cree que tenía antepasados negros.<sup>52</sup> Los argentinos

están familiarizados con el debate acerca de los antecedentes raciales de Bernardino Rivadavia, el primer presidente argentino. Rotulado como blanco en el censo de Buenos Aires de 1810, también se desempeñó como oficial en un regimiento de milicianos blancos. No obstante, los rumores respecto de



Bernardino Rivadavia (1780-1845), el primer presidente de la Argentina. Se rumoreaba que la familia de Rivadavia incluía antepasados africanos, y “doctor Chocolate” era uno de los despectivos motes que le daban sus opositores políticos. Este retrato probablemente date aproximadamente del período de su presidencia (1825-27). Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

sus ancestros africanos eran lo bastante persistentes como para que se le adjudicara el apodo de "doctor Chocolate", entre sus opositores políticos. Un inglés que escribió una memoria anónima de su propia residencia en Buenos Aires durante la década de 1820, describió al presidente como de piel oscura, observando al pasar que el aspecto de Rivadavia "ofrece algunas peculiaridades" que hubiesen hecho de él una fácil víctima de los caricaturistas ingleses.<sup>53</sup> El historiador J. A. Rogers incluyó a Rivadavia como uno de los ocho latinoamericanos en su antología biográfica *Great Men of Color*.<sup>54</sup>

El estigma del ancestro africano era una pesada cruz que se debía soportar en la sociedad de Buenos Aires; toda vez que se presentaba la posibilidad de quitársela de encima y de pasar como blanco, sólo una persona rara no la hubiese aprovechado. Es sumamente difícil documentar el proceso por el cual los afroargentinos dejaban la categoría racial negra o mulata y entraban en la blanca, dado que una parte integrante de ese proceso era la destrucción o el oscurecimiento de los registros relativos a la ascendencia africana. Sólo una investigación exhaustiva y tediosa del ancestro de miles de individuos podría establecer de manera definitiva la tasa a la cual la gente de raza mixta experimentaba una alteración de su condición racial social y legal. Sin embargo hay una buena cantidad de evidencias indirectas que sirve para sugerir tanto el mecanismo por el cual se producía el proceso como la frecuencia con que se verificaba.

## TRIGUEÑO: NI NEGRO NI BLANCO

Poco después de la declaración de la independencia en 1810, empezó a aparecer un nuevo término para denotar los antecedentes raciales en los registros oficiales de la provincia de Buenos Aires. El término era "trigueño", literalmente, "del color de trigo". El sentido racial del término es vago, quizás adrede. La consulta de los diccionarios españoles del siglo XIX no produjo ninguna definición racial. Las conversaciones con cuatro historiadores argentinos especializados en el período resultó en el consenso de que significa "de piel oscura" y puede aplicarse a mulatos, mestizos, afroindios, europeos de tez morena (v.g., sicilianos, andaluces o portugueses), o cualquier combinación de todo lo precedente. Así, la palabra tiene una amplia aplicación y no implica necesaria o automáticamente ascendencia africana, lo que siempre sucede con los términos mulato y pardo.

El término trigueño virtualmente no aparece nunca en los registros coloniales pero, después de la independencia, se lo usaba con frecuencia en tales documentos como listas de internos de la prisión, empleados de la ciudad y, sobre todo, en reclutas del ejército. El Capítulo 7 contiene una tabulación de la composición racial de varios regimientos argentinos reclutados durante las décadas de 1810, 1820 y 1850. Aunque estas cifras no son representativas de la composición racial del ejército argentino, dado que fueron tomadas solamente de regimientos en los que servían números significativos de afroargentinos, demuestran que trigueño era un rótulo racial de uso común en los registros de enrolamiento en el ejército. En tres regimien-

tos reclutados entre 1813 y 1818, el 32,0 por ciento de los hombres alistados eran trigueños. Durante la década de 1820, esta proporción se elevó al 37,8 por ciento e incluso descendió levemente al 35,8 en la década de 1850.

El uso extensivo de este término inevitablemente resultaría en una disminución de una población afroargentina oficialmente documentada. Cuando se rotulaba trigueños a los individuos, ellos eludían la suposición automática de ancestro africano que les correspondía a pardos, morenos, mulatos o negros. Habían logrado pasar a una categoría intermedia, que incluía a más que unos pocos europeos nativos.<sup>55</sup> La pregunta que se debe responder es en qué medida es posible documentar la aplicación de este término racial a los afroargentinos. Los datos de la Argentina y de otras sociedades hispanoamericanas sugieren que la tendencia era fuerte y difundida. Examinemos primero la evidencia de otros países.

La única sociedad hispanoamericana para la que existe una documentación abundante acerca del uso del término trigueño, es Puerto Rico, una sociedad donde la mezcla racial probablemente sea aún más predominante que en el Buenos Aires del siglo XIX. Una autora puertorriqueña, Elena Padilla, ofrece una explicación del término.

“El término ‘trigueño’ se aplica tanto a las personas blancas que tienen pelo castaño o negro como a las de piel de color bronceado u oliváceo claro, y por extensión, a personas cuyo aspecto físico los ubicaría como negros si ese fuera el único criterio de raza. Como no es así, se usa trigueño para evitar el término ‘negro’ para personas de respeto, porque además de la raza hay otros factores sociales y personales, tales como la riqueza y la educación, que determinan el valor y la posición social de un hombre. No es correcto llamar negros a personas de respeto.”

Ella agrega que “las personas sobre las que se habla en su ausencia, pueden ser llamadas negros, pero probablemente se las describa como trigueños en su presencia”.<sup>56</sup> Otra literatura autobiográfica refuerza esta impresión del trigueño como un artificio social por el cual los afropuertorriqueños evitaban el estigma de su ancestro africano. Uno de los personajes de *La Vida* de Oscar Lewis va de Puerto Rico a vivir en Florida, donde descubre que si bien se la consideraba una trigueña en Puerto Rico, es negra en los Estados Unidos y no puede visitar a su hermana blanca cuando ésta es internada en un hospital segregado.<sup>57</sup> El conflicto central de una novela autobiográfica de Piri Thomas, nacido en los Estados Unidos de padres puertorriqueños, es su angustia por ser el único hijo mulato en una familia de cinco hijos. Finalmente Piri abraza su propia negrura e insta a su padre mulato a hacer lo mismo. “Papá, ¿qué tiene de malo no ser blanco? ¿Qué tiene de tan malo ser trigueño?”<sup>58</sup>

¿Podrá ser el uso del término trigueño una causa de la continuada e inexplicable declinación de la población de color de Puerto Rico, registrada en los censos desde 1860 hasta el presente? Esta evidencia sugiere el deseo tanto de negros y mulatos como de blancos de la isla de ignorar amablemente el grado del ancestro africano en la población; ¿ha hallado expresión este

deseo, también, en las fuentes demográficas puertorriqueñas?<sup>59</sup> Leslie Rout proporciona evidencia que vincula el término trigueño con la subestimación del número de los afroperuanos. Estudios realizados en Perú en 1931 y 1935 han descubierto que grandes números de indios y mestizos se autodescriben como blancos para los fines del censo, mientras que los afroperuanos tendían a describirse como trigueños. Estos estudios proporcionaron material para que varios estudiosos cuestionaran la exactitud del censo peruano de 1940, donde menos del 2 por ciento de la población era computada como negra.<sup>60</sup> En su censo de 1920, Nicaragua establecía explícitamente una categoría de trigueños que incluía a los afroeuropeos y los afroindios.<sup>61</sup>

El uso por parte de los porteños del término trigueño parece haber igualado su uso en los países mencionados anteriormente. Aparecen esclavos trigueños regularmente en documentos de venta y de manumisión y son prominentes en los registros militares. De 121 alistamientos hallados para el Batallón 7 de Libertos, el 6,6 por ciento eran trigueños, y otro 1,7 por ciento eran lo bastante claros como para que se los clasificara como blancos.<sup>62</sup> Los registros de alistamientos contienen otros casos interesantes, tales como el de Francisco José Albarao, un trigueño nacido en Buenos Aires que fue asignado a la Compañía 32 de Pardos Libres en el Regimiento de Línea de Patricios.<sup>63</sup> Víctor Luques, un porteño que se incorporó al Primer Batallón en 1854, tiene dos registros de enganches que han sobrevivido: uno lo describe como trigueño, el otro como pardo.<sup>64</sup>

Existe otra indicación en el sentido de que si bien se podía aplicar trigueño a blancos y no blancos por igual, estaba más estrechamente relacionado con la ascendencia africana de cuanto se admitía en general. En informes anuales acerca del Hospital General de Mujeres, administrado por el gobierno, las cifras de muertes se publicaban en dos columnas, blancas y "de color". En todo el período de 1856-75, las muertes de mujeres de color regularmente superaban el de blancas, pero a partir de 1873, se tornó notable el margen por el cual las muertes afroargentinas superaban a las de blancas. Ese año hubo 166 muertes de mujeres de color contra 70 de blancas, al año siguiente 1886 contra 98, y en 1875, 180 contra 50. Dado que en años anteriores el excedente nunca había sido tan marcado, los funcionarios del hospital aparentemente se sintieron obligados a ofrecer una explicación, y en 1875 agregaron al final de la tabla, "en los libros del Hospital se ha considerado como de color a las trigueñas".<sup>65</sup> Esta admisión es de gran importancia, porque sugiere que si bien los trigueños eran de una clase racial que los hacía susceptibles de que se los contara como no blancos, de hecho rara vez sucedía eso en los registros oficiales. En un caso desusado en que las trigueñas fueron contadas como de color, los encargados del registro aparentemente se sintieron obligados a estipular que se hacía eso, lo que implica que el procedimiento más normal era colocarlas en la clase de las blancas.

También es importante notar que para 1868, 1869 y 1872 (en 1870 y 1871 las cifras de muertes no fueron divididas por raza), las muertes afroargentinas informadas por el hospital representaron 320 de un total de 635, el 50,4 por ciento. De 1873 a 1875, las muertes afroargentinas representaron

532 de 750, un 70,9 por ciento. Agregar las trigueñas a la categoría de color había incrementado su representación en un 40 por ciento y su número absoluto de muertes en dos tercios.

Finalmente, la lógica dicta que el rótulo trigueño de hecho estaría más estrechamente relacionado con la condición racial de color que con la blanca. Es poco razonable suponer que en una sociedad tan consciente de la raza como el Buenos Aires del siglo XIX, todo individuo que tuviera derecho a la condición racial del blanco aceptara que se lo designara trigueño. El término podía ser aplicado ocasionalmente a inmigrantes sicilianos y andaluces de condición baja que podían no tener conciencia de las connotaciones del término, pero no parece probable que un porteño blanco voluntariamente hubiese aceptado el mismo rótulo racial que se aplicaba frecuentemente a las personas de color. Es mucho más probable que el término sirviera de manera principal como rótulo para aquellos afroargentinos y mestizos de piel más clara y con movilidad ascendente quienes, por una u otra razón, no podían entrar directamente en la categoría de los blancos.

La evidencia disponible sugiere que los afroargentinos aceptaron el uso del término, aprovechándolo en un intento por dejar atrás su ancestro africano, así como hicieron los afroperuanos, puertorriqueños y nicaragüenses. En las columnas sociales de los periódicos negros es dable hallar referencias a "encantadoras trigueñitas".<sup>66</sup> Estanislao Maldones, un teniente coronel afroargentino que empezó el servicio militar como soldado a los catorce años en el Batallón Restaurador, una unidad afroargentina del gobernador Rosas, fue descrito en su certificado de defunción como trigueño, y el registro de alistamiento del hijo de Maldones, Estanislao hijo, también lo describe como trigueño. Los papeles del alistamiento de Maldones padre, que nos hubiesen servido para demostrarnos cómo se designaba a su raza cuando él contaba catorce años, lamentablemente no se conservaron.<sup>67</sup> Un caso análogo se produjo en otra familia militar afroargentina, los Mauriño. El capitán Federico Mauriño era un pardo, nacido en 1828, hijo del mayor pardo Feliciano Mauriño. Sin embargo, cuando el hijo de Mauriño, también de nombre Federico, ingresó en el ejército, en 1882, fue anotado en las listas como trigueño.<sup>68</sup>

En su clásico estudio comparativo de las relaciones de raza en Brasil y los Estados Unidos, Carl Degler propuso el concepto de la "escotilla de escape del mulato", un mecanismo social informal por el cual los afrobrasileños de piel más clara y de dotes y capacidades especiales, o de prestigio social, podían entrar en los rangos de la sociedad blanca y escapar de su ancestro africano.<sup>69</sup> La categoría del trigueño sirvió a una función análoga en Buenos Aires; en verdad, el sentido del término trigueño está captado en el título de la obra de Degler, *Neither Black nor White* [Ni blanco ni negro]. Esta condición racial intermedia proporcionaba una avenida de escape, una salida por la cual los afroargentinos podían abandonar su ancestro africano. Cuando se compilaban y publicaban estadísticas demográficas oficiales en forma dicotómica, estos trigueños afroargentinos eran elegibles para ser tabulados como blancos en lugar de pardos o morenos. Aunque por razones obvias no puede documentarse este proceso, podemos hipotetizar que se producía en

las estadísticas anuales publicadas en el Registro Estadístico en los períodos 1822-25 y 1854-80, en los que los datos demográficos se publicaban separadamente para las poblaciones blanca y de color. Lo mismo pudo haber sucedido con los censos municipales de 1836 y 1838, donde las dos categorías raciales eran los blancos y los pardos-morenos, y en el censo de 1887, donde las dos categorías eran blancos y de color. Por lo tanto, mientras la categoría racial de trigueños nunca apareció en ninguna de las publicaciones demográficas de Buenos Aires, propongo que de hecho la existencia del término tuvo un efecto directo sobre la exactitud de los datos raciales contenidos en esas publicaciones, y que el efecto fue de una consistente subestimación del número de la población afroargentina, tanto en registros de estadísticas vitales como en censos.

Esta nueva terminología correspondía, naturalmente, a las realidades raciales de la sociedad de Buenos Aires. No olvidemos las observaciones de los autores ingleses respecto del grado de mezcla racial de la ciudad. Una mirada a los registros de ingreso en el ejército de la primera mitad del siglo revela una sorprendente variedad de términos raciales. Además de los habituales términos de blanco, pardo, mulato, negro, moreno, indios, mestizo y trigueño, hay achinado, aindiado, bruno, entre blanco, algo blanco, negro fulo, *zambo* (una mezcla de indio y negro) y otros. Dado el proceso de mezcla racial sugerido por estos términos, parece innegable que números crecientes de los porteños podían pretender ancestro tanto africano como europeo y tal vez también amerindio. Cuando las razas se tornaron más entremezcladas, las barreras raciales se tornaron crecientemente mal definidas. Los esclavos blancos que no eran raros en el sur de los Estados Unidos, no eran ninguna rareza en Buenos Aires tampoco. Los avisos de periódicos y documentos relativos a esclavos y libertos a veces se refieren a los "mulatos blancos". Una manumisión de 1803 de un esclavo de dos años lo rotula como a un "mulatillo", pero luego sigue describiéndolo como de pelo rubio y de color blanco. Su madre era una parda.<sup>70</sup> Un caso semejante se presentó en 1806, cuando una viuda liberó a dos esclavos mulatos, ambos blancos, con pelo lacio.<sup>71</sup> En 1840, un aviso en un periódico requería información acerca del paradero de la liberta fugada Ulalia, a la que se describía de color blanco.<sup>72</sup> Otro aviso, aparecido en 1835, se refería a una liberta fugada "de color pardo blanco".<sup>73</sup> Lina Beck-Bernard recuerda una anécdota referente a "una mulata blanca de una rara belleza".<sup>74</sup>

Una comparación de los censos de 1810 y 1827 muestra una definida decoloración de la piel de los afroargentinos. Refiriéndonos nuevamente al cuadro 5.2, y excluyendo a los afroargentinos de raza desconocida de los cálculos, descubrimos que los pardos formaban el 35,1 por ciento de la población afroargentina en 1810 y el 42,2 por ciento en 1827. Sin embargo, estas cifras son un tanto desorientadoras, ya que el peso de la evidencia disponible sugiere que los afroargentinos desconocidos en 1810 eran en su mayoría morenos. La población de pardos en 1810 era predominantemente libre, mientras que los morenos eran predominantemente esclavos: el 63,2 por ciento de los pardos eran libres, mientras que sólo el 13,3 por ciento de los morenos eran libres. Entre los afroargentinos de raza desconocida, sólo el

5,6 por ciento (15 de cada 269) eran libres, lo que sugiere fuertemente que esos desconocidos eran en realidad morenos. De los 62 africanos registrados en la muestra, 29 no tenían una raza registrada. Se los supuso morenos y se los contó como tales a los fines del análisis. Dado que el grueso de los afroargentinos no tenían registrado el lugar de nacimiento, razonablemente podemos suponer que muchos más africanos están ocultos en la categoría racial de afroargentinos desconocidos. Finalmente, la distribución por sexo y edad de los afroargentinos desconocidos corresponde mucho más estrechamente a los morenos que a los pardos. Entre morenos y desconocidos, los varones superaban a las mujeres, mientras que entre los pardos, sucedía lo contrario. El índice de masculinidad para los morenos era de 116,6, para los afroargentinos desconocidos de 108,5, y para los pardos de 88,7. Entre los morenos y los desconocidos, la categoría de adolescentes de 10-19 años era el grupo de edad modal de 10 años, mientras que entre los pardos era la categoría de jóvenes adultos de 20-29 años. En suma, las características de la población desconocida sugiere que estaba compuesta principalmente por gente de ascendencia africana más o menos pura, y que por lo tanto los pardos en realidad componían un porcentaje menor de la población argentina en 1810 de cuanto lo indica el censo. Por lo tanto, el proceso de aclaramiento de la piel entre la población negra se estaba verificando a un ritmo más rápido de cuanto lo sugiere una simple comparación de los censos.

Esta conclusión está respaldada por los registros del alistamiento. El cuadro 5.4 indica que entre 1810 y 1820, los pardos formaban sólo el 19,9 por ciento de los alistados afroargentinos. Cuarenta años más tarde, ellos formaban una mayoría, el 51,1 por ciento. Ese proceso de aclaración de la piel de los afroargentinos puede verse en proceso en el censo de 1827, donde el 20 por ciento de los hijos de jefes de familia morenos eran descritos como pardos. El dos por ciento de los hijos de jefes de familia blancos eran pardos.

Parece ser, entonces, que la mezcla de razas se estaba produciendo en escala significativa y que, juntamente con el uso de una terminología racial ambigua ello conducía a que números correspondientemente grandes de afroargentinos fueran contados como blancos en los registros demográficos oficiales. Este punto sólo puede conjeturarse. No se lo puede demostrar en forma irrefutable dado que la única prueba conclusiva, historias familiares extensas que demostraran el cambio racial en la sociedad porteña durante varias generaciones, es inobtenible. Todo lo que se puede hacer es intentar señalar las contradicciones y discrepancias en las fuentes oficiales, y realizar ocasionales deducciones utilizando datos oficiales como base. Estos registros revelan una continuada aclaración de la piel de la población de color, pero por supuesto no nos dicen nada acerca de la transición de los afroargentinos a la categoría racial blanca. Una vez que un afroargentino abandonaba la categoría parda-morena, se tornaba imposible reasignarlo estadísticamente a esta casta. Por propósitos de análisis demográfico, él o ella se habían convertido en una persona blanca.

Es por lo tanto mi teoría que, si bien la población afroargentina tenía una salud demográfica demostrablemente menor que los blancos durante la primera mitad del siglo XIX, las diferencias entre los índices demográficos

para las razas se explican en parte por las deficiencias sospechadas o demostradas en los documentos mismos, en particular en el área de la subestimación. Estas deficiencias se evidencian en el hecho de que, a pesar de las lúgubres conclusiones que deben extraerse de los censos de 1810 y 1827, la comunidad de color creció continuamente durante todo el período entre 1800 y 1840, desafiando los índices dados por esos dos censos. Podemos sospechar, entonces, que el determinante más importante que subyacía en la declinación de la población en el período 1838-87, no fueron las bajas tasas de natalidad ni las altas tasas de mortalidad (aunque estas indiscutiblemente contribuyeron a la declinación), sino antes bien al traslado estadístico de un gran segmento de la población afroargentina de la categoría racial parda / morena a la blanca.

Varias pruebas adicionales apoyan esta conclusión. Primero, la declinación de 1838-87 se produjo después de un período de cincuenta años en que la población afroargentina de la ciudad había registrado un continuado crecimiento, en números absolutos. No hay ninguna razón aparente para pensar que esta pauta de crecimiento deba haberse alterado en décadas posteriores. Al contrario, los afroargentinos posteriores a 1850 exhibieron una mejor salud social que los de la década de 1820. Aunque la comunidad había experimentado un exceso de muertes sobre los nacimientos en la década de 1820 parece ser que para 1837 se produjo un cambio. Ese año los nacimientos de color excedieron las muertes, lo que resultó en una modesta tasa de crecimiento del 0,6 por ciento. La tasa de crecimiento blanco de ese año fue del 1,7 por ciento.<sup>75</sup> En la década de 1850 hubo un saludable excedente de nacimientos negros y mulatos sobre las muertes. De hecho, para la década de 1850, la comunidad afroargentina tenía una tasa de crecimiento más alta que aquella que había tenido la población blanca durante la década de 1820, como lo indican las proporciones de nacimientos respecto de las muertes (ver cuadro 5.6). El hecho de que el Registro Estadístico no publicara las estadísticas de nacimiento por raza después de 1857 impide el cálculo de las proporciones para las décadas de 1860 y 1870. Es obvio sin embargo, que la tasa de crecimiento de los blancos excedió la de los negros y mulatos, y esta diferencia, combinada con la masiva inmigración europea, significó que la población de color estaba destinada a formar una proporción de la población de la ciudad en marcada declinación con el paso de los años. En la década de 1820 los afroargentinos habían dado cuenta del 27,7 por ciento de los nacimientos de la ciudad y del 35,2 por ciento de las muertes de la ciudad; en la década de 1850 dieron cuenta del 11,5 por ciento de los nacimientos y del 17,1 por ciento de las muertes. Un fenómeno con implicaciones más serias para los afroargentinos fue el hecho de que su número absoluto de nacimientos y muertes había declinado marcadamente en esos treinta años. Multiplicando los totales de la década de 1850 por 1,33 para agregar un año extra (dado que los totales de la década de 1820 representan cuatro años) se demuestra que mientras los nacimientos blancos se habían más que duplicado desde la década de 1820, el número de nacimientos negros y mulatos había descendido en un 30 por ciento. Las muertes se habían reducido en más que la mitad. Si bien la comunidad estaba creciendo, parece

Cuadro 5.6. Número de nacimientos y muertes blancos y de color en la ciudad de Buenos Aires, 1822-25 y 1854, 1856-87.

	1822-25			1854, 1856-87		
	Nacimientos	Muertes	N/M	Nacimientos	Muertes	N/M
Blancos	8.337	6.463	1,29	12.834	5.578	2,30
De color	3.192	3.517	0,91	1.671	1.147	1,46

*Fuente:* Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires, 1822-25, 1854, 1856-87.

El año 1855 no se incluyó en este cuadro porque las cifras de la mortalidad no se publicaron por raza ese año.

haber declinado su dimensión desde la década de 1820. Podemos notar esta anomalía como otra de las preocupantes contradicciones que tanto complican las fuentes estadísticas porteñas en el área de la raza. Uno se pregunta si la pauta de crecimiento registrada por la población de color en los informes de 1854-57 de alguna manera estaba relacionada con la decisión de los encargados de registros de la provincia, en 1858, de dejar de publicar los totales de nacimientos anuales por raza. A partir de ese año, sólo las estadísticas de muerte y matrimonio siguieron separándose en las categorías blanco y de color. Por lo tanto, no tenemos manera de saber si la tendencia de crecimiento de los afroargentinos continúa al mismo nivel, si se intensificó, o si declinó.

Los totales de muerte y de matrimonio (ver cuadros 5.7 y 5.8) indican que la población afroargentina de la ciudad mantuvo una dimensión bastante constante en todo el período de 1850 a 1870, aunque descendió en forma notable en términos de porcentaje. La declinación en muertes y matrimonios negros y mulatos después de 1870 coincide con las observaciones de los historiadores argentinos, quienes rotulan la guerra del Paraguay de 1865-70 y la epidemia de fiebre amarilla de 1871 en Buenos Aires como dos golpes de gracia para los afroargentinos. No se dispone de ninguna documentación estadística respecto del impacto de cada uno de estos acontecimientos. La integración en 1853 del ejército argentino significó que sólo dos batallones compuestos totalmente por hombres de color sirvieran en la guerra con el Paraguay, y yo no pude conseguir sus listas, si es que los documentos se han conservado. En lo que concierne a la desastrosa epidemia de fiebre amarilla, de las 23.748 personas que murieron ese año de 17.729 se conocía la raza, y de éstos sólo un número desusadamente pequeño, 268, fueron registrados como afroargentinos.<sup>76</sup> Es de dudosa significación estadística, pero de todos modos interesante, observar que un pequeño brote de fiebre amarilla de 1858 se llevó 141 vidas, de las cuales sólo dos eran negras.<sup>77</sup> Los

Cuadro 5.7. Integrantes de matrimonios por raza en la ciudad de Buenos Aires, 1858-76.

	Blancos	De color	No especificado	Total	Porcentaje de color <sup>a</sup>
1856-60	8.207	448	153	8.808	9,2
1861-65 <sup>b</sup>	8.073	308	585	8.966	3,7
1866-70	14.592	427	1.169	18.188	2,8
1871-75	18.297	155	—	18.452	0,8

*Fuente:* Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires, 1856-78.

<sup>a</sup> Columna calculada excluyendo del total la columna no especificada.

<sup>b</sup> Faltan las cifras para 1862.

Cuadro 5.8 Muertes por raza en la ciudad de Buenos Aires, 1856-76.

	Blancos	De color	No especificado	Total	Porcentaje de color <sup>a</sup>
1856-60	11.539	2.084	1.820	15.443	15,3
1861-65 <sup>b</sup>	12.588	2.283	3.248	18.119	15,4
1866-70	26.526	2.375	3.348	32.247	8,2
1871-78	37.137	1.953	7.184	46.277	5,0

*Fuente:* Ver Cuadro 5.7.

<sup>a</sup> Columna calculada extendiendo del total la columna no especificada.

<sup>b</sup> Faltan las cifras para 1862.

afroargentinos no parecen haber tenido una vulnerabilidad especial a la enfermedad, y sus alegadas tasas altas de mortalidad durante la epidemia no pueden documentarse mediante ninguna fuente. Sin embargo, dos de los acontecimientos vitales de la comunidad, la muerte y el matrimonio, demostraron marcadas declinaciones absolutas después de 1871, de modo que tal vez la epidemia perjudicara mucho a la comunidad.

Para 1887, los afroargentinos de Buenos Aires supuestamente se habían reducido a 8.005 individuos. Las mujeres aún superaban en gran medida a los hombres, 4.700 a 3.305.<sup>78</sup> Los totales indicados del censo no incluyen información acerca de la distribución de edad, de modo que no podemos decir

nada sobre la salud, el número de hijos por mujer, etcétera, de la comunidad. Parecen haber existido bastante jóvenes hombres y mujeres activos que trabajaban en los periódicos, los clubes sociales y las sociedades de ayuda mutua de la comunidad, y para formar sustanciales concurrencias a los bailes y las funciones sociales. En verdad, como se verá en el Capítulo 10, los periódicos y los escritos afroargentinos del período 1880-1900 demuestran notablemente poco interés por la situación demográfica en erosión de la comunidad, aunque estaban profundamente preocupados por su situación socioeconómica siempre subordinada. Tan indiferentes parecen haber sido respecto de su declinación demográfica, que nuevamente uno debe preguntarse si en realidad la comunidad estaba desapareciendo con tanta rapidez y de manera tan completa, como afirman los censos, los registros vitales y los autores argentinos blancos. Este Capítulo ha tratado de demostrar que no era así, y que en realidad los afroargentinos seguían existiendo aun cuando se los rotulara como trigueños y blancos. La pregunta, entonces, debe ser no por qué desaparecieron los afroargentinos, sino más bien por qué se escribió y se habló tanto acerca de su extinción y del hecho de que su comunidad se redujera a la nada, cuando en realidad siguió creciendo en todo el período en que se realizaron censos. ¿Por qué se afirmaba la desaparición, cuando en realidad la comunidad afroargentina estaba aún muy viva? Las respuestas a estas preguntas se hallarán en el capítulo siguiente.

1. John Brooks, comp., *The 1975 South American Handbook* (Bath, Inglaterra, 1975), p. 32.
2. Magnus Mörner, comp. *Race and Class in Latin America* (Nueva York, 1970), pp. 32, 47-48.
3. Leslie B. Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), pp. 205-14, 278-80; y Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Perú, 1684-1750* (Stanford, 1974), p. 334.
4. Rout, *African Experience*, p. 306; Rollie Poppino, *Brazil: The Land and the People* (Nueva York, 1968), p. 198; Howard I. Blutstein y otros, *Area Handbook for Cuba* (Washington, D.C., 1971), p. 76; y Nathan Glazer y Daniel Patrick Moynihan, *Beyond the Melting Pot* (Cambridge, Mass., 1964) p. 133.
5. Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, trad. Justo Maeso (Buenos Aires, 1958), pp. 178-79, 605.
6. Citado en Ricardo Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", *Buenos Aires: Revista de Humanidades* 1 (septiembre de 1961): 110.
7. Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900), 1: 72-73, 76.
8. *Segundo censo de la República Argentina: Mayo 10 de 1896*, 3 vols. (Buenos Aires, 1898), I: xlvi, 2: xlv, xlvii.
9. Juan José de Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905.
10. Máximo Simpson, "Porteños de color", *Panorama*, junio de 1967, pp. 78-85; y Luis Grassino, "Buenos Aires de ébano", *Revista Clarín*, 5 de diciembre de 1971.

11. *Registro estadístico de Buenos Aires, 1858*, 1: 67.
12. Reynolds Farley, *Growth of the Black Population* (Chicago, 1970), pp. 22, 30; y Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: a Census* (Madison, 1969), p. 73.
13. Un estudio de los registros notariales de los años 1780-1830 sugiere que los precios más altos se pagaban por los esclavos de entre 25 y 35 años. La investigación que actualmente está realizando el historiador argentino Eduardo Saguier debería proveer finalmente datos sólidos al respecto.
14. Ver Capítulo 4, n. 46.
15. Lyman L. Johnson, "La manumisión de esclavos durante el Virreinato", *Desarrollo Económico*, 16 (octubre-diciembre de 1976): 340. Se han advertido tendencias análogas en México y Perú (Rout, *African Experience*, p. 90).
16. Henry S. Shryock, Jacob S. Siegel, y otros, *The Methods and Materials of Demography*, 2 vols. (Washington, D.C., 1973), 2: 469, 504.
17. Marta B. Goldberg, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico* 16 (abril-junio de 1976): 90 n. 41.
18. *Ibíd.*, pp. 88 n. 37, p. 95; y cifras proporcionadas por Goldberg al autor.
19. *Ibíd.*, p. 87 n. 36, p. 95.
20. Al lector interesado se le sugiere que consulte el excelente artículo de Goldberg, "La población negra".
21. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p. 96.
22. Ver, por ejemplo, un caso de 1847 en el que la africana de 20 años Marcelina Alfaro se enfrentó a doña Dolores Burgois por los derechos a la hija de Alfaro (AGN-X-26-2-6). Ver cómo a Ana Gómez se le otorgó una liberta recién llegada en 1831 (AGN-X-31-9-5). Ver la venta en 1830 de una liberta africana traída en el corsario *Triunfo Argentino* (AGN-X-31-9-5). Ver la petición en 1836 del africano Constantino Galiano respecto de su libertad después de haber servido a su amo por seis años (AGN-X-33-3-1, libro 94, folio 10). Ver la lista de 1835 de los libertos capturados durante la guerra con Brasil, que entonces estaban sirviendo en regimientos argentinos (AGN-X-33-2-8, libro 91, folio 140).
23. Examiné los partes manuscritos y/o los datos publicados del censo de Córdoba de 1832 (Azucena Perla M. Della Casa de Tauro), "Censo de la ciudad de Córdoba del año 1832" (tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972); el censo de 1840 de la provincia de Córdoba (Archivo Histórico de Córdoba, libros 299-301); el censo de 1844 de la provincia de Entre Ríos (Archivo de la Provincia de Entre Ríos, Gobierno, Ser. 7, legajos 1-2); y los censos de 1836 y 1862-53 de Montevideo (AGN, Montevideo, libros 146-49, 465, 257-58). Las personas nacidas en Buenos Aires estaban mínimamente representadas en los censos de Córdoba y Entre Ríos, pero estaban presentes en número significativo en el censo de Montevideo, lo que sugiere una corriente recíproca de migración entre las dos ciudades portuarias. Esta técnica de estudiar la migración, por supuesto, no dice nada de los individuos que migraban a y desde Buenos Aires y luego regresaban a su lugar de origen.
24. Farley, *Growth of the Black Population*, pp. 49-51, 61-62, 106-8.
25. *Ibíd.*, p. 58; y Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians* (Cambridge, Mass., 1973), p. 180.

26. Florestan Fernandes, *The Negro in Brazilian Society* (Nueva York, 1969), pp. 69-709, 71.
27. Goldberg, "La población negra", pp. 80, 87.
28. Todas estas fotos son de la revista *Caras y Caretas*; "En honor del Cuerpo de Bomberos", 2 de febrero de 1900; "Las víctimas del calor", 10 de febrero de 1900; "Elección de Diputados Nacionales en la capital", 17 de marzo de 1900; 23 de agosto de 1902; "El Asilo de las Mercedes", 20 de mayo de 1899; "Los premios a la virtud", 2 de junio de 1900; "La semana santa", 13 de abril de 1901; "Concurso de tiros de batallones de línea", 1 de diciembre de 1900; "El Día de Difuntos", 19 de noviembre de 1901; y "El último expósito del siglo pasado y los primeros niños que nacieron en el siglo XX", 12 de enero de 1900. Para asegurarme de que a estos individuos se los consideraba afroargentinos según las pautas porteñas, así como las más propias, mostré todas estas fotos a amigos y colegas argentinos, quienes estuvieron de acuerdo en que los sujetos exhibían evidencia visible de ancestro africano.
29. "¿Por qué se llama 'La Broma'?", *La Broma*, 17 de octubre de 1878, pp. 1-2.
30. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior* (Buenos Aires, 1921), p. 65.
31. Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú* (Buenos Aires, 1920), p. 26.
32. Goldberg, "La población negra", p. 81.
33. Emiliano Endrik, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), p. 3.
34. "La moral doméstica", *La Tribuna*, 27 de octubre de 1853, p. 2.
35. Para un panorama de estos inconvenientes, ver Shryock y Siegel, *Methods and materials of Demography*, Cap. 3.
36. Nicolás Besio Moreno, *Buenos Aires: Estudio crítico de su población, 1536-1936* (Buenos Aires, 1939), pp. 342-43.
37. Karla Robinson, candidata al doctorado en la Universidad de Carolina del Norte, ha emprendido la tarea de tabular el censo de 1827; las cifras contenidas en la Tabla 5.1 son sus resultados preliminares.
38. Besio Moreno, *Buenos Aires*, p. 350.
39. Algunos formularios completados para el censo de 1854 pueden hallarse en AGN-X-42-8-5 y 42-6-5.
40. Farley, *Growth of the Black Population*, pp. 24-25, 66.
41. Richard Wade, *Slavery in the Cities* (Londres, 1964), pp. 78-79; Ira Berlin, *Slaves without Masters: The Free Negro in the Antebellum South* (Nueva York, 1974), pp. 253-59; y Leon F. Litwack, *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860* (Chicago, 1961), pp. 168-69.
42. Francisco L. Romay, *El barrio de Monserrat* (Buenos Aires, 1971), pp. 61-63. Las instrucciones policiales durante la década de 1820 indicaban a los patrulleros que ejercieran una vigilancia especial de esa área (Alfredo Taullard, *Nuestro antiguo Buenos Aires*, Buenos Aires, 1927, p. 320).
43. Romay, *El barrio*, p. 63; y Miguel Angel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871* (Buenos Aires, 1974), pp. 81-82, 109.
44. Shryock y Siegel, *Methods and materials of Demography*, p. 261; y Farley, *Growth of the Black Population*, p. 66.
45. Besio Moreno, *Buenos Aires*, p. 342.

46. Ver los censos encabezados "Relación de los esclavos aptos para armas..." en AGN-IX-10-7-2, 9-5-3, 18-8-11.
47. AGN-X-31-11-3.
48. La literatura sobre la cuestión de la raza en América Latina es extensa. Las obras básicas de consulta son Magnus Mörner, *Race Mixture in the History of Latin America* (Boston, 1967); Carl Degler, *Neither Black nor White* (Nueva York, 1971); Harry Hostink, *The Two Variants in Caribbean Race Relations* (Londres, 1967); Charles R. Boxer, *Race Relations in the Portuguese Colonial Empire* (Oxford, Inglaterra, 1963) y Rout, *African Experience*.
49. David W. Cohen y Jack P. Greene, comps., *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972), p. 113.
50. Para un análisis de gracias al sacar, ver Rout, *African Experience*, pp. 156-59.
51. Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra* (Buenos Aires, 1972), p. 57.
52. Rout, *African Experience*, p. 171.
53. Un inglés, *Cinco años en Buenos Aires* (Buenos Aires, 1962), p. 105.
54. J. A. Rogers, *Great Men of Color*, 2 vols. (Nueva York, 1972), 2: 187-91.
55. En el Archivo General de la Nación y en el Archivo General del Ejército, encontré los registros de alistamientos para españoles e italianos que eran descritos como trigueños.
56. Elena Padilla, *Up from Puerto Rico* (Nueva York, 1958), pp. 73-74, 75. Mi esposa, Roye Werner, proporcionó la información para esta y posteriores referencias en Puerto Rico.
57. Oscar Lewis, *La vida* (Nueva York, 1965), p. 619.
58. Piri Thomas, *Down These Mean Streets* (Nueva York, 1969), p. 147.
59. Glazer y Moynihan, *Melting Pot*, p. 133. Ver también Thomas G. Matthews, "The Question of Color in Puerto Rico", en Robert Brent Toplin, comp., *Slavery and Race Relations in Latin America* (Westport, Conn., 1974), especialmente las páginas 301, 310-17, 319.
60. Rout, *African Experience*, p. 222.
61. *Ibíd.*, pp. 264-65.
62. Estos alistamientos fueron tomados de AGN-III-59-1-1, 59-1-6; 59-2-1, 59-2-4, 59-2-7.
63. AGN-III-59-1-1.
64. AGN-III-59-2-7.
65. *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1875*, p. 157.
66. Ver, por ejemplo, la descripción de "una hermosa trigueñita con labios de coral y dientes de marfil" ("Unas feas", *El Proletario*, 4 de mayo de 1858, p. 3).
67. AGE, Archivo de Personal 14991.
68. AGE, Archivos de Personal 7849, 7850.
69. Degler, *Neither Black nor White*, pp. 223-32.
70. AGN, Registro 5, 1802-3, folio 398. Lyman Johnson proporcionó estas referencias y varias otras posteriores.
71. AGN, Registro 5, 1806-7, folio 157.
72. Bernardo Kordon, "La raza negra en el Río de la Plata", *Todo es Historia* 3 1969 Suplemento 7, p. 17.
73. Lanuza, *Morenada*, p. 23.

74. Lina Beck-Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*, trad. José Luis Busaniche (Buenos Aires, 1935), pp. 180-81.
75. Goldberg, "La población negra", p. 95.
76. *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires, 1871*. Los certificados de defunción originales por la epidemia están en AGN-X-32-6-7.
77. *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1858*, 1: 82.
78. *Censo general de población, edificación, comercio e industria de la ciudad de Buenos Aires*, 2 vols. (Buenos Aires, 1889), 2: 57.

## POR QUE DESAPARECERON LOS AFROARGENTINOS

En el capítulo anterior se estudió por la deducción de los estilos de la población negra y mulata de Buenos Aires las razones de profundos cambios mediante el uso engañoso de las estadísticas oficiales. Sin embargo, esas estadísticas no han confirmado en las fuentes observaciones de historiadores y autores argentinos de la segunda mitad del siglo. Los nombres de la creciente extinción de la comunidad de color de la ciudad eran registradas en los escritos del período, así como reflexiones sobre el fait accompli de la desaparición han aparecido regularmente hasta el presente en la Argentina. Como en el caso de las estadísticas, se debe sospechar de ciertos hechos. La evidencia que se tiene observaciones ya ha sido citada en el Capítulo de la creciente aparición de afroargentinos en biografías, la continuada vitalidad de la comunidad tal como se expresaba en sus numerosas perfomances y actividades de ayuda mutua, etcétera. (Se tratará en profundidad la historia de la comunidad, en la segunda mitad del siglo en los Capítulos 6-10). Lo que queda por establecer es el motivo para estas evidencias por haber desaparecido a la comunidad antes de que ella realmente sucediera. La búsqueda de ese motivo requiere que se buce profundamente en la historia de la ciudad y que se examine cómo se la escribió, quién la escribió, y qué que hizo.

También es importante considerar el grado de estigma, a la falta de estima, así que los afroargentinos eran vistos por sus contrapartes blancas. En el Capítulo 4 se vio que, tal como en el caso de las Américas, la relación de la sociedad peruana de piel oscura con la condición social inferior resultaba imposible de quebrar, incluso cuando eran libres, los afroargentinos ocupaban una posición claramente subordinada en la ciudad, y así en varios casos los individuos ingresaron al trabajo por encima de la condición social y económica a la que los asignaba su color.

El temor aumentaba esta propensión. La sociedad blanca recurrentemente



## 6

# POR QUE DESAPARECIERON LOS AFROARGENTINOS

En el capítulo anterior se sostuvo que la declinación demográfica de la población negra y mulata de Buenos Aires fue acelerada artificialmente mediante el uso engañoso de las estadísticas oficiales. Sin embargo, esas estadísticas hallan confirmación en las frecuentes observaciones de historiadores y autores argentinos de la segunda mitad del siglo. Los análisis de la inminente extinción de la comunidad de color de la ciudad eran recurrentes en los escritos del período, así como reflexiones sobre el *fait accompli* de la desaparición han aparecido regularmente hasta el presente en la Argentina. Como en el caso de las estadísticas, se debe sospechar de perjurio histórico. La evidencia contra tales observaciones ya ha sido citada en el Capítulo 5: la frecuente aparición de afroargentinos en fotografías, la continuada vitalidad de la comunidad tal como se expresaba en sus numerosos periódicos y sociedades de ayuda mutua, etcétera. (Se tratará en profundidad la historia de la comunidad, en la segunda mitad del siglo, en los Capítulos 8-10). Lo que queda por establecerse es el motivo para estos esfuerzos por hacer desaparecer a la comunidad antes de que ello realmente sucediera. La búsqueda de ese motivo requiere que se bucee profundamente en la historia de la ciudad y que se examine cómo se la escribió, quién la escribió, y con qué fines.

También es importante considerar el grado de estima, o la falta de estima, con que los afroargentinos eran vistos por sus compatriotas blancos. En el Capítulo 4 se vio que, tal como en el resto de las Américas, la relación de la sociedad porteña de piel oscura con la condición social inferior resultaba imposible de quebrar. Incluso cuando eran libres, los afroargentinos ocupaban una posición claramente subordinada en la ciudad, y sólo en raros casos los individuos lograban elevarse por encima de la condición social y económica a la que los asignaba su color.

El temor aumentaba este prejuicio. La sociedad blanca reconocía que

las víctimas de tal discriminación no podían dejar de nutrir resentimientos contra aquéllos que ponían en vigencia los regímenes esclavista y de casta, y se beneficiaban con ellos. Buenos Aires recibía regularmente noticias de esclavos y negros libres que se sublevaban en el extranjero.<sup>1</sup> La nerviosidad de los funcionarios y oligarcas locales por la posibilidad de que ocurriera tal rebelión en Buenos Aires, surge con claridad en las frecuentes quejas relativas a las danzas callejeras de los afroargentinos. Las protestas del Cabildo ante el virrey, una de las cuales se cita extensivamente en el Capítulo 9, argumentaban que las danzas brindaban una oportunidad para que los negros libres y esclavos se reunieran y complotaran la rebelión contra los blancos. La inquietud de la elite también se hizo notar durante la invasión y ocupación inglesa de la ciudad en 1806. Con la llegada de los británicos, se difundió entre la comunidad de color el rumor de que estaba próximo el fin de la esclavitud. Preocupado por la consiguiente inquietud entre los esclavos, el municipio delegó a uno de sus miembros para que persuadiera al comandante británico a que reprimiera a los negros y mulatos potencialmente rebeldes. El general Beresford amablemente emitió un comunicado informando a la ciudad que no tenía ninguna intención de abolir la esclavitud y que todos los esclavos debían continuar sirviendo a sus amos como antes. Así cuando seis semanas más tarde los rioplatenses expulsaron a los británicos de la ciudad, lo hicieron ayudados por cientos de tropas de negros y mulatos libres y esclavos, quienes combatieron con armas que les había proporcionado el municipio (ver Capítulo 7). Pero una vez concluida la lucha, los miembros del Cabildo se sintieron incómodos al pensar que había tantos potenciales rebeldes que andaban armados por la ciudad. Por lo tanto, anunciaron un decreto agradeciendo a los esclavos por sus servicios a la ciudad y solicitando la devolución de todas las armas que la ciudad había proporcionado. Se ofrecía un arancel de un peso por la devolución de cada espada, dos pesos por cada arma.<sup>2</sup>

Los temores de los miembros del Cabildo no carecían de fundamento, en especial después de la revolución de los esclavos de Haití de 1791-1804. Las revueltas de los esclavos se habían producido en todas las Américas desde el siglo XVI, pero la de Haití fue la más grande, la más sangrienta, la más lograda, y por lo tanto, la más intimidatoria para los propietarios de esclavos en todas partes. Inspirada en los principios de la Revolución Francesa, la revuelta haitiana envió olas por el entero hemisferio. En 1790, el virrey prohibió en Buenos Aires la importación de esclavos de colonias o puertos franceses, por temor de que pudieran estar infectados por el contagio de la revolución. Esta precaución aparentemente resultó inefectiva, ya que en 1795, Buenos Aires fue sacudida por la denominada "Conspiración Francesa". Varios franceses, italianos y un mestizo rioplatense fueron acusados de difundir propaganda revolucionaria entre los esclavos de la ciudad, los negros y mulatos libres y los indios. En su juicio por traición, el fiscal sólo pudo demostrar que uno de los franceses le había enseñado a su esclavo a leer y escribir, que los europeos habían brindado por la libertad, la igualdad y la fraternidad frente a sus esclavos,

y que una persona desconocida había colocado carteles por la ciudad proclamando una próxima revolución que haría iguales a todos los hombres. A pesar de la falta de pruebas contra ellos, los europeos fueron declarados culpables y proscriptos del imperio, mientras que el americano fue sentenciado a diez años de trabajos forzados.<sup>3</sup>

A pesar de los temores de los blancos, la población negra de Buenos Aires exhibió una tranquilidad aparentemente imperturbable durante todo el período del régimen esclavista. Aparte de la breve inquietud de 1806, no hubo una sola revuelta ni intento de revuelta entre los esclavos o los negros libres de la ciudad. Por qué esto debió ser así, no es claro. Ningún observador contemporáneo se sintió nunca obligado a explicar la carencia de revueltas en la ciudad pero de haberlo intentado, probablemente hubiese señalado el trato relativamente benigno que se les daba a los esclavos. Los rioplatenses y los extranjeros por igual repetidamente comentaban la naturaleza bondadosa de la esclavitud urbana de la capital, en especial comparados con los horrores de las plantaciones caribeñas. El inglés Emeric Vidal informó que “la esclavitud en Buenos Aires es libertad perfecta comparada con las de otras naciones”. Vidal informaba a sus lectores que los esclavos de la ciudad a menudo estaban mejor vestidos, alimentados y albergados que los blancos pobres, y que él había visto varios casos de esclavos que preferían rechazar la libertad antes que dejar la comodidad de los hogares de sus amos.<sup>4</sup> Woobine Parish coincidía con Vidal, sosteniendo que en todo Hispanoamérica “la esclavatura lo fue siempre más en el nombre que en la realidad”.<sup>5</sup> Los autores e historiadores argentinos repitieron este tema durante los siglos XIX y XX. El presidente Bartolomé Mitre (1862-68) describió a los esclavos como a “colonos” que eran tratados con indulgencia por sus amos y a los que rara vez se los hacía trabajar mucho. En un artículo de 1883 acerca de los afroargentinos, el autor Vicente Quesada describió las relaciones entre amos y esclavos de Buenos Aires como “casi afectuosas”; cincuenta años más tarde, el sociólogo José Ingenieros caracterizó a la esclavitud en Buenos Aires como una institución benévola.<sup>6</sup> Escribiendo en 1930 sobre su visita a Harlem, un periodista argentino explicaba el hecho de que los afroargentinos no produjeran ninguna música similar al jazz norteamericano por el hecho de que ellos nunca habían soportado reales penurias en la Argentina. Los negros de la Argentina no tenían nada en común con los esclavos de Harriet Beecher Stowe, afirmaba, porque “no sufrían nunca”.<sup>7</sup>

El debate sobre la relativa crueldad o benevolencia de los diferentes regímenes esclavistas se ha extendido por siglos. Uno de los participantes más influyentes en el debate fue el historiador norteamericano Frank Tannenbaum, quien sostuvo en su celebrado libro *Slave and Citizen* que las sociedades coloniales españolas y portuguesas eran significativamente más benignas en su trato a los esclavos que las inglesas, francesas u holandesas.<sup>8</sup> Este tema fue tomado por varios historiadores hispanoamericanos, cada uno de los cuales sostenía que el régimen esclavista de su país había sido más benigno y humanitario que cualquier otro.<sup>9</sup> Ya se reconoce de manera general que la relativa dureza o bondad del trato

acordado a los esclavos estaba determinada no tanto por la nacionalidad o la herencia cultural de los propietarios de los esclavos, sino más bien por el uso económico al que se sometía a los esclavos.<sup>10</sup> Las florecientes economías de las plantaciones producían condiciones brutales y deshumanizadas; las economías menos activas, en las que no era tan pronunciado el incentivo a extraer la máxima utilidad posible de cada esclavo, tendía a producir condiciones más relajadas. El historiador argentino José Luis Lanuza, en un escrito publicado poco después de la aparición del libro de Tennenbaum, se refirió precisamente a ese punto: "No creo que nosotros seamos mejores que la gente de otros países. Fue suerte para los negros —y para nosotros— que no tuviéramos plantaciones ni ingenios. No hubo necesidad de tratarlos como obreros y exprimirlos. Exceptuando algunos olvidos lamentables, los tratamos como a personas, y ahora más bien estamos en paz".<sup>11</sup>

En todo caso, explicar la falta de revueltas de esclavos en términos del trato benévolo recibido por los esclavos porteños sería claramente falaz. Montevideo, la capital uruguaya del otro lado del Río de la Plata, una ciudad donde las condiciones para los esclavos eran virtualmente idénticas a las de Buenos Aires, se vio perturbada por varias comunidades de cimarrones, o esclavos fugados, durante la primera década del siglo XIX, y por un intento de revuelta en gran escala por parte de negros libres y esclavos en 1832.<sup>12</sup> Parece no haber ninguna manera de explicar la falta de incidentes análogos en Buenos Aires, salvo decir que quizá los afroargentinos estaban conservando sus energías subversivas para los años de Rosas, cuando su relación con el gobernador los convirtió en una fuerza política que debía ser tenida en cuenta.

## ROSAS Y LOS UNITARIOS

El lector recibió una breve introducción respecto del gobernador Juan Manuel de Rosas en el Capítulo 2. La importancia de este personaje en la historia argentina, y el peso sobre Buenos Aires de su gobierno de veinte años, no pueden sobreestimarse. Como se describió anteriormente, tal vez su mayor ofensa, al menos en opinión de los unitarios, fue su activo reclutamiento de las no elites en el sistema político de la provincia. Entre estos grupos subalternos se destacaban los afroargentinos. Tan pronto como Rosas reconoció la conveniencia que podía derivar de organizar las masas en su favor, dirigió especial atención a la población de color. Como el posterior populista Perón, Rosas contó con la gran ayuda de su esposa, doña Encarnación Ezcurra de Rosas. En 1831, en un misterioso anticipo de Eva Perón, doña Encarnación le informó a Rosas que se había ocupado de organizar a los trabajadores en su favor. "He llamado a los *paisanos*, les he hablado, lo mismo a los presidentes de todas las naciones negras".<sup>13</sup> En 1833, cuando Rosas no estaba ocupando el cargo pero echaba las bases para el golpe que lo devolvería al poder, instruyó a su esposa para que redoblara sus esfuerzos. "Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres, y por ello cuanto importa el sostenerla y no perder medios para atraer y

cultivar sus voluntades. No cortes, pues, su correspondencia. Escríbeles frecuentemente, mándales cualquier regalo sin que te duela gastar en esto. Digo lo mismo respecto de las madres y mujeres de los pardos y morenos que son fieles. No repares, repito, en visitar a las que merezcan y llevarlas a tus distracciones rurales como también en socorrerlas con lo que puedas en sus disgracias".<sup>14</sup>

La hija de Rosas, Manuelita, era otro vínculo entre el gobernador y los afroargentinos. Ella asistía regularmente a los bailes de las naciones africanas, en los que escandalizaba a los unitarios bailando con hombres de color. El órgano del gobierno *La Gaceta Mercantil* salió en su defensa en 1843.

"Los pardos o mulatos en nada desmerecen por serlo; al contrario, son atendidos y considerados por el general Rosas, lo mismo que los negros, los africanos o morenos, como hijos del país, valientes defensores de la libertad que han conquistado gloria y fama en cien batallas en que con bravura han sostenido la independencia nacional contra toda dominación extranjera y contra los salvajes unitarios indignos de hombrearse con los honrados pardos y morenos... El general Rosas aprecia tanto a los mulatos y morenos que no tiene inconveniente en sentarlos en su mesa y comer con ellos; por lo que ha pretendido burlarlo *El Nacional* [un periódico unitario de Montevideo], reprochándole que su hija la señorita Da. Manuelita de Rosas y Ezcurra, no tenga tampoco reparo en bailar en ciertas ocasiones con los mulatos, pardos y morenos honrados y laboriosos".<sup>15</sup>

En 1848 las mujeres de la nación del Congo (una sociedad de ayuda mutua compuesta por esclavos y negros libres nacidos en esa región del Africa; ver Capítulo 8) reafirmaron su lealtad al gobernador y a su hija componiendo un extenso "himno a doña Manuela Rosas" en honor de su cumpleaños.<sup>16</sup>

Si bien Rosas contaba con la gran ayuda de su esposa y su hija, él mismo se encargaba de cortejar a los afroargentinos, empleando una hábil combinación de propaganda, halagos y genuinas concesiones para granjearse el apoyo a su causa. En una acción característica, a su mansión suburbana le puso el nombre del santo negro Benito de Palermo, patrono de una de las hermandades religiosas negras de la ciudad. Se instituía a los propagandistas rosistas para que escribieran poemas y literatura pro-rosistas en dialecto afroargentino, que era distribuido al populacho. Un periódico de publicación irregular titulado *La Negrita* fue un ejemplo de esta táctica de relaciones públicas. El personaje del periódico era la negra Juana Peña, quien declaró en el primer número que:

Yo me llamo Juana Peña,  
Y tengo por vanidad,  
Que sepan todos que soy  
Negrita muy federal.

Publicado durante los días previos al golpe de 1833, *La Negrita* exhortaba a los afroargentinos a mantenerse con firmeza detrás de su líder don Juan Manuel [de Rosas], y a no tolerar los ultrajes cometidos por “unos pocos aspirantes que quieren sacrificarla [la Patria]/ por salir ellos avances”.<sup>17</sup>

Otro periódico, *El Avisador*, trataba de soliviantar a los afroargentinos contra Félix de Alzaga, comandante de la milicia negra quien asumió una postura crecientemente antirrosista durante el transcurso de la década de 1830. *El Avisador* advertía a sus lectores que “él cuenta con los NEGROS porque los capitanea... pero los NEGROS lo abandonarán, lo dejarán solo, y cuando llegue el caso le dirán, TRAIADOR, muere como tu padre”. La referencia es a Martín de Alzaga, padre de Felix, ejecutado en 1812 después que un esclavo descubriera su conspiración contrarrevolucionaria. “La PATRIA nos ha hecho LIBRES, y tu padre quiso conservarnos en la SERVIDUMBRE.”<sup>18</sup>

Rosas también hizo genuinas concesiones a los afroargentinos. En 1836 derogó legislación anterior que requería el reclutamiento automático de los libertos de más de quince años, y en 1839 finalmente abolió el tráfico de esclavos que él había reinstituído en 1831. Después de estos dos acontecimientos, los afroargentinos realizaron manifestaciones para mostrar su gratitud al gobernador.<sup>19</sup> En ocasiones se hacían donaciones de dinero a las sociedades africanas de ayuda mutua.<sup>20</sup> Se levantaron las prohibiciones a los candombes que se habían impuesto en la década de 1820, y en 1838 incluso se invitó a las naciones a realizar un baile de todo el día en la plaza central para celebrar el día de la Independencia. Tal como había hecho el gobierno revolucionario en la década de 1810, Rosas promovió a hombres de color cuidadosamente elegidos a altas posiciones militares, cimentando así la lealtad de sus tropas afroargentinas. Otros se convirtieron en estrechos adherentes personales. El negro Domiciano era un verdugo especialmente temido; el mulato Zabalía era una figura prominente de la policía secreta, la Mazorca, como lo era el teniente coronel negro Narbona.<sup>21</sup>

Pero en otro sentido, Rosas no promovía más los intereses de los afroargentinos de cuanto lo habían hecho las administraciones anteriores. Después de todo, él renovó el tráfico de esclavos en 1831, permitiendo que funcionara abiertamente. Si bien hacía una política de cortejar a las naciones, también era capaz de abandonarlas cuando ello convenía a sus intereses. En 1833 la sede central de la nación Cambundá fue confiscada y vendida para pagar deudas contraídas por la sociedad. Rosas pudo haber intervenido para impedir la confiscación o para prestar el dinero a la sociedad, pero no lo hizo.<sup>22</sup> Su gobierno efectivamente concluyó el reclutamiento obligatorio de los libertos nativos, pero en 1834 estableció la conscripción automática de todos los libertos nacidos en el extranjero, esto es aquellos traídos por corsarios durante la guerra con Brasil.<sup>23</sup> Las oportunidades educacionales para los afroargentinos siguieron siendo casi inexistentes, y el hecho de que el gobernador se apoyara mucho en los

varones de color para propulsar su máquina de guerra le hacía poco bien a la población afroargentina.

En consecuencia, el apoyo de la comunidad a Rosas de ningún modo era unánime. Algunos afroargentinos, en especial aquellos que estaban ubicados más confortablemente en la sociedad de la ciudad, se unían a los unitarios contra el dictador. El coronel José María Morales, el oficial de color de más alto rango de la Argentina, inició su carrera militar luchando en el bando unitario en el Sitio de Montevideo. Doña Encarnación repetidamente advertía a su esposo de los complots para asesinarlo; el sospechado instigador de uno de ellos fue un mulato Carranza, "muy unitario".<sup>24</sup> Otro mulato de nombre Félix Barbuena se decía que había sido el líder de la revuelta antirrosta de 1839 en el sur de la provincia.<sup>25</sup>

Los enemigos del gobernador hacían todo lo posible por socavar el apoyo de los afroargentinos al dictador. En 1836, un informante le escribió al jefe de policía que ex oficiales de una antigua unidad militar negra, el Cuarto Batallón de Cazadores, se habían infiltrado en las naciones africanas y estaban difundiendo la subversión unitaria.<sup>26</sup> Cartas escritas en 1839 por la unitaria Petrona Acosta de Sinclair a su esposo en el exilio, comentaban los intentos por volver a los negros contra Rosas. Ella jubilosamente informaba a su marido que "emos conseguido con los negros ponerlos mal con el [Rosas.] tengo la labandera Presidenta de los negros i no perdemos tiempo de aconsejarlas hasta que tome odio del que ya Saben [...] les Contamos tantas Cosas y eyos an Creido [...] dicen los negros que eyos [el gobierno] han des ser los piores porque estan aburridos del Bloqueo [francés de 1838-1840.] le dige a la negra presidenta que es una berguenza que los icieron bailar en la plaza para aSerles burla y estan mui enojados [...] aunque las maten dicen que no han de bailar mas...".<sup>27</sup>

Las afirmaciones de doña Petrona resultaron indebidamente optimistas. Hasta el mismo fin, el apoyo de los afroargentinos a Rosas parece haber sido firme. Los negros de la ciudad exhibían de manera prominente las insignias federales rojas, y lealmente se disponían a servir en los ejércitos de Rosas. Los candombes infaliblemente comenzaban con varios versos en honor del gobernador, escritos por los negros mismos o por propagandistas de Rosas.

Ya vites en el candombe  
cómo glitan los molenos:  
¡Viva Nuestlo Padle Losas  
el Gobelnadol más Güeno!<sup>28</sup>

Por las calles desfilaban bandas de músicos negros después de cada victoria federal.<sup>29</sup> En al menos una ocasión, cuarenta y dos sociedades africanas se reunieron para hacer una contribución especial al tesoro provincial, cuando se necesitó dinero extra para gastos militares.<sup>30</sup>

Después de la caída de Rosas, varios autores unitarios afirmaron que los servidores negros de la ciudad habían formado una red de espías para el dictador. Los domésticos de los hogares unitarios supuestamente infor-

maban acerca de sus empleadores a Rosas y su policía secreta, con resultados habitualmente desastrosos para las familias implicadas.<sup>31</sup> No hay ninguna prueba de esto ni en documentos del período de la policía o del gobierno, pero la acusación fue repetida con tanta frecuencia, que puede haber cierta verdad en ella. En 1853, poco después de la fuga de Rosas al exilio, *La Tribuna* citó como ejemplo de sus delitos el hecho de que los esclavos que habían denunciado tendencias unitarias de parte de sus propietarios a la policía rosista, habían recibido su libertad en forma automática.<sup>32</sup> El hecho de que el periódico hubiera afirmado abiertamente esto muy poco tiempo después de sucedido, cuando los recuerdos aún estaban frescos, implica que tal vez el espionaje doméstico fuera otra manera por la cual los afroargentinos demostraban su apoyo al dictador. Era claramente una acusación repetida a menudo: un editorial de 1878 en la prensa negra atacaba la ignorancia por parte de los blancos de la historia afroargentina en general y expresaba particular irritación ante la difundida creencia de que el único rol de la gente de color en la historia argentina había sido el de soldados y espías de Rosas.<sup>33</sup>

Así, los afroargentinos y Rosas se unieron inextricablemente en la mente de los unitarios. El racismo de los unitarios blancos se combinó con su odio por Rosas y los federales para transformar a los negros en un símbolo recurrente del supuesto salvajismo y barbarie de los años de Rosas. Cuando en 1838, Rosas invitó a las naciones africanas a bailar en la Plaza Central para celebrar el Día de la Independencia, no tuvo límites la furia de los unitarios. El poeta antirrosista Juan Cruz Varela conmemoró el acontecimiento en su poema "Al 25 de mayo de 1838".

Seis líneas de una poesía de Juan Cruz Varela

Sólo por escarnio de un pueblo de bravos  
bandas africanas de viles esclavos  
por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje,  
es en este día meditado ultraje  
del nuevo caribe que el Sud abortó.<sup>34</sup>

La ya citada Petrona Acosta de Sinclair debía estar llena de ira cuando le escribió una carta a su esposo describiendo el acontecimiento: "el [Rosas] a yegado a la ultima desgracia que Se puede ber [...] el dia de beinte y cinco que a sido tan respetado y debe Ser mientras Buenos aires existe yego al ultimo grado de bileza y desgracia Rebagando un dia Como ese a terminos de poner tambores de negros ese dia en la plaza".<sup>35</sup>

Al recordar los peores aspectos de los años de Rosas, los historiadores unitarios a menudo describieron las confrontaciones entre respetables unitarios y rosistas negros. José María Ramos Mejía recordaba cómo los conjuntos de músicos afroargentinos solían detenerse frente a hogares unitarios para cantar canciones injuriosas sobre los "asquerosos inmun-

dos unitarios" y luego pedir dinero a cambio de serenatas.<sup>36</sup> José Wilde sostenía que los negros, que hasta entonces siempre habían conocido su lugar en la sociedad limitándose al mismo, fueron transformados por los años de Rosas. "Vino el *tiempo de Rosas* que todo lo desquició, que todo lo desmoralizó y corrompió, y muchas negras se revelaron contra sus protectores y mejores amigos. En el sistema de espionaje establecido por el tirano, entraron a prestarle un importante servicio delatando a varias familias y acusándolas de *salvajes unitarios*; se hicieron altaneras e insolentes y las señoras llegaron a temerlas tanto como a la Sociedad de Mazorca".<sup>37</sup> Varios autores señalaban los candombes semanales como momentos de especial temor e incomodidad entre los blancos, porque era en estos días en que los negros supuestamente tenían especiales probabilidades de enloquecer. El espectáculo de los bailes suscitaba "el presentimiento de que serían aquellas pobres bestias una vez enceladas por la acción de su *chicha* favorita o por el cebo apetitoso del saqueo, consentido y protegido por la alta tutela del Restaurador".<sup>38</sup> V. F. López se hacía eco de esto, recordando cómo las familias trepidaban al oír el "rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una amenazante invasión de tribus africanas, negras y desnudas. La lujuria y el crimen dominaban la ciudad con el fondo musical del tan-tan africano"<sup>39</sup>

Los afroargentinos se habían mostrado extraordinariamente callados durante todo el período colonial y las primeras décadas de la Independencia. Casi única entre las principales ciudades latinoamericanas, Buenos Aires no había sufrido ningún intento ni revuelta de sus negros libres y esclavos. Pero, al menos en la percepción de los opositores de Rosas, los veinte años de la administración del Restaurador más que compensaron los siglos previos de paz. Los afroargentinos habían demostrado sus verdaderos colores y se habían revelado como una fuerza potente para el federalismo o, según el léxico unitario, la barbarie. Fue una revelación que los unitarios no olvidarían pronto.

## LA GENERACION DE 1880

De ningún modo puede sorprender que la caída de Rosas en 1852 fuera recibida con el más profundo alivio y regocijo por parte de los unitarios. La provincia era ahora libre para continuar el camino de desarrollo que los liberales planearon para ella. Todos los recuerdos de los años de Rosas serían implacablemente omitidos. De manera inevitable, los afroargentinos perdieron la posición algo favorecida de que habían gozado en el Buenos Aires de Rosas. Pero de mayor profundidad que eso y últimamente más perjudicial para los afroargentinos, fueron la filosofía y las políticas puestas en práctica por los unitarios cuando tomaron el poder. Una parte básica de la ideología argentina liberal desde 1800 había sido una orientación hacia las naciones "progresistas" de Europa, en particular Gran Bretaña y Francia, y el deseo de cambiar el tradicionalismo del pasado colonial español por la modernidad de Europa. Los unitarios pro-

fesaban una fuerte e inflexible fe en la innata superioridad de las repúblicas europeas, tal como se manifestaba en su industrialización, en su expansión económica, un desarrollo histórico en el que las monarquías esclarecidas eran sucedidas por el republicanismo, y los comienzos del imperio en Asia y Africa. Si sólo la Argentina seguía el camino emprendido por Europa occidental y los Estados Unidos, sostenían los nuevos gobernantes de la capital, podría convertirse en la nación más grande de América del Sur.

Era parte integrante de ese conjunto de creencias la suposición de que para formar una nación según el modelo europeo, se necesitaba una población europea. Era innegablemente cierto que los modos europeos de desarrollo económico, social y político, se verificaban solamente en áreas donde había pueblos europeos. Los unitarios extrapolaban de este hecho para concluir que si se debía poblar una región o país dado con europeos y sus descendientes, naturalmente seguirían los modos europeos de "progreso". Esta conclusión se vio apoyada además por el racismo "científico" que rigió el pensamiento europeo y norteamericano durante la segunda mitad del siglo. Como lo expresaron Louis Agassiz, Joseph Arthur de Gobineau, Houston Stuart Chamberlain, y una multitud de seguidores, las diversas escuelas sostenían la innata superioridad de la raza blanca y la inferioridad de los africanos, amerindios y otras razas no blancas. Estas teorías se impusieron en Europa y en los Estados Unidos en el período posterior a 1850 y tuvieron un impacto igualmente poderoso sobre los intelectuales latinoamericanos, los que amablemente adoptaban todas las ideas corrientes en Europa.<sup>40</sup>

Combinando las vetas indígenas del pensamiento racista con la potente variedad importada del extranjero, los unitarios miraban con desdén a la muy variada población afroindioeuropea de su país. La irredimible inferioridad de las "razas subordinadas" condenaba a la Argentina, junto con el resto de América latina, a una condición secundaria en el mundo. La única esperanza para la modernización y la futura grandeza del país era la inmigración. El fomento de la inmigración europea había sido una parte fundamental de la plataforma unitaria desde la década de 1820, pero fue sólo en la década de 1850 y después que la generación de 1880, como a esos hombres se los ha denominado en la historia argentina, pudieron comenzar a promover libremente sus proyectos. Podemos examinar a varios ideólogos argentinos representativos para ver cuál era el peso que tenía en sus mentes el ejemplo de Europa y la necesidad de la inmigración europea.<sup>41</sup>

El presidente Domingo F. Sarmiento (1868-74) fue el autor que tal vez con más claridad expresara las suposiciones subyacentes en la filosofía unitaria. Su *Civilización y barbarie: la vida de Juan Facundo Quiroga* (1845) era un extenso tratado sobre el conflicto entre las ciudades de Argentina y el campo, entre la civilización urbana y la barbarie rural.<sup>42</sup> En posteriores trabajos, Sarmiento refinó este tema y lo presentó en términos explícitamente raciales. Sus caracterizaciones de las razas dejaban poco a la imaginación. Al describir a los negros él se expresaba acerca

de "su arte musical, su alegría infantil, su estúpida malicia, su cándida estupidez, su imaginación primitiva".<sup>43</sup>

Sarmiento se sentía enormemente angustiado por el proceso de mezcla racial que se había verificado en la Argentina; en uno de sus libros citaba a Agassiz, "el más distinguido teórico norteamericano de la degeneración de los mulatos", acerca de los deletéreos efectos de tal mezcla.<sup>44</sup> Admirador de los Estados Unidos, Sarmiento atribuía el progreso de ese país al hecho de que sus colonizadores blancos no hubiesen permitido que las "razas serviles" (o "razas secundarias", como también las denominaba), se unieran a ellos convirtiéndose en parte de la sociedad. En cambio, los norteamericanos habían segregado a los indios y marginalizado los negros, no permitiéndoles participar genéticamente, socialmente ni políticamente en la formación del país, y eso era lo que habían hecho grandes a los Estados Unidos. Los españoles de América latina había seguido un diferente camino de desarrollo, mezclándose con los indios, "una raza prehistórica servil" para producir una población irredimiblemente inferior. La única esperanza para la Argentina y para la región en su conjunto, prescribía Sarmiento, era la inmigración europea, así "corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media" en que el país estaba enfangado.<sup>45</sup>

El pensamiento de Sarmiento era profundamente racista. A pesar del hecho de que él fue el padre del sistema educacional argentino, paradójicamente creía que las ideas y el esclarecimiento no tanto se aprenden como que se heredan genéticamente. Así, la instrucción sola no sería suficiente para sacar a la Argentina de su barbarie; se requería una real infusión de genes blancos.

Juan Bautista Alberdi, el filósofo político principalmente responsable de las ideas contenidas en la Constitución de 1853, expresó sentimientos casi idénticos a los de Sarmiento. "Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente".<sup>46</sup>

La elección por parte de Alberdi de un trabajador inglés como ciudadano modelo no era accidental; mientras Sarmiento se inspiraba en los Estados Unidos, Alberdi miraba hacia las islas británicas. El consideraba al inglés "el más perfecto de los hombres", y demandaba que el idioma inglés, "el idioma de la libertad, de la industria y del orden" fuera enseñado en las escuelas públicas argentinas en lugar del latín.<sup>47</sup>

Alberdi coincidía con Sarmiento en que los éxitos de los Estados Unidos se debían a su población predominantemente europea, pero creía que las repúblicas sudamericanas poseían un análogo potencial para el progreso. En un escrito de 1852, en una época en que la población de América del Sur estaba integrada predominantemente por indios, mestizos y negros, Alberdi demostró su etnocentrismo al proclamar, en un ensayo titulado "La acción civilizadora de Europa en las repúblicas sudamericanas", que "nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo

es de fuera". Seguía proclamando que todas las ciudades de Hispanoamérica habían sido fundadas por europeos (al parecer olvidando tales asentamientos como Cuzco y Ciudad de México) y que "América misma es un descubrimiento europeo".<sup>48</sup>

El era un exponente entusiasta de la mezcla de razas, ya que creía que la historia había demostrado que los genes blancos superiores siempre resultarían dominantes sobre los de las razas inferiores. Sosteniendo que la mezcla de razas produciría "el mejoramiento indefinido de la especie humana", proponía numerosas medidas para promover la inmigración europea, varias de las cuales fueron luego incorporadas a la Constitución. Se estableció oficialmente la tolerancia religiosa para fomentar la inmigración protestante de Europa septentrional. A los inmigrantes se les otorgaban la mayoría de los privilegios de los ciudadanos con pocas de las obligaciones, y un artículo de la Constitución especificaba que uno de los deberes del gobierno era facilitar la inmigración desde Europa. Alberdi sugirió también que todo presidente que no lograra duplicar la población del país cada cuatro años, fuera despedido por incompetente.<sup>49</sup>

Los cálculos elementales hubiesen demostrado que una duplicación de la población argentina cada cuatro años hubiese significado la catástrofe demográfica para el final del siglo. Pero tales cálculos eran de poco interés para los unitarios, los que incansablemente promovían el concepto de una Argentina totalmente europeizada. Los esfuerzos del gobierno de 1850 a 1870 por atraer inmigrantes, tuvieron un éxito mediano, pero fue el auge económico de las últimas décadas del siglo lo que desencadenó la masiva inmigración al país y estuvo a punto de convertir en realidad el sueño de Alberdi. 1914 fue el momento para que José Ingenieros, tal vez el más influyente de todos los sociólogos latinoamericanos, echara una mirada retrospectiva a lo que había sucedido a la población de la Argentina durante el último medio siglo.<sup>50</sup> A él le agradó lo que vio. Ingenieros fue más allá que Sarmiento o Alberdi en la formulación de una teoría racial de la historia. Tomando mucho del darwinismo social, afirmó que la historia no es un registro de la lucha de clases ni de la lucha institucional sino antes bien de la lucha racial. América latina era un claro ejemplo de este fenómeno, sostenía Ingenieros, ya que la raza blanca había ocupado un área previamente dominada por miembros de una raza inferior. El generosamente acreditaba a Sarmiento haber estado entre los primeros en reconocer esto, pero decía que el estado de las ciencias sociales varias décadas antes no había permitido a Sarmiento desarrollar sus teorías como éstas merecían.<sup>51</sup>

Ingenieros difería de Alberdi al expresar serias reservas respecto de la eficacia de la mezcla de razas. En una oportunidad declaró que el resultado inevitable de mezclar razas inferiores con otras superiores era una "descendencia raquítica, simiesca, con todos los defectos de la raza noble acentuados por la sangre villana".<sup>52</sup> Para él, los mulatos eran básicamente "africanos que han reforzado su sangre con elementos europeos".<sup>53</sup> Rechazando la mezcla de razas como un desarrollo indeseable, Ingenieros sostenía, en cambio, que las razas blanca y no blancas debían

desarrollarse separadamente, y en la competencia resultante por el predominio, los negros y los indios perderían de manera inevitable. Desechando a los afroargentinos como a "seres que parecen más próximos a los simios antropoides que a hombres civilizados", Ingenieros sostenía que "todo lo que se haga en favor de las razas inferiores es anticientífico. A lo sumo, se los podría proteger para que se extingan agradablemente".<sup>54</sup>

"La 'europeización' no es, en nuestro concepto, un deseo...; es un hecho inevitable, que se produciría aunque todos los hispanoamericanos quisieran impedirlo. Nace de causas determinantes que ya existen ajenas a nuestro deseo. Por una ley sociológica inevitable los agregados sociales más evolucionados se sobreponen a los menos evolucionados... Nos europeizaremos oportunamente, como lo preveía Sarmiento la sociología puede afirmar esa futura transformación de la América latina".<sup>55</sup>

La fe de Sarmiento y Alberdi en el triunfo final de la raza blanca tenía eco en toda la sociedad porteña. La observación de José Manuel Estrada respecto de las "mejoras" introducidas entre los afroargentinos mediante su transformación de morenos a mulatos, fue mencionada en el capítulo anterior. El presidente Bartolomé Mitre coincidía en que los mulatos eran superiores a los morenos por su mezcla de blanco. Los mulatos, anunciaba Mitre, "han asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior".<sup>56</sup> Un artículo de 1883 en el periódico de Buenos Aires *El Nacional* informaba que en la ciudad de Córdoba "ya no quedan negros, y muchos de los antiguos mulatos han pasado a ser caballeros, siguiendo el natural desenvolvimiento y progreso de los tiempos".<sup>57</sup> Un artículo de revista de 1901 acerca de los negros en Norteamérica observaba que los Estados Unidos sufrían de problemas raciales por la razón de que los blancos se rehusaban a mezclarse con los negros. "Los sociólogos que se preocupan de estas cuestiones no creen difícil que el negro se arrije a fusionar del todo con el blanco llegando a ser beneficiosa la mezcla para la humanidad. La gran dificultad actualmente estriba en que a los individuos de raza caucásica se les hace un poco duro el que les quieran hacer pasar el blanco por negro".<sup>58</sup> En la misma revista, varios meses más tarde, apareció una nota acerca de una mujer negra de Córdoba que había dado a luz trillizos, dos de los cuales eran blancos y uno negro. El artículo congratulaba a la mujer por su buena fortuna y la elogiaba por contribuir al "engrandecimiento de la Patria".<sup>59</sup> Un artículo de 1905 sobre la comunidad negra de Buenos Aires informaba que en ocasiones ésta se veía sacudida por la noticia de que otra de sus jóvenes estaba planeando casarse con un blanco. "Como es lógico, ellos creen que el hecho ofende la dignidad de la raza. Pero suelen ser filosofía... la raza va perdiendo en la mezcla su color primitivo. Se hace gris. Se disuelve. Se aclara. El árbol africano está dando blancas flores caucásicas".<sup>60</sup>

## EL EMBLANQUECIMIENTO DE BUENOS AIRES

El sueño unitario se estaba realizando. En términos de población, la Argentina se estaba tornando crecientemente diferenciada respecto de

las repúblicas sudamericanas hermanas que, con la excepción de Uruguay, continuaban numéricamente dominadas por una población racialmente mixta de afroindoeuropeos. Los ciudadanos de la única nación "verdaderamente blanca" de América del Sur, los argentinos, se comparaban con tales países "cruzados" como Brasil, Perú, Paraguay y México, y estaban todos muy satisfechos. Para la década de 1870, Domingo F. Sarmiento pudo escribir que las banderas de las naciones africanas que uno solía ver en las antiguas celebraciones de Carnaval habían sido reemplazadas por las banderas de diversos clubes y sociedades franceses, italianos y españoles.<sup>61</sup> El resumen publicado del censo nacional de 1895 incluía un anuncio de que los negros casi habían desaparecido del país, "donde no tardará en quedar su población unificada por completo formando una nueva y hermosa raza blanca producto del contacto de todas las naciones europeas fecundadas en el suelo americano".<sup>62</sup> Un número especial de la revista *Caras y Caretas* en conmemoración del centenario argentino, presentaba artículos sobre los grupos étnicos que habían construido la nación: "Francia y los franceses en la Argentina", "Los italianos en la Argentina", "La Argentina y Gran Bretaña", etcétera. No había ninguna mención de los afroargentinos.<sup>63</sup>

El orgullo en la herencia europea de la Argentina se tornó aún más intenso en el siglo XX. Un ensayo de 1973 sobre el desarrollo demográfico del país acentuaba las semejanzas entre las tasas demográficas de la Argentina y las de "Europa occidental, Canadá, los Estados Unidos, y otros [países] que han estado en la vanguardia del progreso económico y social". El autor dedicaba especial atención al hecho de que la Argentina era uno de los principales recipientes de la inmigración europea, mientras que el crecimiento en el siglo XIX de otros países latinoamericanos tales como Brasil y las naciones del Caribe, se debió principalmente al tráfico de esclavos. El artículo ponía especial acento en la supuesta incapacidad de Brasil para recibir inmigración europea.<sup>64</sup>

El autor demostraba de esta manera una sorprendente ignorancia de la historia demográfica latinoamericana. Entre 1800 y 1913, Brasil recibió alrededor de 3,5 millones de inmigrantes europeos.<sup>65</sup> Entre 1870 y 1900 en particular, Brasil obtuvo casi tantos residentes nacidos en el extranjero como la Argentina, 732.000 contra 795.000.<sup>66</sup> Al elegir erróneamente a Brasil para una comparación deletérea con la Argentina, el autor estaba asumiendo una antigua tradición argentina de comparar la población supuestamente blanca de la Argentina con el pueblo racialmente mixto de Brasil. Ya en 1883, Sarmiento había predicho jubilosamente que para 1900, si un argentino deseaba ver cómo era un negro, debería ir a Brasil.<sup>67</sup>

El deseo de la Argentina de apartarse de las repúblicas hermanas de raza mixta se evidencia en un artículo de 1976 de una revista turística argentina que llamaba la atención de sus lectores respecto de un agradable hotel en la pequeña ciudad de Puerto Rico, en la provincia de Misiones, cerca de las cataratas del Iguazú y el límite con Brasil. Los editores advertían a los lectores que no debían confundir la ciudad argentina de Puerto Rico con la isla caribeña de Puerto Rico. En este Puerto Rico no

encontrará negros ni mulatas guapachosas y empulpaditas bailando plenas, bombaplenas, bombas y plenadengues, exclamando "ae, ae, chébere, oba oba y agüita que me quemo". Se encontrará con un pueblo netamente europeo formado por alemanes y suizos, con nativos de primera generación. El total de la población de Puerto Rico es de 12.000 habitantes (sin contar ocho brasileros infiltrados), todos ellos rubios, de ojos celestes y con piel blanquísima..."<sup>68</sup>

Para eliminar toda posible confusión, los editores incluían un dibujo que mostraba a un par de turistas argentinos descendiendo de un avión. Mientras ellos observan a una voluptuosa negra con peinado afro y una enorme sonrisa, que baila con un negro bajo una palmera (los dos gritando "oba, oba" y "chébere") la esposa se vuelve al marido y pregunta: "¿Pero dónde me has traído? Yo quería ir a Puerto Rico, de la provincia de Misiones". Sin embargo, durante un viaje a través de la ciudad argentina de Puerto Rico en 1975, vi tantos indios y mestizos que hablaban guaraní como europeos rubios y de ojos azules.

Los casos de información errónea respecto de Brasil y de la ciudad de Puerto Rico no son más que dos ejemplos de la pantalla que el orgullo de raza impone a las percepciones argentinas de la realidad. Otro caso es una historia de la parroquia San Telmo, en la ciudad de Buenos Aires, que afirmaba que los negros de la ciudad se habían asentado principalmente en las parroquias de Monserrat, Concepción, La Piedad y Balvanera: "en lo referente a nuestro barrio de Alto, las estadísticas señalan un porcentaje mínimo [de asentamiento negro] en parangón a sus vecinos... En San Telmo, la población negra constituía una ínfima minoría..."<sup>69</sup> El autor, que era un antiguo párroco de San Telmo, cometió el error de incluir totales de la población del censo de 1836 para demostrar su punto. Esas estadísticas demuestran que en efecto, los negros formaban el 20 por ciento de la población de San Telmo, un porcentaje más grande que el de Balvanera y aproximadamente igual al de La Piedad. Apparentemente, el autor no había examinado sus propias fuentes antes de dar curso a su deseo de no tener afroargentinos relacionados con su parroquia.

El orgullo racial porteño fue llevado a veces a extremos ridículos, como en la frecuente afirmación de que los negros de Buenos Aires eran racialmente superiores a los que se encontraban en Africa y en el resto de las Américas. En un escrito de 1883, Vicente Quesada describía el aspecto repulsivo de los africanos, y luego agregaba:

"No es posible averiguar la ley en virtud de la cual los negros esclavos en Buenos Aires eran superiores fisiológicamente hablando a aquellos salvajes del Africa, que andan casi desnudos. El hecho es que cambiando la forma del cráneo, parecía regularizarse sus facciones y aunque conservaban el color, la nariz aplastada, la boca grande y la mota, en la forma general del cuerpo se habían mejorado tanto, que había negros y negras de muy buen aspecto y de formas desenvueltas [en la ciudad]."

Los afroargentinos habían avanzado tanto, decía Quesada, que muchos de ellos estaban en condiciones de adquirir ahora la cultura y los refinamientos hasta entonces monopolizados por la raza blanca.<sup>70</sup> Manuel

Bilbao, que escribió en 1902, le hacía eco a Quesada: "la raza africana radicada en la República no tenía el aspecto repelente de ciertas razas de Africa, siendo, fisiológicamente hablando, superiores a los de ese continente".<sup>71</sup> Alfredo Taullard serenamente afirmó en 1927 que los negros de la Argentina eran física y mentalmente superiores a los negros de cualquier otra parte del Nuevo Mundo: "pues de lo contrario, aquí nadie los hubiera comprado".<sup>72</sup>

El orgullo racial ha llegado a formar parte del verdadero núcleo de la identidad argentina, y en especial de la identidad porteña. Acabamos de ver cómo ello ha producido sorprendentes errores de hecho, de observación y de pensamiento en escritos recientes. Volvamos atrás unas pocas páginas, a Sarmiento y otros escritores analizados anteriormente. Recordemos la aseveración de Alberdi de que los latinoamericanos son en realidad europeos nacidos en América, y la ley de hierro de Ingenieros en el sentido de que la europeización de América latina es una inevitabilidad. Esas afirmaciones delatan una total desconexión respecto de la realidad, una perjudicial tendencia a ver el mundo a través de las lentes de las propias teorías y los sueños de estos hombres. Al hablar y escribir como lo hacían Ingenieros, Alberdi y otros autores demostraban que las teorías raciales que ellos habían tomado de Europa los cegaban a la realidad que los rodeaba, así como el orgullo racial cegaría a posteriores estudiosos y autores argentinos respecto de evidencias que contradecían directamente sus declaraciones.

Los Estados Unidos han tenido amplia oportunidad de ver el efecto nocivo y corrosivo que tiene el racismo sobre todos los aspectos de la vida de una nación. Esto es especialmente cierto en las actividades intelectuales. Las contradicciones inescapables y corrosivas entre los derechos civiles para todos garantizados constitucionalmente y la realidad de la discriminación racial produjeron una especie de esquizofrenia de la sociedad, un desesperado esfuerzo por conciliar dos sistemas que no pueden conciliarse. Análogamente, el racismo y el orgullo racial tuvieron un efecto comparable en el Buenos Aires del siglo XIX. Los blancos de la ciudad por largo tiempo habían desdeñado y despreciado a las castas no blancas, pero después del trauma de los años de Rosas, el temor y la aversión de los unitarios por los no blancos fueron más intensos que nunca. Esa gente formaba la plebe, los partidarios de Rosas y de la barbarie. Cuando tuvieron la oportunidad de reconstruir la provincia y el país tras la caída de Rosas los liberales pusieron su fe en la inmigración europea y en la mezcla racial para eliminar ese elemento indeseable y rescatar al país de su enfermedad. Los europeos vinieron y la mezcla se produjo, pero cuando ello no sucedió tan rápidamente como lo deseaba la elite, se apresuró un poco el proceso mediante los ardidés estadísticos descritos en el Capítulo 5, como el traslado de afroargentinos de la categoría racial pardomoreno a la blanca vía la condición intermedia de trigueño, y las muy repetidas afirmaciones de que la población negra había desaparecido. En cierta medida, esas afirmaciones reflejaban la realidad. Si uno emplea "desaparecer" en el sentido de "tornarse invisible" entonces los afroargentinos

habían desaparecido. Formando menos del 1 por ciento de la población de la capital, hacia 1900, en verdad eran un fragmento minúsculo de los habitantes de la ciudad. Pero si uno usa “desaparecer” en el sentido de “dejar de existir”, sería completamente equivocado decir que los afroargentinos habían desaparecido, como se verá en capítulos siguientes.

## UN CASO PARALELO

La “desaparición” de los afroargentinos es un fenómeno estadístico-histórico de ningún modo único de Buenos Aires. Los capítulos previos contenían una referencia a la falsificación de datos raciales en los censos peruanos del siglo XX. En un estudio de la Guatemala colonial se ha sostenido que grandes números de mulatos guatemaltecos eran contados como mestizos o blancos en los censos del área.<sup>73</sup> Más de un país ha seguido la tentación de utilizar datos demográficos falsos o distorsionados para hacer declaraciones ideológicas respecto de sus minorías raciales. Por ejemplo, el censo de los Estados Unidos de 1840 contenía cifras que indicaban que las tasas de insania entre los negros libres eran once veces más altas que entre los esclavos. Los que se pronunciaban en favor de la esclavitud prontamente se tomaron de ella como prueba de que los negros eran naturalmente aptos para la esclavitud y que liberarlos era una crueldad inhumana. Las investigaciones realizadas por la American Statistical Association demostraron que las cifras eran fraudulentas, elaboraciones totales, que condujeron a la comisión del Congreso que estaba a cargo del censo, a anunciar oficialmente que las cifras sobre la insania negra eran inútiles. Sin embargo, esos datos siguieron constituyendo municiones para los antiabolicionistas hasta la guerra civil.<sup>74</sup>

Un caso que es sorprendentemente análogo al de Buenos Aires es el “déficit de negros” de la ciudad brasileña meridional de San Pablo. Como Buenos Aires, San Pablo era un área colonial descuidada y aislada. En la segunda mitad del siglo XIX entró en un período de intenso desarrollo económico que finalmente resultó en el hecho de que se convirtiera en el centro industrial y comercial de la nación. Como Buenos Aires, su desarrollo atrajo a grandes números de inmigrantes: entre 1890 y 1929, el estado de San Pablo recibió más de dos millones de inmigrantes europeos.<sup>75</sup> Durante las décadas iniciales de este siglo a menudo se observaba que los afrobrasileños formaban un porcentaje en marcada disminución respecto de la población de la ciudad, y que de persistir las tendencias existentes la gente negra terminaría por desaparecer de San Pablo. En 1938, el demógrafo Samuel Lowrie demostró que en términos absolutos la población de color estaba incrementándose y sugirió que muchos de sus miembros estaban siendo trasladados estadísticamente de la categoría racial negra a la blanca. Los paulistas, como se conoce a los habitantes de la ciudad, de todos modos siguieron congratulándose de la eminente desaparición de la población negra y mulata. En 1961, Raul Jovianno do Amaral notó al pasar que “el grupo *pardo* —constituido por numerosos matices de

pigmentación— tiende a integrarse no solo estadísticamente sino también *de facto* en el grupo gobernante, el blanco, robando aun más a la población negra”.<sup>76</sup>

Florestan Fernandes, en su análisis del “déficit”, sostiene que se verificaron condiciones muy análogas a las de Buenos Aires para la población de color de San Pablo: mientras la fertilidad afrobrasileña era tan alta o más alta que la blanca, la mortalidad infantil negra y mulata mantenía las tasas de reproducción por debajo de las blancas. Por lo tanto, mientras la población de color seguía incrementándose, no lo hacía con tanta rapidez como la blanca, que se veía favorecida además por la inmigración europea.<sup>77</sup> Fernandes concluía que si bien “es claro por los datos estadísticos que las tasas de crecimiento naturales de los grupos de negros y mulatos de la población paulista revelan cierta disminución derivada de circunstancias puramente ecológicas, económicas y sociales”, todo indica que sería prudente considerar con reservas las opiniones sostenidas durante el primer cuarto de este siglo respecto del altamente publicitado déficit de negros en la capital de San Pablo. La inconsistencia de los datos estadísticos y la complejidad de los problemas demográficos subyacentes en las comparaciones (y que no pueden investigarse ni resolverse objetivamente por medio de esos datos) torna obligatorio este enfoque.<sup>78</sup>

En suma, tenemos la misma situación que se verificaba en Buenos Aires: la integración estadística de la población de color en la blanca, las resultantes anomalías e inconsistencias estadísticas, y la negación por parte de la sociedad de los incrementos absolutos registrados para la población afrobrasileña, todo frente a la continuada existencia de esa población. Los motivos subyacentes en la invención del “déficit de negros” pueden hallarse en el estudio de Thomas Skidmore de la ideología racial en el Brasil posterior a la independencia.<sup>79</sup> Las mismas escuelas de racismo europeo y norteamericano que circularon en la Argentina se asentaron con firmeza en Brasil, produciendo la “tesis del emblanquecimiento” que Skidmore analiza en profundidad. La intelligentsia y la elite brasileñas pusieron su fe en la superioridad de los genes blancos sobre los negros, esperando que un influjo de inmigrantes europeos y su apareamiento con afrobrasileños finalmente blanqueras a la población. El caso de San Pablo fue una evidencia gratificante de que esas teorías eran correctas y factibles, aun cuando a la evidencia se la debiera corregir un poco.

Los afrobrasileños de San Pablo reaccionaron a estas políticas de manera más clamorosa y enojada que los afroargentinos de Buenos Aires. En 1951, un afrobrasileño expresó la clase de ofensa que rara vez se hizo oír en Buenos Aires.

No estamos en contra de la mezcla racial. Pero sí estamos contra las políticas de mezcla racial obligada porque desean hacer desaparecer a la raza negra. La política blanca realmente se propone hacer desaparecer a la raza negra. Primero mediante la cruz racial. Segundo, ahogándola en un torrente de inmigrantes blancos. Es porque el blanco no quiere saber

nada de nosotros. Está la política de la policía de degradar al negro para verlo desaparecer con tuberculosis, sífilis y prostitución. Lo que queremos es que se nos reconozca como ciudadanos, como todos los demás, y tener derecho a ser educado. Deberíamos ser llevados a la sociedad, y no ser voluntariamente abandonados con la esperanza de que desaparezcamos.<sup>80</sup>

Hay claramente algo peculiar en los escritos relativos a la gente negra y mulata de San Pablo y Buenos Aires, aunque, como observa correctamente Fernandes, los datos existentes sólo pueden usarse para revelar inconsistencias. No se los puede emplear para demostrar la verdadera historia de los negros de las ciudades. En el análisis final, la parte demográfica de la "desaparición" de los afroargentinos sólo puede ser sometida a un intenso cuestionamiento. La teoría de los traslados estadísticos de gente de la categoría racial pardomoreno a la blanca sólo se puede argumentar: no se la puede demostrar.

Sin embargo, hay otra desaparición de los afroargentinos que puede demostrarse incuestionablemente como falsa, creada por los autores de la historia del país. Esa es la desaparición de los afroargentinos de las páginas de la historia argentina. Los capítulos siguientes son un examen de cómo se eliminó a los afroargentinos del pasado de su país en las áreas de la historia militar, social y cultural. Tal vez esos capítulos sirvan como la evidencia más sólida de que los afroargentinos no desaparecieron ni murieron en ningún punto del siglo XIX; antes bien, serenamente fueron borrados de los registros por las personas encargadas de realizar los censos y por los estadísticos, por los autores e historiadores que cultivaban el mito de una Argentina blanca. Aunque tal vez sea cien años más tarde, ha llegado el momento para volver a inscribirlo.

1. Una edición del primer periódico de Buenos Aires publicaba un informe sobre una carga de esclavos que dominó a la tripulación frente a la costa argentina y luego navegó de regreso a Senegal (*Telégrafo Mercantil*, 16 de diciembre de 1801). Las noticias de otras revueltas de esclavos en diversos países latinoamericanos incluyen una en Cuba (*La Gaceta Mercantil*, 21 de enero de 1823, p. 3); una en Jamaica (*La Gaceta Mercantil*, 28 de abril de 1824, p. 3); una en Venezuela (*La Gaceta Mercantil*, 31 de agosto de 1824, p. 2); una en Uruguay (*La Gaceta Mercantil*, 3 de junio de 1833, p. 3) y una en Brasil (*La Gaceta Mercantil*, 19 de febrero de 1835).
2. Alberto González Arzac, *Abolición de la esclavitud en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), pp. 22-24.
3. Boleslao Lewin, "La 'Conspiración de los franceses' en Buenos Aires (1795)", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, 1960), 4:9-58; y Ricardo Caillet-Bois, *Ensayo sobre el Río de la Plata y la revolución francesa* (Buenos Aires, 1929). Un incidente muy semejante ocurrió en la ciudad brasileña de Bahía en 1798. Jeanne Barrance de Castro, "O negro na Guarda Nacional Brasileira", *Anais do Museu Paulista* 23 (1969): 160, n. 33.

4. Americ Vidal, *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo* (Londres, 1820), pp. 30-31.
5. Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, trad. Justo Maeso (Buenos Aires, 1958), p. 180. Otros europeos que hicieron observaciones análogas fueron Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior* (Buenos Aires, 1921), p. 73; y Lina Beck-Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*, trad. José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1935), pp. 182-83.
6. Enrique Ortiz Oderigo, "El negro en la formación étnica y socio-cultural argentina", *Boletín del Centro Naval* (Julio-setiembre de 1969), p. 368; Víctor Gálvez, "La raza africana en Buenos Aires", *Nueva Revista de Buenos Aires* 8 (1883): 246; y José Ingenieros, *La locura en la Argentina* (Buenos Aires, 1937), pp. 30-31.
7. Citado en José Luis Lanuza, *Morenada*, Buenos Aires, 1967, p. 237.
8. Frank Tannenbaum, *Slave and Citizen: The Negro in the Americas* (Nueva York), 1946.
9. Leslie Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), p. 314.
10. Para una antología sobre el debate, ver Laura Forner y Eugene D. Genovese, comps., *Slavery in the New World* (Nueva York, 1969).
11. Lanuza, *Morenada*, p. 237.
12. Eugenio Petit Muñoz y otros, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, 2 vols. (Montevideo, 1947), 1: 399-400, 485; y Rout, *African Experience*, pp. 120, 197-98.
13. Bernardo Kordon, "La raza negra en el Río de la Plata", *Todo es Historia* 3 (1969), suplemento 7, p. 19.
14. Carlos Iburguren, *Manuelita Rosas* (Buenos Aires, 1953). Lamentablemente, ni Kordon ni Iburguren citan las fuentes de esas cartas.
15. Citado en Ramón F. Vial, *Manuelita Rosas* (Buenos Aires, 1969), pp. 63-64.
16. La canción está impresa completa en Luis Soler Cañas, *Negros, gauchos y compadres en el cancionero de la Federación (1830-1848)* (Buenos Aires, 1958), pp. 30-32.
17. *La Negrita*, 21 de julio de 1833.
18. *El Avisador* (Buenos Aires), sin fecha. La mejor colección de propaganda en favor de Rosas en dialecto negro es Soler Cañas, *Negros, gauchos y compadres*, que contiene veinte páginas de este material.
19. Alfredo Taullard, *Nuestro antiguo Buenos Aires* (Buenos Aires, 1927), pp. 356-57. Una pintura de la demostración de 1839 puede verse en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires.
20. Ver AGN-X-31-11-5, para información a una subvención en 1839 a la nación Mayombé.
21. Luis Cánepa, *El Buenos Aires de antaño* (Buenos Aires, 1936), p. 263.
22. AGN-X-31-11-5.
23. Orlando Carracedo, "El Régimen de castas, el trabajo y la Revolución de Mayo", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, 1960), 4: 178.
24. Iburguren, *Manuelita Rosas*, p. 22.

25. AGN-X-33-4-3, libro 123, folio 12.
26. AGN-X-33-3-1, libro 93, folio 89.
27. Petrona Acosta de Sinclair a Enrique Sinclair, 27 de mayo de 1839, AGN-X-24-5-38.
28. Lanuza, *Morenada*, p. 120. Para otras letras de candombe favorables a Rosas, ver Ricardo Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", *Buenos Aires: Revista de Humanidades* 1 (septiembre de 1961): 107-8.
29. José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 3 vols. (Buenos Aires, 1907), 2: 276-77.
30. *La Gaceta Mercantil*, 25 de junio de 1842, p. 2.
31. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 1: 286-88; José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* (Buenos Aires, 1903), p. 179; Vivian Trias, *Juan Manuel de Rosas* (Buenos Aires, 1969), p. 72; e Ysabel Fisk Rennie, *The Argentine Republic* (Nueva York, 1945), p. 43.
32. "La moral doméstica", *La Tribuna*, 27 de octubre de 1853, p. 2.
33. "Los cabellos de la aurora", *La Juventud*, 30 de octubre de 1878, p. 1.
34. Lanuza, *Morenada*, pp. 126-27.
35. Petrona Acosta de Sinclair a Enrique Sinclair, 27 de mayo de 1838, AGN-X-24-5-38.
36. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 2: 276-77.
37. Wilde, *Buenos Aires*, p. 179.
38. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 1: 330.
39. Citado en Enrique Puccia, *Breve historia del carnaval porteño* (Buenos Aires, 1974), p. 28.
40. Un análisis importante del impacto del racismo "científico" sobre el pensamiento brasileño en la obra de Thomas Skidmore, *Black into White* (Nueva York, 1974), pp. 45-77.
41. El sociólogo Gino Germani resume el "proyecto" de la Generación de la manera siguiente: "El propósito principal y explícito de la inmigración no era solamente el de 'poblar el desierto', el de procurar habitantes para un inmenso territorio que en considerable extensión permanecía deshabitado o sólo poseía una bajísima densidad, sino, y sobre todo, la de *modificar sustancialmente la composición de su población*... La obra de la 'organización nacional' sólo podía apoyarse en una renovación de la estructura social del país y, en particular, de su elemento dinámico principal, el elemento humano. Esta actitud, por lo demás, se veía también reforzada por las ideas tan difundidas en esos momentos con respecto al papel de los factores raciales en el carácter nacional... Era necesario 'europeizar' a la población argentina, producir una 'regeneración de razas', según la expresión de Sarmiento. La instrucción misma —el otro poderoso medio de transformación— tenía un límite infranqueable en las características psicosociales de la población existente: no menos necesario era traer *físicamente* Europa a América, si se deseaba una transformación radical de la sociedad y de los hombres", Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, 1971), pp. 240-242 [Bastardillas en el original. G.R.A.].
42. Existe una versión inglesa del libro: Domingo F. Sarmiento, *Life in The*

- Argentine Republic in the Days of the Tyrants*, trad. por Mary T. Mann (1868; reed. Nueva York, 1961).
43. Domingo F. Sarmiento, *Ambas Américas* (Buenos Aires, 1899), pp. 301-2.
  44. Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900; reed. Buenos Aires, 1953), 1: 70-71. La descripción de Agassiz se ha tomado de Skidmore, *Black into White*, p. 60.
  45. Sarmiento, *Conflicto y armonía* (1953), 1:183, 2:405.
  46. Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina* (Buenos Aires, 1952), p. 38.
  47. *Ibid.*, pp. 31, 46.
  48. *Ibid.*, p. 33.
  49. *Ibid.*, p. 38.
  50. Arthur Whitaker afirmó en 1965 que Ingenieros es "el autor más ampliamente leído en castellano" (citado en Rout, *African Experience*, p. 193). Fue muy influyente en el pensamiento racial brasileño (Skidmore, *Black into White*, p. 53).
  51. José Ingenieros, *Sociología argentina* (Madrid, 1913), pp. 41-42.
  52. Ingenieros, *La locura*, p. 35.
  53. Ingenieros, *Sociología argentina*, p. 211.
  54. Citado en Magnus Mörner, *Race Mixture in the History of Latin America* (Boston, 1967), p. 141.
  55. Ingenieros, *Sociología argentina*, pp. 228-29.
  56. Citado en Ortiz de Marco, "El negro", p. 365.
  57. Sarmiento, *Conflicto y armonía*, 2: 71.
  58. "Los afroamericanos de North America", *Caras y Caretas*, 13 de abril de 1901.
  59. "Tres mellizos de distinto color", *Caras y Caretas*, 28 de noviembre de 1901.
  60. Juan José de Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905.
  61. Sarmiento, *Conflicto y armonía*, 1:75.
  62. *Segundo censo de la República Argentina: Mayo 10 de 1895*, 3 vols. (Buenos Aires, 1898), 1: XLVIII.
  63. *Caras y Caretas*, 25 de mayo de 1910.
  64. Juan C. Elizaga y otros, *Temas de Población de la Argentina: Aspectos demográficos* (Santiago, 1973), pp. 12-14, n. 5, p. 16.
  65. Rollie Poppino, *Brazil: The Land and the People* (Nueva York, 1968), pp. 190-91, 193.
  66. Skidmore, *Black into White*, p. 143.
  67. Sarmiento, *Conflicto y armonía*, 1:73.
  68. "El Puerto Rico de Misiones", *Salimos* (agosto de 1976): 103.
  69. Manuel Juan Sanguinetti, *San Telmo: Su pasado histórico* (Buenos Aires, 1965), pp. 116, 317.
  70. Gálvez, "La raza africana", pp. 258-59.
  71. Manuel Bilbao, *Buenos Aires* (Buenos Aires, 1902), p. 62.
  72. Taullard, *Nuestro antiguo Buenos Aires*, p. 355.
  73. Christopher Hayden Lutz, "Santiago de Guatemala, 1541-1773: The Socio-Demographic History of a Spanish American Colonial City" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1976), pp. 421, 445.

74. Leon F. Litwack, *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860* (Chicago, 1961), pp. 41-45; y Reynolds Farley, *Growth of the Black Population* (Chicago, 1970), p. 26, n. 48.
75. Florestan Fernandes, *The Negro in Brazilian Society* (Nueva York, 1969), p. 59.
76. Citado en *Ibíd.*, p. 64.
77. *Ibíd.*, pp. 68-69.
78. *Ibíd.*, pp. 67-68.
79. Skidmore, *Black into White*, pp. 49-77.
80. Fernandes, *The Negro*, p. 65.

## LAS MILIONES NEGRIAS

El bienestar de las masas de artesanos negros de color ha sido profundamente perjudicado por los actos de los multimillonarios de las Américas. El establecimiento de escuelas técnicas o primarias o de sus dependientes organizaciones en disciplinas, las medidas de higiene estrictísimamente controladas la posibilidad de que esas medidas puedan afectar a su bienestar multiracial y volverse en contra del sistema general y de la misma sociedad que los crea. Las fuerzas armadas nunca presentará esta amenaza, pero en especial cuando los miembros pertenecen a una misma grupo social consistentemente explotada y limitado a una posición subordinada. Así cuando los soldados negros luchan con su poder para compensar sus legítimas penurias, el temor de que la leyenda se erigiera en la mente de la sociedad más grande.

Una consecuencia de la participación negra en las fuerzas armadas es que los servicios prestados al Estado por los soldados negros y soldados clasificados a sus familias, y también el resto de la población de color, al reconocimiento de la participación de los demás colectivos con sus otros valores sacros. La acción negra en la defensa del país contribuye a garantizar poder formar la base para que contribuya la discriminación tanto en el caso de un oficial contra la parte de color. Esta ayuda, que el potencial del militar o la reacción si nunca satisficiera las demandas, pueden proporcionar a los negros el poder necesario para obtener el camino recto.

Los miembros de las unidades militares afroamericanos han demostrado sus habilidades y talentos intrínsecos como defensores de diversos Estados de América del Norte, del Sur y Central, en su propia experiencia en combatiendo una fuerza por naturaleza hostil para las bases sociales entre las que se agrupan los Estados. Por lo tanto, el problema de los hombres de color que sirven en las fuerzas armadas ha demostrado ser una cuestión completamente compleja y delicada, no sólo para los altos mandos militares sino



## LAS LEGIONES NEGRAS

El fenómeno de los hombres de armas negros siempre ha sido problemático para las sociedades multirraciales de las Américas. El espectáculo de esclavos actuales o pasados, o de sus descendientes, organizados en disciplinadas unidades de lucha inevitablemente sugiere la posibilidad de que esas unidades puedan adquirir autonomía institucional y volverse en contra del mismo gobierno y de la misma sociedad que los creó. Las fuerzas armadas siempre presentan esta amenaza, pero en especial cuando los miembros pertenecen a una clase o grupo social consistentemente explotado y limitado a una posición subordinada. Aun cuando los soldados negros nunca usen su poder para compensar sus legítimas penurias, el temor de que lo hagan es constante en la mente de la sociedad más grande.

Otro inconveniente de la participación negra en las fuerzas armadas es que los servicios prestados al Estado por sus soldados negros y mulatos dan derecho a esos hombres, y también al resto de la población de color, al reconocimiento y a la recompensa de las deudas colectivas que con ellos tiene su nación. La ayuda negra en la defensa del país contra la invasión puede formar la base para que concluyan la discriminación tanto oficial como no oficial contra la gente de color. Esta ayuda, más el potencial del motín o la rebelión si no se satisfacen las demandas, pueden proporcionar a los negros el poder negociador para obligar al cambio social.

Así, mientras las unidades militares afroamericanas han demostrado ser útiles e incluso irremplazables como defensoras de diversos Estados de América del Norte, del Sur y Central, su misma existencia ha implicado una fuerza potencialmente hostil para las bases sociales sobre las que se apoyan esos Estados. Por lo tanto, el problema de los hombres de color que sirven en las fuerzas armadas ha demostrado ser una cuestión sumamente compleja y delicada, no sólo para los altos mandos militares sino

también para los historiadores. Reconocer la participación negra en la historia militar de una nación significa reconocer contribuciones que dan derechos a los ciudadanos negros a la igualdad con los blancos. Tal reconocimiento es obviamente indeseable en sociedades inclinadas a mantener la desigualdad racial.<sup>1</sup>

Tal vez sea por estos motivos que el rol de los afroargentinos en las guerras de su país se ha mantenido poco conocido y mal entendido. Pocos historiadores argentinos han dejado de mencionar la importancia de los soldados negros en el pasado militar de la nación, pero su participación en el pasado ha sido mal descrita en una variedad de maneras. Abundan las inexactitudes en los escritos acerca de la historia militar afroargentina, que van de errores bastante inocuos respecto de cuáles regimientos eran negros y cuáles eran blancos, a errores de concepto mucho más graves concernientes a la naturaleza de segregación de las fuerzas armadas, las tasas de mortalidad y de desertión, y la misma existencia de los cuerpos de oficiales negros. Este capítulo es un esfuerzo por corregir el registro confuso y desorientador de las legiones negras de Buenos Aires.

Es de particular importancia corregir estas inexactitudes debido a la influencia profunda de la actividad y de las instituciones militares en la vida de Buenos Aires en su conjunto y de su comunidad de color en particular. Envuelto en una serie casi continuada de guerras civiles y con el extranjero entre 1810 y 1870, Buenos Aires sufrió la "militarización" de su sociedad y de su sistema político, común a la mayoría de los Estados hispanoamericanos en el período posterior a la independencia.<sup>2</sup> Las instituciones militares cobraron enorme importancia en los asuntos sociales y políticos de la provincia, y los negros y mulatos estaban desproporcionalmente representados en esas instituciones, aunque rara vez a niveles muy destacados. Los afroargentinos eran sometidos no sólo a los decretos de reclutamiento racialmente discriminatorios analizados en el Capítulo 4, sino también a otras leyes tendientes a reunir a tantos integrantes de masas de la provincia como fuera posible para forzarlos al servicio. La legislación en vigencia entre 1823 y 1872 requería que todos los hombres acusados de vagancia, juego ilegal, alcoholismo, holgazanería, o que portaran un arma de fuego, sirvieran por períodos de cuatro años en el ejército regular, que era el doble del término para los voluntarios. El belicoso gobierno de Rosas, que se esforzaba por realizar guerras simultáneas en Uruguay y en el interior de la Argentina, extendió considerablemente esos términos: sus tribunales regularmente sentenciaban a un servicio militar de diez a quince años, mientras que las convictas mujeres recibían sentencias de diez años o más como costureras militares, para que cosieran los uniformes para las tropas de Rosas.<sup>3</sup> Una vez alistados, los soldados podían ser sentenciados a años adicionales de servicio por infracciones de la disciplina militar, y eran comunes los casos de soldados a los que se obligaba ilegalmente a volver a alistarse.<sup>4</sup>

Dada la inacabable necesidad de hombres que tenía la provincia para mantener su máquina bélica, el servicio militar era una experiencia que virtualmente todo afroargentino que llegara a la adultez en el Buenos

Aires del siglo XIX podía estar seguro que debería realizar. En verdad son pocos los recuerdos de la vida en la ciudad que no incluyan una visión de los soldados negros y mulatos de la provincia, y es notable la manera en que los afroargentinos mismos databan los acontecimientos de su vida en relación con los sucesos militares. El testamento de Federico Mendizábal recordaba cómo su esposa Ermenegilda lo abandonó en 1851 para seguir al ejército de Rosas en la Campaña del Sur. Mendizábal murió en 1867 mientras luchaba como teniente en la guerra del Paraguay.<sup>5</sup> En un juicio de 1852 que las mujeres de la nación Mayombé hicieron contra los varones, ellas recordaban que los orígenes de su disputa databan de la convocatoria a los hombres para la campaña de 1840.<sup>6</sup>

## BATALLONES Y REGIMIENTOS

Los afroargentinos sirvieron en una sucesión de unidades en el Buenos Aires colonial y en el del siglo XIX. Ya en la década de 1660, los pardos y morenos formaban unidades de milicia segregadas en la provincia; para 1801, las tropas de castas formaban el 10 por ciento de la milicia de 1.600 hombres de la ciudad. Estas tropas fueron fácilmente vencidas por una fuerza expedicionaria británica que ocupó la ciudad en 1806, pero seis semanas más tarde, cuando los ingleses fueron expulsados, afroargentinos libres y esclavos lucharon codo a codo con los milicianos blancos. Una segunda invasión inglesa, un año más tarde, fue derrotada por una fuerza defensiva de unos 5.000 hombres de los cuales 876 pertenecían al Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos.<sup>8</sup>

Los oficiales y tropas de esas unidades de milicias negras combatieron luego en las guerras de la independencia. Las tropas de afroargentinos libres de Buenos Aires constituían dos unidades completamente negras del ejército revolucionario: el Sexto Regimiento de Infantería de Pardos y Morenos y el Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú. Ambas unidades se distinguieron contra los españoles en la Banda Oriental, el Alto Perú y el noroeste argentino antes de ser aplastadas en la batalla de Sipe-Sipe en noviembre de 1815. En la peor derrota sufrida por las armas argentinas durante la revolución, más de 1.000 hombres fueron muertos, heridos y capturados, mientras que los españoles sufrieron 20 muertos y 300 heridos. Los afroargentinos sobrevivientes fueron enviados de regreso a Buenos Aires para que se recuperaran; no cumplieron ninguna otra acción contra los españoles.<sup>9</sup>

Otra unidad de color, el Séptimo Batallón de Infantería, también luchó en Sipe-Sipe pero éste era de un tipo muy diferente de las unidades de pardos y morenos libres, ya que estaba compuesto totalmente por esclavos adquiridos por el Estado o donados por sus propietarios. Como se mencionó en el Capítulo 4, en 1813 el gobierno inició la primera de una serie de "rescates", decretos por los cuales se requería que los propietarios vendieran al Estado a sus esclavos aptos de acuerdo con proporciones que

variaban, según el uso económico que se les daba a los esclavos. Los dueños de esclavos domésticos debían contribuir con un tercio de su personal, los propietarios de panaderías y fábricas con un quinto, y los que poseían esclavos dedicados a la agricultura con un octavo. En la provincia de Buenos Aires, este reclutamiento produjo 1.016 soldados esclavos, los que fueron organizados en dos batallones, el Séptimo y el Octavo de Infantería. Los posteriores rescates de 1815, 1816 y 1818 rindieron 1.059 libertos más, que fueron agregados al Octavo de Infantería y al Segundo Batallón de Cazadores.<sup>10</sup>

Cuando el inglés Emeric Vidal escribió un relato de su viaje a Buenos Aires, como parte de su análisis de la humanidad de la esclavitud porteña, mencionaba un programa del gobierno particularmente benévolo por el cual los esclavos podían ser vendidos al Estado como soldados, a partir de lo cual se convertían en hombres libres.<sup>11</sup> En un respecto, Vidal tenía toda la razón: los esclavos eran libres en cuanto entraban en las fuerzas armadas, adquiriendo la condición de libertos que conservaban por la duración de su servicio militar, convirtiéndose luego en hombres completamente libres. Por lo tanto, este programa tenía obvios atractivos que los esclavos varones de Buenos Aires, aunque no hay ningún registro que indique que respondieran a él con tanto entusiasmo como los esclavos de Santiago de Chile, trescientos de los cuales solicitaron los servicios de un abogado en 1813 para hacer un juicio al gobierno por el derecho de ingresar en el ejército y adquirir su libertad.<sup>12</sup> Eran raras las instancias de resistencia de los esclavos al rescate en Buenos Aires, mucho más raras que la resistencia de los patrones. Tras una corriente inicial de entusiasmo durante la cual un número de familias porteñas donaron esclavos al Estado como gesto patriótico, los dueños de esclavos empezaron a llenar las oficinas del gobierno con peticiones de exenciones para sus esclavos, generalmente basándose en su dependencia económica del trabajo del esclavo. Muchos dueños recurrieron al delito de sacar a sus esclavos de la ciudad para esconderlos en el campo, donde la vigencia de la ley era menos rigurosa. Para 1816, el gobierno había decretado la expropiación no compensada de esclavos pertenecientes a todo dueño sorprendido al retener ilegalmente a esclavos varones aptos, y un término de servicio especialmente largo para todo esclavo que no se presentara cuando se lo llamaba a servir. A los esclavos que informaban acerca de tales propietarios recalitrantes, se los liberaba después del servicio tras un término de tres años; considerablemente menos que el lapso que servían los otros libertos.<sup>13</sup>

La descripción que hace Vidal del sistema de rescate como benévolo no se ajusta demasiado a la verdad. La libertad de los libertos no se producía ni fácil ni frecuentemente. Los reclutados más tempranos firmaban por un período comparativamente corto de cinco años; posteriores decretos requerían que las tropas de libertos sirvieran hasta dos años después de la cesación de las hostilidades antes de adquirir la libertad completa.<sup>14</sup> No resulta claro en qué medida se respetaban estos términos. Muchos libertos morían durante las campañas, y así no vivían para reclamar su libertad. Los numerosos libertos dados de baja por razones médicas

antes de completar su término de servicio no siempre obtenían su libertad, antes bien, a menudo volvían a sus propietarios, no es claro si como esclavos o como libertos.<sup>15</sup>

Muchos otros libertos desertaban para escapar de las condiciones miserables de la vida de campaña. Aquellos que tenían éxito en esa empresa pueden haber obtenido una libertad precaria que concebiblemente haya resultado permanente, pero aquellos a los que se lograba capturar, generalmente se los sentenciaba a largos términos de servicio extra como castigo.<sup>16</sup> En todo caso, los libertos desertores arriesgaban las esperanzas de adquirir legalmente su libertad mediante el mecanismo de servicio establecido originalmente. Incluso hay serias dudas de que los restos de los regimientos revolucionarios que volvían a Buenos Aires después de años de campaña pudieran gozar de la libertad que tanto merecían. Una historia oficial del Octavo Regimiento de Infantería compuesto por libertos informa que cuando sus sobrevivientes llegaron a Buenos Aires en 1824, después de ocho años de campaña en Chile, Perú y Ecuador, prontamente fueron incorporados a los regimientos que se aprestaban para la inminente guerra con Brasil, una incorporación que se les debió imponer por la fuerza ya que es imposible imaginar que esos quebrantados sobrevivientes hayan tenido deseos de ir a librar otra guerra más.<sup>17</sup>

A pesar de los inconvenientes del programa de rescate desde el punto de vista de los afroargentinos, indudablemente tuvo éxito en cuanto a proveer de hombres a los ejércitos revolucionarios. Después de la destrucción de los batallones de pardos y morenos libres en Sipe-Sipe, la representación de los afroargentinos en las fuerzas armadas consistió casi por completo en libertos. Cuando el general José de San Martín condujo a su ejército a través de los Andes hacia Chile, en 1816, para liberar al país del gobierno español, la mitad de su fuerza invasora estaba formada por ex esclavos reclutados en Buenos Aires y en las provincias del oeste argentino, organizados en los Batallones Séptimo y Octavo de Infantería y el integrado Undécimo de Infantería.<sup>18</sup> La conquista de Chile y Perú por parte de San Martín es la materia con que está formada la leyenda militar. Conduciendo a su pequeño ejército con una rara combinación de habilidad y de suerte, logró desalojar a los españoles en dos centros de resistencia y simpatía realistas. Aun más notable fue la carrera de los batallones negros que lo acompañaron. Entre 1816 y 1823, libraron y ganaron batallas en Chile, Perú y Ecuador en una odisea militar que los llevó tan al norte como Quito, a miles de kilómetros de sus hogares en la Argentina. Pero para el momento en que finalmente fueron repatriados, menos de ciento cincuenta hombres quedaban de los aproximadamente dos mil soldados negros que habían cruzado los Andes con San Martín.<sup>19</sup>

Ninguna otra unidad negra experimentó nunca un calvario tan prolongado y difícil como el que sufrieron esos malhadados batallones. La única otra unidad de libertos reclutados en Buenos Aires, el Segundo Batallón de Cazadores, se pasó la guerra haciendo tarea de guarnición en la ciudad. Más tarde tuvo oportunidad de entrar en acción contra los federales que invadieron la provincia en 1819 y en las guerras contra los

indios de la década de 1820.<sup>20</sup> El Cuarto Batallón de Cazadores, establecido en 1826 al comienzo de la guerra con Brasil, también se pasó la guerra en Buenos Aires, prestando servicio menor en los disturbios civiles de 1829. Disuelto en 1831, sus miembros fueron asignados a la Guardia Argentina, un batallón afroargentino del período de Rosas.<sup>21</sup> Otras unidades negras prominentes en el ejército de Rosas fueron el Batallón Provisional y el Batallón Restaurador, que derivó su nombre del título autoimpuesto por Rosas de Restaurador de las Leyes.<sup>22</sup>

Tras la caída de Rosas en 1852, la Constitución Nacional de 1853 y la Constitución provincial eliminaron la segregación en el ejército regular, pero siguió existiendo en la milicia. Las unidades de milicia negras siguieron siendo una constante en la institución militar de Buenos Aires en todo el siglo XIX, que evolucionaron de los coloniales Cuerpos de Indios, Pardos y Morenos y el Batallón de Castas hasta constituirse en el Regimiento Cívico de los Hombres de Color (establecido en 1811), el Tercer Batallón de la Legión Nativa (1820), el Cuarto Batallón de Milicia (1823), los Defensores de Buenos Aires (1830), varias unidades creadas durante los años de Rosas, y el Cuarto Batallón de la Guardia Nacional (creado en 1852 y reorganizado constituyendo el Segundo Batallón del Tercer Regimiento de la Guardia Nacional en 1858). Una milicia de esclavos, los Auxiliares Argentinos, también sirvió durante las guerras de la independencia.<sup>23</sup>

El foco en los regimientos de negros, sin embargo, oscurece la importancia de los afroargentinos en unidades integradas. Si bien la segregación de los militares fue observada más estrictamente durante el período colonial que después de la independencia, hay considerable evidencia de que incluso antes de 1810, los soldados afroargentinos y blancos actuaron lado a lado en las milicias locales. No era desacostumbrado, por ejemplo, que comerciantes acaudalados o profesionales enviaran sus esclavos para reemplazarlos en los ejercicios de milicia y en el combate real, de modo que resultaba la integración de hecho mediante los esclavos que servían en unidades compuestas totalmente por blancos.<sup>24</sup> A veces, la integración era condonada oficialmente. Durante las invasiones inglesas, una compañía de mulatos libres fue agregada al Primer Escuadrón de Húsares, una prestigiosa unidad de caballería blanca. Al menos dos peticiones sobreviven de oficiales mulatos de esa compañía, que solicitaban al virrey que les permitiera continuar sirviendo en "esta distinguida unidad" en lugar de ser trasladados al Batallón de Castas. Tanto deseaban esos dos hombres permanecer en la unidad de blancos que ambos ofrecían servir sin paga, proporcionando armamento y caballos a sus propias expensas. A pesar de sus ruegos, ambos hombres fueron reasignados al Batallón de Castas.<sup>25</sup>

Dada la retórica liberal de la revolución, la integración de unidades regulares del ejército era casi inevitable. Al principio, la junta revolucionaria trató de mantener a las compañías de afroargentinos en batallones separados, permitiendo sólo a los indios servir con los blancos, pero finalmente cedieron y en 1811 varias compañías de afroargentinos libres fueron

agregadas al Segundo Regimiento de Infantería. Estas compañías fueron luego separadas del regimiento para formar la base del Décimo Regimiento de Infantería, otra unidad integrada.<sup>26</sup> El Undécimo Regimiento de Infantería, que acompañó a los Batallones negros Séptimo y Octavo en su campaña de ocho años a través de los países andinos, también fue integrado.

La verdadera magnitud de la integración de los regimientos de Buenos Aires en el siglo XIX sólo está sugerida por la legislación militar oficial. Si bien varias unidades fueron creadas por decretos que explícitamente describían su naturaleza racial integrada o segregada, no ocurrió otro tanto con la mayoría. Sólo estudiando los registros de alistamiento del período y viendo a qué regimientos eran asignados los soldados de ciertas razas, se puede llegar a una impresión exacta de la composición racial del ejército de Buenos Aires. Tal investigación indica que la provincia no tuvo un solo batallón o regimiento en el período 1810-60 que no contara con soldados de color. En algunas de estas unidades, la representación negra era mínima, del 1 ó 2 por ciento. Ejemplos de ellas serían la División de Artillería de Buenos Aires (1853-60) [Los números entre paréntesis indican los años para los que perduran registros de los alistamientos], el Noveno Regimiento de Infantería (1816), la Legión de Cazadores de Infantería (1853-60) y el Regimiento de Artillería de la Patria (1814-17). Pero en otras unidades, la representación era sustancial, en especial cuando se tiene en cuenta que los afroargentinos probablemente se ocultaran entre los trigueños que aparecen en los registros de alistamiento. El cuadro 7.1 es una tabulación de los alistamientos registrados para diez unidades en el período 1813-60. Esos alistamientos aparecieron en cinco volúmenes de tales documentos, elegidos al azar de un total de alrededor de veinte.<sup>27</sup> La importancia de los soldados negros en las unidades integradas, aun antes de que se instituyera la integración en el ejército de Buenos Aires, es obvia. Las tropas negras constituían más de un cuarto de los soldados en seis de las diez unidades consideradas: en una de ellas, el Décimo Regimiento de Infantería, formaban las tres cuartas partes de los alistamientos. El enrolamiento de trigueños era aun mayor, sobrepasando a los blancos en cuatro de las diez unidades, incluyendo la más grande, el Primer Batallón de Infantería.

Hay también evidencia de que unidades creadas como negras eran de hecho integradas, aunque el número de blancos en ellas era muy pequeño. Incluso el Séptimo Batallón de Infantería de libertos, de 1813-15, presentaba a dos enrolados blancos, como el Cuarto de Cazadores. En el período de Rosas hubo instancias de delincuentes blancos a los que se sentenciaba a servir en tales unidades negras como el Batallón Restaurador y la Guardia Argentina, así como había prisioneros de color sentenciados a servir en unidades blancas.<sup>28</sup> Esto explica un sorprendente incidente de 1847, cuando el comandante del Batallón Restaurador, al que se le pidió que nombrara a suboficiales para la promoción a dos vacantes de subteniente en el batallón, nombró a dos blancos, los que habían servido en la unidad por diez años.<sup>29</sup>

Cuadro 7.1. Alistamientos en unidades militares seleccionadas de la provincia de Buenos Aires, 1813-60. Tabulados por raza.

Unidad	Alistados			Total	Porcentaje de afro-argentinos
	Afro-argentino	Blanco	Tri-gueño		
Tercer Regimiento de Infantería (1813-17)*	14	25	36	75	18,6
Segundo Regimiento de Infantería (1813-15)	23	28	37	88	26,1
Décimo Regimiento de Infantería (1814-18)	65	15	7	87	74,7
Decimoséptimo Regimiento de Caballería (1826-28)	34	60	40	134	25,4
Batallón de Artillería de Buenos Aires (1824-28)	12	24	49	75	16,0
Primer Batallón de Infantería (1853-60)	200	224	264	688	29,1
Segundo Batallón de Infantería (1853-60)	43	97	80	220	19,5
Tercer Batallón de Infantería (1853-60)	56	91	60	207	27,1
Segundo Regimiento de Caballería (1853-60)	12	26	26	64	18,8
Quinto Regimiento de Granaderos a Caballo (1853-60)	10	12	11	33	30,3

Fuente: AGN - III - 59-1-1, 59-1-6, 59-2-4 y 59-2-7.

\* Los datos entre paréntesis indican los años de los que perduran registros del alistamiento.

## MUERTE, DESERCIÓN Y ENFERMEDAD

Una cuestión potencialmente explosiva relativa a la segregación y la existencia de unidades integradas sólo por hombres de color, es la posibilidad de que los comandantes los emplearan como tropas de ataque en preferencia a las unidades blancas, eliminando conscientemente a la población afroargentina mientras se lograban objetivos militares. Ningún historiador argentino ha sugerido en ningún trabajo publicado que existiera tal política genocida, pero varios la mencionaron en la conversación como una explicación para la declinación demográfica de los afroargentinos. Simón Bolívar, el libertador de la zona septentrional de América del Sur, en una oportunidad argumentó francamente en apoyo de tal política.

¿Será justo que mueran solamente los libres por emancipar a los esclavos? ¿No será útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio poderoso y legítimo? Hemos visto en Venezuela morir la población libre y quedar la cautiva; no sé si esto es política, pero sé que si en [Colombia] no empleamos los esclavos [como soldados] sucederá otro tanto".<sup>30</sup>

Se debe acreditar a la Argentina que no hay evidencia de tales pensamientos o prácticas en la historia militar del país. Si bien los varones de color eran reclutados en números desproporcionados respecto de su representación en la población, no parece ser que fueran elegidos para las tareas consistentemente riesgosas. Es cierto que los Batallones Séptimo y Octavo de Infantería finalmente se redujeron hasta casi desaparecer durante sus años de campaña, pero a las unidades blancas que los acompañaban no les fue mejor. El Primero de Cazadores fue destruido casi por completo en la batalla de Maipú, y muy pocos de los Granaderos a Caballo regresaron de Perú a Buenos Aires.<sup>31</sup> No se dispone de cifras de bajas para el desastre de Sipe-Sipe, pero una lista de oficiales muertos y capturados sugiere que el Noveno de Infantería, principalmente blanco, sufrió más que los dos regimientos negros juntos. El Noveno perdió a quince oficiales, mientras que el Sexto y el Séptimo de Infantería perdieron en total seis.<sup>32</sup> O considérese al Cuarto de Cazadores, que tranquilamente pasó la guerra con Brasil en Buenos Aires, mientras los regimientos integrados combatían a los brasileños y al frío en Uruguay.

Una comparación de las listas de varios batallones en 1810-15 en activa campaña contra los españoles, indica que las unidades blancas en verdad perdieron a más hombres que las pardas y morenas.<sup>33</sup> Dado que esas listas son de naturaleza fragmentaria y varían considerablemente en cobertura de un mes a otro, se computaron las tasas de mortalidad mensuales (número de muertes dividido por el número de hombres en la unidad al comienzo del mes), y la suma de esas tasas fueron luego divididas por el número de meses para producir una tasa de mortalidad mensual media para el período en cuestión. La tasa de mortalidad mensual media fue entonces multiplicada por doce para producir una tasa de mortalidad anual.

Tres unidades que lucharon juntas en el Alto Perú y en el noroeste argentino desde 1812 a 1814 fueron el Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú y los Batallones blancos Segundo y Octavo de Perú, todas ellas unidades rioplatenses a pesar de su nombre. Durante el período 1810-13, el Batallón de Pardos y Morenos sufrió una tasa de mortalidad anual del 91,2 por mil, en verdad, una tasa muy alta. Sin embargo, las listas del Segundo Batallón de blancos, que perdura sólo para 1813, demuestra una tasa de mortalidad de 253,2 por mil. En comparación, la tasa de mortalidad del batallón negro en 1813 sólo fue de 114,6 por mil. El Octavo Batallón de blancos también luchó en 1813 en el noroeste argentino, pero perduran las listas sólo para dos de los doce meses de ese año, de modo que sus

resultados deben considerarse con cautela. Producen una tasa de mortalidad anual de 201,6 por mil.

Otras tres unidades que sirvieron juntas en el noroeste fueron dos unidades afroargentinas, el Sexto Regimiento de Infantería y el Séptimo Batallón de Infantería, y el Noveno Regimiento de Infantería de blancos. Estas unidades tuvieron pérdidas muy inferiores. En el período de dieciocho meses en 1814-15 (período que no incluye la batalla de Sipe-Sipe; el ejército quedó en un estado tan lamentable después de su derrota que no se pasaba lista), el Noveno tuvo una tasa de mortalidad anual de 38,4 por mil, el Sexto levemente inferior de 37,2 y el Séptimo Batallón de libertos, recién creado, tuvo 27,6.

Estas pérdidas varían un tanto respecto de la imagen tradicional de los negros de la Argentina que morían a montones en los campos de batalla, que iban a la muerte de a miles por la causa de la patria. No hay ningún autor sobre el tema de los afroargentinos que no se haga eco de este tema familiar, y algunos lo llevan a exagerados extremos. Un poeta argentino, escritor de historia popular, recuerda extensamente cómo los afroargentinos sirvieron como carne de cañón de un extremo al otro del país, dejando sus huesos para que se blanquearan al sol, que él emplea como imagen recurrente, en todas partes adonde iban.<sup>34</sup> La imagen de los huesos es notable: tal como la emplea el autor, que se centra en el contraste entre la piel negra de los afroargentinos y la blancura de sus huesos, se convierte en una sutil metáfora del emblanquecimiento de los afroargentinos. Ellos cumplieron con su deber con el país, murieron en el proceso, y dejaron como recuerdo una pila de huesos, que redimen la memoria de los afroargentinos, no sólo mediante el heroísmo que representan, sino también por el hecho de que la negrura de los soldados ha desaparecido, reemplazada por un blanco puro y brillante.<sup>35</sup>

El motivo de los huesos aparecía en otra de las muchas revistas populares que han reforzado el tema de la muerte de los afroargentinos en las guerras. Una entrevista de 1888 con un veterano de las guerras de la independencia presentaba la siguiente anécdota horrible:

Una vez que marchábamos a San Juan, iba conmigo en la avanzada un negrito riojano, criado de los Bazán... ¡Qué negro que sirvió, amigo!... Una noche estaba de escucha y se durmió para siempre, pues una avanzada enemiga lo degolló. Bueno, amigo, antes de marchar recogimos el cuerpo y para medio librarlo de los pájaros, lo pusimos entre un cuevón grandísimo que había en la falda del cerro y allí lo dejamos sin ponerle ni una cruz de palito. Vaya; el negro no dejaba en la tierra sino los huesos, ¿quién se iba a recordar de él?

Tal como resultó, quien contaba la anécdota lo recordó. Cuatro años más tarde, sucedió que él estaba de campaña en el área cuando estalló una tormenta y se tuvo que refugiarse en una cueva próxima. Sorpresa de las sorpresas, resultó ser el mismo sitio donde habían dejado el cadáver del negro. "¿Quiere creer que los huesos del pobre nos sirvieron para hacer

fuego esa noche y siquiera medio secarnos? Vea lo que es el destino de algunos, ¿eh? Son útiles hasta después de muertos, y otros ni cuando vivos sirven para nada".<sup>36</sup>

Otros relatos acerca de los afroargentinos eran menos horripilantes, pero todos coinciden en el tema recurrente de que los negros morían en las guerras. En tiempos tan recientes como 1976, un periódico de Buenos Aires publicó un artículo donde se recordaba el fin del tráfico de esclavos y luego se analizaba cómo "los negros cayeron minuciosamente en todas las batallas de la joven patria, en el Ejército de los Andes, en la guerra contra el indio, en los esteros del Paraguay".<sup>37</sup>

¿En qué medida es exacta esta imagen de los afroargentinos muriendo en masa en las guerras del país? Tiene más que un núcleo de verdad, por supuesto, como se puede ver por el marcado desequilibrio de los sexos en la población parda y morena de la ciudad, documentado en el censo de 1827. La baja tasa de mortalidad registrada para los regimientos, que mencionáramos anteriormente, no debe oscurecer el hecho de que todo lo que hacía falta era una batalla desastrosa para que una unidad perdiera más hombres en una tarde de cuanto había perdido en tres años. Si bien fueron mínimas las bajas de combatientes negros en batallas tales como la de Salta (once), Tucumán y Chacabuco (ocho), los enfrentamientos como los de Ayohuma, Sipe-Sipe, Maipú, Pichincha, Ituzaingó, Caseros y otros más impusieron un altísimo tributo a los afroargentinos, así como a los blancos, indios y mestizos, lo bastante desafortunados como para que se los reclutara en las fuerzas armadas.

Aún más destructivas fueron las enfermedades endémicas entre los ejércitos del siglo XIX en todo el mundo, y la Argentina no fue ninguna excepción. Cuando el ejército argentino invadió el Alto Perú en 1813, el peor enemigo que debió enfrentar allá fue el soroche, una enfermedad producida por la prolongada exposición a la altitud y el tiempo sumamente frío del altiplano boliviano.<sup>38</sup> Entre diciembre de 1811 y julio de 1812, cuando el Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú estuvo estacionado en la provincia argentina de Jujuy, un promedio del 22,2 por ciento del batallón estuvo enfermo cada mes, en su mayoría con soroche.<sup>39</sup> Cuando el Regimiento del Río de la Plata, integrado, salió de Lima en 1823 para la Campaña de los Puertos, dejó a más de ciento cincuenta hombres en los hospitales de la ciudad, casi todos los cuales murieron.<sup>40</sup> Durante la campaña contra los indios de 1824, el Segundo Batallón de Cazadores perdió a cientos de hombres, que murieron o quedaron permanentemente lisiados por el congelamiento.<sup>41</sup>

Dadas las condiciones miserables de la vida del ejército, es sorprendente que los historiadores argentinos hayan pasado por alto de manera consistente la fuente más importante de bajas en los regimientos de afroargentinos. Tal vez atraídos por el drama y la calidad patética del tema, los historiadores hayan atribuido las pérdidas sufridas por esas unidades a las muertes en el campo de batalla, aunque una minoría menciona las condiciones de vida que causaron tantas muertes por enfermedad. Sólo un estudio ha señalado a la desertión como un factor en las pérdidas

sufridas por los regimientos negros, y ese estudio concluye que la deserción era relativamente infrecuente entre las tropas negras.<sup>42</sup> Esto de ningún modo es cierto. Blancos y negros por igual desertaban en grandes cantidades en todas las guerras argentinas, en especial en las primeras. Las memorias del general Paz recuerdan que durante la marcha de 1815, de Buenos Aires al Alto Perú, un ejército de cinco mil hombres fue reducido a tres mil por las deserciones. Un reclutamiento enviado al noroeste argentino tres años más tarde perdió dos tercios de sus hombres en una cuestión de meses, como resultado de las deserciones.<sup>43</sup>

Los afroargentinos no dudaban en considerar la prudencia como la mejor parte del valor, uniéndose a sus camaradas blancos en huidas masivas del frente. El efecto debilitador que estas deserciones podían tener sobre el poder combativo de estas unidades puede verse en el hecho de que mientras las listas del Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú demostraban que había perdido 47 hombres por muerte de 1810 a 1813, perdió 69 hombres por deserción. El Sexto Regimiento perdió 18 hombres por muerte entre octubre de 1814 y agosto de 1815, pero 98 por deserción. Las cifras similares para el Séptimo Batallón (marzo de 1814 a agosto de 1815), 27 muertos, 145 deserciones; y el Segundo Batallón de Infantería de Perú, blanco (de enero a junio de 1813), 34 muertos, 64 deserciones. Una unidad obviamente descontenta era el Cuarto Batallón de Cazadores, integrado por afroargentinos, que entre noviembre de 1827 y octubre de 1829 perdió 31 soldados, por muerte, y la sorprendente cifra de 802 deserciones, muchas de las cuales deben haber sido múltiples, ya que el batallón en su momento de mayor expansión contaba sólo con 715 hombres. Y el mismo informe militar que menciona que el Regimiento del Río de la Plata dejó a 150 hombres enfermos en Lima al marcharse de la ciudad en 1823, agrega que también debió dejar a unos 350 desertores que no habían sido aprehendidos por la policía militar y que permanecieron en la ciudad.<sup>44</sup> Por lo tanto, cuando se leen relatos tales como la descripción que hace Domingo F. Sarmiento de cómo encontró los restos de un regimiento afroargentino en el sitio de Montevideo en 1851, reducido a 30 hombres comandados por un sargento,<sup>45</sup> no se debe extraer inmediatamente la conclusión de que Sarmiento quiere decir que el resto del regimiento fue muerto en la lucha. Es totalmente posible que ellos tomaran un curso de acción racional y se marcharan a la patria antes que ser muertos o mutilados en el terrible sitio.

En la búsqueda del motivo subyacente en ese mensaje reiterado constantemente de la aniquilación de los afroargentinos en las guerras, se puede volver al análisis del Capítulo 6. Al afirmar una destrucción casi completa de la población masculina negra y mulata mediante el servicio militar, los historiadores de la nación pudieron ignorar el hecho de que muchos de esos soldados volvían vivos de las guerras para contribuir al desarrollo cultural, social y demográfico de Buenos Aires. Es significativo que el héroe militar afroargentino más famoso no sea una figura histórica, como los coroneles Domingo Sosa y José María Morales, que combatieron en una multitud de batallas, sirvieron heroicamente a Buenos Aires por

cuarenta o cincuenta años y murieron tranquilamente en su cama, sino antes bien el mítico Falucho que, si de verdad alguna existió, fue muerto mientras defendía en actitud suicida la bandera de la Argentina.<sup>46</sup> El acento puesto en las pilas de huesos blancos de los afroargentinos y en los charcos de roja sangre afroargentina, proporciona una distracción conveniente respecto de la continuada presencia de la piel negra afroargentina en la capital de la nación. No se quiere menospreciar el efecto desastroso que el servicio militar virtualmente continuado durante seis décadas tuvo sobre la población negra de la ciudad. Obviamente, muchos de esos desertores nunca volvieron a Buenos Aires y de esa manera desaparecieron tan efectivamente de la comunidad negra como hubiese sido el caso si hubiesen muerto. Varios argentinos que visitaron Lima en las décadas de 1830 y 1840 informaron haber encontrado allá a sobrevivientes de la fuerza expedicionaria de San Martín, y una de las anécdotas más celebradas de la literatura argentina del siglo XIX se refiere a un viejo desertor negro al que encontró vivo entre los indios ranqueles el escritor Lucio Mansilla.<sup>47</sup> Y muchos más de los veteranos y desertores que consiguieron volver a Buenos Aires, llegaron con la salud quebrantada, sufriendo por heridas o por los rigores de la campaña. Pero es obviamente incorrecto decir que los afroargentinos cayeron hasta el último hombre luchando por un país que de manera consistente les negaba los derechos por los cuales peleaban. Pretender que esto fuera así, es negarles el más elemental sentido común o el instinto de conservación.

Cuando se consideran las malas recompensas que recibían los guerreros negros por sus servicios, las promociones infrecuentes, la paga miserable, las penurias, el otorgamiento retaceado y largamente demorado de los derechos que se les había prometido durante la revolución, uno queda azorado ante el heroísmo y la resistencia que exhibieron continuamente los afroargentinos. El único comandante argentino importante que criticó nunca el desempeño militar de los afroargentinos fue Manuel Belgrano, que después de presidir una serie de derrotas en Paraguay, el noroeste argentino y el Alto Perú le escribió al general San Martín que "no soy así contento con la tropa de libertos; los negros y mulatos son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria, y en las cinco acciones que he tenido han sido los primeros en desordenar la línea y buscar murallas de carne".<sup>48</sup> El general Paz, un subordinado de Belgrano que posteriormente hizo un brillante uso de las tropas negras en las guerras civiles, disintió marcadamente, señalando en una oportunidad que un soldado negro valía al menos por tres europeos.<sup>49</sup> Tanto Paz como San Martín preferían las tropas de libertos, cuya experiencia como esclavos los hacía más obedientes a la disciplina militar que los blancos. Cuando el Séptimo de Infantería llegó al noroeste de la Argentina en 1813, Paz se sintió sumamente satisfecho con la manera en que ellos dominaban sus tareas: "Además de los Granaderos a caballo engrosó el ejército del Perú el hermoso batallón número 7. Venían instruidos en la táctica moderna, que no conocíamos, de modo que eran los cuerpos que servían de modelo en las dos armas".<sup>50</sup> También hay registros en los que los generales



Un sobreviviente de las guerras. Esta fotografía acompañaba a un perfil de Juan Martínez Moreira que apareció en la revista *Caras y Caretas* en 1900. Veterano de la guerra del Paraguay (1865-70), Martínez era presentado en el artículo como uno de los pocos afroargentinos que habían sobrevivido al servicio en ese conflicto, lo que probablemente para 1900 fuera cierto. Fotografía cortesía del Archivo General de la Nación.

Rondeau, Viana, Miller y Guido elogian especialmente a las tropas afroargentinas.<sup>51</sup>

La devoción con que miles de afroargentinos lucharon por su país es un fenómeno que sorprende cuando se considera la magra recompensa que recibían a cambio. Quizá realmente creyeran los llamados a defender a Dios y al país con que sus oficiales los alentaban antes de la batalla, pero es más probable que su valentía e incluso ferocidad en la batalla derivaran de dos fuentes. La primera fuente incluía los resentimientos y frustraciones que sufrían dada su posición en la sociedad de Buenos Aires. El descontento y la ira que debían reprimir en la ciudad podían liberarlos en el campo de batalla sin el temor del castigo, y los ocasionales testimonios en cuanto a la condición de "sanguinarios" y "salvajes" de los soldados afroargentinos sugieren que ellos no dudaban en aprovechar esa oportunidad. La furia que demostraban en el campo de batalla verdaderamente

estaba más allá del cumplimiento del deber y sugiere algún motivo más profundo que el mero amor a la patria. La segunda fuente era la esperanza de promoción: movilidad hacia arriba en el ejército y quizá también en la sociedad más grande.

## LOS OFICIALES

Los historiadores que han escrito sobre los afroargentinos tradicionalmente han sostenido que casi no se tenía noticia de que hombres de color hubieran logrado el rango de oficiales. José Ingenieros afirmó inequívocamente que los soldados de las guerras de la Independencia eran mestizos o negros, sus oficiales siempre blancos.<sup>52</sup> Emiliano Endrek estaba de acuerdo, afirmando que unos pocos afroargentinos pueden haber alcanzado el nivel de oficiales durante las guerras civiles posteriores a 1820, pero que las unidades negras del período colonial y de la Independencia eran comandadas completamente por oficiales blancos.<sup>53</sup> José Ramos Mejía sostuvo que aun durante el período de Rosas, cuando el gobierno tenía como política cortejar a los afroargentinos para lograr su apoyo, era casi imposible que los negros o mulatos se elevaran por encima del rango de sargento o teniente.<sup>54</sup> José Luis Lanuza se hizo eco de esta afirmación, e incluso el habitualmente bien informado Leslie Rout afirma categóricamente que “ningún negroide reconocido” tuvo rango de oficial en las milicias coloniales argentinas o uruguayas, y que ningún argentino de color se elevó por encima del rango de capitán hasta después de 1820.<sup>55</sup>

Los mismos autores que hacen estas aseveraciones incluyen información incidental que sugiere con fuerza, y que en algunos casos demuestra de manera contundente, que los hombres negros llegaron a posiciones de comando. En el mismo ensayo en que Endrek afirma que ningún negro se desempeñó como oficial en el período colonial o de la Independencia, el autor incluye la cita en que el general Belgrano denostaba a sus tropas negras como canalla cobarde, una cita que termina “sólo me consuela saber que vienen oficiales blancos [a comandarlos], o los que llamamos españoles, con los cuales acaso hagan algo de provecho”.<sup>56</sup> La implicación es que en ese punto estaban bajo el mando de oficiales negros. Más tarde, Endrek se refiere específicamente a los oficiales negros de la milicia afroargentina de Córdoba, que fueron desplazados por oficiales blancos cuando se envió a la unidad a combatir en Bolivia.<sup>57</sup> Otro caso es una tesis escrita en la Universidad de Córdoba en 1962, cuyo autor afirma que los pardos y morenos nunca llegaron a ser oficiales y luego cita un decreto de 1830 del general Paz según el cual todos los prisioneros de guerra libertos debían ser devueltos a sus dueños, con excepción de “aquellos esclavos que han servido en clase de oficiales en el ejército invasor”.<sup>58</sup> Y no hay duda de que los autores antes mencionados deben haber leído el *Manual de la Historia Argentina* de Vicente Fidel López, una de las historias argentinas más frecuentemente citadas del siglo XIX. Lanuza, por ejemplo la cita a menudo pero inexplicablemente omite la declaración de López de

que todos los oficiales del Cuarto Batallón de Rosas eran hombres de color, con la sola excepción del coronel.<sup>59</sup>

No sólo los afroargentinos vivieron como oficiales en el ejército de Buenos Aires, sino que algunos se elevaron a altos niveles de mando. Parece haber sido una regla tácita que a ningún afroargentino se le podía permitir que llegara al rango de general, pero al menos once se elevaron



El único retrato conocido que perdura del coronel Lorenzo Barcala (1795-1835). Fecha y artista desconocidos. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

al grado de coroneles o tenientes coroneles (para breves biografías de estos hombres, ver Apéndice C); sin duda hay más de esos casos ocultos en la documentación del período, que aguardan que se los descubra. Además, los coroneles afroargentinos difícilmente pudieron haber existido en aislamiento respecto de un número aun mayor de afroargentinos en niveles inferiores de la jerarquía. Para identificar a esos hombres y llegar a



Coronel José María Morales (1818-94). Fecha y artista desconocidos, pero el dibujo probablemente haya sido realizado durante la década de 1860, después que Morales ascendió al comando del Segundo Batallón del Tercer Regimiento de la Guardia Nacional. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

una representación coherente de la evolución del cuerpo de oficiales negros y mulatos, examiné el personal de oficiales de siete batallones de negros en existencia entre 1800 y 1860.<sup>60</sup> Las unidades blancas e integradas no fueron incluidas en este estudio porque los oficiales de color de esas uni-



Coronel Domingo Sosa (1788-1866). Este retrato probablemente date de fines de la década de 1850 o principios de la de 1860. Sosa fue un fundador y el miembro más prominente del Club de Artesanos, una organización social afroargentina activa desde la década de 1860 hasta la de 1880. El Club imprimía y vendía ejemplares de su retrato a los miembros y a otras personas interesadas. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

dades parecen haber sido demasiado pocos para justificar el gasto de tiempo y energía necesarios para su búsqueda. Los siete batallones eran de Infantería; cuatro eran unidades de línea regular, dos eran de milicia, y uno, el Batallón Restaurador, era una unidad mixta de compañías de milicia y de línea, una forma común de la organización militar durante el gobierno de Rosas.

Para asegurar la comparabilidad entre los oficiales de milicia y regulares (que, como se verá en seguida, ocupaban posiciones muy diferentes en la organización militar) toda vez que fue posible confié en el rango de la línea regular del individuo antes que en su rango de milicia. Dado que casi todos los hombres de este estudio tuvieron condiciones de línea en uno o más puntos durante su vida, resultó posible comparar las carreras en el tiempo usando datos razonablemente consistentes.

Los nombres de todos los oficiales mencionados en las listas de los batallones produjeron un universo de 186 hombres. Dado que las listas nunca indicaban la raza de un individuo, fue necesario verificar la raza consultando otras fuentes. Estas incluyeron registros del servicio militar y evaluaciones, que ocasionalmente mencionan la raza; registros de alistamiento que siempre la mencionan; censos; registros de nacimiento, muerte y matrimonio; y artículos de periódicos. Empleando estos datos, fue posible establecer la raza de 104 de los 186 hombres, algo más que la mitad.

Tiendo a sospechar que debido al prejuicio documental en los datos disponibles, la mayoría de los oficiales desconocidos eran afroargentinos. Los hombres para los cuales fue más fácil obtener información eran aquellos que tenían las carreras de mayor éxito, y que gozaban de un puesto más destacado en el ejército y en la sociedad en su conjunto. Por razones obvias, tendían a ser en gran medida blancos. Otro factor que complica es la demostrable tendencia de parte de los que mantenían el registro a cubrir las evidencias del ancestro africano. Varias instancias pueden servir para ilustrar este fenómeno. El subteniente Bernardo Pintos del Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos, del período colonial, era un músico de éxito y una figura bastante famosa de la ciudad. Las historias del Buenos Aires colonial lo sindicaban como un famoso organista de raza mixta, pero en el censo municipal de 1810 fue computado como blanco. Cuando se casó en 1828, su certificado de matrimonio fue asentado en el libro reservado a los blancos, a pesar del hecho de que el documento específicamente lo rotulaba como a un pardo.<sup>61</sup> El certificado de bautismo de 1761 del capitán Gregorio Sanfines lo describe como al hijo de un padre moreno y de una madre parda. Para la época en que su hijo José María Sanfines se casó, en 1813, el joven Sanfines era apto para que se lo describiera en el certificado de matrimonio como español, blanco. Cuando el otro hijo de Sanfines, José Gregorio, se casó en 1816, no se hizo ninguna mención de su raza, pero cuando este hijo y su esposa tuvieron una hija en 1824 (nieta del capitán), su acta de bautismo fue asentada en el libro reservado para los españoles.<sup>62</sup> Así, un capitán de milicia afroargentino produjo un hijo y una nieta españoles. Toda la familia del teniente coronel Cabrera fue

rotulada como parda en el censo de 1827, pero para el momento en que murió su hija Agueda en 1881, ella había sido transformada en blanca, al menos según su certificado de defunción.<sup>63</sup> El teniente Lorenzo Castro del Batallón Restaurador fue rotulado como pardo en el censo de 1827, pero el sacerdote que ofició en su boda en 1818 no hizo ninguna mención de su raza en el certificado de matrimonio. A Castro se lo describe sencillamente como a un nativo de Caracas y teniente del ejército regular, aunque a su esposa porteña se la describe como parda.<sup>64</sup>

No se puede culpar a los oficiales afroargentinos, que habían logrado cierta medida de posición social en la ciudad, por desear ocultar las evidencias documentales de su negritud, una garantía de posición social inferior en el Buenos Aires del siglo XIX. Pero unidos a otros prejuicios documentales, esto da como resultado que sea muy difícil reconstruir la genuina composición racial del cuerpo de oficiales. Este es indudablemente otro factor que contribuye a los conceptos erróneos respecto de los oficiales afroargentinos de Buenos Aires.

El cuadro 7.2 describe la distribución de la muestra por raza y unidad. De los 104 oficiales cuya raza era verificable, 39, más de un tercio, eran negros o mulatos, 61 eran blancos y 4 eran indios.<sup>65</sup> (Los totales del cuadro 7.2 exceden estas cifras debido al hecho de que varios de los oficiales de la muestra sirvieron en más de una unidad). Si se está dispuesto a suponer que el porcentaje de oficiales de color entre los desconocidos era mucho más alto que entre los conocidos, como parece razonable, es probable que los negros y mulatos formaran al menos la mitad del cuerpo de oficiales de los batallones afroargentinos.

La función de los oficiales de color en el ejército de Buenos Aires cambió marcadamente entre 1800 y 1860. La primera unidad considerada, el Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos de la milicia colonial, contaba con oficiales que en su casi totalidad eran pardos, morenos e indios, en completa contradicción de las tradicionales afirmaciones de que ningún hombre de color lograba el rango de oficial en la colonia. De 23 oficiales cuya raza se conoce, 17 eran negros o mulatos, 4 indios y sólo 2 blancos. Estos oficiales de color libres pasaron a servir en dos unidades de línea en el ejército revolucionario, el Sexto de Infantería de Pardos y Morenos, y el Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú. Sólo estos últimos fueron incluidos en este estudio, y se pudo obtener muy poca información acerca de sus oficiales, de la mitad de los cuales no se pudo conocer la raza. De los 8 oficiales cuya raza pudo verificarse, 5 eran blancos y 3 pardos. Hubiese sido más útil para los fines de este estudio el Sexto Regimiento de Infantería, cuyas listas lamentablemente no se encontraron hasta después de completarse este proyecto de investigación, cuando no fue posible someter a cada nombre de las listas a un cuidadoso control en una variedad de fuentes, como se hizo con los oficiales de otras unidades. Sin embargo, de 39 oficiales en las listas de 1814-15, 9 fueron inmediatamente reconocibles como pardos y morenos que habían servido en los rangos inferiores de la milicia colonial.<sup>66</sup>

Por lo tanto, las tropas de pardos y morenos libres del ejército revo-

Cuadro 7.2. Composición racial de Cuerpos de Oficiales de Batallones Seleccionados de la provincia de Buenos Aires, 1800-1860.

Unidad	Indio	Afro- argentino	Blanco	Desco- nocado	Total	Porcentaje de Afro- argentinos <sup>a</sup>
Cuerpo de Indios Pardos y Morenos (1808) <sup>b</sup>	4	17	2	7	30	74
Batallón de Pardos y More- nos del Alto Perú (1813)	0	3	5	8	16	38
Séptimo Batallón de In- fantería de Libertos (1814-15)	0	0	25	14	39	0
Segundo Batallón de Ca- zadores (1817-20)	0	1	11	7	19	8
Cuarto Batallón de Ca- zadores (1829)	0	0	15	14	29	0
Batallón Restaurador (1834-35)	0	6	4	8	18	60
Batallón Restaurador (1852) <sup>d</sup>	0	4	0	13	17	100
Cuarto Batallón de la Guardia Nacional (1853)	0	10	2	12	24	83
Total <sup>c</sup>	4	41	64	83	192	38

*Fuente:* Los datos de los oficiales individuales fueron tomados de una variedad de fuentes, incluidos los registros de alistamiento y de servicio; los registros parroquiales de nacimiento, muerte y matrimonio; los censos; y artículos de periódicos. Para citas de fuentes de cada individuo, ver George Reid Andrews, "Forgotten but Not Gone: The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900", disertación doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1978, pp. 396-410.

<sup>a</sup> Columna calculada excluyendo del total a los desconocidos.

<sup>b</sup> Las fechas entre paréntesis indican los años de los que se tomaron las listas.

<sup>c</sup> Los totales del cuadro exceden los totales de la muestra porque varios oficiales sirvieron en más de una unidad.

lucionario eran comandadas en gran parte por hombres de color. Este no era el caso en las unidades de libertos, representadas en este estudio por el Séptimo Batallón de Infantería y el Segundo de Cazadores. Sólo un oficial en estas dos unidades fue verificado como afroargentino. Hay varias explicaciones posibles para esta dicotomía entre los batallones de afroar-

gentinos libres y los batallones de libertos. Primero, el gobierno no tenía ninguna necesidad política de hacer de los negros los oficiales de estas unidades. Dado que los pardos y morenos libres estaban acostumbrados por su experiencia colonial a servir bajo el mando de oficiales de color, y a los miembros de la milicia de castas libres se los había llevado a esperar que cierto porcentaje de su total finalmente adquiriría la condición de oficial, el gobierno revolucionario instantáneamente hubiese perdido el apoyo afroargentino si no hubiera continuado con esta práctica. Por otra parte, entre los esclavos no existía tal precedente. La mera promesa de libertad era suficiente para asegurar su apoyo al nuevo régimen. Como nunca había habido oficiales esclavos, no había ninguna necesidad de elevar a los libertos a las posiciones de mando.

Segundo, y tal vez más importante, mantener a los regimientos de libertos comandados por oficiales blancos impedía la alianza de cualquier índole entre los oficiales de color libres y los esclavos que en esencia seguían siendo las tropas de libertos. En 1806, el Cabildo había descrito el puesto de comandante del Cuerpo de Esclavos (formado durante la emergencia de las invasiones inglesas y disuelto poco después) como "uno de los puntos más delicados que en el día pueden presentarse".<sup>67</sup> Lo último que deseaban los escalones superiores de los militares y el gobierno era poner a tropas de esclavos recientemente liberados bajo el mando de oficiales pardos y morenos libres, produciendo una convergencia potencialmente explosiva de intereses entre ambos grupos.

Por lo tanto, la destrucción de los batallones de afroargentinos libres en la batalla de Sipe-Sipe marcó el fin de un breve período de cinco años en que muchos afroargentinos gozaron del puesto de oficiales en el ejército regular. Cuando las tropas de pardos y morenos libres fueron desplazadas por los libertos, el cuerpo de oficiales de color del ejército regular empezó a declinar y para 1820 había desaparecido casi por completo. Las unidades compuestas por afroargentinos del ejército regular, de 1815 a 1830, tuvieron oficiales blancos en su casi totalidad, como puede verse en los casos del Segundo y Cuarto Batallones de Cazadores. De 29 oficiales en esta última unidad, 15 son de raza conocida, y cada uno de ellos era blanco.

La barrera del color que impedía que los afroargentinos llegaran a la condición de oficiales fue eliminada por el gobierno de Rosas. Las listas del Batallón Restaurador al comienzo y al fin de su existencia (1834-35 y 1852) dan como resultado una nómina de 35 oficiales, de los cuales 14 son de raza conocida. Cuatro son blancos y diez son pardos o morenos. Este modelo de predominio afroargentino continuó en el Cuarto Batallón de la Guardia Nacional del período posterior a Rosas. De 24 oficiales que había en las listas de 1853 de la unidad, 12 son de raza conocida: 2 son blancos y 10 hombres de color, incluido el comandante, el coronel Domingo Sosa.

¿Cómo se explica la resurrección del cuerpo de oficiales afroargentinos en el período 1830-60, después de su aparente desaparición entre 1815 y 1830? Una explicación debe ser la política de Rosas de conseguir el apoyo de la comunidad de color para su gobierno, una política que no permitía

el continuado relegamiento de los negros y mulatos a los rangos inferiores del ejército. Así como el gobierno revolucionario de 1810 ofreció cargos de oficial para lograr el apoyo político de los pardos y morenos, otro tanto hizo Rosas en las décadas de 1830 y 1840.

Otra razón para el retorno de los oficiales de color puede hallarse en la cambiante condición legal de la población afroargentina. Como se mencionó en el Capítulo 4, el censo municipal de 1810 demostró que el 22,6 por ciento de la población de color de la ciudad era libre; para 1827, esa proporción se había elevado al 54,8 por ciento. Siguiendo la política adoptada por el gobierno revolucionario en 1810, el gobierno de Rosas reconoció que los hombres de color libres podían ser incorporados en el servicio, pero que no combatirían bien a menos que tuvieran genuinas oportunidades de progreso. Dado que la necesidad de combatientes para las guerras civiles y las luchas contra los indios de las décadas de 1830 y 1840, era tan grande como lo había sido para combatir a los españoles en 1810, el gobierno se vio obligado a ceder a los pardos y morenos el derecho a elevarse a través de los rangos.

Cuando el gobernador Rosas llegó al poder, encontró una provisión disponible de potenciales oficiales afroargentinos en la forma de oficiales de milicia. La escasez de oficiales de color en las unidades regulares de 1815 a 1830 puede ser engañosa, ya que oculta el hecho de que los pardos y morenos siguieron ejerciendo el comando de las unidades de milicia de la ciudad en todo ese período. Una rápida mirada a la lista de oficiales del Regimiento Cívico de Hombres de Color en 1815, revela un número de negros y mulatos procedentes de las anteriores milicias coloniales.<sup>68</sup> Estos oficiales, a los que luego se unieron los regulares que volvían de las campañas en el noroeste, continuaron en la unidad hasta avanzada la década de 1820. Los oficiales de color que luego adquirirían alto rango en el ejército de Buenos Aires sirvieron todos en la milicia negra durante este período, en que les estaba vedado su acceso al ejército regular. El joven Domingo Sosa, tras retornar del servicio en el Sexto de Infantería, fue puesto como instructor en la milicia de esclavos, los Auxiliares Argentinos, y en 1828 fue convocado a servir en el Cuarto Batallón de Milicia, compuesto por hombres de color.<sup>69</sup> Feliciano Mauriño, que luego ascendería a mayor, sirvió de 1826 a 1833 como oficial en distintas unidades de milicia negras de la ciudad. Luego tomó la desafortunada decisión de ser antirrosista en el levantamiento de 1833, por lo cual fue degradado a soldado común en el Batallón Restaurador.<sup>70</sup> Incluso el muy talentoso Lorenzo Barcala, el más famoso oficial negro de la Argentina, tuvo servicio en la guerra con Brasil no en una unidad regular sino en el Cuarto Batallón de Milicia.<sup>71</sup>

Estar restringidos a la milicia, ponía a los afroargentinos varios rangos por debajo en la jerarquía militar que los regulares blancos. Por ejemplo, los oficiales regulares a los que se les asignaba movilizar unidades de milicia siempre eran elevados uno o dos rangos por encima de su rango habitual. Así, un teniente regular asignado a la milicia se convertía en capitán, o incluso mayor, con autoridad sobre todos los oficiales que esta-

ban por debajo de él. Los oficiales pardos y morenos de la milicia siempre tenían la peor parte de este arreglo. También, los períodos de servicio activo en la milicia contaban respecto de los derechos de retiro y pensión, pero no así los períodos de inactividad. Ese tiempo de descanso contaba para los oficiales del ejército regular, lo que les permitía cobrar pensiones que a menudo no podían obtener los afroargentinos. Finalmente, los oficiales regulares estaban sometidos todo el tiempo al fuero, la jurisdicción legal militar, mientras que los oficiales de milicia estaban sometidos a tal jurisdicción sólo cuando estaban en el servicio activo. Estar sometido al fuero era considerado uno de los grandes privilegios del servicio militar, ya que ello inmunizaba respecto de los tribunales civiles y la policía; los oficiales hallaban que sus pares militares tendían a ser menos severos en el castigo de delitos civiles que los tribunales civiles.<sup>72</sup>

Aunque los oficiales de milicia afroargentinos no parecen haber estado en desventaja respecto de los oficiales de milicia blancos, su incapacidad de adquirir cargos de línea durante la década de 1820 era claramente el resultado de una política de exclusión racial. Mientras no todos los blancos podían lograr una posición en el cuerpo de oficiales regulares, esa posibilidad les estaba vedada a los pardos y morenos. Fue, entonces, un beneficio concreto para ellos que el gobernador Rosas admitiera a los afroargentinos en los rangos de los regulares.

Pero una vez ingresados en el ejército regular, la raza de los afroargentinos seguía teniendo un efecto adverso sobre sus posibilidades de progreso. Una tabulación del rango más alto conocido logrado por cada individuo de la muestra (cuadro 7.3) indica que el oficial de color promedio en servicio entre 1800 y 1860 tenía probabilidades de terminar su carrera

Cuadro 7.3. Rango más alto conocido logrado por individuos de raza conocida en batallones selectos de Buenos Aires 1800-1860

	Indio	Afroargentino	Blanco	Total
General	0	0	6	6
Coronel	0	2	16	18
Teniente coronel	0	5	12	17
Mayor	1	5	7	13
Capitán	1	13	10	24
Teniente	0	9	7	16
Subteniente	2	5	3	10
Total	4	39	61	104

Fuente: Ver cuadro 7.2.

como capitán, mientras que el oficial blanco promedio tenía probabilidades de concluir la suya como coronel. Ningún hombre de color logró el rango de general, mientras que sí lo conseguían el 10 por ciento de los blancos. Y la dificultad creciente que experimentaban los negros y mulatos para lograr su promoción más allá del rango de capitán puede verse en el hecho de que había menos mayores y tenientes coroneles de color que capitanes, y menos coroneles de color que tenientes coroneles. Entre los blancos, había más tenientes coroneles que mayores, e incluso más coroneles que tenientes coroneles.

El servicio militar podía servir, y así sucedía, como avenida de movilidad ascendente para aquellos hombres con talento y determinación suficiente para llegar a la posición superior. A un varón afroargentino que tratara de elevarse todo lo posible en la sociedad, le convenía ingresar en el ejército y poner todos sus talentos en el intento de conseguir el rango de coronel. Pero hubiese sido un tonto el hombre que no se diera cuenta de que los inconvenientes que debería sortear para lograr ese puesto eran sumamente grandes, que el acceso a los niveles superiores de la jerarquía le estaría por siempre vedado por su raza, y que aun cuando tuviera la fortuna de ascender tanto como podía elevarse un hombre de color, su influencia y prestigio podían desaparecer en cualquier momento por los reveses políticos o la muerte violenta (ver los casos de Nicolás Cabrera y Lorenzo Barcala en el Apéndice C). A los hombres que buscaban un progreso menos espectacular pero más seguro, les convenía adoptar un oficio más confiable y menos riesgoso que el de las armas.

El lector del siglo XX puede formular la acusación de que los soldados y oficiales afroargentinos se prostituían al combatir en las guerras de los blancos. La acusación es anacrónica, dado que presupone una conciencia política que sencillamente no existía en el Buenos Aires del siglo XIX, ni en los Estados Unidos. Muchos afroargentinos creían sinceramente en el amor al país y en los principios del heroísmo, la lealtad y el valor, así como miles de norteamericanos fueron a la muerte bajo banderas similares en las guerras coloniales de México y Cuba. Otros capitalizaban su servicio militar para obtener la movilidad social que les negaba la sociedad en general. Los afroargentinos vivían en una sociedad de blancos; las alternativas eran o luchar en las guerras de éstos o sufrir las consecuencias que implicaba rehusarse. Mientras combatían en esas guerras, sirvieron no sólo como seguidores sino también como líderes, y como soldados y oficiales compilaron un registro de logros que ha sido fácilmente relegado a un lugar inferior en la historia. Merecían más.<sup>73</sup>

1. Ver el excelente libro de Jack D. Foner, *Blacks and the Military in American History* (Nueva York, 1974), para un análisis de cómo los norteamericanos han ignorado en forma consistente y negado la magnitud de la participación afronorteamericana en el combate de las guerras de los Estados Unidos para evitar tener que hacer concesiones sociales, políticas y legales a la población

- negra del país. El período posterior a la Guerra Civil fue la única instancia en que la gente negra experimentó una mejora en su situación como consecuencia de sus servicios en época de guerra (pp. 50-51).
2. Para descripciones y análisis de esta militarización, ver Tulio Halperín Donghi, *Hispanoamérica después de la independencia* (Buenos Aires, 1972), cap. 1; y Halperín Donghi, *Revolución y guerra* (Buenos Aires, 1972), pp. 210-47, 395-400.
  3. *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, 3 vols. (Buenos Aires, 1972), 1: 294-300. Ver AGN-X-26-2-6 para una serie de sentencias a servicio militar dictadas entre 1842 y 1852.
  4. *Reseña histórica*, 1: 421-23.
  5. AGN, Sucesiones 6917, Testamentaría de D. Federico Mendizábal.
  6. AGN-X-31-11-5.
  7. José Torre Revello, *La sociedad colonial* (Buenos Aires, 1970), pp. 115-116; y *Reseña histórica*, 1:84-85, 97-99.
  8. *Documentos para la historia argentina*, 23 vols. hasta la fecha (Buenos Aires, 1913- ), 12: 324-25; y *Uniformes de la patria* (Buenos Aires, 1972), páginas sin numerar. Ver también José Luis Molinari, "Los indios y negros durante las invasiones inglesas al Río de la Plata, en 1806 y 1807", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (1963): 663.
  9. Félix Best, *Historia de las guerras argentinas*, 2 vols. (Buenos Aires, 1968), 1: 218.
  10. Marta B. Goldberg de Flichman y Laura Beatriz Jany, "Algunos problemas referentes a la situación del esclavo en el Río de la Plata", en *IV Congreso Internacional de Historia de América* (Buenos Aires, 1966), 6: 65-66.
  11. Emeric E. Vidal, *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo* (Londres, 1820), p. 32.
  12. Nuria Sales de Bohigas, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas* (Barcelona, 1974), p. 78.
  13. Goldberg y Jany, "Algunos problemas", p. 71.
  14. *Ibid.*, pp. 65-66.
  15. Para las listas del Séptimo Batallón, en las que aparece a menudo la anotación "entregado a su amo", ver AGN-III-44-2-1.
  16. Goldberg y Jany, "Algunos problemas", p. 68.
  17. Manuel Alvarez Pereyra, *Historia del Regimiento 8 de Infantería de Línea* (La Plata, 1921), p. 22.
  18. Gerónimo Espejo, *El paso de los Andes* (Buenos Aires, 1953), p. 344; y M. F. Mantilla, *Páginas históricas* (Buenos Aires, 1890), p. 368.
  19. Espejo, *El paso*, pp. 400-401, 411; Alvarez Pereyra, *Regimiento 8*, p. 21; y Ramón Tristany, *Regimiento 8 de Infantería de Línea* (Buenos Aires, 1897), pp. 12-13.
  20. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), pp. 83-87; y AGN-X-10-2-5.
  21. AGN-III-45-4-2, 45-2-9, 46-1-10; *Reseña histórica*, 1: 396; y Jacinto R. Yaben, *Biografías argentinas y sudamericanas*, 5 vols. (Buenos Aires, 1938-40), 5: 293.
  22. AGN-III-5-1-3, 11-1-1; Yaben, *Biografías*, 4: 727.

23. *Gaceta de Buenos Aires. 1810-21*, ed. facs., 6 vols. (Buenos Aires, 1910-13), 3: 289-90, 4: 717-19, 5: 592, 593, 742-43, 6: 93, 154; *Reseña histórica*, 1: 188, 189, 298-300, 412; y Yaben, *Biografías*, 1: 249, 3: 708, 4: 727.
24. Bohigas, *Sobre esclavos*, p. 134. La práctica por la cual los esclavos reemplazaban a sus amos en la milicia también se verificaba en Colombia. Ver Allan J. Kuethe, "The Status of the Free Pardo in the Disciplined Militia of New Granada", *Journal of Negro History* 56 (abril de 1971): 105-17.
25. Ver la petición del subteniente Anastasio Sosa, AGN-IX-26-7-4, folios 173-74. Ver documentos relativos al teniente Manuel Gutiérrez, AGN-IX-12-5-3, folios 338-39.
26. *Reseña histórica*, 1: 151, 153.
27. AGN-III-59-1-1, 59-1-6, 59-2-1, 59-2-4, 59-2-7. Le estoy reconocido al coronel Ulises Muschietti por haberme sugerido este método para estudiar la integración en el ejército de Buenos Aires.
28. Ver, por ejemplo, AGN-X-26-2-6, que contiene muchas sentencias de servicio militar.
29. AGN-X-17-8-1.
30. Bohigas, *Sobre esclavos*, pp. 93-94.
31. Yaben, *Biografías*, 2:400.
32. *Partes oficiales y documentos relativos a la Guerra de la Independencia Argentina*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900), 2: 186-187.
33. Estas estadísticas fueron tomadas de listas contenidas en los siguientes volúmenes de documentos: Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú, Segundo Batallón de Perú y Octavo Batallón de Perú (AGN-III-44-2-7); el Noveno Regimiento de Infantería (AGN-III-44-2-2); el Séptimo Regimiento de Infantería (AGN-III-44-2-1); y el Sexto Regimiento de Infantería (AGN-III-44-1-15).
34. Alvaro Yunque, *Calfucura, la conquista de las pampas* (Buenos Aires, 1956), pp. 187-88. Florence Brooks proporcionó esta cita.
35. La imagen de los huesos la emplea también León Pomer en su libro *El soldado criollo* (Buenos Aires, 1971), p. 10.
36. "Un sargento de la independencia", *Caras y Caretas*, 25 de febrero de 1899.
37. Andrés Avellaneda, "Prohíbe la Junta el ingreso de esclavos", *La Opinión*, 28 de mayo de 1976, p. 8.
38. Bohigas, *Sobre esclavos*, pp. 67-68; y Carlos Monge, "Aclimatación en los Andes: Influencia biológica en las guerras de América", *Revista de la Historia de América* (1948), pp. 1-25.
39. AGN-X-35-10-2.
40. Enrique Martínez, *Manifestación de la conducta observada por el jefe de la División de los Andes Auciliar del Perú...* (Lima, 1823), p. 20.
41. Lanuza, *Morenada*, pp. 86-87.
42. Goldberg y Jany, "Algunos problemas", p. 73.
43. Pomer, *El soldado criollo*, pp. 44-46.
44. Martínez, *Manifestación de la conducta*, p. 24.
45. Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900), 1:76.
46. Marcos Estrada, *El cabo segundo Antonio Ruiz (a.) "Falucho"* (Buenos Aires, 1964); y Mantilla, *Páginas históricas*, pp. 349-53.

47. Mantilla, *Páginas históricas*, pp. 349-53; Espejo, *El paso*, pp. 400-401; y Lanuza, *Morenada*, pp. 168-69.
48. Citado en José Luis Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República Argentina - Epoca independiente", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza Ser*, 2m, 1 (1961): 142-43.
49. *Ibíd.*, p. 148.
50. Mantilla, *Páginas históricas*, p. 367. Ver también Goldberg y Jany, "Algunos problemas", pp. 72-73.
51. Yaben, *Biografías*, 5: 688-89; Estrada, *Antonio Ruiz*, p. 6; y Mantilla, *Páginas históricas*, pp. 371-72.
52. José Ingenieros, *La locura en la Argentina* (Buenos Aires, 1937), p. 30 n. 3.
53. Emiliano Endrek, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), p. 83.
54. José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 3 vols. (Buenos Aires, 1907), 3:209-10.
55. Lanuza, *Morenada*, p. 167; y Leslie B. Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), pp. 151, 171.
56. Endrek, *El mestizaje en Córdoba*, p. 83.
57. *Ibíd.*, pp. 84-85.
58. Nelly Beatriz López, "La esclavitud en Córdoba, 1790-1853" (Tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba, 1972), pp. 68-69.
59. Masini Calderón, "La esclavitud negra en la República", p. 149.
60. Las unidades, los períodos para los cuales se pasaba lista, y la ubicación de las listas, son: Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos (1808), AGN-IX-26-7-6, folio 436-37; Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú (1813), AGN-X-35-10-2; Séptimo Batallón de Libertos (1814-15), AGN-III-44-2-1; Segundo Batallón de Cazadores (1829), AGN-III-45-4-2; Batallón Restaurador (1834-35), AGN-III-5-1-3; Batallón Restaurador (1852), AGN-III-56-1-2; Cuarto Batallón de la Guardia Nacional (1853), AGN-III-56-1-1.
61. Francisco L. Romay, *El barrio de Monserrat* (Buenos Aires, 1971), p. 69; AGN-IX-10-7-1, cuartel 14; AGN-IX-8-4-2, folios 197, 255; y Parroquia de Monserrat, Libro 3 de Matrimonios, folio 120.
62. Parroquia de La Merced, Libro 9 de Bautismos de Color, folio 372v; Parroquia de Monserrat, Libro de Matrimonios, folios 369v, 414v; y Libro 5 de Bautismos de españoles, folio 176v.
63. AGE, Legajo Personal 2338.
64. AGN-X-23-5-6, cuartel 20, Calle Venezuela 258; y Parroquia de Monserrat, Libro 2 de Matrimonios, folio 480v.
65. Para una lista detallada de la documentación por la cual se verificó la raza de cada oficial, ver George Reid Andrews, "Forgotten but Not Gone: The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1978), pp. 396-410.
66. Lista tomada de AGN-III-44-1-15. Los oficiales afroargentinos son los capitanes Juan Loy Taboada, José San Martín, Lorenzo Espinosa, Felipe Malaver y Dionisio Gamboa; los tenientes Domingo Sosa y Antonio Porobio; y los subtenientes Santiago Sosa y Casimiro Mendoza.

67. *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, 88 vols. (Buenos Aires, 1907-34) Ser. 4., tomo 2, libro 61, pág. 476.
68. *Gaceta de Buenos Aires*, 4:388.
69. Yaben, *Biografías*, 5: 727.
70. *Ibid.*, 3: 708.
71. *Ibid.*, 1: 468.
72. Para un análisis del fuero, ver Lyle McAlister, *The "Fuero Militar" in New Spain, 1764-1800* (Gainesville, Fla., 1957).
73. Los lectores que deseen consultar una versión más amplia y detallada de este capítulo, pueden remitirse a Andrews, "Forgotten but Not Gone", caps. 67; y George Reid Andrews, "The Afro-Argentine Officers of Buenos Aires Province, 1800-1860", *Journal of Negro History*, 64 (Primavera de 1979): 85-100.

## La búsqueda de autonomía

"En la guerra está la fuerza". La comunidad afroargentina de Buenos Aires aprendió tempranamente lección en su historia y recurrió a sus miembros en organizaciones colectivas que giraron desde la vertiente de las circunstancias inmediatas de los ataques y cuestiones de la ciudad por los conflictos internacionales y provinciales nacidos. Los afroargentinos trazaron una tradición de organizaciones comunitarias que podría dividirse en una progresión en tres etapas que se extiende de la década de 1760 hasta pasado el 1900.

### LAS COFRADÍAS

El primer tipo de organización establecido por y para los afroargentinos fue la cofradía, la hermandad laica católica. Una característica común de la vida religiosa hispanoamericana hasta el presente, la hermandad laica es una asociación que se ocupa de administrar el bienestar de la iglesia a la que pertenece. Los miembros rodean los altares, le pagan los impuestos y el mantenimiento del edificio, y son responsables del mantenimiento del altar de su Santa Patrona, y realizan varias otras tareas para beneficio de su iglesia y su parroquia. Durante el período colonial, la pertenencia a la cofradía tendía a seguir líneas bastante estrictas de segregación racial. Aunque los miembros se mezclaban entre sí, existía una simpatía entre los miembros de hermandades blancas, los negros y mulatos eran un grupo aparte y como a tal se les requería exclusivamente que establecieran organizaciones separadas, lo que ellos hicieron en toda América hispana y portuguesa.<sup>1</sup>

La primera cofradía negra transpiró en la ciudad de Buenos Aires se creó en 1771 cuando el archidiego de Buenos Aires autorizó el establecimiento de una organización en la iglesia de La Piedad.<sup>2</sup> El grupo siguió



## 8

# ORGANIZACIONES COMUNITARIAS

## La búsqueda de autonomía

“En la unión está la fuerza”. La comunidad afroargentina de Buenos Aires aprendió temprano esta lección en su historia y movilizó a sus miembros en organizaciones colectivas tan pronto como lo permitieron las circunstancias. Separados de los blancos y mestizos de la ciudad por los constreñimientos y prejuicios raciales, los afroargentinos crearon una tradición de organización comunitaria que puede dividirse en una progresión en tres etapas que se extendió de la década de 1760 hasta pasado el 1900.

### LAS COFRADIAS

El primer tipo de organización establecida por y para los afroargentinos fue la cofradía, la hermandad lega religiosa. Una característica común de la vida religiosa hispanoamericana hasta el presente, la hermandad lega en una asociación que se ocupa de contribuir al bienestar de la iglesia a la que pertenece. Los miembros reúnen limosnas, la paga para las misas y el mantenimiento del edificio, y son responsables del mantenimiento del altar de su Santo Patrón, y realizan varias otras tareas para beneficio de la iglesia y su sacerdote. Durante el período colonial, la pertenencia a la cofradía tendía a seguir líneas bastante estrictas de segregación racial. Mientras los mestizos en ocasiones eran admitidos entre los miembros de hermandades blancas, los negros y mulatos eran un grupo aparte y como a tal se les requería habitualmente que establecieran organizaciones separadas, lo que ellos hicieron en toda América hispana y portuguesa.<sup>1</sup>

La primera cofradía negra que apareció en la ciudad de Buenos Aires se creó en 1772, cuando el arzobispo de Buenos Aires autorizó el establecimiento de esa organización en la iglesia de La Piedad.<sup>2</sup> El grupo eligió

como su Santo Patrón al negro Rey Baltasar, uno de los tres hombres sabios que llevaron regalos al niño Jesús. Pronto se le unieron otras tres cofradías negras en la ciudad, todas establecidas durante la década de 1780. Los conventos de San Francisco y Santo Domingo (ambos grandes poseedores de esclavos: un censo de esclavos de 1813 demostró que entre los dos poseían 67 esclavos varones adultos aptos para portar armas<sup>3</sup>), tenía cada uno una hermandad negra. Una estaba dedicada a San Benito, el santo etíope del siglo XVI que murió en Sicilia, y el otro a la virgen negra del Rosario. Una cuarta cofradía que sólo ha dejado sombríos vestigios de su existencia, era la Cofradía de Santa María del Corvellón, en la iglesia de La Merced.<sup>4</sup>

La pertenencia a estos grupos estaba abierta a los esclavos y a los negros y mulatos libres por igual. A juzgar por la frecuente mención de miembros esclavos en documentos relativos a las hermandades, y a la gran posesión de esclavos por parte de dos de las cuatro iglesias patrocinantes, parece probable que la mayoría de los miembros fueran esclavos. Mujeres y hombres eran igualmente bien recibidos como miembros, aunque las funcionarias estaban subordinadas a los hombres. La constitución de la Cofradía de San Baltasar es la única de las cuatro que han perdurado, pero sirve para dar una idea de lo que demandaban las hermandades a sus miembros.<sup>5</sup> Primero, demandaban dinero. Se requería a los hermanos que contribuyeran sumas regulares, que eran utilizadas para auspiciar una misa semanal, una clase semanal de doctrina cristiana, y tres misas especiales durante el curso del año. Segundo, se requería su presencia en todos esos oficios, así como en cuatro comuniones a celebrarse en días santos elegidos. Tercero, se les requería que llevaran una vida cristiana en general, y en particular que rezaran dos veces por día y recitaran una porción del Rosario.

Los beneficios que derivaban los hermanos de la pertenencia a estas organizaciones parecen bastante insignificantes para los tiempos modernos, y en términos económicos, eran sin duda inferiores a los que recibía la Iglesia. El único beneficio mencionado específicamente en la constitución, además de la elevación general del alma de los hermanos, era el de un funeral garantizado, con un número fijo de misas a celebrarse en memoria del difunto. Algunas de las quejas más amargas de los hermanos tenían que ver con el hecho de que los sacerdotes no cumplían con el procedimiento correcto para el sepelio de los miembros. En 1779 peticionaron al vicario general de Buenos Aires que reprendiera a su capellán por dar las misas para los miembros difuntos en días de trabajo y no en los días feriados. Protestaban diciendo que dado que la mayoría de los hermanos eran esclavos, les era imposible disponer de tiempo para asistir a esas misas. Por lo tanto requerían que se le ordenara al sacerdote que oficiara las misas conmemorativas sólo en días feriados y domingo.<sup>6</sup> Otra cuestión funeraria que provocaba protestas era la insistencia de los sacerdotes en que los hermanos negros y mulatos fueran sepultados en áreas segregadas, detrás de muros, del cementerio de la iglesia. La Cofradía de San Baltasar y el tesorero de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario

peticionaron a las autoridades que solucionaran ese asunto, pero no se atendió su pedido.<sup>7</sup>

La preocupación de las cofradías por la correcta realización del funeral y las misas conmemorativas para sus miembros, ni es difícil de entender. Tanto la doctrina católica como la tradición religiosa africana acentuaban la importancia de la manera en que el alma pasa de esta vida a la próxima, y la influencia que las ceremonias y la observancia por parte de los vivos podían tener sobre su destino después de la muerte.<sup>8</sup> Aquellos que llevaban vidas estristecidas por la esclavitud y la pobreza veían la salvación como una de las pocas vías de movilidad social a la que tenían acceso, todo lo que pudiera contribuir a esa salvación adquiriría gran importancia en su lista de prioridades terrenas.

Las cofradías también proporcionaban otros beneficios menos tangibles que no aparecen en la constitución. Primero, no convenía descuidar las muy reales recompensas espirituales que recibían los miembros de la cofradía, en especial cuando se llevaban bien con sus sacerdotes. Los hermanos obviamente derivaban bienestar del hecho de ser no sólo los recipientes sino también los patrocinantes de misas especiales y clases de instrucción religiosa. Que se los consideraba dignos de la atención especial de la Iglesia, hacía mucho por su autoestima como grupo y como individuos, aunque no se debe olvidar que este beneficio tenía un lado sutilmente insidioso. Al hacer a los miembros más contentos con su vida, al hacerles sentir que estaban viviendo como Dios y la Iglesia deseaban que lo hicieran, y que estaban reuniendo buenas acciones que serían tenidas en cuenta en el Día del Juicio, la cofradía servía como instrumento de control social por medio del cual la Iglesia (sirviendo como brazo del régimen colonial español) conciliaba a los afroargentinos, tanto esclavos como libres, con su infeliz condición. Así, en el ámbito espiritual tanto como en el económico, sin duda la Iglesia recibía tanto beneficio como daba.

El segundo beneficio era del todo involuntario, al menos desde el punto de vista de la Iglesia. Un artículo de 1879 de uno de los periódicos afroargentinos de la ciudad recordaba cómo durante los tiempos coloniales las cofradías habían servido para "inculcar y estimular el espíritu de asociación entre los infortunados hombres de color, cosa que hasta ese entonces era completamente desconocida".<sup>9</sup> Las hermandades proporcionaban un vehículo para el desarrollo de la conciencia de grupo, un sentimiento de orgullo e identidad social del que no disponían los afroargentinos por ningún otro medio, salvo posiblemente el servicio en la milicia. La evidencia de esta solidaridad social en las cofradías es abundante. Una de las quejas que presentaron los hermanos de San Baltasar contra su sacerdote era que éste realizaba la clase de instrucción religiosa a las dos de la tarde de los domingos, cuando los esclavos aún estaban ocupados sirviendo el almuerzo de sus amos. Los hermanos requerían que esas clases fueran programadas para las 4, para que ellos pudieran asistir "íntegramente", como grupo.<sup>10</sup> En ocasiones cuando las cofradías obtenían alguna clase de logro sólido, su orgullo era fácilmente visible. La procesión anual realizada en honor de la virgen negra en la ciudad de Córdoba, una

procesión que estaba a cargo de la cofradía negra de la ciudad, era una fecha importante del año para los afroargentinos de Córdoba.<sup>11</sup> En 1790, la Cofradía de San Benito logró obtener una comunicación apostólica directa del Vaticano.<sup>12</sup> Recibir tal documento de Roma no era pequeño logro, ni para las cofradías negras ni para las blancas, y los hermanos de San Baltasar se preguntaron cómo esa organización más joven pudo lograr tal éxito mientras que su hermandad permanecía inmobilizada, sumergida en ásperos intercambios con su capellán, al que no querían: “[los hermanos de San Benito] se hallan llenos de halajas [sic], Siguen Sus constituciones Sin emulación, y en qualesquiera controversia que Se ofrezca son oídos los vocales de Su Rector sin disciplicencia; solo en nuestra Ermandad tropezamos en nuestras humildes súplicas con el genio áspero del Señor Cura”.<sup>13</sup>

El lamento de los hermanos revelaba la tensión fundamental subyacente en las cofradías: mientras éstas supuestamente existían para servir a las necesidades espirituales de los hermanos, y mientras había una superestructura de funcionarios de color que nominalmente dirigía la organización, de hecho todo el poder lo tenía el sacerdote, el capellán de la cofradía. Su poder sobre la organización era virtualmente absoluto. En las reuniones, los miembros no podían hablar sin antes pedir permiso al sacerdote. La cofradía no podía gastar ningún dinero sin su aprobación. El funcionario que tenía autorización para guardar el dinero no era el tesorero sino el síndico, un funcionario que siempre debía ser ajeno a la cofradía, blanco y nombrado por el sacerdote (todos los otros funcionarios eran elegidos).<sup>14</sup> Cuando había poca fricción entre una cofradía y su sacerdote, las cosas podían ir razonablemente bien, como en el caso de la Cofradía de San Benito. Pero cuando chocaban un sacerdote y sus hermanos legos, rápidamente se tornaba obvia la básica realidad de la falta de control de los miembros sobre su propia hermandad. En verdad, una razón de que perdure tanta documentación acerca de la Cofradía de San Baltasar en la frecuencia con que ésta peticionaba a la autoridad superior que la librara de su sacerdote. Ambas partes estaban igualmente mal dispuestas respecto de la otra: los hermanos acusaban a su capellán de codicia, pereza, falta de virtudes cristianas y una particular carencia de sensibilidad hacia su posición como negros y esclavos. El sacerdote devolvía los cargos acusando a los hermanos de mentirosos, borrachos y “ni de utilidad alguna dicha Hermandad”.<sup>15</sup> En 1784 los hermanos trataron de escapar a su control pidiendo permiso al virrey para construir una pequeña capilla para su propio uso, solicitud que no fue atendida.<sup>16</sup> En 1804 volvieron a peticionar, esta vez para obtener el permiso de dejar la iglesia de La Piedad para siempre y trasladarse al Convento de Los Padres de Belén, nuevamente les fue denegado su pedido.<sup>17</sup>

El control de los sacerdotes sobre la cofradía significaba que las hermandades nunca podían convertirse en la clase de organización social autónoma que los afroargentinos estaban buscando. También explica por qué las instituciones de la religión y la Iglesia nunca llegaron a formar el núcleo de la vida comunitaria afroargentina como sucedió con los afroamericanos de los Estados Unidos. El factor determinante que actuó

en contra de tal desarrollo en la Argentina fue el rol diferente de la Iglesia en los dos países. En todo el período colonial de América latina, la Iglesia formaba parte del aparato gobernante del Estado; Iglesia y Estado tradicionalmente funcionaban juntos para administrar la sociedad. Aun cuando el poder de la Iglesia se eclipsó en la Argentina después de la independencia, siguió siendo una institución semioficial, un ala del Estado. Esta situación se combinó con el catolicismo universal del país para hacer inimaginable el concepto de una iglesia negra separada. La Iglesia nunca entregaría el poder administrativo a los afroargentinos de la misma manera en que lo hicieron las iglesias protestantes norteamericanas al permitir que los afronorteamericanos establecieran sus propias congregaciones y organizaciones religiosas.<sup>18</sup> Así, aun cuando la Cofradía de San Baltasar no fue disgregada hasta 1856, y la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario siguió siendo una organización razonablemente próspera y activa al menos hasta la década de 1880, la Iglesia argentina no proveyó el refugio para los negros y mulatos de la ciudad que sí brindaron las iglesias africanas de los Estados Unidos para los afronorteamericanos. Las cofradías, entonces, dieron lugar a una nueva etapa en la organización comunitaria.<sup>19</sup>

## LAS NACIONES

La mención de asociaciones étnicas africanas ligeramente organizadas aparece en documentos coloniales ya en la década de 1770. Estas precursoras de las posteriores sociedades nacionales coexistían en una relación difícil y mal definida con las cofradías. En 1785, los hermanos de San Baltasar pidieron al virrey que prohibiera a las distintas naciones que pidieran donaciones en los grandes bailes públicos que la comunidad negra realizaba regularmente (que se analizan en el capítulo siguiente). Describiendo cómo cada nación instalaba una mesa y reunía dinero para sí, los hermanos se quejaban de que esta práctica privaba a su cofradía de las limosnas que necesitaba para continuar sus buenas obras.<sup>20</sup> Otros miembros de las hermandades respondían a las demandas de sus compatriotas. En 1787, varios de los hermanos de San Baltasar se vistieron con el traje nacional de Cambundá para celebrar el día de San Baltasar.<sup>21</sup> Y una petición de 1791 de los hermanos al virrey describía su cofradía como la Hermandad de los Negros de Guinea.<sup>22</sup>

Para fines del período colonial, las naciones se habían convertido en un elemento visible de la vida comunitaria afroargentina. Las naciones Cambundá y Congo pidieron varias veces al virrey, en la década de 1780 a 1790, el permiso para realizar bailes públicos regulares.<sup>23</sup> En 1809, veintiocho miembros de la nación Congo se compraron una casa con dinero recolectado en sus bailes o ganado en sus empleos, convirtiéndose así en la primera nación que tenía una sede central.<sup>24</sup>

Durante la década siguiente, las otras naciones se esforzaron de la misma manera por incorporarse, lo que llevó al gobierno a emitir un

decreto formal en 1821 delineando el procedimiento para establecer una sociedad africana.<sup>25</sup> Levemente revisada en 1823 y 1834, esta legislación recordaba ominosamente el paternalismo de las constituciones de las cofradías. Todas las sociedades debían emplear la misma constitución, proporcionada por el gobierno. Esta constitución establecía los objetivos de las sociedades, el procedimiento para las elecciones, la admisión de nuevos miembros y los arreglos financieros, y postulaba un importante papel participativo para la policía, que ahora reemplazaba a la Iglesia como instrumento para controlar a las organizaciones negras. Los oficiales de la policía debían estar presentes en todas las elecciones, reunir y contar los votos y anunciar a los ganadores; el policía que desempeñaba ese papel concebiblemente podía nombrar a los funcionarios que él quisiera. También se requería que los funcionarios de la sociedad informaran a la policía de toda actividad delictiva realizada por sus miembros.<sup>26</sup>

A pesar de sus inconvenientes, esta constitución exhibía un número de mejoras respecto del sistema de cofradía. Por ejemplo las naciones tenían poder casi pleno sobre sus finanzas. Se requería permiso policial antes de vender una propiedad de la sociedad, pero en general las sociedades tenían libertad para reunir y gastar sus fondos como lo desearan. También, la constitución establecía varios objetivos que podían beneficiar a los miembros de maneras muy concretas. La principal función declarada de la nación era reunir el dinero para sacar a los miembros de la esclavitud, dinero que era luego devuelto a la sociedad por la persona liberada con un interés del 5 por ciento, reteniendo la sociedad los papeles hasta que el préstamo era devuelto. Las sociedades debían crear escuelas para los hijos de los miembros; el presidente tenía la responsabilidad particular de asegurar que los alumnos asistieran regularmente y que, cuando los varones llegaban a los 16 años de edad, fueran colocados con un maestro artesano; no había ninguna disposición específica para las mujeres. Las sociedades también estaban autorizadas para efectuar préstamos a los miembros que necesitaban capital para granjas y empresas, o los que temporariamente no podían trabajar.

Sin embargo, son bastante claros los aspectos conservadores de estos objetivos. La realización de cualquiera de ellos, con la posible excepción del primero, beneficiaba directamente al gobierno y a la elite de la ciudad. Aquejada de una permanente escasez de mano de obra, en particular de mano de obra calificada, la elite de Buenos Aires esperaba usar a las naciones como medios para crear una fuerza laboral sobria, responsable y estable que proveyera a las necesidades económicas de la ciudad.<sup>27</sup> Instando a los funcionarios a promover el bienestar moral de los miembros y a informar acerca de ellos cuando cometían delitos, se ayudaba a la policía a reducir el crimen y los disturbios en la ciudad. Y pedir a las sociedades que apoyaran un sistema escolar separado permitía que las escuelas de la ciudad permanecieran segregadas a la vez que garantizaba que los niños negros recibieran una educación inferior a la de los blancos. Esto a su vez consignaría definitivamente a las futuras generaciones de afroargentinos a los empleos de condición inferior, sacándolos de

la competencia con los blancos por una mejor condición económica en la sociedad de la ciudad.

Tal como resultó, nunca se materializaron las esperanzas del gobierno respecto de las sociedades: las naciones descubrieron un número de maneras para mantener su autonomía y frustrar las intenciones de las autoridades. La policía pronto descubrió que su energía y sus números sencillamente no estaban a la altura de la tarea de tratar de controlar a las sociedades. A pesar de varios decretos que trataron de limitar el número de sociedades existentes en cualquier momento dado, las naciones proliferaron con rapidez. Las cinco organizaciones mayores—Cambundá, Benguela, Lubolo, Angola y Congo— fueron todas incorporadas oficialmente en la década de 1820, junto con varias más pequeñas tales como Mina, Quisamá, Tacuá, Mozambique y otras.<sup>28</sup> Los conflictos entre los miembros pronto produjeron separaciones de grupos que se establecieron como naciones separadas. La nación Lubolo se separó en dos en 1828. Un grupo retuvo el nombre y la sede central, mientras que el otro se estableció como la nación Huombé y se compró un nuevo edificio.<sup>29</sup> Luego, en 1839, la Lubolo volvió a dividirse, subdividiéndose los Quipará para formar una nación separada, fragmento del cual se separó la nación Zeda en algún momento de la década de 1850.<sup>30</sup>

La nación Congo se vio particularmente afligida por estos problemas. En 1834, las dos mitades de la nación se dividieron pacíficamente en Congo Augunga y Loango.<sup>31</sup> Al año siguiente, el líder de la facción Momboma del Congo Augunga pidió permiso a la policía para separarse y formar su propia sociedad.<sup>32</sup> Si bien el oficial responsable de la supervisión de las naciones trató al principio de ignorar este pedido, los continuados informes de lucha entre los Congo Augunga lo llevaron a investigar y a presentar un informe al jefe de policía en 1837 acerca de “el estado de desavenencia en que se encuentran algunas de aquellas sociedades pero muy particularmente la más numerosa titulada Congo”.<sup>33</sup> Dos años más tarde, el conflicto alcanzó tales dimensiones que la Congo Augunga fue redividida en dos nuevas sociedades, la Augunga y la Mayombé, repartiéndose los bienes de la antigua nación entre ellas.<sup>34</sup> Entretanto, la Loango, la otra mitad de la nación Congo original, también tenía sus problemas que finalmente condujeron a una batalla jurídica que se prolongó por toda una década alrededor de 1850, por el control de la propiedad de la sociedad y un intento de parte de mitad de la Loango para dividirse y unirse a la Goyo otra sociedad.<sup>35</sup>

El caso de la nación Congo es extremo, pero las continuadas divisiones dentro de las sociedades, más el establecimiento de naciones enteramente nuevas con el paso del tiempo, condujo a una proliferación de naciones que tornó cada vez más difícil la tarea de control de la policía. Para 1842, había 40 sociedades en la ciudad, y para la década de 1850 existían más de 50.<sup>36</sup> (Ver Apéndice D para una lista de las sociedades). El comisario del distrito Cuatro, donde estaban ubicadas la mayoría de las sociedades, era el oficial especialmente encargado de controlar a las sociedades, y la sucesión de policías que ocuparon este puesto lo hallaron sumamente

fatigoso. En 1836, el comisario Pedro Romero informó a su jefe que las sociedades estaban en un extraordinario estado de tumulto y desorden, y recomendó una reforma radical de su estructura.<sup>37</sup> Hay referencias ocasionales en registros de la policía acerca de un proyectado estudio e informe sobre las sociedades, a realizarse en 1836 ó 1837,<sup>38</sup> pero el informe o nunca fue hecho o nunca se lo puso en práctica, porque los comisarios del distrito Cuatro siguieron quejándose amargamente de la imposibilidad de supervisar a las sociedades. En 1850 el comisario Torres se quejó de que tener que vigilar a las naciones le quitaba el tiempo que tanto necesitaba para otras tareas oficiales.<sup>39</sup> En 1860 la policía intentó una acción punitiva contra las naciones, clausurando todas aquellas que no tuvieran sus papeles de incorporación en orden, pero en conjunto parece haber realizado una batalla fracasada en todo el período 1830-60.<sup>40</sup> Se permitió que las sociedades funcionaran más o menos como lo deseaban, interviniendo la policía sólo cuando los miembros lo solicitaban.

Las naciones aprovecharon esta falta de supervisión para eliminar algunos de los objetivos más obviamente indeseables o poco prácticos que el gobierno les había impuesto. No perdura ninguna evidencia de que las naciones hayan establecido las escuelas que supuestamente debían proporcionar a sus miembros. Las sociedades también tendían a desatender el requerimiento de la constitución en el sentido de entregar a la policía a sus miembros criminales. Sólo se sabe que se verificó un caso de éstos, un incidente en 1836 en que el presidente de la nación Casanche entregó a un Casanche libre que había asesinado a un esclavo. El reo fue ejecutado en ceremonia especial a la que asistieron delegados de todas las naciones.<sup>41</sup> Como regla, los presidentes parecen haber preferido no entregar los delincuentes a la policía. De hecho, son considerablemente más comunes los casos de presidentes que realizaban actividades ilegales para ayudar a los miembros. Uno de esos casos se verificó en 1847, cuando el presidente de la nación Mozambique fue arrestado por dar asilo a un esclavo prófugo de un residente brasileño.<sup>42</sup> Además, los presidentes de las sociedades a menudo ayudaban a los miembros que habían sido víctimas de fechorías, como en el caso Casanche mencionado anteriormente. En varias instancias, los presidentes de las sociedades llevaban a libertos a las comisarías para reclamar su libertad, dado que había patronos que deseaban retener ilegalmente sus servicios cuando ya habían llegado a la mayoría de edad.<sup>43</sup> O cuando los esclavos o libertos sufrían daños infligidos por sus amos u otra gente, en ocasiones los presidentes los acompañaban a la policía para asegurarse de que se atendiera el caso. En 1831, el presidente de la nación Mondongo llevó a la negra Joaquina, que había sido golpeada gravemente en la cabeza; la policía llamó a la patrona para que declarara.<sup>44</sup>

Es un tanto más difícil evaluar los beneficios económicos que supuestamente debían proporcionar las sociedades a sus miembros. Una dificultad importante en el estudio de las naciones es el prejuicio documental que sufren: virtualmente todo el material principal que perdura sobre ellas proviene de los archivos policiales, y por lo tanto, se refiere particularmente a las instancias en que las cosas iban mal en las sociedades.

Los propios registros de las sociedades o han desaparecido o perduran en manos de poseedores privados desconocidos, de modo que se debe ver a las naciones a través de los ojos bastante negativos de la policía. Incluso en este prejuiciado cuerpo de documentación, existe evidencia de los beneficios tangibles que las sociedades significaban para sus miembros. Uno de los más básicos era la vivienda. Era rara la sociedad que no poseyera su propia casa, y aquellas pocas que no la tenían compraban lotes desocupados en los que erigían edificios improvisados para que sirvieran como lugar de reunión y sede central. En esas casas se alquilaban habitaciones a los miembros de la sociedad, y el dinero pasaba a la tesorería.<sup>45</sup> Este sistema beneficiaba así tanto a la nación como a sus inquilinos miembros. El censo municipal de 1827 muestra más de diez edificios habitados por dos o tres familias de negros; todos los adultos eran africanos, los hijos argentinos. Fuentes independientes confirman que dos de esas casas (la Cambundá en Chile 333, y la Loango en Córdoba entre Montevideo y Uruguay)<sup>46</sup> eran centrales societarias definidas, lo que sugiere que también lo fueran las otras.

Las casas también servían para otra necesidad de los miembros, que era la de centro social y salón para sus bailes, los candombes, la más importante de las actividades sociales de las naciones. Como se observó anteriormente, los más tempranos actos sociales de las naciones africanas fueron peticionar ante el virrey para que se les permitiera realizar candombes. La oposición oficial a los bailes continuaron hasta después de iniciado el período nacional, y no fue hasta el gobierno de Rosas que se permitió a los afroargentinos realizar sin inconvenientes sus festividades. Una de las obras de arte notables producidas en la Argentina del siglo XIX es la pintura de Martín Boneo donde se representa al gobernador Rosas asistiendo a un candombe en la casa Congo Augunga, con el presidente de la sociedad sentado a la izquierda de Rosas mientras el dictador observa atentamente a los bailarines.<sup>47</sup>

La importancia de los bailes en la vida de la comunidad negra se examinará en el capítulo siguiente. Por el momento, basta decir que al proporcionar un lugar para las danzas y el marco político que obligó a Rosas a concederles el derecho a bailar cuando lo desearan, las sociedades brindaron innegables y profundos beneficios sociales a sus miembros. En un artículo de 1902 en que la revista *Caras y Caretas* entrevistaba a dos de los últimos miembros sobrevivientes de la nación Benguela, su recuerdo más vívido de la vida de la sociedad era el de la nación marchando y bailando por las calles de la ciudad: "¡Hasta las piedras bailaban!".<sup>48</sup>

Debe quedar como una cuestión abierta la medida en que las sociedades cumplieran con su proyectada función como institución de préstamos para los miembros y como agente negociador para sacar a los miembros de la esclavitud. No hay ninguna evidencia sólida de tal actividad en los archivos policiales, pero por otra parte no hay ninguna razón por la que debiera haberla, dado que ese habría sido un asunto rutinario que no requería atención policial. Una sugerencia de tal actividad aparece en un caso de 1836 en que el secretario de la nación Hambuero negó acusaciones

en el sentido de que el presidente había empleado ilegalmente fondos societarios para sacar a sus hijos de la esclavitud. La sociedad ni siquiera había sido creada hasta 1825, observaba el secretario, mientras que el presidente liberó a sus hijos en 1811, de modo que el alegado favoritismo en el uso de los fondos de la sociedad no puede demostrarse.<sup>49</sup> Esto al menos sugiere que los fondos de la sociedad eran empleados para comprar la libertad de los esclavos, aunque es imposible decir con qué regularidad.

La caída del gobernador Rosas en 1852 coincidió estrechamente con el comienzo de la declinación de las naciones. La eliminación final del tráfico de esclavos en 1840 ya había resultado en una marcada disminución de la población africana de la ciudad (ver Capítulo 5). En documentos de las décadas de 1850 y 1860 a menudo se menciona la disminución y el envejecimiento de los miembros de las naciones. Aparecen con frecuencia informes de presidentes que murieron de vejez, y muchos presidentes se vieron obligados a abandonar el cargo por su decrepitud general. Antonio Vega, que había estado presente en la compra de la casa original Congo en 1809, y que se desempeñó como presidente de la nación Congo Augunga de 1830 a 1858, finalmente se retiró debido a su vejez. Joaquín Arriola dejó su cargo de presidente de la nación Benguela en 1864 por el mismo motivo, habiendo servido como ejecutivo principal desde 1836. Un informe policial de la década de 1850 sobre los Maquaqua los describía como "individuos ancianos y achacosos", y una petición de 1861 de los Congo Augunga presenta el melancólico cuadro de una nación cuyo "número de socios era considerable, [pero] que fue diseminándose, unos en las continuas guerras de esta Capital, como defensores de ella; y otros de enfermedades naturales." Así, para la década de 1860, las sociedades habían declinado de sus números anteriores a grupos patéticos de diez o veinte miembros.<sup>50</sup> La constitución de 1870 de la nación Mozambique reconocía este proceso de declinación estableciendo en el Artículo 21 un procedimiento para disolver la nación. Cuando el número de miembros descendiera a cuatro, estipulaba la constitución, la propiedad de la nación debía ser dividida entre esas cuatro personas y la nación Mozambique debía terminarse oficialmente.<sup>51</sup>

Como lo sugiere la petición de los Congo Augunga citada anteriormente, la conscripción de africanos en los ejércitos de Rosas había impuesto un pesado tributo a las naciones. Los reclutamientos del gobierno también tuvieron el efecto incidental de desequilibrar temporariamente la composición sexual de las sociedades, dejándolas en manos de las mujeres durante los prolongados períodos en que los hombres estaban ausentes en las campañas. Como en las cofradías, las mujeres ocupaban una posición claramente inferior a la de los hombres en las naciones, pero durante la década de 1840, aprovecharon la ausencia de los hombres para asumir el control. La nación Mayombé, por ejemplo, perdió virtualmente a todos sus varones en 1840, que ingresaron en el ejército de Rosas, dejando a un solo hombre y a todas las mujeres para hacerse cargo de la casa de la nación. Cuando en 1852 regresaron los hombres, intentaron vender el edificio, que había sido muy mejorado por las mujeres en ese lapso. Las

mujeres se negaron a permitirles venderlo, y prefirieron ir al tribunal antes que ver su casa vendida. Finalmente los Mayombé fueron divididos en dos por orden judicial, conservando los hombres la casa, pero con la obligación de pagar a las mujeres una gran indemnización.<sup>52</sup> Acontecimientos análogos se verificaron en las naciones Carabará y Malavé, donde las mujeres y unos pocos hombres se rehusaron a entregar el control de la propiedad de la nación a los soldados que habían regresado.<sup>53</sup>

La única esperanza para la continuada supervivencia de las naciones era la participación de los afroargentinos más jóvenes, pero parece ser que los africanos viejos se resistían activamente a la entrada de una nueva generación. Después de las elecciones de 1863 en la nación Mina Mají, varios miembros jóvenes fueron a la policía para quejarse de que eran tiranizados por los miembros antiguos y que no tenían ninguna probabilidad de elegir a ninguno de sus candidatos.<sup>54</sup> La constitución de 1870 de la nación Mozambique permitía que los no africanos se unieran a la sociedad, pero les negaba específicamente el derecho de votar o de tener cargo.<sup>55</sup>

Aún cuando los africanos hubiesen sido más receptivos respecto de los miembros nuevos, pocos afroargentinos jóvenes parecen haberse interesado en conservar las sociedades africanas. Siguiendo una pauta común en las sociedades inmigrantes, la mayoría de los afroargentinos de segunda o tercera generación preferían olvidar sus orígenes extranjeros y su separación étnica. Esos jóvenes volvían la espalda a los recordatorios de su herencia africana, de los cuales las naciones eran uno de los más obvios. Trataban de superar su separación y convertirse en parte de la sociedad argentina más grande, una ambición cálidamente fomentada por los unitarios. El gobierno posterior a Rosas temía a las naciones como una fuente posible de apoyo para el resurgimiento rosista, e hizo todo los esfuerzos posibles para desalentar su continuación. Una expresión representativa del sentimiento unitario respecto de las naciones apareció en 1858 en el periódico *La Nueva Generación* en respuesta a la creación del primer periódico negro de Buenos Aires, *La Raza Africana*.<sup>56</sup> El editor objetaba con fuerza el título de la nueva publicación: ¿por qué llamarse africanos, preguntaba, cuando en realidad ustedes son argentinos? Acusando al periódico de tratar de socavar los cimientos del gobierno liberal resucitando el espíritu político del tirano Rosas, el artículo instaba a la población negra de la ciudad a olvidar las divisiones del pasado y a unirse a los blancos en la reconstrucción de la ciudad bajo un gobierno nuevo y esclarecido. La mayoría de los afroargentinos jóvenes estaban más que dispuestos a aceptar esta invitación, y en el proceso las naciones fueron hechas a un lado como una reliquia anacrónica de un pasado vergonzoso.

Más tarde en el siglo, los jóvenes afroargentinos trataron de rehabilitar la memoria de las organizaciones sociales de sus antepasados, poniéndoles a las comparsas del carnaval el nombre de las naciones, v.g., "Los Negros Lubolos", "Los Benguelas" y "Los Negros Munyolos". También, en la década de 1880, hubo varios casos judiciales por los cuales los descendientes de miembros de las sociedades trataron de recuperar el control

de las centrales de las antiguas sociedades, que entonces estaban en malas condiciones y ocupadas por ajenos, a menudo blancos. Un editorial del periódico afroargentino *La Broma* aplaudía el éxito legal obtenido por descendientes de la nación Quisamá al tratar de recuperar su central, diciendo que la pérdida de esa propiedad había sido una afrenta para la entera comunidad.<sup>57</sup> Alentados por el resultado del caso, los descendientes de la nación Auzá iniciaron un juicio análogo al año siguiente y también lo ganaron.<sup>58</sup> Pero durante las décadas de 1860 y 1870, la mayoría de los afroargentinos sólo quería olvidar los años de Rosas y la herencia de las naciones. En verdad, era en gran medida el deseo de escapar a incriminantes asociaciones del africanismo y de adoptar las formas de la sociedad blanca lo que condujo a la etapa siguiente en el desarrollo de las organizaciones negras, las sociedades de ayuda mutua inspiradas por los socialistas y los anarquistas.

Un análisis postmortem de las naciones africanas debe ser un juicio mixto, y también tentativo, debido al prejuicio documental mencionado anteriormente. En los registros policiales, las naciones se ven en su peor nivel: miembros que acuden a la policía para que arreste a su presidente por malversación, facciones que van a juicio por el control de la propiedad de la nación, arrestos policiales de miembros por luchas en los bailes, etcétera. Sin embargo, la incidencia de la intervención policial es bastante baja si se considera el gran número de naciones en existencia en cualquier momento dado. Aproximadamente la mitad de ellas nunca tuvo motivos para solicitar a la policía que interviniera en sus asuntos, y era rara la nación que sufría alguna intervención más de una vez en una década. Son innegables varios de los beneficios que las naciones significaban para sus miembros, como la vivienda y el sitio para las funciones sociales, ayuda en el trato con el gobierno y una especie de poder negociador colectivo; otros, como los préstamos y las proyectadas manumisiones, deben quedar como temas de especulación.

Como forma de organización comunitaria, las naciones poseían uno de los principales inconvenientes, que pudo haber sido previsto o no por el gobierno al instituir el sistema de naciones. Si fue previsto, a ese gobierno se le debe acreditar una sutileza maquiavélica en el control y la manipulación de los grupos sociales. El inconveniente consistía en las divisiones que creaban las naciones dentro de la comunidad negra de la ciudad. Los efectos divisionistas de las naciones se ven fácilmente en un estudio de los registros policiales, donde las peticiones relativas a conflictos étnicos y los intentos por separarse de grupos más pequeños componen aproximadamente un tercio de todos los casos que implican a las naciones.

La tendencia a la subdivisión era una de las mayores debilidades del sistema de naciones. En tanto existiera el concepto de la nación africana, la secesión de grupos menores según causas étnicas o nacionales tenía una legitimidad que de lo contrario no hubiese gozado. Hay varios casos en que los individuos y grupos emplearon pretextos étnicos para cubrir disputas que eran de naturaleza esencialmente política o personal. Por ejemplo, un africano llamado Tiburcio Quirno se desempeñó como presi-

dente de tres sociedades en el período 1840-60, ejerciendo el control sobre las naciones Villamoani, Muñambani y Maquaqua en diferentes oportunidades. El Maquaqua fue un grupo que se había separado de los Muñambani y que cobró existencia sólo cuando Quirno perdió su posición como presidente de esta última nación. Esto sugiere que la Maquaqua fue una nación creada por Quirno principalmente como reacción al hecho de que hubiera perdido el poder en las naciones Villamoani y Muñambani.<sup>59</sup> Un caso análogo se verificó en 1856, cuando un miembro de la nación Huombé se quejó a la policía de que su organización había sido infiltrada por ajenos que habían asumido el control de la sociedad. "La nación Huombé no existe", explicó él a la policía y "lo que representa Freytas [el presidente de la nación, un no Huombé] no es más que la reunión de una porción de toda clase de gentes. ¡No existe Sr. nuestra nación! Lo que existe es una verdadera orgía, una reunión que sólo produce escándalos de todos géneros".<sup>60</sup> Al hacerse la investigación, la policía descubrió que tal era el caso. Un gran segmento extranjero había invadido a la nación Huombé, imponiéndose como facción dominante de la sociedad, usando una supuesta identidad nacional para adquirir una base de poder en la comunidad afroargentina. Quejas semejantes referidas a las naciones Congo y Malavé demuestran que este tipo de acontecimientos no era raro.<sup>61</sup>

Parece ser, entonces, que si bien las naciones proporcionaban a sus miembros beneficios tanto tangibles como intangibles, también servían para promover la desunión y a veces la discordia en la comunidad negra de la ciudad. Sin embargo, esa desunión era una inevitable etapa en la historia de los afroargentinos, ya que reflejaba genuinas diferencias étnicas y divisiones traídas desde Africa y que se manifestaban en las sociedades poseedoras de esclavos en todas las Américas.<sup>62</sup> Con la declinación de la población africana en la ciudad, estas divisiones pudieron atenuarse un tanto y los afroargentinos pudieron unirse y pasar a la etapa final en el desarrollo de sus organizaciones sociales.

## LAS SOCIEDADES DE AYUDA MUTUA

Las actividades de las naciones africanas habían incluido muchos aspectos mutualistas: proveer vivienda y préstamos, sacar a los miembros de la esclavitud, y pagar gastos funerarios, entre otros. Quedó para la generación siguiente de organizaciones sociales eliminar las actividades culturales de las naciones —los bailes y otros actos africanos— y centrarse exclusivamente en los intereses económicos de sus miembros. La constitución de 1855 de la primera sociedad mutualista afroargentina, la Sociedad de la Unión y de Socorros Mutos, integrada por 134 miembros, marcó una serie de avances sobre la constitución de las naciones. El cambio más importante era que la constitución de la organización fue escrita realmente por los miembros mismos, a diferencia de aquella de las cofradías, que había sido provista por la Iglesia, o la de las naciones, proporcionada por el gobierno provincial. Tal vez como consecuencia del cambio en la autoría

las actividades mutualistas de la sociedad y los mecanismos para financiarlas, estaban más clara y plenamente descritas de cuanto era el caso en la carta de las naciones. En verdad, una de las diferencias más notables entre la constitución de la sociedad y la de las naciones es su énfasis puramente económico. La mala conducta de los miembros o de los funcionarios no sería castigada entregándolos a la policía, o privándolos de la condición de miembros (salvo en casos extremos) sino mediante multas, que servirían para llenar la tesorería de la sociedad. Los beneficios aportados por este sistema eran sustanciales. Los socios enfermos recibirían un estipendio diario hasta que pudieran volver a trabajar y cada miembro podía recibir tratamiento sanitario de parte del médico de la sociedad. Haciéndose eco de una preocupación tradicional de las cofradías y naciones, la constitución también preveía el envío de una delegación para que asistiera al sepelio de los miembros, aunque no se ofrecían beneficios financieros en caso de muerte.<sup>63</sup>

Al menos otras dos sociedades de este tipo fueron establecidas durante la década de 1850, una la Sociedad del Carmen y de Socorros Mutuos, y la otra una sociedad de afrobrasileños, la Sociedad Protectora Brasileña. Estas sociedades fueron casi contemporáneas con las primeras sociedades de ayuda mutua de los blancos establecidas en Buenos Aires, siendo estas dos sociedades creadas en 1857 por inmigrantes españoles, con objetivos y beneficios muy análogos a los de la gente de color.<sup>64</sup> La Sociedad Protectora Brasileña trató de proporcionar aún mayores beneficios que la Sociedad de la Unión, ofreciendo atención médica gratuita y medicamentos, además de un pago de ayuda diario a los socios enfermos, y un sepelio gratuito en el caso de que la atención médica gratuita resultara inefectiva.<sup>65</sup> Sin embargo, posteriores documentos sugieren que estas sociedades tuvieron dificultades para ofrecer los beneficios prometidos. Menos de cinco meses después de su establecimiento en 1859, la Sociedad del Carmen estuvo implicada en un conflicto que recordaba los de las naciones. La presidente de la "Corporación de Mujeres", Basilia Azcuénaga, acusó al presidente de la sociedad, Roberto Smith, de conducción ilegal y de desatender el gobierno de la mayoría. Aparentemente, la sociedad se dividió según líneas sexuales, y la consecuencia de la disputa permanece poco clara. Luego, en 1860, la Sociedad Protectora Brasileña fue repentinamente abandonada por su presidente, cuya administración había dejado a la central (y presumiblemente a las finanzas) "en un completo estado de destrucción". Se realizaron nuevas elecciones y la sociedad siguió como pudo.<sup>66</sup>

Las más exitosas de las sociedades afroargentinas del período 1860-90 fueron La Fraternal y La Protectora. La Fraternal era la más antigua de las dos. Fundada hacia la década de 1850 por el músico y oficial militar Casildo Thompson, La Fraternal recibió cálido y esperanzado apoyo de la comunidad de color. El primer número del periódico negro *El Proletario* informaba de la existencia de La Fraternal e instaba a "la clase de color" de Buenos Aires a unirse. El artículo sugiere que Thompson se inspiró en modelos extranjeros (uno piensa inmediatamente en las sociedades de

ayuda mutua de Europa), dado que el editor observaba que tales sociedades “en otros países han dado los más espléndidos y provechosos resultados”. “En la unión está la fuerza”, insistía el periódico, e instaba a sus lectores a ingresar en las asociaciones mutuas para reconstruir la comunidad negra.<sup>67</sup>

La Fraternal realizó uno de los objetivos de las naciones africanas, el establecimiento de una escuela para niños de color. Concluyendo que las oportunidades para los afroargentinos en las escuelas públicas eran inaceptablemente limitadas, Thompson estableció una academia que funcionó durante catorce años, expirando con La Fraternal a principios de la década de 1870.<sup>68</sup> La sociedad no ha dejado registros de sus actividades benéficas, de modo que es poco claro en qué medida sirvió como ayuda económica para sus miembros. Parece poco probable que la sociedad hubiera podido generar ingresos suficientes para mantener tanto una escuela como una gran estructura de beneficios.

Sin embargo, la experiencia de La Fraternal había sido lo bastante alentadora como para llevar a la comunidad a embarcarse en un segundo y mucho más exitoso experimento. En 1876, el periódico afroargentino *La Juventud* lanzó una campaña destinada a establecer otra sociedad mutualista, proclamando que “la verdadera religión entre nosotros son los Socorros Mutuos”.<sup>69</sup> El llamado de *La Juventud* halló respuesta entre los estibadores y trabajadores negros y mulatos del puerto, muchos de los cuales, curiosamente, eran inmigrantes de los Estados Unidos.<sup>70</sup> En julio de 1877, establecieron La Protectora, una organización destinada a sobrevivir a todos sus fundadores. Excepcionalmente bien manejada, la sociedad incrementó tanto el número de sus socios como sus fondos desde 1877 a 1882 (el último año del que se disponen cifras), aumentando de 30 a 150 miembros en ese período.<sup>71</sup> En 1903 adquirió una casa para que sirviera como sede central, que fue expandida en décadas posteriores para brindar más espacio para sus actividades. En 1936, la última fecha para la que hay información respecto de la sociedad, aún funcionaba como organización activa y autónoma.<sup>72</sup>

Los beneficios que ofrecía La Protectora eran típicos de la sociedad de ayuda mutua. El grueso de los gastos era para ayuda a los miembros enfermos, el motivo original para la fundación de la sociedad. Los miembros recibían atención médica gratuita, provisiones y un pequeño estipendio mientras estaban impedidos de trabajar. Aquellos que contraían enfermedades crónicas o incurables, sin embargo, eran considerados no aptos para otros beneficios, dado que ello hubiese significado un drenaje excesivo para los fondos de la sociedad.<sup>73</sup> En 1882, la nueva constitución de la sociedad estipuló que también se proveyeran beneficios en casos de muerte, recibiendo todos los socios funerales gratuitos y sepelio en el mausoleo que la sociedad construyó en el cementerio de La Recoleta en 1883.<sup>74</sup> Otro servicio que brindaba La Protectora a sus asociados era una biblioteca, abierta en 1881, a la que se efectuaron contribuciones de libros y revistas.<sup>75</sup> Estos beneficios eran financiados mediante cuotas cobradas regularmente y una serie de bazares y bailes de caridad.

La Protectora fue un adecuado fin para la progresión de las organizaciones sociales afroargentinas del siglo XIX. De sólido éxito, se granjeó la aprobación general de casi todos los sectores de la opinión negra. Los periódicos negros fieramente antagónicos *La Broma* y *La Juventud* estaban de acuerdo en cuanto a muy pocas cuestiones, pero ambos apoyaban a La Protectora, instando a menudo a sus lectores a unirse a los números crecientes de sus asociados. La estabilidad de La Protectora y la serena competencia con que eran manejados sus asuntos era una innegable refutación de la supuesta incapacidad de los afroargentinos para hacer nada bien. La comunidad se encargaba de que los logros de la sociedad fueran tenidos en cuenta por los blancos de la ciudad. La Sociedad publicaba un periódico, *La Protectora*, durante el período 1880-1910, y en una de sus comidas anuales, donde asumían el cargo los nuevos funcionarios, otorgó una medalla de oro en señal de aprecio a un editor del prestigioso periódico *La Nación* de Buenos Aires, por su serie de artículos muy favorables acerca de la sociedad.<sup>76</sup> Así, La Protectora satisfacía el doble prerrequisito para una organización social afroargentina exitosa: no sólo proveía pronta y regularmente de ayuda económica a sus miembros, sino que también servía como fuente de orgullo y pundonor para la comunidad.

No es claro cuándo dejó de existir La Protectora. Si bien aún estaba activa en la década de 1930, hay cierta evidencia que sugiere que pudo haber tomado el mismo camino que la Cofradía del Rosario, que finalmente se convirtió en la hermandad blanca que es hoy. El informe presidencial de 1882 observaba que varios blancos pertenecían a la sociedad aun en aquella fecha temprana, y una publicación de 1936 que analizaba a la sociedad no hacía ninguna mención del hecho de que fuera afroargentina.<sup>77</sup>

La progresión en tres etapas de las organizaciones de la comunidad afroargentina corresponde a la relación que se fue dando entre la población de color de la ciudad y la sociedad más grande. Las cofradías representaban los primeros esfuerzos tentativos de una comunidad reprimida y subordinada por crear organizaciones capaces de satisfacer las necesidades espirituales y, en ocasiones, materiales, de sus miembros. Impedidos de crear sus propias formas de organización social, los esclavos y los afroargentinos libres no tenían otro recurso que organizarse mediante las cofradías, instituciones creadas originalmente por y para españoles y blancos y luego adaptadas a las realidades del Nuevo Mundo. Inevitablemente resultaron tensiones y conflictos entre el rol tradicional de la hermandad, una organización bien integrada en la sociedad española, y la condición social marginal de los afroargentinos.

Las naciones resolvieron estos conflictos ofreciendo una forma de organización basada en la herencia cultural e histórica de los africanos y afroargentinos de la ciudad. Pero la existencia de las naciones presuponía una sustancial población africana en la ciudad, y a medida que esa población fue declinando, la comunidad negra criolla abandonó las naciones y prefirió la sociedad de ayuda mutua. Al hacerlo, los afroargentinos calmaron la intranquilidad provocada en la sociedad más grande por el carácter

ajeno y vagamente amenazador de las naciones. Es significativo que el libro de 1936 que incluye la última noticia de la continuada existencia de La Protectora observe que la organización fue fundada por un grupo de hombres (el autor no especificó su raza, aunque citaba sus nombres) que deseaban formar una sociedad de ayuda mutua que fuera "genuinamente argentina".<sup>78</sup> Fue precisamente esta genuina argentinidad más una dirección muy capaz, lo que permitió que La Protectora sobreviviera por un periodo de sesenta años en que la población de color virtualmente desapareció detrás de un flujo de inmigración europea.

Y en eso reside la ironía de las sociedades negras. La historia de las organizaciones sociales afroargentinas es la historia del conflicto entre la búsqueda de autonomía social por parte de la comunidad de color y los esfuerzos de la sociedad más grande por frustrar esa búsqueda. Por medio de las cofradías, y más tarde de las naciones, el gobierno vigilaba cuidadosamente los esfuerzos de la comunidad hacia la movilización, usando primero la Iglesia y luego la policía como instrumento de control. Con el tiempo, los afroargentinos desarrollaron tácticas crecientemente efectivas para resistir estos controles, y para la época en que se establecieron las sociedades de ayuda mutua, la comunidad había escapado a la dominación directa y abierta representada por las cofradías y las naciones. Sin embargo, la comunidad escapó a estos controles eliminando su necesidad de ellas: al adoptar con tanto éxito la sociedad de ayuda mutua, los afroargentinos le dieron la espalda al separatismo negro cultural y social. La comunidad logró la autonomía que tanto tiempo había buscado al precio de despojarse primero de su identidad cultural y luego de su identidad racial, ya que finalmente fue asimilada por la población blanca que la rodeaba. Al fin ¿no constituye éste el control más efectivo de todos?

1. Salvador, centro de un rico distrito de plantaciones de Brasil, tenía once cofradías negras a comienzos del siglo XVII (David W. Cohen y Jack P. Greene, comps. *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World*/Baltimore, 1972/, p. 123). Ver también Frederick P. Bowser, "The African Slave in Colonial Spanish America: Reflections on Research Achievements and Priorities", *Latin American Research Review* 7 (primavera de 1972), p. 82. Una historia muy útil de una cofradía afrobrasileña es Julita Scarano, *Devoção e escravidão* (San Pablo, 1976). Ver también, A. J. R. Russell-Wood, "Black and Mulatto Brotherhoods in Colonial Brazil", *Hispanic American Historical Review* 54 (noviembre de 1974): 567-602.
2. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
3. "Relación de los esclavos aptos para tomar las armas...", AGN-IX-10-7-2, cuartel 4.
4. Manuel Juan Sanguinetti, *San Telmo: Su pasado histórico* (Buenos Aires, 1965), p. 315.
5. AGN-IX-31-8-5, doc. 1365.

6. AGN-IX-42-6-3, doc. 6.
7. AGN-IX-42-6-3, doc. 6; y AGN-IX-31-8-7, doc. 1419.
8. Néstor Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), pp. 47-51; y Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (Nueva York, 1972), pp. 197-98.
9. "La Hermandad del Rosario", *La Broma*, 3 de setiembre de 1879, p. 1.
10. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
11. Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols. (Buenos Aires, 1900), 2: 71-73.
12. AGN-IX-31-6-1, doc. 823.
13. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
14. AGN-IX-31-8-5, doc. 1365. La superioridad moral de los síndicos blancos respecto de los tesoreros, es dudosa. El síndico español de la Cofradía de San Benito sorprendió a los hermanos desapareciendo con lo obtenido por la venta de dos casas de propiedad de la cofradía (José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* (Buenos Aires, 1903; pp. 173-74).
15. AGN-IX-42-6-3, doc. 6.
16. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
17. AGN-IX-31-8-5, doc. 1365.
18. Para estudios de las iglesias negras en los Estados Unidos, ver Ira Berlin, *Slaves Without Masters: The Free Negro in the Antebellum South* (Nueva York, 1974), pp. 296-303; y Leon F. Litwack, *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860* (Chicago, 1961), pp. 191-96.
19. Para la disolución de la Cofradía de San Baltasar, ver AGN-X-31-11-5. Para una mención de las continuadas actividades de la Cofradía del Rosario, ver Víctor Gálvez, "La raza africana en Buenos Aires", *Nueva Revista de Buenos Aires* 8 (1883): 259; "La Hermandad del Rosario", *La Broma*, 3 de setiembre de 1879, p. kl; y "Un articulista desconocido", *La Broma*, 16 de setiembre de 1881, p. 1.
20. AGN-IX-42-6-3, doc. 6.
21. AGN-IX-42-6-3, doc. 6.
22. Ricardo Rodríguez Molas, *La música y la danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, 1957), p. 10.
23. *Ibid.*, p. 11; y AGN-X-31-11-5.
24. AGN-X-31-11-5.
25. Alberto González Arzac, *Abolición de la esclavitud en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), p. 51.
26. Puede verse un ejemplar de la constitución de la sociedad en AGN-X-31-9-5, doc. 1.
27. Para un análisis de los esfuerzos del gobierno por proporcionar una fuente estable de mano de obra para Buenos Aires durante el período posrevolucionario, ver Orlando Carracedo, "El régimen de castas, el trabajo y la Revolución de Mayo", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, 1960), 4: 157-86. Para el período colonial, ver Lyman L. Johnson, "The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1776-1810" (tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1974), esp. pp. 135-40, 305-7.
28. AGN-X-31-9-5; y AGN-X-31-11-5.

29. Francisco L. Romay, *El barrio de Monserrat* (Buenos Aires, 1971), pp. 64-65; y AGN-X-31-11-5.
30. AGN-X-33-4-5, folio 22.
31. AGN-X-31-11-5.
32. AGN-X-33-3-1, libro 43, folios 33, 43.
33. AGN-X-33-3-4, libro 101, folio 100.
34. AGN-X-33-4-1, libro 117, folio 57.
35. AGN-X-31-11-5.
36. *Gaceta Mercantil*, 25 de junio de 1842, p. 2; y AGN-X-31-11-5.
37. AGN-X-33-3-1, libro 93, folio 66.
38. AGN-X-33-3-1, libro 93, folio 43.
39. AGN-X-31-11-5.
40. AGN-X-31-11-5.
41. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p. 115.
42. AGN-X-31-11-5.
43. Ver, por ejemplo, AGN-X-33-3-1, libro 93, folio 37.
44. AGN-X-33-1-3, libro 50, folio 118.
45. AGN-X-31-11-5.
46. AGN-X-31-11-5. Respecto de las casas del censo, ver AGN-X-23-5-5, cuartel 20, para la casa Cambundá, AGN-X-23-5-6, cuartel 28, para la casa Loango.
47. Néstor Ortiz Oderigo, *Calunga, croquis del candombe* (Buenos Aires, 1969), pp. 18-19. La pintura se reproduce en Lanuza, *Morenada*, entre páginas 160 y 161.
48. "El carnaval antiguo", *Caras y Caretas*, 15 de febrero de 1902.
49. AGN-X-33-2-8, libro 90, folio 772.
50. Esta información es de AGN-X-31-11-5.
51. "Sociedad Mozambique, Buenos Aires, 4 de mayo de 1870, Reglamento", en la Biblioteca del Museo de Motivos Populares Argentinos José Hernández, Buenos Aires. James Scobie proporcionó ese dato.
52. AGN-X-31-11-5.
53. AGN-X-31-11-5.
54. AGN-X-31-11-5.
55. "Sociedad Mozambique".
56. "La raza africana", *La Nueva Generación* 26 (1858), 1.
57. "Los bienes de nuestros abuelos", *La Broma*, 30 de abril de 1881.
58. *La Broma*, 10 de noviembre de 1882, p. 3.
59. AGN-X-31-11-5.
60. *Ibíd.*
61. *Ibíd.*, y AGN-X-33-3-4, libro 101, folio 100.
62. Mónica Schuler, "Ethnic Slave Rebellions in the Caribbean and the Guianas", *Journal of Social History* 3 (verano de 1970): 374-85; y Mary Catherine Karasch, "Slave Life in Río de Janeiro, 1808-1850" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1972), pp. 388-90.
63. AGN-X-31-11-5.
64. Samuel L. Baily, *Labor, Nationalism and Politics in Argentina* (New Brunswick, N. J., 1967), pp. 11-12.
65. AGN-X-31-11-5.

66. *Ibíd.*
67. *El Proletario*, 18 de abril de 1858, p. 1.
68. Jorge Miguel Ford, *Beneméritos de mi estirpe* (La Plata, 1899), p. 38. La desaparición de La Fraternal probablemente se debió a la muerte de su fundador en 1873.
69. Cita del editorial, *La Juventud*, 12 de marzo de 1876, pp. 1-2. Ver números de *La Juventud*, enero-julio de 1876, para artículos que plantean este punto.
70. Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, pp. 73-74.
71. "La Protectora", *La Broma*, 28 de julio de 1882, pp. 1-2.
72. Luis Canepa, *El Buenos Aires de antaño* (Buenos Aires, 1936), pp. 472-73.
73. "Mensaje del Presidente de la Sociedad La Protectora", *La Broma*, 24 de agosto de 1879, pp. 1-2. Los informes presidenciales anuales eran publicados cada agosto en *La Broma*.
74. Canepa, *El Buenos Aires de antaño*, p. 473; y "La Protectora", pp. 1-2.
75. *La Broma*, 3 de febrero de 1881, p. 3.
76. *La Broma*, 28 de julio de 1882, pp. 2-3. Ver también Juan José de Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905, para una nota favorable sobre La Protectora escrita por un blanco.
77. Cánepa, *El Buenos Aires de antaño*, p. 472.
78. *Ibíd.*

## LOS AFROARGENTINOS EN LAS ARTES

En todo el hemisferio occidental, los afroamericanos se han distinguido por sus logros en las artes. Tan irresistibles han resultado ser sus talentos que las sociedades del Nuevo Mundo hace tiempo decidieron que no podían permitirse malgastar el recurso de la creatividad negra, y se ha convertido en una ley tácita de las Américas que las artes son el campo en que la gente negra tiene mayor libertad para elevarse tanto como sus capacidades les permiten. Ninguna historia de los afroargentinos de Buenos Aires sería completa, entonces, sin un panorama de su participación en la vida cultural de la ciudad.

### DEL CANDOMBE AL TANGO

Tal panorama debe comenzar con el baile, el área en que Buenos Aires ha efectuado su contribución más difundida a la cultura popular occidental. Sería imposible exagerar la importancia del baile en la vida de los afroargentinos. Sus bailes públicos eran acontecimientos culturales en el sentido más amplio y pleno del término. Esos bailes hacían que la comunidad se reuniera en forma regular, reforzando los vínculos de amistad y de identidad comunitaria. Proporcionaban una fuente de recreación y rejuvenecimiento y un medio para la afirmación propia y grupal a un pueblo al que se le negaba este derecho tan importante. Además, su significación política era inconfundible, como puede apreciarse por el continuado conflicto entre la comunidad y el gobierno respecto de que se concediera o no el permiso para la realización de los bailes.

No resulta clara la fecha exacta en que los afroargentinos empezaron a realizar sus bailes públicos, los candombes, aunque los documentos que perduran demuestran que para la década de 1760 habían llamado desfa-

vorablemente la atención de las autoridades. El virrey prohibió dos veces los bailes de los negros en 1766, nuevamente en 1770 y otra vez en 1790.<sup>1</sup> Pero esas prohibiciones se referían sólo a las reuniones efectuadas sin supervisión oficial: el virrey permitía específicamente a los africanos y afroamericanos que realizaran bailes públicos bajo el cuidado de la autoridad debidamente designada.<sup>2</sup> Los virreyes también demostraron ser sensibles a las peticiones de grupos de africanos que solicitaron permiso para realizar danzas especiales para su nación. En 1795 se dio permiso a los negros del Congo para que realizaran bailes los domingos y feriados, y en 1799 se otorgó un permiso análogo a los negros de Cambundá.<sup>3</sup> Pero los virreyes tenían el cuidado de estipular una prohibición absoluta: esas reuniones podían realizarse en tanto a ningún negro se lo coronara o reconociera como rey de una de las naciones africanas.<sup>4</sup> Como representante de la Corona en la colonia, la principal responsabilidad del virrey era mantener la autoridad y el poder reales intactos e indiscutidos, y la coronación de la realeza africana en los bailes hubiese sido una amenaza directa, si bien puramente simbólica, para la hegemonía del monarca español. La administración real había reaccionado con fuerza en un caso de 1787 en el que un joven esclavo había sido coronado rey del Congo en uno de los bailes. Una investigación del incidente reveló que el africano Pedro Duarte había sido investido con una sombrilla y una corona en el baile, después del cual muchos integrantes de la nación del Congo le demostraban sumisión. El caso fue abandonado sólo después de que Duarte jurara que la ceremonia había significado que él era "mayor, pero no un rey".<sup>5</sup>

Pero en general la administración real era bastante indulgente en cuanto a los bailes, reconociendo tal vez su valor como liberación para las frustraciones e insatisfacciones de la comunidad. Las autoridades municipales no eran permisivas. El Cabildo emitió al menos tres informes al virrey en las décadas de 1780 y 1790 instándolo a prohibir los bailes. Un informe de 1788 era el más extenso y detallado, y su descripción de los *candombes* y los argumentos en favor de su prohibición empleaban muchos temas que recurrirían en las denuncias de este fenómeno durante el siglo XIX.<sup>6</sup>

Las quejas del Cabildo respecto de los bailes pueden dividirse en tres categorías: morales, económicas y políticas. Los cabildantes no tenían ninguna duda de la naturaleza moral no redimida de los bailes. Al describir los movimientos lujuriosos y lascivos realizados en los *candombes*, los funcionarios municipales se enfurecían por las múltiples ofensas a Dios y al hombre cometidas en esas reuniones semanales, y expresaban especial temor respecto de "las niñas y gentes inocentes" que las presenciaban, a las que el espectáculo no podía dejar de corromper. Económicamente, las danzas eran peligrosas por dos razones. Primero, las naciones y cofradías negras realizaban colectas para patrocinar las festividades y otras actividades sociales: ¿de dónde podía provenir ese dinero, se preguntaban los funcionarios municipales, si no del hecho de que los esclavos robaban a sus patrones? Además, el informe sostenía que los esclavos se ponían tan

viciosos e irresponsables como consecuencia de estos bailes, que se tornaban totalmente inútiles para sus patrones; eludían sus deberes y “no piensan en otra cosa, sino en la hora de ir a bailar”. Y en términos políticos, los hombres del Cabildo veían los bailes con aprensión considerable. Como consecuencia de las malas influencias a las que estaban sometidos en esas celebraciones, los negros estaban ahora

en una continua inquietud... Con unos miembros tan pervertidos, y corrompidos precisamente ha de experimentar un perjuicio mui sensible é irreparable, el Estado y el Público: ...siendo crecido el Número de los Negros que hay en esta Ciudad, se necesita una grande atención, y cuidado con ellos, celando su conducta, no perderlos jamas de vista y ni tampoco dispensarles ningun exceso, pues por su caracter inclinados, y propensos á todo lo malo, se debe vivir con ellos con la mayor desconfianza.

Los hombres del Cabildo no podían haberlo aclarado más: comprendían que como elite de una sociedad esclavista, vivían en la cima de un volcán que podía estallar en cualquier momento, y temían los bailes como una fuente potencial de desacuerdo y agitación, un catalizador que podía desencadenar la explosión.

Sus temores son comprensibles. Las grandes reuniones de africanos y afroamericanos (el informe de 1778 afirmaba que a las danzas asistían regularmente hasta dos mil personas) debían parecer sumamente ominosas, en especial si se tiene en cuenta el carácter ajeno de los bailarines, su música y las danzas —de las que hablaremos más enseguida. Y en ocasiones, los candombes estallaban con violencia dirigida a las autoridades. En 1791, apareció un policía en una reunión no vigilada de unas doscientas personas que realizaban un baile en el hogar de un negro libre. Cuando el policía intentó interrumpirla, los presentes se lanzaron contra él con espadas y palos y, tras amedrentarlo y hacerlo retirar, continuaron con su baile.<sup>7</sup> Pero en su mayoría, los candombes eran acontecimientos apacibles, y el virrey, que tenía una visión más serena que la de los funcionarios municipales, permitió que continuaran hasta el final del período colonial.

Cuando concluyó el control real después de la revolución, y las elites locales fueron libres para gobernar como lo desearan, aprovecharon la oportunidad para prohibir las danzas callejeras en 1822, y los bailes negros públicos de toda clase en 1825.<sup>8</sup> Si bien estas prohibiciones sólo eran puestas en vigencia de manera intermitente, sirvieron para poner un amortiguador a los candombes que no se levantó hasta que llegó al poder el gobernador Rosas. Bajo su égida, los candombes tuvieron su época dorada, para horror de la clase dominante porteña (ver Capítulo 6). Después de la caída de Rosas en 1852, el gobierno unitario adoptó una política por la cual se imponían toques de queda selectivos contra las sociedades africanas que auspiciaban bailes.<sup>9</sup> Con la declinación de las naciones y el surgimiento de nuevos estilos de baile entre los afroargentinos más jóvenes, los candombes fueron desapareciendo gradualmente durante la



Una comparsa de carnaval, C. 1900. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

segunda mitad del siglo. Sin duda, nunca recuperaron la popularidad y el esplendor de que habían gozado durante los años de Rosas, cuando el gobernador y su familia solían asistir personalmente a las fiestas.

La vitalidad de la danza africana y afroargentina no pudo ser reprimida por la sociedad porteña. Formaba la base de todas las actividades sociales y culturales e incluso llegó a las celebraciones religiosas formales, a menudo con el pesar de la iglesia. En 1779, un sacerdote local se quejó a sus superiores de que los negros que bailaban frente a su iglesia para celebrar las Pascuas habían hecho tanto ruido que no había podido realizar los servicios.<sup>10</sup> Cuando la Cofradía negra de San Baltasar pidió permiso en 1784 para construir su propia capilla, los hermanos específicamente mencionaron como a una de sus razones para hacerlo su deseo de tener un lugar donde pudieran realizar sus danzas celebratorias.<sup>11</sup>

Los bailes negros más grandes del año eran los realizados el Día de Reyes (6 de enero), el día de San Juan, Pascuas, Navidad y, en especial, carnaval. Las celebraciones del carnaval en Brasil, en particular en Río de Janeiro, son justamente famosas por las danzas afrobrasileñas que en ellas se ejecutan: son el corazón de las festividades de la semana. Otro tanto sucedía una vez en Buenos Aires. Las comparsas, conjuntos que marchaban y bailaban, se permitieron por primera vez en Buenos Aires durante el carnaval de 1836. Todas las naciones africanas reunieron grupos para desfilar por las calles en brillantes trajes, cada uno con su conjunto de tambores y de bailarines. Estas comparsas negras dominaban las fiestas de carnaval de cada año (excepto entre 1844 y 1852, cuando el gobernador Rosas prohibió el carnaval debido a su violencia excesiva) hasta avanzada la década de 1870, cuando empezaron a dominar las comparsas blancas. Aún en 1900, participaban de diez a quince grupos afroargentinos en las diversiones de cada año, luciendo nombres tales como Estrella del Sur, Flor de Cuba, Tenorios del Plata, Habitantes de la Luna, y los nombres de las antiguas naciones, como Los Negros Benguelas, Los Negros Monyolo, etcétera. Pero cuando la comunidad se redujo a un minúsculo porcentaje de la población de la ciudad, las celebraciones de carnaval no la sobrevivieron por mucho tiempo. Para la década de 1930, ya no existían los desfiles y las festividades callejeras del carnaval.<sup>12</sup>

Un curioso detalle acerca de las comparsas son los esfuerzos frecuentes de los porteños blancos por imitar a los grupos de afroargentinos. A partir de las décadas de 1860 y 1870, y siguiendo hasta el siglo presente, los jóvenes blancos desfilaban anualmente con el rostro pintado de negro y trataban de imitar la música, los pasos de baile y las marchas de las comparsas negras.<sup>13</sup> La más famosa de estas comparsas de blancos disfrazados de negros era Los Negros, una organización de varios centenares de hombres jóvenes que pertenecían a las familias más prominentes de la ciudad.<sup>14</sup> Como correspondía a una organización tan prestigiosa, las noticias relativas a las reuniones, elección de autoridades y actividades generales de Los Negros aparecían regularmente en la prensa porteña de las décadas de 1860 y 1870.<sup>15</sup> El grupo era una de las más populares

atracciones del carnaval después de 1860, y su canción característica era vastamente conocida y cantada:

La comparsa de los negros  
la más constante y leal  
a las amitas saluda  
en el nuevo carnaval.  
Y a las niñas, como esclavos,  
se ofrece para servir.  
Esclavos de cuerpo y alma  
y fieles hasta morir.  
¡Oh niñas blancas!  
Por compasión  
oíd de los negros  
la triste voz.  
Que aunque sus rostros  
son de color  
tienen de fuego  
el corazón.<sup>16</sup>

Pero volviendo al rol de la danza en la comunidad negra: exactamente, ¿qué clase de bailes efectuaban los afroargentinos? En el período 1750-1850 eran obviamente de origen africano, con muy pocos o ningún agregado argentino. Cada nación africana tenía sus propias danzas particulares: los observadores blancos y los peticionantes negros coinciden al respecto. Cuando los hermanos de San Baltasar solicitaron el derecho de construir su capilla, empezaron su pedido recordando, con cierta exageración, que “desde tiempo casi inmemorial han acostumbrado con precedente permiso de varios Gobernadores hacer sus funciones a ymitacion cada uno de sus respectivas Naciones”.<sup>17</sup> La petición al virrey de 1795 de la nación Congo repite que “cada nación [hace] sus bailes según sus estilos, y con la pureza que es debida”.<sup>18</sup>

Los blancos tenían conciencia de que los candombes eran las ocasiones en que los africanos ejecutaban sus danzas nacionales, evocando recuerdos de su patria y recreando, aunque sólo fuera por una tarde, un simulacro de sociedad africana en el Nuevo Mundo. En verdad, el cabildo destacó este elemento como una de las características más amenazadoras de las danzas.

“lo que en estos mismos bailes hazen los Negros, como ya se ha observado, que ha sido el hazer recibir los Ritos de la Gentilidad, en que nacieron con ciertas ceremonias, y declamaciones que hacen en su Idioma... [hacen] las diferentes Danzas con que cada Nacion se diferencia pudiendose con verdad decir que en estos bailes olvidan los sentimientos de la Sta. Religion Catholica, que profesaron renuevan los ritos de la gentilidad, se pervierten las buenas costumbres, que les han enseñado sus Amos no aprehenden sino vicios... y que con ellos esté la Republica mui mal servida.”<sup>19</sup>

La República está muy mal servida: los cabildantes veían que el rechazar el catolicismo y mantener viva la religión y las prácticas culturales africanas, los esclavos estaban resistiendo uno de los controles españoles más básicos y potentes de las poblaciones subalternas. Mediante los candombes, los afroargentinos mantenían una parte de su vida libre del control absoluto que una sociedad propietaria de esclavos trataba de ejercer sobre ellos. Era un pequeño acto de resistencia, pero era uno de los pocos que tenían abiertos, y se rehusaban a abandonarlo.

Incluso los europeos que pasaban breves períodos en la ciudad quedaban sorprendidos por la manera en que los africanos conservaban y revivían recuerdos de su patria. Una memoria anteriormente citada, escrita por un inglés que vivió en la ciudad durante la década de 1820, describía las ceremonias de casamiento de la comunidad.

Una boda u otra ceremonia jubilosa es celebrada con magnificencia africana. Forman pabellones de ropa blanca y la heroína pasa debajo de ellos; llevan bastones con trapos rojos a guisa de banderas, hacen ruidos con tambores y cacerolas; bailan solo como en Guinea y Mozambique, según presumo; la música consiste en cantos y golpeteos de manos, siguen tempestades de aplausos... Es peculiar la forma en que se conservan sus hábitos africanos.<sup>20</sup>

El naturalista francés Alcides d'Orbigny ha dejado una notable descripción de un candombe que presencié en Montevideo en 1827, un baile con el que se celebraba el día de Reyes. El francés reconocía claramente la importancia del baile como un modo por el cual los africanos recuperaban su nacionalidad y escapaban, al menos temporariamente, a los rigores de la esclavitud.

Todos los negros nacidos en las costas del África se reúnen por tribus; cada una de ellas elige un rey y una reina. Ataviados del modo más original, con las ropas más vistosas que pueden encontrar, precedidos por todos los súbditos de sus respectivas tribus, estas majestades de un día, van primero a la misa y luego se pasean por la ciudad. Por fin, en la pequeña plaza del Mercado, ejecutan, cada uno a su manera, una danza característica de 'su nación'. He visto sucederse bailes guerreros, simulacros de trabajos agrícolas y figuras de lo más lascivo. En esa forma y por un instante, más de seiscientos negros parecían haber reconquistado su nacionalidad, en el seno de una patria imaginaria cuyo recuerdo les brindaba alivio, en medio de esas bulliciosas saturnales, y les hacía olvidar, en un solo día de placer, las privaciones y los dolores de dilatados años de esclavitud.<sup>21</sup>

Con el paso del tiempo se fue perdiendo la pureza original de los distintos pasos de danzas nacionales, y se produjo un proceso de combinación. Los africanos de diferentes naciones que vivían en estrecho contacto entre sí gradualmente desarrollaron una especie de danza compuesta, el

candombe, que tomaba elementos de un número de danzas africanas. (Así, la palabra "candombe" tiene dos significados: un paso de danza particular [v.g., "él está haciendo el candombe"], y las danzas públicas de un acontecimiento social ["ella está en el candombe"]).<sup>22</sup>

La coreografía del candombe se divide en cuatro partes. En la primera, hombres y mujeres forman dos filas enfrentadas, cantando y meciéndose según un ritmo lento y continuado. Ocasionalmente las líneas se unen para la ombligada, en que las mujeres y varones unen los estómagos. Al final de esta sección, el "escobero" realiza un solo empleando una escoba como batuta, haciéndola girar, arrojándola y realizando varias habilidades como una especie de intermedio. Después de esto, el ritmo se acelera levemente y las parejas bailan de a una por vez mientras que el resto de los bailarines forman un círculo alrededor, cantando y batiendo palmas. Las parejas se siguen unas a otras en el centro hasta que todos han bailado. En la tercera parte, los hombres y las mujeres forman un círculo y bailan según cierto paso, con los cuerpos que alternativamente son volcados hacia atrás y hacia adelante, y el círculo se mueve al ritmo de los tambores. Entonces, con un grito repentino, el tambor principal se lanza a un ritmo frenético, y pronto se le unen los otros músicos. El círculo se disuelve y toda la multitud danza alocadamente; cada persona improvisa sus propios pasos y baila donde le gusta. El ritmo adquiere velocidad e intensidad por aproximadamente media hora. Los bailarines danzan hasta agotarse. Entonces, tan pronto como comenzó, todo termina; el tambor principal lanza una orden, sus compañeros concluyen a la par y el baile ha concluido.<sup>23</sup>

Aunque también se bailaban en Buenos Aires otras danzas africanas y afroamericanas como la bamboula, la chica y la calenda (algo que obviamente había tomado el candombe de la calenda era la unión de los estómagos), el candombe puede considerarse la danza afroargentina representativa de la primera mitad del siglo XIX. Tras una larga tarde y noche de danza, siempre era el clímax de las fiestas, con independencia de la nación.

La popularidad de la danza, y en verdad la institución de las danzas africanas públicas, se desvanecieron significativamente después de 1850.<sup>24</sup> Si bien las naciones siguieron realizando candombes durante las décadas de 1850 y 1860, el público que asistía a esos bailes fue disminuyendo, ya que los jóvenes afroargentinos trataban de integrarse en la sociedad porteña adoptando los valeses, las polcas y las mazurcas populares entre los blancos, y abandonando las danzas tan estrechamente relacionadas con su ascendencia africana. Sólo se deben leer las columnas sociales de los periódicos negros del período para ver cómo habían prendido los pasos europeos. Los bailes siguieron siendo los principales acontecimientos sociales de la comunidad, pero ahora los columnistas informaban acerca de qué joven dama bailaba una polca con un joven, qué pareja no había bailado mazurca, etcétera. Y si algunos miembros más ancianos de la comunidad aún conservaban gratos recuerdos de los viejos bailes, ellos captaban el espíritu predominante en la sociedad como para saber que

las danzas africanas eran algo vergonzoso, que se debía cubrir, ocultar a los ojos burlones de los blancos. Un artículo de 1882 en un periódico negro se quejaba de los jóvenes tamborileros negros que seguían tocando y realizando el candombe públicamente, en especial en carnaval. Argumentando que esos jóvenes servirían mucho mejor a la comunidad si aprendían a tocar “instrumentos musicales” en lugar de “los antiguos y patéticos tambores que ahora sirven sólo como el único recordatorio de las costumbres venerables pero corruptas de hace mucho tiempo”, el periódico argumentaba que el candombe tenía su lugar, pero ese lugar no era público.

Hay un número ilimitado de estos jóvenes a quienes, si una de nuestras “tías” amablemente les pide que toquen los tambores en uno de los pocos centros sociales que dejaron nuestros abuelos como recordatorio de que poseían una idea mucho mejor de lo que significaba la sociabilidad que muchos de nuestros jóvenes, ellos se rehúsan y en cambio salen a comportarse de manera vergonzosa, luciéndose ante las muchachas; ...Sin ningún sentido de la vergüenza, se pintan la cara y se exponen a la hilaridad general en la calle Florida y frente a la Confitería del Gas, que hemos tenido la desgracia de tener que soportar este año.<sup>25</sup>

Vergüenza y deshonor: no podían ser más claros los sufrimientos de este segmento de la comunidad negra, que se esforzaba tanto por lograr respetabilidad y aceptación de los blancos. El candombe, como todos los otros recordatorios de la historia temprana de la comunidad negra, no debía olvidarse, pero tampoco se lo debía exhibir.

El cambio en los estilos de baile de la comunidad negra no pasaron inadvertidos por los blancos. Un artículo de 1905 titulado “La gente de color”, congratulaba a los afroargentinos por sus “salones aristocráticos”, donde en vez del grotesco candombe o de la mazemba... lasciva como mueca de mono... se danza en traje moderno a la manera de Luis XV”.<sup>26</sup> La prensa porteña le había dado a la elite de color la última señal de aprecio: los afroargentinos finalmente habían logrado producir una imitación tan buena de las artes y las formas europeas como los euroargentinos.

Pero el candombe no pasó sin dejar su impronta en la cultura argentina. De hecho, la danza afroargentina fue uno de los principales ingredientes del bien cultural más exportable de la Argentina, el tango. Ya en la primera década del siglo XIX, los documentos se referían a los “tangos de los negros” refiriéndose a sus danzas. El historiador Ricardo Rodríguez Molas ha desenterrado una serie de documentos de venta relativos a una “casa y sitio del tango” que era de propiedad de negros durante las dos primeras décadas del siglo XIX. Un testamento de 1818 en el que se menciona la propiedad, se refiere a “dicho terreno situado en el barrio de la Parroquia de La Concepción tango de los Negros por cuyo nombre es conocido”.<sup>27</sup> Una ordenanza considerada por el municipio de Montevideo en 1807 proponía prohibir “los tangos de los negros”, sus bailes semanales.<sup>28</sup> El compositor de “El entrerriano” aceptado por muchos musicólogos como el primer tango de autoría conocida, era un afroargentino, Rosendo

Mendizábal, un bandoneonista de tangos que escribió la pieza en 1896.<sup>29</sup> Aunque la mayoría de los estudiosos del tango tienden a ubicar sus comienzos en la década de 1880, los periódicos negros de la década de 1870 contienen referencias ocasionales al tango, por ejemplo el anuncio de *La Broma*, en 1879, de que Emilio Alvarez acababa de escribir "un terrible Tango, es decir, un Tango bonito".<sup>30</sup>

La misma etimología de la palabra tango está fuertemente enraizada en la cultura afroargentina. El antropólogo brasileño Artur Ramos es de la opinión de que la palabra procede de una corrupción de "tambor".<sup>31</sup> Néstor Ortiz Oderigo sostiene un origen africano más directo, de palabras como Shangó (el dios yoruba del trueno y las tormentas) o de varias palabras africanas que equivalen a tambor y baile, entre las cuales él menciona tanga, tamtango, tangana y tangú. Ortiz Oderigo sostiene su argumento observando con cuánta frecuencia se utiliza la palabra tango para referirse a la música afroamericana en todo el hemisferio. Una danza cubana llamada habanera era también conocida como el "tango americano"; las danzas negras en Veracruz, México, eran conocidas como tangos; los distritos del jazz en Nueva Orleans eran llamados el Cinturón del Tango; etcétera.<sup>32</sup>

Todo el que haya visto a una pareja bailando un genuino tango podría muy bien preguntarse qué puede tener en común esa danza siniestra, controlada y altamente estilizada, con sus impredecibles pausas seguidas por carreras abarcadas casi frenéticas a través de la pista, con el rítmico y casi monótono candombe, que se inicia con un balanceo suave y relajado y gradualmente va cobrando intensidad hasta la salvaje liberación que es casi el polo opuesto del tango. La pregunta es perfectamente razonable, y mejor aun, conveniente, porque en la evolución del candombe al tango se tiene otra lección objetiva en cuanto al rol que desempeñaron los afroargentinos en la sociedad y la cultura porteñas. Los vínculos entre el candombe y el tango eran las academias de baile, y una danza llamada milonga.

Las academias de baile eran análogas a los salones de baile de las ciudades norteamericanas del siglo XIX. Habitualmente ubicadas en las áreas apartadas y de clase baja de la ciudad, las academias eran el sitio para la vida baja de Buenos Aires. Si bien ocasionales grupos de jóvenes pudientes podían aparecer en ellas para divertirse una noche, la clientela de las academias eran principalmente los orilleros y compadritos, los habitantes del submundo de Buenos Aires.<sup>33</sup> Ahí los blancos pobres y negros de la ciudad se reunían para beber y jugar, para luchar y bailar. De este contacto interracial nació la milonga, una danza creada por jóvenes blancos en burlona imitación del candombe. Una de las primeras descripciones de la danza, escrita en 1883, la caracterizaba específicamente como un derivado del candombe: "la milonga sólo la bailan los compadritos de la ciudad, quienes la han creado como una burla a los bailes que dan los negros en sus sitios. Lleva el mismo movimiento de los tamboriles de los candombes".<sup>34</sup> Esa afirmación está corroborada por otra observadora contemporánea, una anciana negra que recordaba en 1902 cómo "los compa-

dritos inventaron la milonga hecha sobre la música nuestra".<sup>35</sup> El historiador Vicente Rossi también acredita a los afroargentinos la creación de la milonga: "Todo el proceso creador y evolutivo de la milonga era obra suya".<sup>36</sup>

Un paso que nació para mofarse del candombe sirvió al mismo tiempo para conservar la danza afroargentina, aunque en forma alterada. Y cuando la milonga evolucionó en el tango (una evolución muy directa, ya que la milonga ha sido descrita como básicamente un tango lento), el candombe fue preservado para las décadas futuras. Cuando la pareja une estrechamente sus cuerpos y se desliza en uno y otro sentido, estamos viendo el descendiente lineal de la primera parte del candombe, en la cual el balanceo es interrumpido cuando se unen los cuerpos para la ombligada. O cuando los bailarines se mueven rápidamente a través de la pista, primero el varón inclinado hacia atrás en marcado ángulo, luego la mujer, esto obviamente deriva de la tercera parte de la danza afroargentina. Los pasos del tango forman una memoria kinética del candombe, una danza que ha muerto pero que al morir dio a luz al baile que identifica a Buenos Aires, una danza exportada a todo el mundo.

## MUSICA

Peró no fue sólo a través de la danza que los afroargentinos enriquecieron la cultura de la ciudad y el país. Estrechamente relacionada con la danza está, naturalmente, la música, y los porteños negros y mulatos adquirieron merecida fama por su talento como compositores y ejecutantes. La música que acompañaba a los candombes era casi enteramente percusiva, ejecutada con tambores y otros instrumentos de percusión, a menudo acompañada del batir de palmas, cantos y salmodias. Los instrumentos melódicos no tenían muchas probabilidades contra el ritmo marcado de los tambores. Esos tambores estaban entre las posesiones que más orgullo daban a la comunidad: en 1902, cuando una popular revista de Buenos Aires publicó un artículo acerca de los últimos sobrevivientes de la nación Benguela, sus fotografías de la casa de la sociedad mostraban los tambores de la nación colocados en lugar prominente junto a la bandera de la mesa presidencial.<sup>37</sup> Así como cada nación tenía sus propias danzas, cada una tenía su propio ritmo, de modo que había toques benguelas, toques de Mozambique, toques de Cambundá, etcétera.<sup>38</sup> Uno de los acontecimientos más típicos de los carnavales del siglo XIX era la legendaria tapada, las batallas de tambores en las que participaban las distintas naciones, en que cada grupo de tambores trataba de superar a los otros por un torrente de ritmo que tocaba durante horas.<sup>39</sup> Era con una buena razón que a la vecindad altamente negra de Monserrat se la conocía como el Barrio del Tambor.

Tal música rara vez era agradable a los oídos europeos y argentinos blancos. El viajero Concolorcorvo, al presenciar una danza negra en la Argentina de la década de 1770, se quejó de que la música era tan "fasti-

diosa y desagradable que provoca a tapar los oídos o a correr a los burros, que los animales más estóridos y menos espantadizos".<sup>40</sup> En su historia de los años de Rosas, José María Ramos Mejía la recordaba como "no diré una música, sino un ruido del más desastroso efecto, que resonaba melancólicamente en los oídos y en el corazón de los espectadores".<sup>41</sup> Los músicos afroargentinos que esperaban que la sociedad los recompensara por sus talentos debieron adoptar diferentes estilos e instrumentos, cosa que hicieron con mucho éxito. Muchos tecladistas de color se desempeñaron como organistas en las iglesias, mientras que otros obtenían altos ingresos como pianistas en fiestas y teatros, tocando en las reuniones de moda y dando lecciones. Entre los más famosos maestrillos, como se los llamaba, estaban Alejandro Vilela, Remigio Navarro, Federico Espinosa, Remigio Rivarola, Roque Rivero y Tiburcio Silvarrios. Varios de estos hombres eran también compositores de cierta nota. Roque Rivero publicó sus piezas breves en la elegante revista de Buenos Aires *La Moda*, mientras que Remigio Navarro se desempeñó como director de la orquesta del Teatro Argentino y compuso varias canciones en colaboración con el poeta argentino Esteban Echeverría.<sup>42</sup>

Rivero fue también el padre del primer violinista argentino notable, Demetrio Rivero. Varios otros hombres de color lograron reputación como excelentes violinistas, incluidos Manuel G. Posadas y su hijo Manuel, que estudió en el Conservatorio Nacional de Bruselas.<sup>43</sup>

Los vocalistas afroargentinos gozaban del aplauso en los teatros y salones de la ciudad. Uno de los más destacados era Casildo Thompson, ya presentado en los Capítulos 7 y 8 como oficial militar y fundador de la Sociedad de Ayuda Mutua La Fraternal. Además de ejecutar, Thompson compuso varias de las canciones más populares del Buenos Aires de mediados de siglo. Su hijo Casildo Gervasio Thompson siguió los pasos del padre, logrando el ingreso en el Conservatorio Municipal de la provincia, y luego, varios premios nacionales por sus composiciones religiosas.<sup>44</sup>

Los Thompson son representativos de una pauta que el lector ya habrá notado: la tendencia de algunas familias afroargentinas a producir dos o más generaciones de músicos, ya que los hijos e incluso los nietos continuaban en la misma profesión de sus antepasados. Un hombre de color que se lanzó a la música sin el beneficio de tal historia familiar fue Zenón Rolón, el que de todos modos logró una beca para estudiar composición en Italia. Regresó a Buenos Aires en 1880 para iniciar su carrera. Como podría esperarse, sus obras revelaban fuertes influencias europeas. Compuso un número de obras dedicadas a clubes sociales italianos de la ciudad, así como dos operetas escritas en italiano y otra en francés. Su única obra de orientación negra fue la marcha sinfónica "Falucho", ejecutada al inaugurarse la estatua del soldado negro Falucho, en 1897. Rolón aparecía ocasionalmente como director y pianista en el Teatro Rivadavia y el Teatro Colón, donde sus representaciones eran bien recibidas, pero no sus composiciones. Ganándose la vida principalmente con la enseñanza de piano y la composición, murió en 1902 como maestro de una escuela



El compositor Zenón Rolón (1857-1902). Se desconocen la fecha y las circunstancias de la fotografía. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

pública en una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires, un triste caso de un músico que nunca realizó su promesa.<sup>45</sup>

Como nunca tuve oportunidad de escuchar las obras de Rolón, no puedo formarme ningún juicio sobre su calidad. Pero es muy posible que él y los otros músicos negros y mulatos de la segunda mitad del siglo fueran víctimas del snobismo cultural de la elite porteña. Como un dramaturgo blanco que lo había conocido recordaba años más tarde, "Rolón era un gran músico y tenía uno de los temperamentos artísticos más finos que yo nunca he conocido... los círculos artísticos sumamente pobres por los que le tocó transitar a su regreso de Italia nunca le permitieron extender sus alas".<sup>46</sup> Los músicos de color habían servido muy bien cuando Buenos Aires era un sitio de pobre desarrollo económico, pero cuando la ciudad floreció y generó la riqueza necesaria para traer talentos superiores de Europa, los afroargentinos fueron desplazados de sus puestos como músicos de moda de la ciudad. Sólo los raros hombres negros que pudieron estudiar en Europa, como Rolón o el joven Posadas, pudieron competir contra los recién venidos. Un afroargentino que escribía en la década de 1890 reflexionaba con amargura acerca de los cambios en los estilos musicales que habían traído a la ciudad los músicos europeos,

más ávidos de metal que de gloria los renombrados maestros requeridos por la civilización, aquellos que llegaron más tarde con el patrimonio del documento expedido por los conservatorios de Italia y Alemania acreditándoles lejítimos ciudadanos de la capital del talento, i por ende los más aptos, los mas autorizados para halagar el oído i impresionar el alma por medio de las cadencias armónicas delineadas con las reglas más superiores del arte.<sup>47</sup>

Los músicos afroargentinos, que no podían presentar tales documentos, eran ignorados por una sociedad que intentaba adornarse con los talentos europeos más documentados posibles. Así, gradualmente, los que llegaban quitaron el control del mundo musical a los afroargentinos, desplazándolos de los salones y teatros de la ciudad y reduciéndolos a tocar en las pobres academias y bares de las vecindades de clase inferior, donde ellos pusieron sus energías para crear la nueva música de la milonga y el tango.

Hubo un área del esfuerzo musical, sin embargo, en la cual los afroargentinos permanecieron firmemente en el control durante todo el siglo XIX y avanzado el XX. Eso era lo que podía esperarse, considerando que la forma de arte era en gran parte africana en su derivación. Era la payada, una especie de duelo poético en el que dos guitarristas cantores componen espontáneamente versos sobre un tema dado o en respuesta a desafíos mutuos. Una variación vocal de las tapadas, los duelos de tambores, la payada era la descendiente lineal de la tradición africana de competencias de habilidad musical, una tradición que ha producido fenómenos análogos en cada país americano donde existe una gran población negra. En Brasil está el *canto de desafío* o *canto de porfía*; en los Estados Unidos está la *answerback song*, y en la Argentina está la payada.<sup>48</sup> La forma

de arte fue inmortalizada en los dos poemas épicos argentinos del siglo XIX, *Santos Vega* y *Martín Fierro*. En el primero el héroe realiza una payada con el diablo y pierde su alma. El clímax de *Martín Fierro* es una competencia entre Martín y un viejo payador negro que toca a veces la cuestión de la raza. El viejo objeta el hecho de que Martín lo haya insultado con un comentario racial:

Cuentan que de mi color,  
Dios hizo al hombre primero,  
mas los blancos altaneros,  
los mismos que lo convidan,  
hasta de nombrar olvidan,  
y sólo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,  
y el negro, blanco lo pinta.  
Blanca la cara o retinta  
no habla en contra ni en favor,  
de los hombres el Criador,  
no hizo dos clases distintas.

Martín Fierro responde:

Dios hizo al blanco y al negro  
sin declarar los mejores;  
les mandó iguales dolores  
bajo de una misma cruz;  
mas también hizo la luz  
pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,  
no se trata de ofender;  
a todo se ha de poner  
el nombre con que se llame,  
y a naides le quita fama  
lo que recibió al nacer.<sup>49</sup>

No es ninguna coincidencia que el oponente de Martín haya sido un negro. Los payadores más famosos eran casi todos afroargentinos, entre ellos Pancho Luna, Valentín Ferreyra, Pablo Jeréz, Felipe Juárez, Higinio de Cazón y Luis García.<sup>50</sup> Sin ninguna duda, el más grande de todos ellos fue Gabino Ezeiza. Nacido en Buenos Aires en 1858, hijo de un ex esclavo, el joven Ezeiza primero aspiró a convertirse en escritor, y mientras estaba aún en la adolescencia trabajó en la comisión editorial del periódico negro *La Juventud*. Pero cuando se desarrollaron sus formidables talentos, fue inclinándose en forma creciente a la ejecución de la guitarra y su habilidad para crear versos espontáneos para ganarse la vida. Durante su época de



Gabino Ezeiza (1858-1916), el celebrado payador. Se desconocen la fecha precisa y las circunstancias de esta fotografía, pero probablemente fuera tomada varios años antes de su muerte. Fotografía, cortesía del Archivo General de la Nación.

mayor éxito, aproximadamente de 1890 a 1915, Ezeiza recorrió toda Argentina y Uruguay, realizando una serie memorable de payadas y logrando una fama nacional. Murió en Buenos Aires en 1916; según la leyenda popular, contrajo una neumonía fatal como consecuencia de haber asistido a la inauguración presidencial del líder del partido radical Hipólito Yrigoyen; Ezeiza era un antiguo miembro y ferviente partidario de esa agrupación política.<sup>51</sup> Sólo hay tres estatuas de afroargentinos en todo Buenos Aires, una ciudad que exhibe unos doscientos monumentos públicos. Uno de ellos es un recordatorio de la institución de la esclavitud, otro es una estatua del semimítico Falucho, y el tercero es un deteriorado busto de Gabino Ezeiza, al que le falta la placa con el nombre, erigido en un pequeño campo de juegos en la distante vecindad de Mataderos.

## LITERATURA: EL ARTISTA COMO EXILIADO

Los talentos musicales de los afroargentinos eran innegables e irresistibles. Además, ellos tenían talentos que los argentinos blancos no podían desarrollar en cantidad y calidad suficiente, lo que significaba que la música y la danza negras ocuparan un puesto importante en la vida cultural de la ciudad durante todo el siglo XIX. No sucedía otro tanto con la literatura afroargentina, cuyos escritores se veían completamente sobrepasados por los escritores euroargentinos. El único autor negro de cierta nota fue el poeta Horacio Mendizábal, un apasionado y prolífico escritor cuya carrera se cortó trágicamente cuando murió en la epidemia de fiebre amarilla de 1871, a la edad de veinticuatro años. Nacido en el seno de una familia afroargentina de clase superior (su padre, Rosendo Mendizábal, que no debe ser confundido con el antes mencionado músico del mismo nombre, tenía una banca en la legislatura provincial), publicó *Primeros versos* a los diecinueve años y *Horas de meditación* dos años más tarde. Ambos libros tienen una fuerte tendencia a lo romántico; poema tras poema invita a varias mujeres jóvenes a contemplar las alegrías de la naturaleza y del amor con él. El nacionalismo, tal como se ejemplifica en poemas tales como "Alerta" y "Argentina", es un tema recurrente. El segundo volumen contiene un número de poemas en francés e italiano, así como traducciones de poemas de esas lenguas: obviamente, Mendizábal estaba contagiado por la veneración porteña de las cosas europeas. La colección incluye también sonetos en honor del papa Pío IX, Garibaldi, Lincoln y Benito Juárez, el indio presidente de México.

Mendizábal tendía a evitar los tópicos relativos a la raza, aunque *Primeros versos* incluía poemas dedicados a los coneles mulatos Domingo Sosa y José María Morales. *Horas de meditación* sin embargo, incluye el apasionado "Mi canto", una crítica del racismo argentino.

En medio de mi pueblo estoy aislado  
Porque donde mi cuna se meció  
Con ímpetu arrojada de su lado  
Una raza de parias ha quedado  
I a aquella raza pertenezco yo.

I ni patria tenemos, si existe,  
De su seno nos supo concribir;  
Las cargas sean para el hombre triste:  
I un solo derecho nos asiste,  
Ha de ser el derecho de morir.

De morir solo por la patria y basta!  
Que es un ente bastardo, irracional:  
Para un mulato de manchada casta  
Para un vil negro de destina pasta  
Una cadena i un dogal!

Mendizábal ha sido citado en otro ataque contra el prejuicio racial, aunque no se sabe en qué fecha hizo esa declaración, o en qué forma.

¿Tendréis horror de ver un negro sentado en el primer puesto de la República? ¿Y por qué, si fuese ilustrado como el mejor de vosotros, recto como el mejor de vosotros, sabio y digno como el mejor de vosotros? ¿Tan sólo porque la sangre de sus venas fue tostada por el sol de Africa en la frente de sus abuelos? ¿Tendréis horror de ver sentado en las bancas del Parlamento a un hombre de los que con tan insultante desdén llamáis *mulato*, tan solo porque su frente no fuese del color de la vuestra? Si eso pensáis yo me avergüenzo de mi pueblo y lamento de su ignorancia.<sup>52</sup>

Fue una pérdida trágica para la comunidad afroargentina cuando calló prematuramente la voz de Mendizábal, porque no surgió ninguna figura de estatura comparable que lo reemplazara. Un número de poetas periodistas de color trabajaron en la ciudad entre 1860 y 1900, pero ninguno de ellos logró que su obra se editara en forma de libro. Ganándose la vida con su trabajo en la prensa tanto negra como blanca, publicaban la mayor parte de su obra artística en semanarios negros, y su calidad no es excepcional. Las más destacadas de estas figuras fueron el mayor Manuel Posadas; el payador Gabino Ezeiza, Froilán F. Bello, fundador y editor de la revista literaria negra *El Eco Artístico*, Santiago Elejalde, el que logró publicar una colección de sus ensayos inspirados; su hijo Mateo Elejalde; Dionisio García; Dionisio Malo; Ernesto Mendizábal, hermano de Horacio y Casildo C. Thompson, previamente citado como compositor y músico.<sup>53</sup> Thompson era el único autor que exhibía cierta sensibilidad por los temas raciales. Su "Canto al Africa", una evocación de las crueldades del tráfico de esclavos, emplea una notable inversión de los tradicionales estereotipos raciales porteños. Aquí el hombre blanco es el salvaje, "una fiera sedienta" que destruye familias negras y vive en su constante avidez de lucro. Los negros son parias, como en "Mi canto", pero son también miembros de una raza noble y distinguida:

De una raza que es mártir por su historia,  
Raza digna de gloria  
Porque es noble i altiva,  
Como el león que entre la selva mora.<sup>54</sup>

Así Thompson verbalizaba el orgullo negro, un tema rara vez escuchado en Buenos Aires.

Si bien los afroargentinos produjeron contribuciones sólo limitadas a las artes plásticas en el siglo XIX, dos miembros de su comunidad, Juan Blanco de Aguirre y Bernardino Posadas, merecen que se los mencione. Blanco de Aguirre estudió pintura en Europa durante cinco años y sin duda por esa razón pudo mantenerse mediante su arte.<sup>55</sup> Bernardino Posadas no fue tan privilegiado, pero a pesar de su carencia de aprendizaje en Europa, fue nombrado como primer instructor de dibujo en el Colegio Nacional.<sup>56</sup>

Los músicos, escritores, pintores y otros artistas de color eran practicantes marginales de las artes en Buenos Aires. La mayoría de los artistas prefieren incluso la crítica más injuriosa de su obra a la indiferencia total, que era la reacción que se acordaba a las creaciones de los afroargentinos. Mi año de investigación no produjo ninguna indicación de que la sociedad porteña más grande tuviera en cuenta las actividades de los artistas afroargentinos, salvo algunos músicos y los payadores. Si aparecían artículos respecto de los artistas o reacciones críticas a su obra en algunos de los periódicos o revistas de Buenos Aires, eran tan pocos que resultan inhallables. A solas con sus musas, los afroargentinos se esforzaban por crear entre la indiferencia y el desdén de la sociedad que los rodeaba. Los intelectuales de la comunidad tenían conciencia de los efectos letales que tenía este aislamiento sobre sus artistas, en particular los más jóvenes, en el proceso de experimentación y búsqueda de un estilo, y por lo tanto tan necesitados de reacción crítica. En un editorial de 1881 titulado "Cosas que nacen y mueren en el misterio", los editores del periódico negro *La Broma* lamentaban la indiferencia de la población blanca a los esfuerzos de los artistas de color. Los escritores jóvenes como Casildo G. Thompson y Mateo Elejalde, y los pintores Blanco de Aguirre y Bernardino Posadas, afirmaban, eran conocidos sólo en la comunidad negra: eran desconocidos para la sociedad más grande de la ciudad. (El editorial también comentaba la ignorancia de los blancos acerca de la historia afroargentina; ¿cuántos argentinos, preguntaba, habrían oído hablar de los guerreros negros Lorenzo Barcala, Domingo Sosa y Felipe Mansilla?) Ese público limitado, agregaba, era completamente inadecuado para brindar el estímulo y el aliento necesarios, el apoyo económico y, lo más importante, la reacción crítica que permitiera a los jóvenes artistas desarrollarse y progresar. La comunidad de color tendía a ser positiva sin reservas acerca de todo lo producido por sus artistas, se quejaban los editores. Lo que hacía falta era crítica genuina; sin ella, las artes afroargentinas nunca progresarían superando su nivel actual y haciéndose dignas de ser tenidas en cuenta por la sociedad blanca.<sup>57</sup>

Otra de las maneras en que el aislamiento de los artistas afroargentinos resultaba pernicioso eran las intrigas y los celos que abundaban entre ellos. Un pequeño círculo de gente talentosa y sensible, alejada del resto de la comunidad artística de la ciudad casi tan efectivamente como si fuesen exilados políticos en otro país, los artistas negros y mulatos de

la década de 1880 fueron víctimas de las mismas disputas debilitadoras que a menudo destruyen a las comunidades de exilados. Si bien *La Broma* lamentaba una falta de crítica constructiva que ayudara a madurar y progresar a los artistas de la comunidad, sin duda no había ninguna escasez de críticas destructivas entre los artistas mismos. Desechaban la obra de los otros como de segunda clase y se sometían unos a otros a un perjudicial escarnio y al desprecio. En 1884, Casildo G. Thompson criticaba a la obra de Zenón Rolón, escrito el comentario "con la franqueza que nos es propia", considerándola como errática y carente de objetivo, pobremente orquestada, poco original, desprovista de la capacidad de la creación musical, y ostentando una obediencia servil a las formas europeas, lo que Thompson denunciaba como decadente, trasnochado, un peso muerto para la composición argentina nativa.<sup>58</sup> Thompson, a su vez, recibía su castigo no sólo de los editores de *La Juventud* sino también del periodista-músico Manuel G. Posadas: "No creemos que el joven Thompson sea una constelación luminosa que aparece entre nosotros para enseñarnos el camino de la redención ni una figura descollante que le sea permitido ocupar el primer puesto entre los que, válidos por su genio y por medio de sus composiciones han demostrado sus profundos conocimientos literarios".<sup>59</sup> Posadas mismo fue desechado varios años más tarde por el joven escritor Jorge Miguel Ford, que admitía la calidad de parte de la obra del periodista y su destacado lugar en la comunidad pero cuyo juicio final era que él "no descolló... no tuvo la brillantez ni la colocación de los más activos".<sup>60</sup>

La colección de biografías de destacados afroargentinos, realizadas por Ford, condena a todos los artistas a una poco grata mediocridad. Federico Espinosa es descrito como un compositor agradable pero poco elaborado; Horacio Mendizábal era un poeta burdo cuya "harpa no tiene sonoridades brillantes"; y como parte de la biografía de Zenón Rolón, Ford incluía varias críticas sumamente duras de las obras del compositor.<sup>61</sup>

La vida de los artistas no siempre es feliz, pero la de los afroargentinos debió ser especialmente amarga. Se les negaba la atención en la sociedad más grande que los rodeaba, sus obras estaban limitadas a un público pequeño y marginal entusiasta en forma extravagante o celosamente vengativo y cruel en sus juicios; prácticamente no se les ofrecía ningún incentivo ni económico ni social para continuar su obra. Pero ellos seguían adelante, produciendo un cuerpo de obras que se levanta como un recordatorio a la persistencia y la creatividad que no podían extinguirse. Mientras la literatura de la comunidad no se leía y era desconocida en la época de su creación, y en la actualidad está dispersa y perdida, su espíritu sobrevive en la música y el baile que son el símbolo de la ciudad de Buenos Aires. El tango no hubiese podido crearse sin los afroargentinos, y toda vez que los violines y bandoneones de Buenos Aires cantan su canción, siguen tocando los tambores del candombe.

1. AGN-IX-8-10-3, folios 79, 102, 174-75; y AGN-IX-8-10-5, folio 122.
2. Ricardo Rodríguez Molas, *La música y danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, 1957), p. 7.
3. *Ibíd.*, pp. 11-13.
4. *Ibíd.*, pp. 11.
5. AGN-IX-36-4-3, doc. 10.
6. *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, 88 vols. (Buenos Aires, 1907-34), Ser. 3, tomo 8, libro 49, pp. 627-30. Los otros dos informes pueden hallarse en AGN-IX-36-4-3, doc. 10; y *Acuerdos*, Ser. 3, tomo 9, libro 50, p. 221.
7. Rodríguez Molas, *La música y danza*, pp. 10-11.
8. AGN-X-32-10-5, libro 5, folio 45; y Alberto González Arzac, *Abolición de la esclavitud en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), p. 52.
9. AGN-X-31-11-5.
10. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
11. *Ibíd.*
12. Enrique Puccia, *Breve historia del carnaval porteño* (Buenos Aires, 1974), pp. 27-28. Noticias respecto de las reuniones y sesiones de práctica de las comparsas pueden hallarse en todo número de los periódicos afroargentinos del período 1870-1900. Para una ilustración de la estrecha relación que había entre los afroargentinos y el carnaval porteño, se remite al lector a la antología de cuentos *Carnaval, Carnaval* (Buenos Aires, 1968), que contiene varios relatos con personajes negros.
13. Para fotografías de las comparsas de rostros pintados de negro, ver Puccia, *Carnaval porteño*, p. 49; "El Carnaval", *Caras y Caretas*, 23 de febrero de 1901; y Néstor Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1974), foto 19.
14. En el Museo de Motivos Populares Argentinos José Hernández está expuesta una lista sin fecha de los miembros de Los Negros. Una fotografía grupal de los miembros de la organización puede encontrarse en Puccia, *Carnaval porteño*, p. 37.
15. Ver, por ejemplo, *La Tribuna*, 7 de marzo, 16 de abril de 1868.
16. Puccia, *Carnaval porteño*, p. 44.
17. AGN-IX-31-4-6, doc. 436.
18. Rodríguez Molas, *La música y danza*, p. 11.
19. *Acuerdos*, Ser. 3, tomo 8, libro 49, pp. 628-29.
20. Un inglés, *Cinco años en Buenos Aires, 1820-1825* (Buenos Aires, 1962), p. 86.
21. Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana*, pp. 37-38.
22. Según el antropólogo Néstor Ortiz Oderigo, en el lenguaje kimbundu de Angola, "candombe" significa "cosa de negros" (*Ibíd.*, p. 163).
23. Esta descripción fue tomada principalmente de Néstor Ortiz Oderigo, *Calunga, croquis del candombe* (Buenos Aires, 1969), pp. 24-26. Otras descripciones pueden hallarse en Ildefonso Pereda Valdés, *El negro en el Uruguay pasado y presente* (Montevideo, 1965), pp. 156-57; y Vicente Rossi, *Cosas de negros* (Buenos Aires, 1958), pp. 15-17.
24. Aunque para informes en la prensa negra de candombes ruidosos públicos, ver *La Juventud*, 30 de setiembre de 1878, p. 4; y *La Broma*, 27 de enero de 1881, p. 3.

25. Citado en Luis Soler Cañás, "Pardos y morenos en el año 80...", *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* 23 (1963): 289.
26. Juan José de Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905.
27. Rodríguez Molas, *La música y danza*, p. 16.
28. Eugenio Petit Muñoz y otros, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, 2 vols. (Montevideo, 1947) 1: 391-92.
29. Blas Matamoro, "Los negros han desaparecido del ámbito de Buenos Aires", *La Opinión*, 6 de julio de 1976, p. 17; y Miguel Angel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871* (Buenos Aires, 1974), p. 116.
30. *La Broma*, 11 de setiembre de 1879, p. 4. Para una referencia similar, ver *La Broma*, 23 de octubre de 1879, p. 2.
31. Artur Ramos, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo* (Ciudad de México, 1943); p. 219; y Francisco García Jiménez, *El Tango: Historia de medio siglo, 1880-1930* (Buenos Aires, 1965), p. 9.
32. Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana*, pp. 70-75.
33. Para una descripción del fenómeno del compadrito, ver James Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910* (Nueva York, 1974), p. 229.
34. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p.224.
35. "El Carnaval antiguo", *Caras y Caretas*, 15 de febrero de 1902.
36. Rossi, *Cosas de negros*, pp. 125-28, 136, 146.
37. "El Carnaval antiguo".
38. Lanuza, *Morenada*, p. 223; y Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana*, p. 30.
39. Puccia, *Carnaval porteño*, pp. 43-44.
40. Lanuza, *Morenada*, pp. 48-49.
41. José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 3 vols. (Buenos Aires, 1907), 1: 330.
42. Francisco L. Romay, *El barrio de Monserrat* (Buenos Aires, 1971), pp. 69-70; Lanuza, *Morenada*, pp. 90, 100-101; Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 1: 287; Néstor Ortiz Oderigo, *Rostros de bronce* (Buenos Aires, 1964), p. 30; y Fermín Chávez, *La cultura en la época de Rosas* (Buenos Aires, 1973), p. 44.
43. Chávez, *Época de Rosas*, p. 44; y Ortiz Oderigo, *Rostros de bronce*, p. 20. *La Broma*, 12 de mayo de 1882, p. 2, menciona los tres años de estudios de Posadas en Bélgica.
44. Lanuza, *Morenada*, p. 100; Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, 1: 287; y Ortiz Oderigo, *Rostros de bronce*, pp. 32-33.
45. Jorge Miguel Ford, *Beneméritos de mi estirpe* (La Plata, 1899), pp. 92-100.
46. Soler Cañás, "Pardos y morenos", p. 288.
47. Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, p. 44.
48. Marcelino M. Román, *Itinerario del payador* (Buenos Aires, 1957), parte 45, cubre la música de este tipo en todo América.
49. José Hernández, *Martín Fierro*, (Buenos Aires, 1963), pp. 199-200.
50. Román, *Itinerario del payador*, pp. 185-86; y Ortiz Oderigo, *Aspectos de la cultura africana*, pp. 103, 114.

51. Luis Soler Cañas, "Gabino Ezeiza, verdad y leyenda", *Todo es Historia* 1 (1967): 65-77.
52. Ricardo Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", Buenos Aires, *Revista de Humanidades* 1 (setiembre de 1961): 124. Para una biografía de Mendizábal y la versión completa de "Mi canto", ver Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, pp. 60-67.
53. Para biografías de varias de estas figuras, ver Ford, *Beneméritos de mi estirpe*.
54. *Ibíd.*, p. 113.
55. *La Juventud*, 20 de marzo de 1878, p. 3.
56. Rodríguez Molas, "Negros libres", p. 124.
57. "Cosas que nacen y mueren en el misterio", *La Broma*, 30 de julio de 1881, p. 1.
58. Esta crítica apareció originalmente en *El Eco Artístico*; fue reimpresa en Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, pp. 94-98.
59. "Las poesías del joven Thompson", *La Juventud*, 10 de junio de 1878, p. 1-2.
60. Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, p. 79.
61. *Ibíd.*

En el Capítulo 3 se sostiene que la desaparición de la dependencia de color fue una consecuencia sólo en el sentido de que los afroargentinos se tornaron casi invisibles en la mezcla étnica de la ciudad. Sin poder de color, a su vez, surgiendo como una entidad étnica activa e identificable en la ciudad, pero cuyos miembros se redujeron hasta a insignificancia en comparación con las oleadas de inmigrantes españoles y otros europeos que llegaron a la ciudad. Entre 1880 y 1890 volaron, con un millón de europeos se asentaron en la Argentina, en su mayoría en la ciudad. La tasa de la inmigración en realidad se aceleró después de 1881, lo que dio cuenta de la forma más duradera de la población nacional (de 1.0 millones en 1850 a 7.8 millones en 1914 en solo diecisiete años). En 1850, cuando se la mitad de la población a Norte de Buenos Aires había nacido en el extranjero, para 1895, esa proporción se había elevado a tres cuartos.

Como se analiza en el Capítulo 3, la llegada de inmigrantes como profundo cambio en la vida de la ciudad, transformando de la "gran villa" de 1870 en la metrópolis urbana y cosmopolita que era para 1914. Uno de los más significativos de esos cambios fue la liberación de Buenos Aires de su prolongada y multifacética dependencia de la población de color: su dependencia de la fuerza laboral negra, su dependencia de los muchos negros para cultivar su comercio, su dependencia de la población negra para que no se levantara y pasara a otro lado de el poder. Mientras los inmigrantes llegaban abundantemente a la ciudad, los blancos al fin lograron en condiciones de vivir a los afroargentinos al divido social, independientemente completamente a un lado de la sociedad de consumo y el sistema político de la ciudad. Esto capituló contra el aislamiento de los afroargentinos, su retirada hacia a los espacios de los inmigrantes, sus dependencias desde arriba de el sistema y sus diversas relaciones, era



## 10

### 1850-1900 LA DECLINACION IRREVERSIBLE

En el Capítulo 5 se sostuvo que la desaparición de la comunidad de color fue una desaparición sólo en el sentido de que los afroargentinos se tornaron casi invisibles en la mezcla étnica de la ciudad. La gente de color siguió existiendo como una entidad étnica activa e identificable en la ciudad, pero cuyos miembros se redujeron hasta la insignificancia en comparación con las oleadas de italianos, españoles, judíos y otros europeos que llegaron a la ciudad. Entre 1880 y 1900 solamente, casi un millón de europeos se asentaron en la Argentina, en su mayoría en la capital. La tasa de la inmigración en realidad se aceleró después de 1890, lo que dio cuenta de la fenomenal duplicación de la población nacional (de 4,0 millones en 1895 a 7,9 millones en 1914) en sólo diecinueve años. En 1855, menos de la mitad de la población adulta de Buenos Aires había nacido en el extranjero; para 1895, esa proporción se había elevado a tres cuartos.<sup>1</sup>

Como se analizó en el Capítulo 2, la llegada de inmigrantes causó profundos cambios en la vida de la ciudad, transformándola de la "gran aldea" de 1870 en la metrópolis activa y cosmopolita que era para 1914. Uno de los más significativos de esos cambios fue la liberación de Buenos Aires de su prolongada y multifacética dependencia de la población de color: su dependencia de la fuerza laboral negra, su dependencia de los hombres negros para pelear en el ejército, su dependencia de la población negra para que no se levantara y pusiera a otro Rosas en el poder. Mientras los inmigrantes llegaban abundantemente a la ciudad, los blancos al fin estuvieron en condiciones de enviar a los afroargentinos al olvido social, haciéndolos completamente a un lado en la sociedad, la economía y el sistema político de la ciudad. Este capítulo rastrea el aislamiento de los afroargentinos, su retirada frente a los avances de los inmigrantes, sus perjudiciales dudas acerca de sí mismos y sus divisiones internas, sus

esfuerzos por llegar a ser asimilados por la sociedad blanca argentina, y los consistentes rechazos que sufrieron de parte de sus compatriotas.

La existencia de una activa prensa afroargentina durante el período 1850-1900 nos proporciona una rara oportunidad para examinar este proceso por medio de ojos afroargentinos. A partir de 1858 con *La Raza Africana*, los afroargentinos produjeron al menos quince periódicos semanales y bisemanales, una cifra que claramente contradice las afirmaciones en el sentido de que la comunidad había desaparecido. Algunos de ellos sólo publicaban un puñado de números; otros duraban por períodos de hasta siete u ocho años; *La Raza Africana*, por ejemplo, sólo publicó ocho números, como sucedió con su sucesor, *El Proletario*.<sup>2</sup> Una brecha de seis años separó estos experimentos iniciales de la siguiente publicación negra, *La Igualdad*, que editó una cantidad desconocida de números en 1864.<sup>3</sup> Si bien *La Igualdad* desapareció en algún momento de ese año, se reencarnó en 1873 y se publicó regularmente por más de un año antes de volver a desaparecer.<sup>4</sup> Contemporáneo a esta segunda aparición fue *El Artesano*, también titulado *El Tambor*, y otro periódico del que no perduran ni rastros, *El Candombero*.<sup>5</sup> Otros dos periódicos publicados entre 1870 y 1873 fueron *La Crónica* y *El Porvenir*.<sup>6</sup> El fin de la década de 1870 presenció un florecimiento de la prensa negra, los más importantes de cuyos órganos, y los que tuvieron mayor duración, fueron fundados entre 1876 y 1880. Estos incluían *La Perla*, *El Unionista*, *El Aspirante*, *La Aurora del Plata*, *La Idea*, *La Juventud*, *La Broma*, *La Protectora* y *El látigo*.<sup>7</sup> Todos estos periódicos, excepto *El látigo*, continuaron hasta la década de 1880, y varios de ellos pasaron por diversas reencarnaciones: *La Broma* marcó el récord con seis épocas, como se las denominaba, entre 1876 y 1885. La década de 1880 vio el nacimiento de varios periódicos adicionales, tales como *La Razón* y *El Obrero*.<sup>8</sup> Cuando se agregan a las revistas literarias *El Eco Artístico* y *La Ortiga*, estas diversas publicaciones se erigen como obvia evidencia de la continuada existencia y la vitalidad de la comunidad negra de la ciudad.

Lo que torna a estos periódicos singularmente valiosos como fuente es el hecho de que sirvieron como foro para la presentación de casi todos los puntos de vista sostenidos por los miembros de la comunidad. Regularmente publicaban cartas de individuos privados, así como poemas, noticias sociales y editoriales especiales. También la competencia entre los periódicos era marcada. *La Juventud* publicaba serios ataques contra *La Perla*, *El Unionista* y *La Broma*, editando regularmente una columna titulada "La Broma" en la que se ridiculizaba extensamente el número de su oponente de la semana anterior; *La Igualdad* era el enemigo mortal de *El Artesano*. Estos desacuerdos solían ser por cuestiones políticas, pero con alguna frecuencia degeneraban en venganzas personales entre los editores, y entonces los ataques y las acusaciones se tornaban francamente insultantes. Los editores de *La Igualdad* apodaban a sus contrapartes de *El Artesano* "carne cruda" y "el mono del organito",<sup>9</sup> *La Juventud* describía a *La Broma* como un papelucho dirigido por un loco, y acusaba a sus editores y a los de *La Perla* de ser borrachos públicos.<sup>10</sup> Esta competencia,

por no decir antipatía, entre los periódicos negros, aseguraba la difusión de todas las corrientes de opinión de la comunidad, y mediante las divergencias de acuerdo que surgen en estos semanarios se tiene una idea muy buena de las cuestiones y problemas de la mente colectiva de la comunidad.

## LOS AFROARGENTINOS ENFRENTAN A LOS INMIGRANTES

La población negra y mulata de Buenos Aires entró en la segunda mitad del siglo en circunstancias menos que ideales. A la comunidad no le había convenido su relación especial con el gobernador Rosas, y después de la caída de éste los periodistas y escritores de color fueron unánimes en su condena de Rosas. El segundo número de *El Proletario* publicaba un editorial recordando "esa bárbara y salvaje tiranía de veinte años" que arruinó a toda la ciudad, en especial, a la "clase de color", que Rosas mantuvo "en un estado de barbarie o absoluta ignorancia..., encerrándola en los campamentos y haciendo de ella el principal e inocente instrumento de su poder y dominio".<sup>11</sup> En 1882, *La Broma* presentó un editorial de tono muy parecido, culpando a la "educación" de la comunidad en las barracas y campamentos del ejército por su continuada posición socioeconómica inferior.<sup>12</sup> En 1884, *La Igualdad* acusaba a Rosas de ser un déspota, un tirano y un sanguinario verdugo.<sup>13</sup> *La Juventud* también lo acusaba de ser "el tirano más sangriento que se haya conocido".<sup>14</sup>

Al revisar esas expresiones de sentimiento antirrosista, no debe olvidarse que era muy conveniente para los afroargentinos expresar fuerte lealtad al principio del antirrosismo, una corriente que tenía gran fuerza en el Buenos Aires de la época posterior a Rosas. El odio a Rosas era un componente constante y básico de la actividad política de la ciudad durante la segunda mitad del siglo. Dado que los negros y mulatos habían estado muy visiblemente relacionados con el dictador, les convenía poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y el ex gobernador.

Pero es también innegable que los años de Rosas le habían hecho un daño tremendo a los afroargentinos. Los gobiernos posteriores hicieron algunos esfuerzos por remediar la condición de la comunidad, quizá reconociendo la verdad que había en las advertencias de *El Proletario* de que a menos que la comunidad recibiera ayuda para recuperarse, podría ser presa inocente de otro demagogo dispuesto a explotar su miseria.<sup>15</sup> Las escuelas públicas para varones fueron abiertas a los estudiantes de color, se terminó la segregación en el ejército, y las constituciones nacional y provincial de 1853 y 1854, respectivamente, declararon a todos los ciudadanos argentinos oficialmente iguales ante la ley. Pero la herencia colonial de la conciencia de casta y de actitudes y prácticas racialmente discriminatorias demostraron ser demasiado duraderas para que se las pudiera superar con facilidad. En el área de educación, por ejemplo, la hostilidad de maestros y alumnos hacia los alumnos de color convirtió en un gesto vacío el fin de la segregación de las escuelas. En los periódicos afroargentinos aparecían con frecuencia las protestas relativas a las faltas de oport-

tunidades educacionales para los niños negros en las escuelas públicas. Mientras algunos lectores enviaban cartas en defensa de las políticas del gobierno, el editor de *El Aspirante* planteó esta cuestión en 1882: "Si en las escuelas estatales se enseña al alumno blanco de la misma manera que al negro, ¿por qué es que uno de cada mil alumnos negros sale medianamente instruido, mientras entre los blancos la proporción es de uno en cincuenta?"<sup>16</sup> *El Proletario* atrajo la atención desfavorable a la prensa blanca con sus ataques contra la discriminación en las escuelas públicas. En respuesta a las acusaciones de que al criticar las escuelas había insultado al gobernador Alsina y a su gobierno, el periódico publicó la siguiente disculpa, cuidadosamente explicada, que sugiere el delicado equilibrio que debían guardar los editores de los periódicos negros entre sostener la causa de la comunidad y no ofender a los poderes:

Somos los primeros, y de muchos años atrás, en reconocer la franca liberalidad de ideas y bellos principios que han distinguido [y] recomendado siempre el actual Gefe del Estado; y convenimos con la mayor voluntad y conciencia, en que a él se deben en gran parte los beneficios que hoy gozamos teóricamente; pero es indudable también que las preocupaciones sociales y otros accidentes no menos poderosos, que ya tendremos más adelante ocasión de indicar, presentan inconvenientes a la práctica, y hacen muchas veces ilusorias las leyes.<sup>17</sup>

Fue en esta condición debilitada y desventajosa que los afroargentinos debieron enfrentar la llegada de los europeos. El conflicto fue inmediato. En un fenómeno que se asemejó a sucesos análogos en ciudades brasileñas y estadounidenses del siglo XIX, los inmigrantes lograron sacar a los afroargentinos de muchas de las categorías ocupacionales que habían desempeñado previamente.<sup>18</sup> Los artesanos negros y europeos ya habían chocado en el período colonial, cuando los inmigrantes trataron de eliminar a los negros y mulatos de los oficios, convirtiéndolos en una ocupación exclusivamente blanca. Continuó el conflicto, y cuando se inició la inmigración masiva en la segunda mitad del siglo, se vio complicado por los esfuerzos de los inmigrantes por sacar a los afroargentinos incluso de empleos de condición tan inferior como la venta callejera. Los italianos desesperadamente pobres que entraban en la ciudad se mostraban dispuestos a realizar este trabajo por una remuneración aun menor que la de los afroargentinos, de modo que para 1876, una canción que se cantaba en el carnaval de ese año, decía:

Ya no hay negros botellersos  
ni tampoco changador,  
ni negro que vende fruta,  
mucho menos pescador;  
porque esos napolitanos  
hasta pasteleros son,  
y ya nos quieren quitar  
el oficio de blanqueador.<sup>19</sup>



Uno de los últimos vendedores callejeros afroargentinos, c. 1900. Este individuo atraía prácticamente a toda la ciudad con su mazamorra. Las copias de esta fotografía se imprimían y vendían en la época como recuerdo. Fotografía, por cortesía del Archivo General de la Nación.

Enumerando todas esas profesiones antes dominadas por los negros y mulatos, la canción seguía acusando a los “usurpadores napolitanos” que estaban despojando a los afroargentinos de sus medios de vida. Otras fuentes contemporáneas le dan credibilidad a esta queja. En un tiempo tan tardío como 1873, una foto de lavanderas a la orilla del río mostraba que una de ellas era negra y una blanca; para 1899 un artículo de una revista pudo describir la desaparición de las lavanderas negras, que habían entregado sus puestos a las “bravas italianas, sobrias e incansables”.<sup>20</sup> Un artículo de 1898 observaba que los verduleros y fruteros de la ciudad eran casi todos napolitanos.<sup>21</sup> Un artículo de 1899 sobre los changadores incluía fotografías de blancos únicamente, y no hacía ninguna mención de la presencia de afroargentinos en la profesión.<sup>22</sup> Compárese eso con la década de 1850, cuando cada barco que llegaba a Buenos Aires era recibido por muchedumbres de changadores negros que competían por el trabajo.<sup>23</sup> En sus memorias, José Wilde incluía la mención de que el oficio de escobero, otra especialidad negra, había sido completamente tomado por los extranjeros.<sup>24</sup> El reemplazo de los trabajadores de color por los inmigrantes fue un fenómeno tan extendido que incluso llegó al ejército; cuando el Octavo Batallón de Infantería —que como unidad de libertos había ganado sus laureles en la campaña de siete años a través de Chile, Perú y Ecuador, antes de ser disuelto en la década de 1820— fue reconstituido en 1871, se lo formó con compañías de la Legión Italiana, una unidad de soldados inmigrantes.<sup>25</sup>

En general la resistencia de los negros y mulatos a la invasión de los inmigrantes parece haber sido menos pronunciada en la Argentina que en los Estados Unidos.<sup>26</sup> Habiendo absorbido el tradicional desdén argentino por el trabajo mecánico y manual, los afroargentinos no estaban poco dispuestos a entregar sus puestos en estos campos.<sup>27</sup> Retirándose frente al avance europeo, entraron en el sector de servicio, un área en la que siempre habían predominado, en números siempre crecientes. Más y más de ellos se convirtieron en servidores domésticos, músicos, trabajadores del espectáculo (v.g., bailarines en las academias de baile) y empleados del gobierno de nivel inferior.

El servicio en el gobierno parece, a primera vista, una ocupación sorprendente para los afroargentinos, ya que implica cierto grado de acceso al patrocinio político y a las figuras influyentes. Sin embargo, los ordenanzas y secretarios negros y mulatos eran comunes en el Congreso, en la residencia presidencial y en los distintos ministerios. Un artículo de 1883 informaba que los hombres de color “forman la clase inferior de los empleados o mejor dicho, ejercen el servicio en las oficinas públicas, muy bien vestidos y calzados”.<sup>28</sup> En 1902, un artículo ilustrado de una revista sobre el Congreso incluía dos fotografías de cinco o seis ordenanzas, todos los cuales negros o mulatos.<sup>29</sup> El ordenanza negro era una figura frecuente en las historietas de comienzos de siglo. Una muestra típica de ellas, titulada “Esperanza realizable” mostraba un ordenanza relajándose y contando con los dedos: “El presidente en viaje, el vice también, y el doctor Uriburu medio embromado de salud. ¿Quién me dice que a ese paso no se agotan

todos los sustitutos y tengo que desempeñar interinamente la presidencia?"<sup>30</sup>

Un prerequisite para el desempeño satisfactorio de un empleo es el entendimiento perfecto de parte del empleado de la relación entre él y su empleador. Los inmigrantes, aún no acostumbrados a los principios organizadores de la sociedad porteña, actuaban en desventaja respecto de los afroargentinos, cuya larga historia de servicio (tanto obligatoria como libre) les daba un conocimiento casi instintivo de la conducta que de ellos esperaban sus empleadores. Un documento sumamente interesante del período son las memorias de Mamerto Fidel Quinteros, un negro que se desempeñó como ordenanza del Congreso durante unos treinta años. El hace muy claro que el conocimiento y el sometimiento a las reglas ni escritas ni verbalizadas de las relaciones de clase porteñas era esencial en su trabajo, de hecho, dedicó un entero capítulo a un análisis de la etiqueta entre ordenanzas y congresales. Los congresales nunca ordenaban, sino más bien, solicitaban; sin embargo, se esperaba que los ordenanzas reaccionaran a la solicitud como a una orden.<sup>31</sup> Quinteros estaba bien preparado para este trabajo, ya que había sido criado como sirviente en una casa de la elite en la que se esperaba que todos los miembros actuaran según convenía a su posición en la vida. "Hoy se dice que ese hecho significaba una vergüenza, por representar el privilegio de una casta. No lo sé, puede ser que así sea, pero lo que sé, es que en esas familias, la moral y las buenas costumbres, fueron respetadas como una religión. Que las señoras no lo eran solamente en la apariencia, y que los hombres, lo eran de verdad". Quinteros tenía plena conciencia de su propio lugar en este sistema: cuando entró en el Congreso, "yo era un negrito respetuoso y bien educado".<sup>32</sup>

Otra ventaja que tenían los afroargentinos en la competencia con los inmigrantes para los puestos en el gobierno era el hecho de que ellos, después de todo, eran ciudadanos, y los inmigrantes no. La Constitución argentina otorgaba a los extranjeros la mayoría de los derechos constitucionales de los ciudadanos, de modo que había poco incentivo para que los inmigrantes se naturalizaran. En casos ocasionales en que intentaban hacerlo, encontraban una formidable resistencia burocrática. Para 1895, de los 206.000 hombres nacidos en el extranjero que vivían en la ciudad, sólo 715 se habían convertido en ciudadanos.<sup>33</sup> Así, los ciudadanos de color obtenían una ventaja automática sobre los extranjeros blancos, a saber, el derecho de sufragio, el voto de los afroargentinos era activamente buscado por los partidos municipales. Los periódicos negros *La Igualdad* y *El Artesano* tenían fuertes subsidios de los intereses políticos de Avellaneda y Mitre, respectivamente, para obtener el apoyo afroargentino en la elección presidencial de 1874.<sup>34</sup> La participación de los hombres de color en esta elección y en otras, le valió a la comunidad el derecho al patrocinio, que se materializaba en la forma de puestos como secretarios u ordenanzas.

La comunidad ocasionalmente expresaba resentimiento por su nombramiento automático en los niveles inferiores en los servicios del gobierno. En 1879, *La Broma* atacó a "los prohombres del partido, los que del

turrón tratan de sacar el mejor bocado, sin dejar siquiera las migajas para nuestros humildes hombres".<sup>35</sup> Pero en su mayoría, los afroargentinos aceptaban lo que podían conseguir. El servicio en el gobierno, aun al nivel de ordenanza, era especialmente atractivo para los negros y mulatos por su relativo prestigio, una cualidad de la que carecían especialmente la mayoría de las ocupaciones afroargentinas. Los ordenanzas tendían a identificarse estrechamente con la institución gubernamental o ministerio en el que trabajaban, derivando status de esa fuente. Quinteros recordaba un incidente en el que una fiesta realizada conjuntamente por los ordenanzas negros de la residencia presidencial y del Congreso derivó en una lucha cuando uno de los ordenanzas presidenciales hizo comentarios insultantes respecto del Congreso. "Esos ataques al privilegio parlamentario, no podían ser tolerados por nosotros, sin que nos sintiéramos como cómplices de una flagrante violación constitucional".<sup>36</sup>

También había beneficios concretos que se podían lograr en el servicio del gobierno. La proximidad de los ordenanzas con los congresales les daba a aquéllos cierta cantidad de influencia para obtener pequeños favores de sus superiores, en especial cuando lograban establecer vínculos del tipo "patrón-cliente" con ciertos legisladores. Esta realidad fue comentada en un ensayo semihumorístico en la popular revista *Caras y Caretas*, en la que un afroargentino se acerca a un amigo suyo que es ordenanza del Congreso. El primero de ellos conoce a una mujer que está dispuesta a pagar 200 pesos al que pueda guiar una petición suya a través del laberinto burocrático del Congreso. El amigo le pregunta al ordenanza si él puede hacerlo, y propone dividir el dinero en partes iguales. El ordenanza acepta, asegurándole a su amigo que no habrá ningún problema dado que los ordenanzas siempre se cuidan de cultivar la amistad de esos congresales que parecen que van a tener una carrera larga y exitosa en la política.<sup>37</sup> Entre el prestigio acumulado y el ocasional uso de influencia que era un gaje del servicio en el gobierno, los ordenanzas negros gozaban de considerable posición dentro de la comunidad; aunque yo no hice una cuenta exacta, estimaría que más de la mitad de las noticias necrológicas de la primera página que aparecían en los periódicos negros eran de ordenanzas u otros empleados del gobierno.

Pero era un afortunado el afroargentino que lograba entrar en el servicio del gobierno. La mayoría permanecía en la posición mucho menos ilustre de sirviente doméstico, un empleo de posición inferior con poca oportunidad de avance tanto para el trabajador como para sus hijos. El censo nacional de 1895 si bien no proporcionaba ninguna información estadística respecto de la raza, notaba en uno de sus capítulos que la gran mayoría de los negros de la capital seguían trabajando como sirvientes domésticos, concentrados en el servicio de las familias ricas, a las que les gustaba exhibir a sus mayordomos y cocheros de librea.<sup>38</sup> Debido al gran número de hombres y mujeres de la comunidad en el servicio doméstico, la prensa negra tendía a tomar nota de las cuestiones laborales relativas a esta área de trabajo. En 1881, por ejemplo, *La Broma* publicó un editorial,

atacando una propuesta ordenanza que requería que los domésticos dieran un preaviso de diez días antes de dejar un empleo.<sup>39</sup>

Pero si el servicio doméstico ofrecía poca oportunidad de progreso, al menos brindaba relativa seguridad y, en especial en las familias ricas, protección paternalista contra la competencia vocacional introducida por los europeos. Crecientemente expulsados de los oficios tradicionales por los inmigrantes europeos dispuestos a trabajar largas horas por una paga baja, los negros y mulatos se retiraron al asilo de las ocupaciones domésticas.

La competencia entre afroargentinos e inmigrantes se extendió al área habitacional. Los nuevos llegados tendían a instalarse inicialmente en las vecindades más pobres de la ciudad, que naturalmente sucedía que eran aquellas donde se concentraba la gente de color. Para la década de 1870, las vecindades negras del centro de la ciudad se estaban quebrando y disolviendo bajo el ataque blanco, ahuyentados por los alquileres en aumento y por la animosidad entre los dos grupos. Los afroargentinos se retiraron hacia las áreas más alejadas de la ciudad. En los periódicos de las décadas de 1870 y 1880, se lee con frecuencia acerca de acontecimientos sociales negros en Flores, entonces un suburbio de la capital y hasta el presente el sitio de una pequeña vecindad negra. También se trasladaron a la zona de Barracas, junto al Riachuelo, el río que marca el límite sureño de Buenos Aires. Incluso ahí los persiguieron los inmigrantes, y un historiador argentino recuerda que sus "mutuas antipatías... más de una vez culminaron en grescas imponentes entre negros, criollos e italianos".<sup>40</sup>

El resentimiento de los afroargentinos hacia los inmigrantes surge a menudo en escritos del período. En 1874, un editorial de *La Igualdad* se quejaba de que los inmigrantes gozaban de todos los derechos de la ciudadanía sin tener que hacerse cargo de ninguna de las obligaciones, que habían sido desleales al no ir a pelear en las guerras civiles y en Paraguay contra los enemigos de Buenos Aires, y que "ese elemento extranjero que goza de todas las franquicias, que es recibido con brazos abiertos, que es más protegido que ninguno, se torna inmediatamente de pisar nuestro territorio un enemigo de las autoridades creadas por esa misma ley".<sup>41</sup>

En especial vehemente en cuanto al tema de los inmigrantes era el ordenanza negro del Congreso, Quinteros, que de entre todos los autores negros fue el vocero más apasionado de la ira de los afroargentinos por el modo en que habían sido hechos a un lado por los extranjeros. Observando que los argentinos blancos y negros eran en gran medida responsables del hecho de que los inmigrantes se hicieran cargo de los oficios calificados y mecánicos debido al desdén de los nativos por tal trabajo, proponía una incrementada ayuda federal a las escuelas vocacionales para permitir a los argentinos reingresar en los oficios y competir con los europeos. Atacaba la participación de los inmigrantes en la política y proponía que las altas posiciones en el gobierno estuvieran vedadas por la ley a los inmigrantes y a sus hijos. En una completa inversión de las ideas de Sarmiento y de otros pensadores argentinos que recibían la inmigración europea como la salvación del país, Quinteros denunciaba a los

italoargentinos como "la Calabria argentina... los descendientes de inmigrantes atávicamente inadaptables a la cultura de los centros civilizados, [y] los representantes de lo más bruto que producen las penínsulas del mundo".<sup>42</sup>

La ira de los músicos afroargentinos desplazados por los recién llegados maestros de Europa se mencionó en el Capítulo 9. Un aspecto especialmente delicado del conflicto entre inmigrantes y afroargentinos fue tocado en 1880, cuando *La Broma* publicó una nota breve sobre el fenómeno de los matrimonios de mujeres negras con italianos. Con sarcasmo considerable, el editor felicitaba a tales novias por su buena fortuna y decía que esperaba verlas pronto vendiendo "los ricos fricholi" en la calle. El encono del autor es inequívoco, aunque él consuela a sus lectores con una breve reflexión sobre el desequilibrio sexual en la comunidad que obliga a las mujeres negras a buscar marido en otra parte, concluyendo con la agudeza de que cuando no se puede conseguir pan, hay que conformarse con la "pasta".<sup>43</sup> (Los varones de la comunidad se vengaron varias semanas más tarde cuando se anunció que uno de ellos pronto se casaría con una mujer vasca.<sup>44</sup>)

Resulta interesante notar que aquel pequeño artículo es la única referencia en toda la prensa negra a la posición demográfica declinante de los afroargentinos. Aunque un artículo de *Caras y Caretas* de 1905 informaba que la comunidad se molestaba mucho cada vez que una de sus jóvenes se casaba con un blanco, no hay ninguna indicación de esto en los periódicos negros.<sup>45</sup> Las columnas sociales nunca comentan la raza de las parejas comprometidas, y es sólo por su mención del lugar de nacimiento en Europa que el investigador puede concluir que los matrimonios entre negros e inmigrantes no eran raros. Los autores negros del período parecen relativamente poco preocupados por las implicaciones a largo plazo del fenómeno.

## AUTOCRITICA

El sentimiento antiinmigrantes era fuerte entre los porteños de ambas razas.<sup>46</sup> Los criollos blancos y negros, como los argentinos nativos se autodenominan, se unieron para denostar a los que llegaban. Pero mientras algunos negros y mulatos expresaban ira, otros daban curso a una especie de derrotismo resignado frente a los éxitos de los inmigrantes y a las retiradas de la gente de color, y en ocasiones expresaban la sensación de que la culpa por el estado decadente de la sociedad afroargentina no la tenían los inmigrantes sino los afroargentinos mismos. En 1878, un editorial de *La Juventud* reflexionaba acerca de la triste situación de la comunidad y la comparaba con la de los europeos residentes en la ciudad:

"Causa pena, inspira tedio; y sobre todo, da vergüenza, el solo hecho de considerar y ver; que todas las Colonias extranjeras residentes aquí en Sud América, aunan sus elementos, formando Institutos de Beneficencia,

Colegios, Centros Sociales, etc., mientras nosotros somos los únicos que permanecemos aislados, sumidos como en un caos desempeñando a las mil maravillas el rol de parias en nuestra propia casa..."<sup>47</sup>

Un editorial similar de 1876 atribuía los éxitos de los inmigrantes a su "manera de ser", describiendo cómo ahorraban cada peso que ganaban hasta que habían acumulado cantidades de capital, para iniciar nuevas empresas o para regresar bien a Europa, mientras que los afroargentinos estaban muy prontos a despilfarrar sus salarios en vanas diversiones.<sup>48</sup> El editor mulato Froilán Bello analizaba las fallas de la comunidad en términos raciales adoptados de la sociedad más grande, imputándolas a "los vicios y los hábitos semibárbaros que nos vienen por tradiciones de raza, sin que hasta hoy se hayan podido estrangular por completo".<sup>49</sup>

Otros pensadores y voceros negros intentaban un enfoque más constructivo dirigido a identificar las fallas de la comunidad y a corregirlas. Las preguntas que se formulaban de manera asidua eran: ¿Qué estamos haciendo mal? ¿Por qué nos estamos quedando atrás respecto de los inmigrantes y qué podemos hacer para remediar la situación? A pesar de las diferencias de opinión frecuentes y rencorosas,<sup>50</sup> surgió cierto consenso para fines del siglo. Los problemas de la comunidad fueron atribuidos a cuatro causas: una tendencia a derrochar tiempo, dinero y energía en diversiones y entretenimientos vanos; una aversión, común a blancos y negros argentinos por igual, al trabajo manual; una perjudicial carencia de oportunidades educacionales; y una profusión de celos, rivalidades y divisiones internas dentro de la comunidad que tornaba a sus miembros incapaces de unirse y trabajar de manera cooperativa hacia su mejora colectiva.

Ya en 1858, la prensa negra había tratado de incitar a sus lectores contra la supuesta tendencia de la comunidad a gastar dinero y energía en diversiones antes que en proyectos constructivos tales como la educación o las sociedades de ayuda mutua.<sup>51</sup> Este mensaje fue repetido con frecuencia en los periódicos negros, y las gratificaciones tales como el licor, las ropas caras y los bailes frecuentes realizados en la comunidad era un blanco favorito para los editores negros. La campaña de Santiago Elejalde en favor de la fundación de una sociedad de ayuda mutua afroargentina remarcaba el hecho de que los afroargentinos preferían invertir en la organización de comparsas para el carnaval antes que en instituciones que podían proporcionar beneficios económicos concretos a largo plazo en lugar de un pasajero entretenimiento de una noche.<sup>52</sup> Tiburcio Puentes Gallardo, el más ácido de los periodistas afroargentinos, específicamente culpaba del derrumbamiento de la sociedad de ayuda mutua La Fraternidad a la debilidad de sus miembros por realizar bailes. "¿Qué ha sido en fin, con todas las [sociedades] que hasta ahora se han instalado entre nosotros? Lo repetimos. Baile aquí, banquete allá, conferencia aquélla, ceremonia allá, todo lo llevó al diablo". Puentes Gallardo agregaba que él no tenía ninguna objeción a un baile anual realizado como acontecimiento para reunir fondos, pero las sociedades de ayuda mutua tendían

a darlos cada dos semanas: "de este modo, ni el capital del Banco de Londres duraría seis meses en nuestras manos".<sup>53</sup>

Esta afición excesiva por la diversión y el entretenimiento estaba íntimamente relacionada con el disgusto de los afroargentinos hacia el trabajo manual, según varios editores y autores negros, aunque Puentes Gallardo era lo bastante astuto como para ver que los negros de la clase trabajadora buscaban puestos como trabajadores del gobierno o en el servicio doméstico porque al menos en ellos podían vestirse bien y escapar en cierta medida del prestigio inferior de los oficios mecánicos. "El herrero, el carpintero, no pueden andar todos los días de levitón y sombrero alto" como los ordenanzas y sirvientes de las familias ricas. Los oficios son considerados por todos como empleos bajos, observaba Puentes, "y hay que advertir, que en este punto de empleo, *blancos* y *negros* todos cojian aquí del mismo pie".<sup>54</sup>

Los periódicos negros publicaban una y otra vez llamados a la población de la clase trabajadora para que abandonaran la denigrante ocupación del servicio doméstico, con sus vínculos paternalistas y su dependencia personal, tan recordatorios del régimen esclavista, y que se ganaran su independencia como trabajadores capacitados libres. Un editorialista invitado de *La Broma* lanzó el llamado: "¡Vamos, a los talleres nuestros hijos; a los talleres nuestros sucesores!"<sup>55</sup> Cuando Jorge Miguel Ford publicó su colección de biografías afroargentinas en 1899, dedicó un capítulo a descalificar a la comunidad por su incapacidad para ingresar en los oficios mecánicos, por ser "más imbuidos en el arreglo del tocador que en el amor al trabajo rudo, más predispuestos al placer que a las vicisitudes, más a la empleomanía que a surcar la tierra con el arado, más a oír un trozo de Traviata, Falstaff, o Rigoletto que el ronco sonido del yunque en donde cae el martillo".<sup>56</sup>

Para revertir esa tendencia, Ford incluía en su libro la biografía de Eduardo Magee, un joven afroargentino que recibió una beca del gobierno para ir a Gran Bretaña a estudiar mecánica y reparación de motores. Tras pasar cinco años en Inglaterra y Escocia, volvió a la Argentina y fue convertido en maquinista de la Marina. Ford ponía ese ejemplo como una inspiración para que la juventud afroargentina se acercara a los oficios mecánicos.

Pero tal vez el problema más debilitante que enfrentaba la comunidad, el que sus líderes veían con mayor inquietud, lo planteaban los interminables desacuerdos y divisiones que perjudicaban a la comunidad, divisiones creadas en gran medida por los líderes mismos. La política era una de las principales fuentes de discordia. La campaña presidencial duramente luchada de 1874 resultó en un sentimiento particularmente malo. Las facciones rivales se enfrentaban con fuerza, y el conflicto finalmente culminó con una pelea a puñetazos en una elegante reunión social de afroargentinos.<sup>57</sup> Tratando de eliminar esta clase de disturbios de la vida de la comunidad, *La Broma* tomó posición contra la participación en toda agrupación o para todo candidato, sosteniendo que los políticos blancos habían empleado continuamente a los negros en épocas de necesidad

para luego olvidarlos cuando llegaba el momento de dividir el botín. Atacaba a *La Igualdad* por haber servido como vocero de los intereses de Avellaneda, y en 1879 anunció que no respaldaría a nadie en las próximas elecciones porque estaba completamente desilusionado con todos los partidos. Instando a la comunidad a evitar las divisiones partidarias, el periódico proclamaba: "¡Nuestro lema es unir no dividir, y con él estamos!"<sup>58</sup>

Los editores de *La Juventud* también habían encarado la cuestión de la política partidaria con franca e invariable crítica. Como *La Broma*, sostenían que la política sólo servía para dividir a la comunidad y no producía ningún beneficio. Un artículo sobre los legisladores negros del período los describía como los trabajadores del partido que seguían servilmente los dictados de los líderes políticos.<sup>59</sup> Un artículo posterior acusaba a la prensa blanca de explotar a la comunidad de color con fines políticos. Decía que los periódicos blancos sólo informaban acerca de la comunidad cuando ésta se organizaba para apoyar a un candidato favorecido por los periódicos; cuando los afroargentinos se esforzaban para establecer una sociedad de ayuda mutua apolítica o un periódico apolítico, esos esfuerzos no recibían ningún comentario de parte de los principales periódicos. Así, la prensa blanca alentaba el conflicto y la discordia dentro de la comunidad e ignoraba los esfuerzos por movilizarla para fines constructivos.<sup>60</sup>

Además de la política, la otra fuente principal de división dentro de la comunidad eran las diferencias de clase. El Capítulo 3 se refería al pequeño número de profesionales y propietarios pardos y morenos documentado en el censo de 1827. Esta naciente clase media siguió creciendo durante la segunda mitad del siglo. Los periódicos negros eran apoyados en parte por propaganda regular de tales empresas afroargentinas como la fábrica de cigarrillos de Juan Pablo Balparda y las salas de baile de propiedad y dirigidas por miembros de la comunidad. Los músicos y los periodistas de éxito tenían ingresos por encima del nivel medio, como sucedía con profesionales tales como Tomás B. Platero (que en 1882 se convirtió en el primer notario público afroargentino) o militares de alto rango. Esta clase se veía aumentada también por los trabajadores manuales que mediante la hábil inversión en la economía en expansión de la ciudad amasaban considerable patrimonio financiero. Un temprano ejemplo de este fenómeno fue un mulato músico y fabricante de coches de la década de 1830 que llegó a ser lo bastante rico como para iniciar negociaciones por la compra de un título de nobleza español.<sup>61</sup> Un ejemplo posterior fue Eugenio Sar, un estibador cuyas inversiones en bienes raíces lo convirtieron en uno de los miembros más acomodados de la comunidad negra. Su nombre aparecía regularmente, junto con el del resto de la clase media de color en las listas de suscripción para las frecuentes recaudaciones de fondos realizadas por los periódicos negros.<sup>62</sup>

*La Broma* era el órgano de esta "burguesía negra", como E. Franklin Frazier rotuló a su contraparte de los Estados Unidos.<sup>63</sup> Desde el mismo comienzo, *La Broma* se presentó como vocero de la alta sociedad afroargentina. En su primer número anunciaba que evitaría escrupulosamente todas las cuestiones políticas y las fuentes de posible conflicto, y en cambio

se limitaría a las noticias de bailes, reuniones de club, tertulias y acontecimientos sociales en general.<sup>64</sup>

Este enfoque enfureció cabalmente al semanario de la clase trabajadora *La Juventud*, que respondió con un editorial donde se burlaba del recién inaugurado periódico: "Nada que se relacione con la política de partidos y mucho de detalladas crónicas de tés!!! cafés!!! chocolates!!! de grandes bailes!!! y de bailes *grandes*!!! paseos!!! soirées!!! reuniones!!!, etc".<sup>65</sup>

La filosofía y las políticas editoriales de *La Juventud* eran diametralmente opuestas a las de *La Broma*. Tomando su vocabulario e ideología directamente del pensamiento marxista, el periódico llamaba la atención de sus lectores respecto de ciertos "hechos contradictorios" en la situación de la ciudad: "contradictorio cuando millares de brazos están desocupados y gran número de familias, sumidas en la más completa miseria. El descontento es general, y el que hoy tiene trabajo, no cuenta con seguridad para el día siguiente".<sup>66</sup> Los editores volvían una y otra vez al tema de la unión como la única protección posible contra la burguesía. Los trabajadores son esos seres que más que a ninguno les es necesaria la unión para protegerse; la burguesía son "esos seres que visten levitas para ocultar mejor la lepra de sus almas".<sup>67</sup>

Estos llamados a la unión a menudo estaban expresados en términos puramente raciales. Un editorial de 1876 sobre "la sociedad de color" sostenía que "la obra de nuestra sociedad es grandiosa y solemne. Sus principios, los demasiado elevados... y el número de miembros que la componen es exorbitante... Necesita tan sólo la unión para obtener el triunfo de sus más preciosos derechos y libertades".<sup>68</sup> El editorial de Año Nuevo de 1878 advertía que a menos que la comunidad pudiera superar sus divisiones y unirse, la "devastación" en que se hallaba podía resultar permanente. Un editorial posterior que celebraba el día de la Independencia repetía el mensaje, cerrándolo con el grito: "¡Uno para todos, todos para uno!".<sup>69</sup>

*La Juventud*, de manera consistente, explicaba estas divisiones en términos de clase. En verdad, sus ataques más airados los reservaba para esos afroargentinos de clase media que se ubicaban por encima del resto de la comunidad. Un ejemplo representativo es una controversia que se suscitó en 1876 respecto de un club social llamado La Esperanza Argentina. El club fue fundado por varias de las más prósperas familias de color y cobraba aranceles demasiado altos para que pudiera pagarlos un trabajador normal. *La Juventud* atacaba este exclusivismo, acusando a los fundadores del club de nutrir pretensiones sociales que dividirían a la comunidad. Los editores instaban a los miembros del club a olvidar su superioridad de clase y a concentrarse en cambio en la unión de la población de color de la ciudad.

No hagamos más propaganda contra nuestros propios hermanos... Que terminen esas pretensiones desastrosas, de los que tan malamente se llaman *hombres de categoría*. Que terminen esas grandes subdivisiones



Miembros de la clase media negra porteña. Estas matronas fueron fotografiadas en 1902 en uno de los "bailes grandes" de los que se burlaba el periódico de la clase trabajadora *La Juventud*. Fotografía, por cortesía del Archivo General de la Nación.

que existen entre nosotros;... Agrupémonos todos al torno de una sola bandera, y habremos dado un solemne mentís a los que ya nos hacen legados al olvido.<sup>70</sup>

Pero La Esperanza Argentina no bajó sus aranceles, de modo que varias semanas más tarde *La Juventud* anunció la formación de un nuevo club, Los Hijos del Orden "verdaderamente un centro de asociación compuesto por trabajadores humildes, en donde existe la *unión, el progreso y la amistad*".<sup>71</sup>

La respuesta inicial de *La Broma* a los gritos de guerra de *La Juventud* fue fingir indiferencia e incluso ignorancia. En el mismo artículo donde describía los elegantes acontecimientos sociales de la comunidad como su principal interés, se autoabsolvía de la responsabilidad de responder al análisis que hacía *La Juventud* de los males de la sociedad. "Y si alguna vez escribimos algún artículo serio, no es con la intención de ilustrar a nadie, porque mal podemos pretender enseñar lo que para nosotros no sabemos y desearíamos que se nos enseñase".<sup>72</sup> En las ocasiones en que replicaba *La Juventud*, *La Broma* negaba airadamente las acusaciones de división dentro de la comunidad que formulaba su opositor. "La sociedad de color está unida pues, piensa como un solo hombre, anhela la realidad de sus esperanzas obedeciendo a un solo presagio y se ajita con brío como el corazón que palpita a un mismo impulso".<sup>73</sup> Pero estas afirmaciones tranquilizadoras eran desmentidas por la hostilidad con que el periódico trataba a los Hijos del Orden y a otras organizaciones de la clase trabajadora en sus páginas. Su trato poco profundo de los conflictos existentes en la sociedad de ayuda mutua La Protectora revelaba su tendencia a ignorar la división dentro de la comunidad. De mayo a julio de 1869, la organización aparentemente se vio sacudida por una lucha interna acerca de la cual *La Broma* de tanto en tanto comentaba crípticamente. Sólo cuando la disputa se hubo resuelto, el periódico publicó un artículo reconociendo francamente la existencia de la discordia dentro de la sociedad y congratulando luego a los miembros de La Protectora por haber resuelto su diferencia. Significativamente, incluso este artículo se titulaba "Rumores de La Protectora".<sup>74</sup>

Retrospectivamente *La Broma* y la clase que ese órgano representaba deben ser considerados culpables de las acusaciones que contra ellos formulaba *La Juventud*, las de promover la división de clases por encima de la unidad racial. *La Broma* representaba a una clase media negra y mulata sumamente deseosa de escapar al estigma de su condición racial y de ser aceptada como iguales por la clase media blanca. Este concepto anteriormente impensable parecía haberse convertido en una posibilidad real en el Buenos Aires posterior a 1850. No sólo la expansión económica proporcionaba oportunidades para el crecimiento de la clase media de color, sino que la sociedad blanca parecía más dispuesta a la idea de aceptar a los afroargentinos como iguales. La legislación progresista de la década de 1850 fue analizada anteriormente en este capítulo. Estas leyes constituían parte de la estrategia unitaria para impedir que todo



El emblanquecimiento de un afroargentino. Este aviso de cuellos y puños apareció en la revista *Caras y Caretas* en varias ocasiones durante 1902. Fotografía, por cortesía del Archivo General de la Nación.

futuro populista al estilo de Rosas tomara el poder explotando el descontento de los grupos menos privilegiados. Al promulgarse esta legislación, que tenía como objetivo aparente la integración de la población negra y mulata en la sociedad más grande, el gobierno parecía estar instando a los afroargentinos a olvidar su pasada separación y a unirse en la tarea de construir una Argentina nueva y unida. Este pedido fue hecho explícito en el editorial de 1858 "La raza africana", comentado en el Capítulo 8.

Al dárseles ostensiblemente la oportunidad de escapar a la condición de casta que habían soportado por generaciones, los afroargentinos respondieron con voluntad. Esta respuesta se manifestó más notablemente en un alejamiento del pasado negro y africano de la comunidad y en la adopción de la cultura y los refinamientos europeos favorecidos por la burguesía blanca. Como se ha visto, las sociedades de ayuda mutua africanas fueron desapareciendo durante las décadas de 1860 y 1870, cuando los jóvenes afroargentinos se rehusaban a ingresar en ellas y apoyarlas. La comunidad abandonó el *candombe* en favor de tales danzas importadas como el vals, el *chotis* y la *mazurca*. Los artistas argentinos negros y blancos estudiaban a los maestros europeos con igual fidelidad; varios músicos y pintores de color incluso obtuvieron becas del gobierno para ir a estudiar a los conservatorios y academias de Europa.<sup>75</sup>

Las verdades nacionalistas de la república eran escrupulosamente honradas por los afroargentinos de clase media. Los "principios gloriosos" de la revolución de 1810 eran reafirmados cada día de la Independencia

en *La Broma*; el poeta Horacio Mendizábal escribió varias poesías a la gloria de Buenos Aires y la Argentina; y el joven Jorge Miguel Ford cantó los elogios de “esa capital colosa, faro de la América del Sur, erguida como un Partenón en medio de un océano progresista”.<sup>76</sup>

En suma, nadie podía acusar a los afroargentinos de clase media de no haber respondido a la invitación para ayudar a formar un nuevo Estado y una nueva sociedad argentinos. Ni siquiera *La Juventud* pudo resistir por completo el canto de la sirena de la asimilación: como *La Broma*, también publicó editoriales promoviendo los principios de la propiedad de clase media, y en un punto incluso presentó una novela por entregas cuya protagonista tenía una piel “tan blanca como la nieve, y unos rubios y rizados cabellos [que] caían en profusión sobre sus espaldas”.<sup>77</sup> Sin embargo, las recompensas esperadas no se realizaron. La estudiada imitación por parte de la clase media afroargentina de las normas y costumbres de la sociedad blanca, llamó la atención y obtuvo la aprobación de los blancos, pero la aprobación tendía a ser de una clase marcadamente condescendiente, y produjo pocos o ningún beneficio. En 1880, el editor blanco Horacio Varela comentó en su periódico *El Porteño* “la educación y compostura de todas aquellas gentes de color”, una observación que le valió elogios en *La Broma* como “el verdadero defensor de nuestros derechos y libertades” y “el hombre más simpático de América”.<sup>78</sup> Un artículo en una revista de 1905 titulado “La gente de color” comentaba los progresos realizados por la clase media negra. Mencionaba sus periódicos, sus revistas literarias.

“sociedades de beneficencia y salones aristocráticos, donde en vez del grotesco candombe o de la zemba... —lascivo como mueca de mono— se danza en traje moderno a la manera de Luis XV ...Ahora se han esfumado en el olvido aquellos corralones en donde la gente de color vivía aglomerada en una promiscuidad que entristecía. Ahora, hay familias negras que se pasean en coche, lucen librea y alhajas regias”.<sup>79</sup>

Pero este elogio no era más que un logro simbólico en el mejor de los casos, y estaba muy contrabalanceado por la posición continuamente desventajosa de los afroargentinos dentro de la sociedad porteña. Durante la segunda mitad del siglo se demostró de manera amplia y consistente que los porteños blancos pensaban en sus compatriotas de color como en negros y mulatos antes que como argentinos. Se encuentran cartas frecuentemente frecuentes en la prensa negra de las décadas de 1870 y 1880 en las que se lamentaba la continuada discriminación en la ciudad. Un incidente particularmente desagradable del verano de 1879-1880 formó una especie de divisoria, demostrando incluso al optimista *La Broma* las realidades de las relaciones raciales en la ciudad.

La segregación había sido una realidad que aparecía y desaparecía en Buenos Aires durante todo el siglo, pero durante ese verano la oposición a la presencia negra en lugares de diversión se consolidó y manifestó en una serie de avisos en periódicos en los que se prohibía específicamente

a la gente de color que entraran a un número de teatros y salones de baile. La protesta afroargentina fue inmediata, y aparecieron editoriales en todos los periódicos de la comunidad. Incluso la prensa blanca hizo causa común con los editoriales afroargentinos: hubo editoriales en *El Porteño*, *La Tribuna* y *La Nación* donde se protestaba por la exclusión de la gente negra de cualquier sitio público. El editor de *El Porteño* ofreció alquilar un salón en uno de los salones ofensores para realizar un baile afroargentino, obligando así a los propietarios a admitir negros, pero los líderes de la comunidad amablemente declinaron el ofrecimiento y en cambio peticionaron al intendente que se ocupara de la situación. El intendente reconoció la gravedad de las cuestiones implicadas, y varios días más tarde el jefe de policía anunció que no ayudaría a los propietarios de los salones de baile en la puesta en vigencia de sus reglas discriminatorias, aunque no dijo que ayudaría a los negros en todo esfuerzo que se hiciera por desafiar esas reglas. Sin embargo, frente a una opinión tan negativa, los propietarios retrocedieron y aceptaron admitir a los no blancos. Un salón, Variedades, incluso publicó un aviso en los periódicos negros diciendo que nunca había prohibido la entrada a sus bailes a la gente de color.<sup>80</sup>

El episodio había terminado felizmente, pero había sido lo bastante desagradable como para enfriar las esperanzas de los miembros más optimistas de la comunidad. Un cambio profundo en la orientación de *La Broma* data de una fecha muy cercana a este asunto. El periódico publicó uno de sus primeros editoriales airados por esa época. Su autor, Froilán Bello, describía la multitud de prostitutas y rufianes que frecuentaban las academias de baile y expresaba su ira por el hecho de que "ladrones, malvivientes y tahúres pueden entrar, porque ellos son blancos. Un compadrito, un holgazán, uno de esos vagabundos profesionales pueden entrar al teatro... y el propietario lo mira y en lugar de echarlo muestra su placer con una sonrisa feliz: porque después de todo, ¡es blanco!". Bello profetizaba que este paso discriminatorio no presagiaba ningún bien para la comunidad en el futuro. "Hoy es el teatro que está cerrado para nosotros, mañana será algún otro lugar público, y pasado mañana será la iglesia, donde todos tenemos el derecho de ir a adorar a Dios, que es el bondadoso padre de todos los seres humanos, sin consideración de la raza o el color".<sup>81</sup>

## UNA COMUNIDAD UNIDA

El prejuicio racial había elevado su fea cabeza de una manera que ni siquiera el miembro más ciegamente optimista de la clase media negra podía ignorar, y una vez que *La Broma* se vio obligado a reconocer este prejuicio, sus editores empezaron a reconocer el efecto abarcador del racismo en todas las relaciones entre los porteños blancos y de color. La imagen de la raza negra como los parias de la ciudad era frecuente en los escritos afroargentinos de este período; aparecía en la poesía de Mendizábal y Thompson, en los escritos de Jorge Miguel Ford, y en las páginas

de *La Juventud*. Desde 1879 y 1880, la palabra "paria" también empezó a aparecer en *La Broma*. Los editoriales del periódico empezaron a hacerse eco de sentimientos expresados varios años antes en *La Juventud*. Por ejemplo, en 1878, *La Juventud* había publicado un editorial donde lamentaba cómo blancos y negros por igual habían ignorado y olvidado la historia afroargentina. En 1882 *La Broma* publicó un editorial exactamente sobre el mismo tema, observando que "la historia patria tiene muchas páginas en blanco".<sup>82</sup> Un editorial analizado en el capítulo anterior se lamentaba de la indiferencia de los blancos hacia los artistas de color y del efecto desastroso que esa indiferencia tenía sobre escritores, músicos y pintores de la comunidad.

Los artículos más airados de todos, que pueden erigirse como evidencia incontrovertible del despertar de *La Broma* a las realidades de las relaciones raciales en la ciudad, fueron publicados a fines de 1879. Uno recordaba cómo los soldados negros habían ganado la libertad de la Argentina y comparaba el rol glorioso de la raza en la lucha por la independencia con su situación presente, mantenida en una posición permanentemente inferior por la incapacidad del gobierno por poner en vigencia leyes que prohibieran la discriminación.

Los hombres encargados de hacer cumplir y respetar la Constitución son los primeros en violarla. Empezando por escluirnos de todo derecho a aspirar cualquier puesto público, sin acordarse que para que ellos gozen de este derecho, nosotros hemos sido los primeros en abandonar nuestras familias y nuestro hogar, para volar a defender la patria, cuando ha sido ofendida por algún enemigo.

Cuando algún caudillo se ha levantado contra el orden de cosas establecido, hemos sido los defensores de las autoridades constituidas.

¿Y cuál ha sido la recompensa?

El desprecio, la humillación.

Y cuando hemos invocado la Constitución como ancora salvadora de nuestros derechos, se nos ha respondido con una risa sarcástica.

La igualdad, en nuestro país, existe sólo en la forma.

Esa es la libertad de que goza ante la ley nuestra clase.<sup>83</sup>

Fue en este punto que *La Broma* parece haber reconocido la necesidad de unirse a la clase trabajadora para formar una comunidad afroargentina verdaderamente unificada. Además de publicar editoriales que sustentaban ideas que habían aparecido varios años antes en la prensa de los trabajadores, *La Broma* dio el paso altamente significativo, en 1880, de agregar el lema "Órgano de la clase obrera" a su título. Esta frase había sido anteriormente parte del logo de *La Juventud*, pero tras la desaparición de ese periódico y de *El Unionista* a comienzos del año, los editores de *La Broma* aparentemente creyeron necesario asumir la causa de los trabajadores de color. El periódico publicó varios editoriales oponiéndose a las ordenanzas municipales que controlaban el servicio doméstico, y en 1881 publicó un artículo recordatorio de las desaparecidas lavanderas negras, honrándolas como las respetadas madres y matronas de la comunidad.<sup>84</sup>

La publicación que sólo se proponía informar de acontecimientos fe-  
lices, de las fiestas y bailes de la acomodada clase media negra, había  
sido obligada a unirse al resto de la prensa negra en las amargas denuncias  
acerca de una sociedad que no permitía que los afroargentinos se elevaran  
y progresaran como les había sucedido a los inmigrantes. Abundantes  
expresiones negras de ese período reiteran los temas del desencanto y el  
resentimiento. Incluso el habitualmente leal Quinteros, el "negrito bueno"  
que deseaba el retorno de los días dorados de la aristocracia tradicional,  
cuando negros y blancos por igual conocían su lugar y lo respetaban, no  
pudo evitar un momento de ira en las páginas finales de sus memorias,  
en las que daba curso al deseo de vengarse ensangrentándose los puños  
contra "algunos que se aprovecharon de mi situación de inferioridad para  
infligirme desconsideraciones o agravios, que he perdonado, pero que  
no me ha sido dable olvidar".<sup>85</sup>

La invitación de los afroargentinos a unirse en la reconstrucción del  
Buenos Aires posterior a Rosas no se había verificado: se la había retirado  
ante la obvia disposición de la comunidad a responder y a unirse en la  
tarea. La llegada de los europeos liberó a la ciudad de su dependencia de  
la cooperación económica y política de la gente de color, y una vez que la  
comunidad ya no tuvo servicios indispensables que vender, perdió el de-  
recho de ingreso en la sociedad de la ciudad posterior a 1850. La esperanza  
de los afroargentinos de participar en esa sociedad como socios iguales,  
se realizó sólo cuando se aclaró el color de su piel. Pero mientras algunos  
trigueños con ancestro africano probablemente lograron adquirir la con-  
dición racial blanca, parece ser que la mayoría de los afroargentinos  
rotulados como trigueños en los registros oficiales tendían a permanecer  
negros y mulatos en la mente de los porteños blancos. En el Capítulo 5  
presenciamos la probabilidad de que los trigueños fueran contados como  
de color en los registros oficiales de hospitales. Existe evidencia adicional  
de que a medida que avanzó el siglo, el esquema de las relaciones raciales  
de los porteños se alteró significativamente de una jerarquía racial (negro,  
mulato, blanco) de tres niveles a una que incorporaba dos niveles (negro,  
blanco), volviendo al estudio de Carl Degler, de un modelo brasileño de  
relaciones raciales a un modelo norteamericano. En documentos de la  
primera mitad del siglo, la distinción entre pardo y moreno se hacía  
siempre cuando se describía a los afroargentinos; después de 1850, desa-  
pareció esa distinción, reemplazada por una tendencia a unir a "morenos",  
"negros", "mulatos" y "pardos" bajo la denominación general de "gente  
de color". Esta tendencia es muy visible en los censos municipales. Los  
formularios impresos para el censo de 1827 específicamente indicaban a  
los censistas que distinguieran entre pardos y morenos en sus cálculos.  
Los censos de 1836 y 1838 también observaban la distinción entre pardos  
y morenos pero tabulaban a ambos juntos como un solo total. Los Registros  
Estadísticos anuales del período 1854-80, y el censo municipal de 1887,  
abandonaron el uso de "pardo" y "moreno" por completo y en cambio  
publicaron todas las estadísticas demográficas en dos columnas: "blancos"  
y "de color".

Las cambiantes actitudes de los porteños hacia la raza pueden verse también en una comparación de los artículos periodísticos previamente citados. El artículo de 1843 que defendía la ocasional costumbre de Manuella Rosas de bailar con hombres negros, distinguía cuidadosamente entre las distintas gradaciones de la negritud: "Los pardos y mulatos... los honrados pardos y mulatos ...los mulatos y morenos ...los mulatos, pardos y morenos honrados y laboriosos". Pero después de la caída de Rosas, los artículos tales como las solicitudes de *La Tribuna* en 1853 para que el gobierno reclutara a los afroargentinos para el servicio doméstico, o el editorial de *La Nueva Generación* de 1858 contra *La Raza Africana*, se les refería genéricamente como a "gente de color". El artículo de 1905 de *Caras y Caretas* sobre los afroargentinos empleaba como título "La gente de color".

En *La Broma* hay sugerencias de irritación por esta agregación de gente con grados variados de ancestro africano en un único rubro: varios artículos se refieren a los afroargentinos como a "los hombres llamados de color" o "hombres de color, como se nos llama", dando a entender que los editores no estaban nada complacidos con este rótulo.<sup>86</sup> Cuando un sistema de relaciones raciales norteamericano de dos niveles reemplazó al anterior sistema de tres niveles, toda la gente de visible ancestro africano fue crecientemente confinada a la categoría social "de color". Incluso los afroargentinos de importantes medios personales tendían a seguir siendo "gente de color", separados de los blancos por su ancestro africano, por diluido que éste pudiera estar, y obligados a buscar su ámbito social en las columnas de los periódicos negros antes que en los blancos.

Así, mientras los argentinos blancos reconocían y en verdad aprobaban el proceso de mezcla racial que se estaba produciendo en la ciudad, un proceso análogo al caso brasileño, su visión de raza y de estados raciales se tornaba de naturaleza más y más norteamericana. Esos porteños que demostraban notable evidencia de su ancestro africano, tenían la entrada prohibida en la sociedad blanca, y por lo tanto seguían formando parte de la comunidad que ingresó en el siglo XX disminuida pero de ningún modo eliminada. La comunidad sobrevivió porque la sociedad más grande no quiso que muriera, antes bien la mantuvo como un grupo cuyos miembros no podían ser integrados socialmente hasta que estuvieran genéticamente integrados. Los afroargentinos se perdieron para la vista, pero sólo habían desaparecido a la vista del observador. Aún eran visibles para todos los que desearan verlos, un elemento pequeño pero que continuaba en la mezcla étnica de la ciudad.

1. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, 1971) p. 244; Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde *La república conservadora* (Buenos Aires, 1972), p. 52; y James Scobie, *Argentina: A City and a Nation* (Nueva York, 1971), pp. 97, 134.
2. Ricardo Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", *Buenos Aires: Revista de Humanidades* 1 (setiembre de 1961): 119-20.

3. "Todas las cosas tienen su término", *La Igualdad*, 21 de junio de 1874.
4. Ver la colección de *La Igualdad* en la Biblioteca Nacional, Buenos Aires.
5. Ver los números 45-48, abril 5, 12, 19, 26, de 1874 de *La Igualdad* y el número 30 del 3 de octubre de 1873, pp. 1-2.
6. "¿Por qué se llama 'La Broma'?", *La Broma*, 3 de octubre de 1878, pp. 1-2.
7. Se puede hallar mención de estos periódicos en Luis Soler Cañas, "Pardos y morenos en el año 80...", *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* 23 (1963): 272-309; y números de *La Broma* en octubre de 1878.
8. "Notas editoriales", *La Broma*, 13 de enero de 1882, p. 1 y 25 de febrero de 1882, p. 3.
9. "La redacción del Tambor", *La Igualdad*, 3 de mayo de 1874, p. 3.
10. *La Juventud*, 27 de febrero de 1876, 7 de mayo de 1876, p. 3, y 10 de setiembre de 1878, p. 2.
11. "Las clases altas de la sociedad y la de color", *El Proletario*, 24 de abril de 1858, p. 1.
12. "Bombos y bombas", *La Broma*, 12 de mayo de 1882, p. 1.
13. "La vida de la República", *La Igualdad*, 10 de mayo de 1874, p. 1.
14. "Jornada primera", *La Juventud*, 20 de setiembre de 1878.
15. "Las clases altas de la sociedad".
16. Soler Cañas, "Pardos y morenos", p. 287.
17. "Falsa inteligencia", *El Proletario*, 4 de mayo de 1858, p. 1.
18. Para un estudio de la competencia económica entre inmigrantes y negros en Brasil y en los Estados Unidos, ver David W. Cohen y Jack P. Greene, comps., *Neither Slave nor Free; The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 263-331; Mary Catherine Karasch, "Slave Life in Río de Janeiro, 1808-1850" (tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1972), pp. 412, 484-85; Richard Wade, *Slavery in the Cities* (Londres, 1964), p. 275; Florestan Fernandes, *The Negro in Brazilian Society* (Nueva York, 1969), p. 5; y Leon F. Litwack *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860* (Chicago, 1961), pp. 162-68.
19. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p. 220; Soler Cañas, "Pardos y morenos", p. 294. Soler Cañas sostiene de manera convincente que esta canción fue cantada por una comparsa de blancos con la cara pintada de negro, pero de todos modos es evidencia de una tendencia aparentemente visible.
20. Alfredo Taullard, *Nuestro antiguo Buenos Aires* (Buenos Aires, 1927), p. 86; y "Los lavanderos municipales", *Caras y Caretas*, 28 de octubre de 1899.
21. *Caras y Caretas*, 17 de diciembre de 1898, p. 5.
22. "El changador", *Caras y Caretas*, 15 de julio de 1899.
23. Lina Beck-Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*, trad. de José Luis Busaniche (Buenos Aires, 1935), p. 61.
24. José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* (Buenos Aires, 1903), p. 165.
25. Manuel Alvarez Pereyra, *Historia del Regimiento 8 de Infantería de Línea* (La Plata, 1921), pp. 22-29.

26. Para relatos de una competencia seria y a veces violenta entre negros e inmigrantes en los Estados Unidos, ver Ira Berlin, *Slaves without Masters: The Free Negro in the Antebellum South* (Nueva York, 1974), p. 227-32; y Litwack, *North of Slavery*, pp. 162-68.
27. Para un análisis de esta actitud, ver James Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910* (Nueva York, 1974), pp. 218-20; y Emiliano Endrek, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX* (Córdoba, 1966), pp. 69-74.
28. Gálvez, "La raza africana", p. 259.
29. "El Congreso", *Caras y Caretas*, 6 de julio de 1902.
30. *Caras y Caretas*, 25 de octubre de 1902.
31. Mamerto Fidel Quinteros, *Memorias de un negro del Congreso* (Buenos Aires, 1924), pp. 153-54.
32. *Ibid.*, p. 7.
33. Scobie, Buenos Aires, pp. 237-39.
34. "¿Por qué se llama 'La Broma'?", *La Broma*, 17 de octubre de 1878, pp. 1-2. Ver la propaganda abierta en las páginas de *La Igualdad*, por ejemplo, "El D. Avellaneda", *La Igualdad*, 7 de diciembre de 1873.
35. "Estamos", *La Broma*, 20 de julio de 1879, p. 1.
36. Quinteros, *Memorias de un negro*, p. 93.
37. "En las antesalas del Congreso", *Caras y Caretas*, 25 de agosto de 1900.
38. Citado en Rodríguez Molas, "Negros libres", p. 125.
39. "La ley del embudo", *La Broma*, 19 de agosto de 1881, p. 1.
40. Miguel Angel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871* (Buenos Aires, 1974), p. 111.
41. "La opinión del extranjero", *La Igualdad*, 3 de mayo de 1874, p. 1.
42. Quinteros, *Memorias de un negro*, pp. 11-12, 41-42, 116.
43. *La Broma*, 21 de marzo de 1880.
44. *La Broma*, 4 de junio de 1880, p. 3.
45. Juan José de Soiza Reilly, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905.
46. Scobie, *Buenos Aires*, pp. 230-31.
47. "¿Caen o se levantan?", *La Juventud*, 30 de octubre de 1878, p. 1.
48. *La Juventud*, 19 de abril de 1876, p. 1.
49. "La Hermandad del rosario", *La Broma*, 3 de setiembre de 1879, p. 1.
50. Ver, por ejemplo, la controversia acerca del panfleto de Zenón Rolón "Dos palabras a mis hermanos de raza", publicado por primera vez en 1877 y reimpresso en *La Juventud* el 30 de junio, el 10 de julio de 1878. Las respuestas incluían "El folleto de D. Zenón", *La Broma*, 31 de enero de 1878; y "Sobre el mismo tema", *La Broma*, 8 de febrero de 1878.
51. "El lujo es incompetente y ruinoso a la clase de color", *El Proletario*, 9 de mayo de 1858, p. 1.
52. *La Juventud*, 27 de febrero de 1876, p. 1. y 25 de junio de 1876, p. 1.
53. "La mirada retrospectiva", *La Juventud*, 10 de agosto de 1878, p. 2.
54. *Ibid.*
55. "Preparando el porvenir", *La Broma*, 26 de setiembre de 1878, p. 1. Para otros artículos que promovían el trabajo manual, ver "El trabajo es la vida del

- hombre", *La Igualdad*, 7 de junio de 1874, p. 1; y "Educación y trabajo", *La Broma*, 8 y 15 de noviembre de 1877.
56. Jorge Miguel Ford, *Beneméritos de mi estirpe* (La Plata, 1899), p. 124.
  57. *La Igualdad*, 7 de junio de 1874, p. 3.
  58. "Estamos", *La Broma*, 20 de julio de 1879, p. 1.
  59. "Unión, igualdad, fraternidad", *La Juventud*, 30 de julio de 1878, p. 3.
  60. "¡Vaya!", *La Juventud*, 10 de octubre de 1878, pp. 1-2.
  61. Lanuza, pp. 100-101.
  62. Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, pp. 73-74. Para el testamento de Sar, ver Testamentaría de D. Eugenio Sar, AGN, Sucesiones 8310.
  63. E. Franklin Frazier, *Black Bourgeoisie* (Nueva York, 1962).
  64. "¿Por qué se llama 'La Broma'?", *La Broma*, 15 de noviembre de 1878, p. 1. Para algunos paralelos interesantes con el caso norteamericano, ver Frazier, *Black Bourgeoisie*, Caps. 8-9.
  65. *La Juventud*, 7 de mayo de 1876, p. 3.
  66. "Consejos sociales", *La Juventud*, 23 de enero de 1876, p. 1.
  67. "La sociedad obrera", *La Juventud*, 20 de febrero de 1876, p. 1.
  68. "Nuestro triunfo", *La Juventud*, 23 de enero de 1876, p. 1.
  69. "El 9 de junio de 1816", *La Juventud*, 10 de julio de 1878, p. 1.
  70. "Nuestro triunfo", p. 1. Bastardillas en el original.
  71. *La Juventud*, 13 de febrero de 1876, p. 2. Bastardillas en el original.
  72. "¿Por qué se llama 'La Broma'?", *La Broma*, 15 de noviembre de 1878, p. 2.
  73. "Actualidad", *La Broma*, 22 de agosto de 1878, p. 2.
  74. "Rumores de la Protectora", *La Broma*, 27 de julio de 1879, p. 1.
  75. Entre los mencionados en los periódicos negros están los músicos Zenón Rolón y Manuel L. Posadas, quienes estudiaron en Italia y Bélgica, y los pintores Juan Blanco de Aguirre y Justo García.
  76. Ver "Alerta", en Horacio Mendizábal, *Primeros Versos* (Buenos Aires, 1865) y "Argentina" en *Horas de meditación* (Buenos Aires, 1869). Ver también Ford, *Beneméritos de mi estirpe*, p. 73.
  77. "El ramo de flores", *La Juventud*, 16 de enero de 1876, p. 2. El autor de la novela fue el joven Gabino Ezeiza, más tarde un famoso payador.
  78. Soler Cañas, "Los pardos y morenos", pp. 274, 281-82.
  79. Soiza Reilly, "Gente de color".
  80. El relato más completo de este episodio puede encontrarse en Soler Cañas "Los pardos y morenos", pp. 274-81.
  81. *Ibid*, pp. 277-78.
  82. "Club Barcala", *La Broma*, 11 de agosto de 1882, p. 1.
  83. "La libertad", *La Broma*, 18 de diciembre de 1879, p. 1. Ver también "Nuestros derechos", *La Broma*, 20 de noviembre de 1879.
  84. "La ley del embudo", *La Broma*, 19 de agosto de 1881, p. 1; y "La lavandera", *La Broma*, 27 de octubre de 1881, p. 2.
  85. Quinteros, *Memorias de un negro*, pp. 235-36.
  86. *La Broma*, 28 de julio de 1882, p. 3; y 23 de junio de 1881, p. 3. Bastardillas en el original.



## BUENOS AIRES EN UNA PERSPECTIVA COMPARATIVA

### Casta, clase y relaciones raciales en las Américas desde la emancipación

Volviendo a lo expresado en el Capítulo 1, la historia de los americanos afroespañoles desde la emancipación aún debe ser escrita. Los esfuerzos de Leslie Rout por producir una síntesis de las fuentes secundarias existentes sobre la gente negra y las relaciones raciales en los países hispanoamericanos durante los siglos XIX y XX demostraron ampliamente la ausencia casi completa de tales estudios. Si bien se ha realizado un trabajo considerable acerca de las condiciones de la esclavitud en la Hispanoamérica colonial, ni los historiadores latinoamericanos ni los extranjeros le han dedicado mucha atención al rol de la gente negra y mulata en las sociedades y economías del período nacional.

Esta situación puede compararse con el estado significativamente más avanzado de los estudios históricos sobre las poblaciones afrobrasileña y afronorteamericana desde la abolición. Quedan por formular y contestar muchas preguntas respecto de las relaciones raciales en el período nacional en esos países, pero los investigadores que se dedican a ese período han generado un cuerpo sustancial de literatura de continuado crecimiento. En verdad, tan relativamente desarrollado es el estado de los conocimientos sobre Brasil y los Estados Unidos que hace casi una década, el historiador norteamericano Carl Degler pudo utilizar las fuentes secundarias para producir su trabajo embrionario *Neither Black nor White* (Ni negro ni blanco) (1971), un estudio comparativo de las relaciones raciales de la esclavitud y postabolicionistas en los dos países.

El siguiente esfuerzo por colocar el caso de Buenos Aires en el contexto comparativo definido por la obra de Degler, y por otras investigaciones más recientes, trata de sugerir algunos paralelos entre las experiencias históricas de América inglesa, portuguesa y española. Los historiadores han tendido a centrarse en las divergencias entre los sistemas de relaciones raciales presentes en las diferentes regiones del hemisferio, pero en un

número de respetos, las analogías en esos sistemas son más notables que las diferencias. Los análisis de la relativa benevolencia o severidad de los regímenes esclavistas tienden a oscurecer el hecho fundamental de que las sociedades poseedoras de esclavos de las Américas pusieron conjuntos de obstáculos bastante uniformes en el camino de los afroamericanos que se esforzaban por alterar su condición económica y social. Los mecanismos legales por los cuales los esclavos podían adquirir la libertad existían en los tres imperios, pero es el presente consenso de los estudiosos que escriben sobre el tema que la capacidad de los esclavos para aprovechar esos mecanismos variaba en relación directa con las características económicas de la región en cuestión.<sup>1</sup> Los esclavos que trabajaban en plantaciones rurales aisladas tenían pocas probabilidades de ganar el dinero con el cual comprar su libertad, como les sucedía a los esclavos residentes en áreas de economía estancada. Y los negros y mulatos que tenían la fortuna de comprar, de recibir o de nacer en libertad adquirirían una condición ambigua de ninguna manera igual a la de sus compatriotas blancos. Las colonias españolas, portuguesas e inglesas ponían en vigencia variadas combinaciones de restricciones legales y sociales sobre los derechos de sus poblaciones de negros y mulatos libres, pero esas estructuras tenían el objetivo común de dividir a las sociedades coloniales en una jerarquía claramente definida de estados raciales en la que los no blancos eran relegados a una condición inferior. La tendencia de la legislación colonial brasileña a referirse a los negros libres como "esclavos libres" es sólo una indicación del estigma que llevó consigo la gente de ascendencia africana desde la esclavitud a la libertad.<sup>2</sup>

Las revoluciones de 1775-1825 ofrecieron como una de sus posibles consecuencias la terminación de las restricciones a los derechos de los afroamericanos. La retórica revolucionaria en ambos continentes proclamaba la igualdad de todos los hombres (como suele ser el caso, las mujeres no se beneficiaban con un cambio de régimen) en las repúblicas recién formadas, y en ocasiones extendían de manera explícita esta igualdad a los no blancos. Los negros luchaban con entusiasmo por cualquier lado que percibieran como el que tenía más probabilidades de remover las muchas restricciones sobre su libertad. Las unidades afroargentinas se distinguieron en la lucha contra los españoles; en Venezuela, los hombres negros respondieron a los ofrecimientos de ambos lados, rebeldes y realistas, de abolir la esclavitud y el régimen de castas, a cambio del apoyo negro para su causa; en los Estados Unidos, la renuencia del Congreso Continental en cuanto a alistar a soldados esclavos y libres negros, persuadió a miles de afronorteamericanos a unirse a las fuerzas británicas a cambio de promesas de libertad.

Las décadas postrevolucionarias en los Estados Unidos presenciaron un deterioro en la condición económica y social de la gente negra libre, y la abolición sólo parcial de la esclavitud (en los estados del Norte).<sup>3</sup> En Hispanoamérica, por otra parte, la inmediata abolición de la esclavitud en México, los países de América Central y Chile, y los programas de abolición gradual puestos en vigencia en otros países, garantizaron la

temprana terminación de la "peculiar institución" que persistiría en los Estados Unidos hasta 1865 y en Brasil hasta 1888. La mayoría de los países hispanoamericanos también pusieron en vigencia legislación o incluso artículos constitucionales, entre 1810 y 1860, que trataban de asegurar la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, independientemente de la raza.<sup>4</sup> Dos de los historiadores que realizaron investigaciones sobre México y Uruguay sostienen que tal legislación permitió la entrada de gente negra y mulata en las sociedades de clase de reciente formación de esos países y que su integración en esas sociedades es ahora completa.<sup>5</sup> Este argumento forma la base sobre la cual muchos hispanoamericanos afirman que si la gente de color sufre discriminación en sus países, se trata del producto del prejuicio de clase antes que del prejuicio de raza.<sup>6</sup>

Los estudiosos de las relaciones raciales posteriores a la emancipación en Brasil y los Estados Unidos tienen plena conciencia de las muchas y variadas maneras, algunas sutiles y otras no tanto, en que han sobrevivido elementos heredados de los regímenes esclavistas y de casta hasta el presente para condicionar las pautas contemporáneas de relaciones raciales. La segregación y la discriminación han sido reconocidas desde hace mucho tiempo como el lado oscuro del "sueño americano", y mientras los brasileños presentan su país al resto del mundo como la democracia racial de las Américas, un paraíso social donde el racismo nunca levanta su fea cabeza, los observadores objetivos no tienen grandes dificultades para identificar las manifestaciones de desigualdades raciales profundamente arraigadas.<sup>7</sup>

Se puede recibir con cierto escepticismo, entonces, el argumento de que las naciones hispanoamericanas integraron con éxito a su gente negra y mulata en sus sociedades postcoloniales. Sin duda, si tal integración hubiese tenido efecto, Buenos Aires hubiese formado un marco excepcionalmente conducente para ello. Como se describió en el Capítulo 2, el crecimiento espectacular de la ciudad entre 1870 y 1914, tanto en términos económicos como demográficos, estimuló la temprana formación y el desarrollo de una sociedad con base clasista en la ciudad. Suponiendo que la herencia del régimen de casta hubiese sido efectivamente proscripto con el término del gobierno colonial, se hubiese podido esperar que los afroargentinos pudieran tomar su lugar en el nuevo orden social y económico, como hicieron los argentinos. Y dada la representación demográfica en continuada disminución de los negros y mulatos en la población de la ciudad, se podría especular que los porteños blancos sentirían poca necesidad de poner en vigencia leyes o costumbres discriminatorias contra los afroargentinos, dado que la competencia de los negros por empleos, vivienda y otros recursos plantearía poca amenaza a la sociedad más grande en la que vivían. La sistemática discriminación podría esperarse en el Caribe, en el sur de Norteamérica o en el nordeste brasileño, donde una minoría blanca debía defender su predominio excluyendo a los negros de la competencia social y económica.<sup>8</sup> Pero en Buenos Aires, de todos los marcos de América Latina, uno esperaría una serena actitud de vivir y dejar vivir, una disposición a permitir que los miembros de la minoría

afroargentina, que se iba reduciendo, hallaran su lugar en la estructura de clase de la ciudad, no obstaculizados por las restricciones de los anteriores sistemas de casta.

Como hemos visto, éste no fue el caso. Cuando la gente de color adquirió los prerequisites objetivos para la condición de la clase trabajadora y la clase media, los blancos argentinos y europeos les negaron el ingreso en esas clases, y se opusieron a otorgarle la condición acordada esencial para la pertenencia a la clase. Los oficinistas y profesionales negros y mulatos de Buenos Aires se consideraban miembros de la clase de cuello blanco, pero los porteños de clase media continuaban poniéndolos, junto con los afroargentinos de clase trabajadora y empobrecidos, en la abarcadora categoría de "gente de color". Mientras Buenos Aires evolucionaba convirtiéndose en una sociedad cada vez más definida en términos de clase, los afroargentinos seguían siendo literalmente una raza aparte, una casta dividida en clases que se comparaba con las de la sociedad más grande pero eran grupos casi completamente marginales.

Esta impresión de la comunidad de color como un grupo aparte se ve reforzada por la manera en que los propios afroargentinos se referían a sí mismos. Hasta el presente, se autodenominan "la clase de color" o "gente de clase". Cuando pregunta uno al otro si un tercero es negro o mulato, suelen decir: "¿Es de clase?". "Clase", tal como utilizan el término los afroargentinos, no es una voz socioeconómica sino, antes bien, puramente racial, y refleja su propia experiencia histórica de haber sido desplazados en la estructura de clase porteña sólo sobre la base de su raza.

Al buscar la razón por la cual las condiciones aparentemente óptimas de Buenos Aires no resultaron en la integración de los afroargentinos en la sociedad porteña, podríamos dirigirnos al estudio antes citado de Carl Degler. Al tratar de explicar el estado más relajado y aparentemente más amistoso de las relaciones raciales en Brasil respecto de los Estados Unidos, entre otros factores, Degler se centró en el relativo estancamiento de la economía y la sociedad brasileñas durante el período colonial y en el siglo XIX. Las divisiones entre los estratos sociales permanecieron bien definidas y en su mayor parte impermeables, debido principalmente al carácter del desarrollo brasileño anterior a 1900, que dejaba la riqueza concentrada en las manos de una pequeña clase terrateniente. Había poca oportunidad para el ascenso social en gran escala, de modo que los pocos desafíos que existían para los sistemas tradicionales de relaciones de clase y de raza no planteaban ninguna amenaza real para el statu quo. Entonces, los controles sociales y raciales podían ser más sutiles y menos abiertos que en los Estados Unidos, donde una economía en rápida expansión y una estructura de clase en el proceso de formación permitían una sustancial movilidad hacia arriba y hacia abajo. Convenía mucho a los intereses de los blancos norteamericanos de clase baja y media remover a la gente negra de la intensa competencia por la posición social y económica. Así, la discriminación racial en los Estados Unidos se tornó mucho más abierta y vocinglera que en el caso de Brasil.<sup>9</sup>

La prueba de la propuesta de Degler puede hallarse en una de sus

aparentes excepciones, la ciudad brasileña de San Pablo. En muchos sentidos, San Pablo es comparable con Buenos Aires: ambas ciudades fueron las primeras de su país en integrarse en la economía mundial industrializada y moderna, y hoy forman el centro financiero, comercial e industrial dominante de Brasil y la Argentina, respectivamente. Desde 1900, las relaciones raciales en San Pablo se han tornado considerablemente más tensas que en el nordeste brasileño, económicamente estancado. En una observación que podría aplicarse muy bien a Buenos Aires y a un número de ciudades norteamericanas, Florestan Fernandes ha observado que la llegada de inmigrantes en los siglos XIX y XX a la ciudad en respuesta a las oportunidades económicas "contribuyó claramente a empeorar la apariencia y la realidad de la desigualdad racial".<sup>10</sup> Dado el creciente conflicto entre los grupos que compiten por recursos limitados, a los afrobrasileños se les impidió en forma creciente la participación en la sociedad en términos iguales con los blancos. Esto es lo que sucedió en los Estados Unidos y parece ser que, en la móvil sociedad de los años del auge entre 1870 y 1914, lo mismo ocurrió en Buenos Aires. Era intensa la competencia por el ingreso en la nueva clase media porteña, como lo era la competencia por el paso de la clase media a la clase superior. Como en San Pablo y en los Estados Unidos, la población de color fue suprimida de la competencia.

Otra prueba de la aplicabilidad del argumento de Degler es la transformación de la conciencia de raza porteña documentada en el capítulo anterior. El reemplazo del espectro de términos raciales empleados en la primera mitad del siglo por la dicotomía "blanco/de color" usada de manera creciente después de 1850, tendió a agudizar las líneas de exclusión racial y a introducir un estilo de relaciones raciales con matices claramente norteamericanos.

De particular importancia al comparar el caso de Buenos Aires con San Pablo y los Estados Unidos, es el hecho de que la abolición se produjo en la Argentina considerablemente antes que en Brasil o en los Estados Unidos. En su análisis de las relaciones raciales en San Pablo, Fernandes acentuó la incapacidad de los afrobrasileños para competir efectivamente en el nuevo orden social y económico debido al efecto perjudicial de que hubieran participado previamente en la sociedad y economía regionales como esclavos. Repentinamente liberados de las protecciones paternalistas del régimen esclavista y lanzados al entorno hostil del mercado laboral libre, los ex esclavos estaban mal preparados para abrirse camino en la ciudad en rápido desarrollo. Argumentos análogos han sido presentados respecto de hombres liberados en el sur de Norteamérica después de la Guerra Civil.<sup>11</sup>

El programa de emancipación gradual de la Argentina, la libertad mediante el servicio militar y la manumisión individual produjeron una población de afroargentinos que era libre en más de un 50 por ciento para 1827. Para la época de la abolición final, en 1861, parece ser que una pequeña proporción de los negros de la ciudad eran esclavos. Además, el trabajo que ellos habían realizado, y las condiciones en que lo habían

desempeñado, de ninguna manera eran comparables con el trabajo de plantación realizado por los esclavos que emigraron a la ciudad de San Pablo después de la abolición. Tanto artesanos, vendedores callejeros como agricultores, los esclavos de Buenos Aires tuvieron la oportunidad de lograr una autonomía y experiencia vocacional considerablemente mayores del que dispusieron los trabajadores de las plantaciones brasileñas y norteamericanas. Así, los afroargentinos abandonaron antes la esclavitud y entraron a la libertad mejor preparados que los recién emancipados esclavos del Brasil o los Estados Unidos.

A pesar de estas ventajas relativas, los afroargentinos fueron víctimas de pautas de discriminación notablemente similares, aunque un tanto más suaves en su grado, que aquellas que les correspondió a la gente negra en América inglesa y portuguesa. Uno comienza a percibir un *cul-de-sac* histórico tristemente depresivo para los afroargentinos de todos los idiomas y culturas. La continuación de estructuras socioeconómicas coloniales o semicoloniales en las áreas menos modernizadas de América Latina, garantizan que se relegue a los no blancos a una condición social y económica inferior. La modernización y el desarrollo, generalmente acompañados en el siglo XIX por filosofías de liberalismo económico y social y una fuerte creencia en el concepto de progreso, parece proponer la esperanza de transformaciones estructurales que permitirán que los afroamericanos asuman su lugar en las sociedades de base clasista en las que la raza no es más que una característica física: ni más ni menos significativa que cualquier otra. El crecimiento económico no sólo debería incrementar la riqueza y los recursos que una sociedad puede dividir entre sus miembros, sino que también debería derribar pautas tradicionales de distribución para reemplazarlas por otras más progresistas.

Pero lejos de mejorar los sistemas de relaciones de raza heredados del período colonial, la modernización y el crecimiento han tenido el efecto de alterar pero reforzar los mecanismos por los cuales a la gente negra y mulata se las excluye de la competencia social y económica. El crecimiento nunca es suficiente para satisfacer la demanda de todos los miembros de la sociedad; y para preservar una porción más grande para aquellos miembros del grupo racial tradicionalmente dominante en todas las Américas, las líneas de la segregación y la discriminación se trazan más claramente y se las pone en vigencia con más rigidez.

Nos vemos así enfrentados a una torva dialéctica histórica en la que la tesis, antítesis y síntesis, todas producen el mismo resultado. Cuando se contempla el futuro, es muy evidente que las antiguas pautas de desigualdad racial del hemisferio sólo serán superadas mediante decisiones conscientes de parte de las sociedades y los gobiernos, en el sentido de que tal desigualdad es perjudicial para el bienestar de sus naciones, y que el Estado debe intervenir activamente para promover la participación social, económica y política de sus ciudadanos de color. Los únicos países multirraciales del hemisferio que han tomado tal decisión muy curiosamente son aquéllos que están en los extremos opuestos del espectro ideológico, a saber, Cuba y los Estados Unidos. Combatir el racismo ha sido

anunciado como uno de los importantes objetivos de la Revolución Cubana, mientras que los programas puestos en vigencia por el gobierno, de igual oportunidad y de acción afirmativa constituyen la respuesta norteamericana al continuado dilema del racismo. Es demasiado pronto para juzgar la efectividad de estos esfuerzos nacionales por eliminar las desigualdades raciales. Lo que tal vez sea más significativo acerca de cada uno de ellos es que, por el momento, es inconcebible que otros países latinoamericanos puedan emprender experimentos análogos. Las sociedades no pueden decidir combatir activamente el racismo hasta que están dispuestas a reconocer el fenómeno, una condición preliminar que ningún país latinoamericano, aparte de Cuba, ha satisfecho todavía. Mientras que el racismo forma un aspecto ampliamente reconocido e incluso publicitado de la vida norteamericana, las sociedades latinoamericanas promueven activamente el mito de que no existe el racismo en sus sociedades (la variante argentina de esta proposición se discute en el capítulo siguiente). Este mito es aceptado tanto por negros como por blancos, y socava de manera efectiva los esfuerzos de los afrolatinoamericanos por movilizar y presionar a sus gobiernos para que solucionen las desigualdades raciales.<sup>12</sup>

En conclusión, el sólo caso de Buenos Aires no puede emplearse para desaprobando las afirmaciones de autores y figuras públicas que aseveran la integración de las poblaciones afrohispanoamericanas en las sociedades de sus naciones. Sin embargo, es claro, que la Argentina actuó análogamente a los otros países hispanoamericanos al poner en vigencia leyes y artículos constitucionales que trataban de eliminar la herencia colonial de la esclavitud y la casta. Es igualmente claro que, como el caso de Brasil y los Estados Unidos, esa herencia de todos modos persistió en el período nacional y hasta la actualidad, produciendo un sistema de relaciones de raza que conserva pautas de desigualdad racial que tienen su origen en las sociedades esclavistas de los siglos XVIII y XIX. Por lo tanto, el caso de Buenos Aires sirve para sugerir que tales afirmaciones de integración y de armonía racial surgen de una atención excesiva a las leyes y pronunciamientos oficiales que datan del período de la Independencia, y al concomitante hecho de que no se examina la evolución histórica de las relaciones de raza desde la abolición, y la medida en que esas leyes y proclamas no fueron puestas en vigencia. Es mi esperanza que la futura investigación en esta área se dedique a esta y otras controversias que rodean a la historia posterior a la emancipación de los pueblos afroamericanos del hemisferio.

1. David W. Cohen y Jack P. Greene, comps. *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World* (Baltimore, 1972), pp. 7-9.
2. *Ibid.*, p. 99. El estigma que llevaban los negros libres también está implícito en el título del estudio de Ira Berlin, *Slaves without Masters: The Free Negro in the Antebellum South* (Nueva York, 1974).

3. Berlín, *Slaves without Masters*, pp. 86-103; y Jack D. Foner, *Blacks end the Military in American History* (Nueva York, 1974), p. 20.
4. Leslie B. Rout, *The African Experience in Spanish America* (Cambridge, 1976), pp. 181-82; Magnus Mörner, *Race Mixture in the History of Latin America* (Boston, 1967), pp. 82-83; y Nuria Sales de Bohigas, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas* (Barcelona, 1974), pp. 108-29 *passim*.
5. Ver Gonzalo Aguirre Beltrán, "The Integration of the Negro into the National Society of México", y Carlos Rama, "The Passing of the Afro-Uruguayan from Caste Society into Class Society", ambos en Magnus Mörner, comp., *Race and Class in Latin America* (Nueva York, 1970). Estos ensayos están condensados de Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México* (Ciudad de México, 1946) y Carlos Rama, *Los afro-uruguayos* (Montevideo, 1967).
6. Ver Capítulo 12, en la nota 18 y la nota misma.
7. Para análisis de las relaciones raciales en el Brasil por parte de un africano, un brasileño y un norteamericano, respectivamente, ver Anani Dzidzienyo, *The Position of Blacks in Brazilian Society* (Londres, 1971); Florestan Fernandes, *The Negro in Brazilian Society* (Nueva York, 1969); y Carl Degler, *Neither Black or White* (Nueva York, 1971).
8. Los estudios recientes sugieren esto, la condición de minoría de los blancos, como la causa básica para la represión por parte de los blancos de la gente negra en el sur norteamericano del siglo XIX. Ver Berlín, *Slaves without Masters*, pp. 86-103; y Howard N. Rabinowitz, *Race Relations in the Urban South, 1865-1890* (Nueva York, 1978), pp. 18-21, 24-27, 67-68, 329-39.
9. Degler, *Neither Black nor White*, pp. 253-61.
10. Morner, *Race and Class*, p. 141.
11. Fernandes, *Negro in Brazilian Society*, pp. 5, 10-12, 32, 52-53; y Rabinowitz, *Race Relations*, p. ix.
12. Anani Dzidzienyo, "Activity and Inactivity in the Politics of Afro-Latin America", *Secolas Annals*, 9 (marzo de 1978): 48-61.

## 12

### EPILOGO

#### Los afroargentinos en la actualidad

La historia de los afroargentinos de Buenos Aires en el siglo XX ha sido de continuada declinación demográfica. El censo de 1887 estableció su número en ocho mil. Las estimaciones corrientes sugieren que hay tal vez tres o cuatro mil personas de color en la ciudad, una fracción infinitesimal de la población de ocho millones del Gran Buenos Aires.<sup>1</sup> La declinación probablemente hubiese sido mayor de no ser por una pequeña corriente de inmigración negra del Africa portuguesa, particularmente las islas de Cabo Verde. Esos africanos que han entrado en la ciudad durante el curso de este siglo, no se han integrado con el resto de la comunidad afroargentina. Permanecen como grupo aparte, con su propia sociedad de ayuda mutua, la Asociación de Socorros Mutuos Caboverdeana que actualmente cuenta con unos 600 miembros.

Otra ola de inmigración que probablemente ha ayudado a mantener a la población negra de la ciudad es la de los llamados "cabecitas negras" del interior. La migración de la zona rural a la urbana que la Argentina comparte con la mayoría de los países en desarrollo, ha tenido como consecuencia la llegada a Buenos Aires de más de un millón de "cabecitas" del interior. Con su advertible ancestro indio y, en ocasiones, africano, estos recién llegados son un incómodo recordatorio para los porteños de que no toda la Argentina es la reserva blanca que en general se cree que es.<sup>2</sup>

De manera poco sorprendente, los "cabecitas" llegan a ocupar los rangos inferiores en la sociedad porteña, trabajando en los empleos peor pagados y de condición inferior (están fuertemente representados, por ejemplo, en la construcción y en el servicio doméstico) y viven en las villas miseria que bordean la capital. Su presencia en Buenos Aires plantea intrigantes cuestiones raciales a la sociedad porteña. Dado que forman un elemento grande y de rápido crecimiento en la población de la ciudad,

realmente no conviene rotularlos como no blancos, porque esto choca con el mito de una Argentina totalmente blanca. Por otra parte, los migrantes de piel oscura decididamente no son del mismo ancestro que los porteños europeos, y la mayoría de los nativos de la ciudad miran con condescendencia a los recién llegados. Muchos porteños se refieren a los migrantes sencillamente como a "los negros", una escueta referencia que a veces resulta desorientadora. El actor afroargentino Rey Charol recuerda un incidente cuando estaba conversando casualmente con unos amigos blancos en un bar de Buenos Aires y uno de ellos empezó a quejarse de "todos esos negros". Charol protestó de inmediato, ante lo cual el amigo se apresuró a tranquilizarlo: "Pero no, morocho, no lo decía por usted... Yo tengo gran simpatía por ustedes, los morochos. Los que me fastidian son esos negros, los cabecitas negras".<sup>3</sup>

La confusión de Charol es comprensible, dado que "negros" ahora tiene un doble significado porque se refiere tanto a los migrantes internos como a los afroargentinos. La dicotomización racial de la sociedad de Buenos Aires descrita en el Capítulo 10 es ahora aún más pronunciada de cuanto lo era a fines del siglo XIX. La expresión "gente de color" la usan solamente los afroargentinos; la gente blanca tiende a referirse a todos los afroargentinos, sean mulatos o puramente negros, como negros. Ha desaparecido la distinción entre pardos y morenos: los porteños tienden a compartir la creencia norteamericana de que el ancestro africano visible lo convierte a uno en negro. Así, el término "afroargentino", que algunos argentinos me insistieron en que era de origen norteamericano y no aplicable a las realidades sociales argentinas, es de hecho apropiado.

La tendencia a rotular a toda la gente de color como "negros" es fácilmente advertible en un panorama de los títulos de artículos y libros sobre los afroargentinos publicados en Buenos Aires durante los últimos veinte años: "Negros en Buenos Aires" y "Oficios de negros en el antiguo Buenos Aires" de León Benarós (ambos de 1970); "Buenos Aires de ébano" de Luis Grassino (1971); "La raza negra en el Río de la Plata", de Bernardo Kordon (1969); "Los negros han desaparecido del ámbito de Buenos Aires", de Blas Matamoros (1976); "Los indios y negros durante las invasiones inglesas al Río de la Plata, en 1806 y 1807" de José Luis Molinari (1973); *La música y danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX* (1957), "Negros libres rioplatenses", (1961) y "El negro en el Río de la Plata" (1970), todos de Ricardo Rodríguez Molas. Hay excepciones, por supuesto: "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires" de Marta Goldberg (1976); "Porteños de color" de Máximo Simpson (1967) y "Pardos y morenos en el año 80..." de Luis Soler Cañás (1963). Pero el grueso de los títulos relevantes y la abrumadora evidencia de las conversaciones con los porteños blancos sugieren que aquellos que eran anteriormente "gente de color" se han convertido ahora en "negros". Podríamos volver por un momento a la explicación que da Elena Padilla de la significación de triguero en Puerto Rico: "Las personas de las que se habla en su ausencia pueden ser llamadas negras, pero es probable que en su presencia se las describa como trigueñas". Exactamente este sistema de

etiqueta parece haberse aplicado en escala social en Buenos Aires: mientras los afroargentinos aún formaban una porción importante de la población de la ciudad, se hacía referencia a ellos como a los trigueños. Ahora que se han reducido a una porción insignificante del total y, para todos los fines prácticos, virtualmente han desaparecido, ha vuelto a aparecer el término "negro". En su presencia, los afroargentinos eran trigueños; en su ausencia son negros.

A pesar, o tal vez debido al hecho de que los afroargentinos ya no son muy visibles en Buenos Aires, muchos porteños comparten una fascinación por las cosas africanas y afroamericanas. Me sucedió que yo estaba paseando por la elegante calle céntrica Florida una tarde de 1976 cuando presencié un episodio extraordinario. Varios días antes había leído acerca de un equipo de básquetbol del Senegal que pronto llegaría a la ciudad para efectuar unas pocas exhibiciones. Esa tarde vi a un grupo de jóvenes negros que no podían ser otros que los integrantes del equipo que descendían de un ómnibus de turismo. El espectáculo de diez o quince africanos, todos los cuales medían al menos 1,80 m y lucían coloridos pantalones anchos y túnicas, tuvo un efecto absolutamente galvanizador en los transeúntes. Los espectadores se acercaron corriendo de hasta dos cuadras de distancia para formar un círculo expectante y bullicioso en torno de los sorprendidos africanos. En menos de un minuto el equipo estuvo completamente rodeado por varios cientos de porteños que habían venido a ver esa curiosidad. Los jóvenes se libraron y se fueron caminando por Florida, pero no conseguían deshacerse de su escolta. Seguían acompañando a los africanos, sin intercambiar una sola palabra con ellos, sólo observándolos atentamente.

El incidente fue representativo del profundo interés de los porteños por los negros y la negritud como fenómeno. Durante los dieciocho meses que yo estuve en la Argentina, se publicaron cuatro artículos en periódicos y revistas sobre la desaparición de los afroargentinos en Buenos Aires; sin duda aparecieron otros que yo no vi.<sup>4</sup> Otros artículos demostraban interés y considerables conocimientos de la historia negra norteamericana. Uno acerca del posible candidato a vicepresidente, el senador Edward Brooke, en 1976, se refería a la historia de la música afronorteamericana, el Renacimiento de Harlem, el garvayismo e intelectuales como W. E. B. Dubois, Langston Hughes, Eldridge Cleaver y Martin Luther King.<sup>5</sup>

En ocasiones aparecen temas afroargentinos en los entretenimientos porteños. La comedia musical de 1940 *El candombe de San Baltasar* se basaba explícitamente en música y baile afroargentinos; al menos otras tres revistas de la década de 1940 incluían a artistas negros en números de candombe. La obra de Rolando González Pacheco *Cuando aquí había reyes*, presentada por primera vez en 1947, era un drama de la vida en la comunidad negra durante el período de Rosas. Los "reyes" del título se refieren a los presidentes de las naciones africanas. Podemos suponer que el elenco original de la obra era blanco, ya que fue representada por primera vez en yiddish, y afroargentinos que hablen yiddish son una especie muy rara en verdad. La obra tuvo bastante éxito como para que

se la representara en español, y tuvo extendidas representaciones. Y uno de los acontecimientos más populares de la celebración del sesquicentenario de la parroquia de San Telmo, en 1956, y un posterior festival en 1966, fueron candombes realizados por argentinos negros y blancos.<sup>6</sup>

Toda vez que yo hablaba de la investigación con argentinos, había una inmediata respuesta de interés y curiosidad respecto de mis hallazgos. La mayoría de las personas con las que conversé me presentaban las explicaciones tradicionales: las guerras, las altas tasas de mortalidad y el mestizaje, con infalible regularidad. Si bien una pequeña minoría no tenía conciencia de que hubiera habido gente negra en la Argentina, el grueso de la población tiene noticia de la desaparición y acepta las explicaciones tradicionales. Un tanto perturbadoramente, mis intentos por explicar las direcciones que mi investigación estaba tomando y los resultados que producía, tuvieron una respuesta bastante negativa. La mayoría de los argentinos se resistía a lo que yo le decía con grados variables de intensidad. Algunos discutían con vehemencia; otros se irritaban y argüían que yo, como extranjero, no podía entender la realidad de la historia de su país; otros, sencillamente cambiaban de tema. Una minoría expresaba interés y me alentaba.

Sin embargo, a menudo se ha reconocido que la historia de los afroargentinos necesita una sustancial revisión. Ya en la década de 1870, los autores de la comunidad negra solicitaban la restauración de los afroargentinos en el lugar que les corresponde en la historia argentina. El historiador argentino M. F. Mantilla apoyó este punto en 1890, cuando escribió un ensayo sobre los olvidados soldados negros que ayudaron a liberar a la Argentina del gobierno español.<sup>7</sup> José Luis Lanuza inició su libro de 1946 sobre los afroargentinos con una reflexión acerca de cómo los historiadores argentinos han descuidado mucho el rol de los negros y mulatos en la historia del país.<sup>8</sup> Su libro, *Morenada*, obtuvo un premio municipal de Historia el año siguiente. Pero en 1970, Ricardo Rodríguez Molas, otro historiador argentino, con razón pudo quejarse del romanticismo sentimental que rodea la historia de los afroargentinos, un romanticismo que oculta las realidades racistas de su historia.<sup>9</sup>

Las distorsiones racistas introducidas en la historia argentina por tales autores del siglo XIX como Sarmiento, Ingenieros y otros, han sido analizadas en capítulos anteriores. Tal racismo sigue deformando obras escritas en este siglo. Varía en intensidad de lo bastante sutil a lo notablemente virulento. Un ejemplo de esto último es *Cosas de negros* de Vicente Rossi, una historia cultural de los negros en el Río de la Plata que fue publicada por primera vez en 1926 y luego reeditada en 1958. El título mismo es objetable, ya que en la jerga argentina una "cosa de negros" es algo despreciable o mal realizada. Supuestamente, los negros eran incapaces de realizar tareas sin una supervisión constante; una "cosa de negros", por lo tanto, se convertía en sinónimo de algo que había sido mal hecho. El libro abunda en información útil pero está perjudicado por los incesantes esfuerzos de Rossi por presentar a los afroargentinos y a los afrouuguayos como seres infantiles e ignorantes. El libro se inicia

con la afirmación de que los negros del Río de la Plata no tenían idea de que sus antepasados eran africanos, ni de cómo esos antepasados habían llegado a las Américas. "Idiotizados" por su cautiverio, los negros de Rossi son una versión sudamericana del zambo de Stanley Elkins. Su mentalidad es desesperadamente infantil, de modo que ellos "discurría[n] como un niño y obedecía[n] como un perro...tan oscuros de cerebro como de piel, los hombres negros concluyeron por creer natural y justa su condición de animales domésticos y sacrificaron al capricho del "amo y señor" hasta el oculto derecho de pensar. El hombre-fiera de las selvas africanas transformado por el sufrimiento en hombre-perro".<sup>10</sup> Rossi desechaba las ceremonias de las naciones africanas como "un juego de muchachos" y persistía en tratar a la cultura y la sociedad afroargentina como idiota y perversa.<sup>11</sup> El era incapaz de entender el proceso de sincretismo por el cual las prácticas africanas y argentinas eran combinadas para producir nuevas formas sociales y culturales.

A pesar de las fallas fatales y fundamentales del libro, el mismo y *Morenada* se citan regularmente como las dos obras básicas sobre los afroargentinos en el Río de la Plata. Otros libros y artículos delatan prejuicios análogos. Un ensayo de 1971 citado frecuentemente en capítulos anteriores se cierra con la reflexión de que los afroargentinos "aportaron trabajo, pero disminuyeron en mucho el nivel moral y cultural" del país.<sup>12</sup> Un libro de 1965 sobre la historia del tango, describía a "negro" (¿cuál negro?) como "hijo atávico del ritmo" y recordaba cómo "para el negro de Buenos Aires valió el ritmo por los reunidos fuegos de la lujuria, el alcoholismo y la pasión".<sup>13</sup> Una serie de breves ensayos sobre la historia afroargentina que aparecieron en 1970 en la popular revista de historia, de amplia circulación, *Todo es historia*, tomaba clisés racistas directamente de los historiadores del siglo XIX para describir a las mujeres gordas y jubilosas y a los hombres estúpidos y perezosos que supuestamente formaban la pintoresca comunidad negra del siglo anterior. Tía Jemina y Stepin Fetchit siguen viviendo, aunque el autor concluía su serie con la ritual reflexión sobre "aquel barrio tradicional, que la civilización y el progreso de esta gran capital han barrido, reedificando en aquellos inmundos terrenos hermosas casas y palacios suntuosos".<sup>14</sup>

Este prejuicio racista se ve acompañado e intensificado por la creencia argentina de que el país no sufre de ningún tipo de racismo. Algunos autores han reconocido este mito como el engaño que es,<sup>15</sup> pero sigue siendo la idea predominante en el pensamiento argentino. Las conversaciones con muchos argentinos, me demostraron ampliamente que ellos creen sinceramente que su país está completamente libre de racismo: a menudo comparaban su país con los Estados Unidos, donde el racismo es un hecho bien publicitado de la vida diaria. Este contraste fue hecho explícito por un grupo de cien mujeres argentinas que escribieron una carta abierta en octubre de 1976 al congresal Donald Fraser para protestar por las sesiones que él presidía acerca de las violaciones de los derechos humanos en la Argentina. Las mujeres sostenían que los Estados Unidos no tenían ningún derecho a censurar a la Argentina por supuestas viola-

ciones de los derechos humanos desde que esa nación misma se había desempeñado muy mal en el área de las relaciones raciales. Afirmaban que la esclavitud había sido abolida en la Argentina más de 150 años antes (1813) y que la Argentina "nunca tuvo discriminación racial en las escuelas o medios de transporte".<sup>18</sup> Estas afirmaciones, por supuesto, son falsas. La esclavitud no se abolió de hecho en la Argentina hasta 1853, en Buenos Aires no hasta 1861, cuatro años antes de que fuera abolida en los Estados Unidos. Y como hemos visto, la discriminación racial se producía en escuelas y en sitios de diversión públicos en todo el último siglo, y continúa hasta el presente.

La principal razón por la cual los argentinos persisten en creer que su país está libre de racismo es que tienen una concepción muy diferente de los norteamericanos respecto de lo que es racismo. Después de muchas conversaciones sobre esta cuestión con argentinos, he concluido que para la mayoría de los argentinos racismo significa una reacción automática, inmediata e intensamente hostil a los miembros de una raza diferente de la propia. Si una persona no experimenta esa reacción, entonces no es racista, según las pautas argentinas. Esto es diferente del uso norteamericano, donde el racismo sin duda incluye esa reacción pero también se considera que abarca la creencia de que la inteligencia, las capacidades naturales y la conducta de una persona, así como otras cualidades no físicas, están irrevocablemente determinadas por su herencia racial y que el entorno tiene poco o ningún efecto para alterar los resultados de esa herencia. Así, en los Estados Unidos se considera una actitud racista creer que los negros pueden ser útiles para la sociedad sólo en los oficios manuales. En la Argentina, eso no sería considerado necesariamente racista. Un tipo de observación que escuché reiteradamente en Buenos Aires fue de este orden: "pero por supuesto que no somos racistas. Cuando yo era joven mis padres tenían una sirvienta negra, ¡y a nadie le parecía mal!" En un escrito de 1927, Alfredo Taullard ofrecía como prueba de que en la Argentina no hay racismo el hecho de que los porteños nunca dudan en hacer negocios con los vendedores callejeros negros.<sup>17</sup> Los ordenanzas del Congreso, de los cuales varios son aún negros o mulatos, se suelen citar como evidencia de la falta de racismo de la Argentina. Si el país fuera racista, dice el argumento, ¿permitiría que hombres de color trabajaran en las oficinas del gobierno? El argumento contrario, de que es racista restringir a los trabajadores negros a los niveles inferiores del servicio en el gobierno, se desecha como irrelevante.

Hay una variación más sofisticada del argumento de la ausencia de racismo. Algunos argentinos admiten que hay prejuicio contra los argentinos de piel más oscura, pero afirman que ese prejuicio es de naturaleza clasista, no racial.<sup>18</sup> Sin duda es cierto que las líneas de clase latinoamericanas son mucho menos fluidas que las norteamericanas, que el movimiento a través de ellas se produce con muy poca frecuencia, y que los miembros de las clases superiores tienden a considerar con gran desdén a los miembros de las inferiores. Este argumento tiene otro apoyo en la

histórica confusión entre raza y clase en todo América Latina. La gente de color acomodada podía adquirir el derecho a describirse a sí misma como blanca, y los rótulos raciales se tornaban de naturaleza tan social como biológica. Pero queda el hecho de que hay una correlación sumamente fuerte entre el color de la piel y la clase social, y que los argentinos de piel oscura están expuestos a epítetos raciales nunca dirigidos contra sus compatriotas blancos.

Este racismo, que se aplica a otros grupos además de los afroargentinos, recibe un reconocimiento tácito en las políticas de prensa argentinas. Un periodista norteamericano que residió en Buenos Aires de 1973 a 1977 me dijo que cuando llegó a la Argentina fue informado por un colega argentino que había dos tabúes en la prensa nacional. Primero no puede publicarse ningún artículo referido al antisemitismo, que es un problema serio en el país. Segundo, no puede publicarse ningún artículo referido a los problemas de la actualidad con la población india. Durante dieciocho meses en la Argentina, presencié ocasionales excepciones a estos tabúes. El periódico *La Opinión* (que dejó de publicarse desde el arresto de su editor, Jacobo Timerman, en 1977) era particularmente directo en su exposición del antisemitismo en la Argentina, y en una oportunidad publicó un informe sobre la situación desesperada de los indios que viven en los alrededores de Bariloche. Pero, en general, el periodista argentino demostró tener razón. El prejuicio que afecta a esas dos minorías argentinas es cuidadosamente ignorado. En verdad, se ignora la existencia misma de la población india del país, tal como se ignoraba la continuada existencia de afroargentinos en el siglo pasado. Dado que los judíos son un grupo blanco y europeo, su presencia en el país es compatible con la mitología nacional, y los artículos sobre sus actividades colectivas o individuales aparecen con frecuencia en la prensa porteña. En lo que concierne a la población afroargentina, ahora que es demográficamente insignificante, es perfectamente permisible publicar artículos sobre su “desaparición” y los restos que quedan de la comunidad. También, ahora que los negros más o menos han desaparecido, es poco usual hallar a un porteño que admita ser antinegros. Respecto de los indios y los judíos, sin embargo, las expresiones públicas de sentimiento racista no se consideran socialmente inaceptables, y en ocasiones uno escucha las declaraciones más inquietantes imaginables, que llegan hasta incluir deseos de eliminación masiva de ambos grupos de la vida argentina. La autobiografía del general Perón, tras describir los juicios de criminales de guerra nazis en Nüremberg como “una infamia...la enormidad más grande que nunca perdonará la historia”, prosigue relatando sus reacciones a las propuestas de que su gobierno liquidara a la población judía argentina. El rechazó la idea sobre las bases de razones prácticas: “¿Cómo se figura usted” le replicó a un asesor, “que yo voy a meterme en esa maraña del problema judío cuando usted sabe muy bien que Hitler, con sus cien millones de habitantes no pudo resolverlo, y qué voy a hacer yo con quince o veinte millones de argentinos?”<sup>19</sup> En cambio, Perón propuso e implementó la solución de permitir que la población judía trabajara y produjera para el bien de la

patria. Pero hasta el presente, el ala derecha del movimiento peronista exhibe alarmantes tendencias antisemitas. Dado que los negros ya no forman un elemento visible en la vida nacional argentina, tal intensidad de sentimiento ya no es necesaria, aunque el antibrasileñismo que se encuentra en la Argentina se expresa a menudo en términos de desprecio por el carácter racialmente mixto de la población brasileña.

A pesar de estos sentimientos expresados de manera consistente, persiste en la Argentina el mito de la carencia de racismo, promovido en parte por los afroargentinos mismos. Un inmigrante de Cabo Verde casado con una argentina blanca informa que "Yo nunca tuve problema. Ya ve que mi chico es blanco. Si yo viviera en Africa del Sur, ¿cree que podría ir al cine con mi hijo?". Otro inmigrante de Cabo Verde estuvo de acuerdo. "¿Dificultades? ¡Por favor! Aquí no hay un solo negrito que no haya tenido cinco o seis novias blancas. Ellas prefieren los negros".<sup>20</sup> Puede ser que tenga razón; es un hecho curioso que al menos un cuarto de los maniqués masculinos de las vidrieras de tiendas de Buenos Aires sean de un brillante vinílico negro, especialmente notables en comparación con los tonos pastel suaves de los maniqués blancos. Invariablemente coronados con llamativas pelucas "afro", a veces en color azul o rosado, esas figuras viriles de las exhibiciones son una fantasmal presencia en una ciudad de la que casi ha desaparecido la gente negra.

Los nativos de Cabo Verde señalaron probablemente el área más liberal en las relaciones raciales argentinas. En una inversión de las costumbres norteamericanas, los noviazgos y casamientos interraciales no son mal vistos en Buenos Aires. Cuando mi esposa y yo fuimos invitados a los bailes de carnaval del Shimmy Club, una organización social negra, nos impresionó hallar que la mayoría de las parejas eran birraciales. En realidad, eran poco comunes las parejas en que ambos eran de color, en especial entre los jóvenes. Los matrimonios entre negros e italianos, ya comunes en las décadas de 1880 y 1890, son comunes en la actualidad, con el resultado de que la vecindad altamente italiana de La Boca es una de las áreas de la ciudad en donde con más frecuencia es dable ver afroargentinos. Tan común es el matrimonio mixto que en un artículo periodístico de 1971 en el que se mencionaba al empleado del gobierno Carlos Boot, el autor pensó que era necesario o de interés incluir el dato de que la esposa de Boot era de color.<sup>21</sup>

Pero en otras áreas, los afroargentinos tienen que soportar una discriminación dolorosa y molesta. A los músicos negros les resulta difícil ingresar en orquestas blancas. Los actores afroargentinos del cine y la televisión se quejan de que siempre se los relega a la interpretación de papeles de mayordomos y criados y en ocasiones de músicos; les resulta imposible lograr un papel protagónico en una producción argentina. El actor Rey Charol afirmó: "No quisiera pasar por resentido, porque le debo mucho a la Argentina. Pero aquí hay un racismo solapado".<sup>22</sup> Un médico afroargentino informó que ciertos pacientes se negaban a creer que él fuera doctor; insistían en que él debía ser un ordenanza. A los negros les resulta difícil conseguir trabajo como vendedores. Ha habido incidentes en los que la

gente de color se les negó atención en restaurantes de Buenos Aires. Y en un incidente particularmente desagradable de hace varios años, cuando un niño negro fue admitido en una nursery de la ciudad, todos los otros padres retiraron a sus hijos, los trabajadores renunciaron en masa, y no se solucionó el problema hasta que se retiró al niño y se despidió al psicólogo responsable de la admisión. El director de la escuela, que irónicamente era un japonés-argentino y por lo tanto miembro de otro grupo que sufre de prejuicio racial, hizo una declaración pública, afirmando: "No queremos negros motosos".<sup>23</sup>

El modo más expeditivo de entrar en contacto con lo que queda de la comunidad afroargentina es por el Shimmy Club, un grupo que no tiene otras actividades que la de organizar ocasionales bailes. Aquellos a los que asistimos en 1976 fueron realizados en un gran salón de una área de clase trabajadora cerca del Congreso, y concurrieron trescientas o cuatrocientas personas. Muchas de las personas presentes eran blancas, o los vástagos de piel aclarada de parejas mixtas o sencillamente gente de la vecindad que había ido a divertirse. Se alternaban dos orquestas en la pista de baile, una orquesta de tango tradicional y una orquesta de música tropical y brasileña. Abajo tres hombres jóvenes tocaban el candombe con tambores de conga y otros instrumentos de percusión; dos de ellos eran blancos.

El presidente del club, Alfredo Núñez, es un ordenanza de tercera generación en el Congreso. Recuerda que antes el club era más activo de cuanto lo es hoy, pero que la población ha declinado y que los jóvenes afroargentinos parecen menos interesados en mantener las organizaciones y tradiciones de la comunidad. Otra gente que ha escrito sobre la comunidad ha efectuado observaciones análogas.<sup>24</sup> Afligidos por su negritud, muchos afroargentinos jóvenes desearían desprenderse tan pronto de su herencia como intentaron hacerlo sus antepasados de hace un siglo. Este impulso de ningún modo es universal: los afroargentinos se enorgullecen mucho de los logros de tales negros norteamericanos como Richard Wright, Sidney Poitier, Duke Ellington y Martin Luther King. Pero hay una clara corriente de negros más jóvenes que desean eludir la carga de ser negros en una sociedad blanca.

Al menos dos jóvenes mujeres afroargentinas han reaccionado contra esta tendencia investigando activamente sus raíces negras y presentando sus hallazgos al público, pero ellas son excepcionales en varios sentidos. Carmen y Susana Platero son nietas del notario público Tomás B. Platero, y como tales pertenecen a una de las más distinguidas familias afroargentinas. Susana vivió en Chicago por un año mientras estudiaba música afronorteamericana; su hermano Tomás viajó varias veces a Africa como miembro de delegaciones comerciales argentinas. En 1976, mi esposa y yo asistimos al espectáculo de las hermanas, *Calugan Andumba...y la Napa*, una revista con números cantados y hablados de la historia afroargentina. Acompañadas por dos percusionistas, un argentino blanco y un afrouuguayo, las dos mujeres dramatizaban las ventas de esclavos y las manumisiones, recordaban el rol de los negros en las luchas armadas

argentinas, presentaban un sketch demostrando cómo el racismo actúa en Buenos Aires, y trazaban el desarrollo de la música afroargentina. En una entrevista realizada después del espectáculo, las hermanas hicieron clara su conciencia de las insuficiencias de la historia afroargentina tal como se la escribe actualmente y su resentimiento por el hecho de que el rol de los negros en la vida nacional ha sido ocultado y olvidado. Consideraban su espectáculo, que esperaban presentar en el Festival de las Artes Negras de Nigeria, como un paso hacia la revisión de esa historia.

Las hermanas mismas son una documentación viviente de la gradual desaparición de los afroargentinos. Aunque Susana mostraba un ancestro africano visible, Carmen sería considerada blanca tanto en la Argentina como en los Estados Unidos. Son hijas de un padre mulato y una madre italiana y, como observaba una crítica de su espectáculo, las mujeres "se han blanqueado peligrosamente es decir, hasta el punto que no se puedan considerar afroargentinas".<sup>25</sup> Su blancura no impidió un incidente durante el intervalo. Al parecer irritado porque las hermanas hacían un intervalo demasiado prolongado, uno de los organizadores blancos del espectáculo se quejaba en voz alta en el vestíbulo acerca de "estas negras y su falta de disciplina". Los afroargentinos pueden blanquearse considerablemente y sin embargo no escapar a su herencia africana, en especial cuando la exhiben al mundo como una fuente de orgullo.

De modo que continúa el proceso de desaparición, y los argentinos de color se aclaran y entran en las filas de los blancos. Ha continuado por tanto tiempo, sin embargo, y con tanta frecuencia se ha declarado prematuramente su conclusión, que uno se pregunta si de verdad los afroargentinos desaparecerán de Buenos Aires. Tal vez un día no haya realmente gente negra en la Argentina. Pero en un sentido más grande y más profundo, los afroargentinos nunca desaparecerán. Ellos ayudaron a que Buenos Aires sea lo que es, y viven en la historia de los ejércitos argentinos, en los santos y vírgenes negros que aún se ven en las iglesias de Buenos Aires, en la milonga y el tango, y en las pinturas que evocan el pasado de la ciudad, en las palabras porteñas que tienen origen africano. Su sangre fluye en las venas de la Argentina, y los afroargentinos siguen viviendo, olvidados pero no desaparecidos.

1. Máximo Simpson, "Porteños de color", *Panorama*, junio de 1967, p. 78; y Leslie B. Rout, *The African Experience in Spanish American*, (Cambridge, 1976), p. 195.
2. Ver la monografía breve pero interesante de Hugo Ratier, *El cabecita negra* (Buenos Aires, 1971).
3. Simpson, "Porteños de color", p. 78.
4. Marta B. Goldberg, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico* 16 (abril-junio, 1976): 75-99; Andrés Avellaneda, "Prohíbe la Junta el ingreso de esclavos", *La Opinión*, 28 de mayo de 1976, p. 8; Blas Matamoro, "Los negros han desaparecido del ámbito

- de Buenos Aires”, *La Opinión* 6 de julio de 1976, p. 17; y “Puntos de vista: Negritud”, *La Nación*, febrero de 1976, fecha exacta desconocida, página editorial.
5. “Brookie reivindicaría la muerte de Bessie Smith”, *La Opinión*, 16 de noviembre de 1975, p. 2.
  6. Néstor Ortiz Oderigo, *Calunga, croquis del candombe* (Buenos Aires, 1969), pp. 72-75.
  7. M. F. Mantilla, *Páginas históricas* (Buenos Aires, 1890), p. 358.
  8. José Luis Lanuza, *Morenada* (Buenos Aires, 1967), p. 7.
  9. Ricardo Rodríguez Molas, “El negro en el Río de la Plata”, *Polémica* 2 (mayo de 1970): 38.
  10. Vicente Rossi, *Cosas de negros* (Buenos Aires, 1958), pp. 39-40.
  11. *Ibid.*, pp. 69-70.
  12. José Luis Masini Calderón, “La esclavitud negra en la República Argentina - Epoca independiente”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Ser. 2,1 (1961): 156.
  13. Francisco García Jiménez, *El tango: Historia de medio siglo, 1880-1930* (Buenos Aires, 1965), p. 8.
  14. León Benarós, “Negros en Buenos Aires”, *Todo es Historia* 40 (agosto de 1970): 25. Ver también León Benarós, “Oficios de negros en el antiguo Buenos Aires”, *Todo es Historia* 34 (febrero de 1970): 31.
  15. Ver Avellaneda, “Prohíbe la Junta”; Rodríguez Molas, “El negro en el Río de la Plata”, *Polémica* 2 (mayo de 1970): 38; y Ratier, *El cabecita negra*, pp. 17-30.
  16. “Carta a un legislador de los Estados Unidos”, *La Opinión*, 30 de octubre de 1976, p. 7.
  17. Alfredo Taullard, *Nuestro antiguo Buenos Aires* (Buenos Aires, 1927), p. 355.
  18. Leslie Rout también encontró este argumento en Uruguay (Rout, *African Experience* pp. 200-201). Para observaciones análogas relativas a Brasil, ver Carl Degler, *Neither Black nor White* (Nueva York, 1971), p. 98; y para Venezuela, ver Winthrop R. Wright, “Elitist Attitudes toward Race in Twentieth-Century Venezuela”, en Robert Brent Toplin comp., *Slavery and Race Relations in Latin America* (Westport, Conn., 1974), pp. 327-28, 331-36.
  19. Torcuato Luca de Tena y otros, comps., *Yo, Juan Domingo Perón* (Barcelona, 1976), pp. 86, 89-90. A principios de la década de 1950, Perón fue hecho presidente honorario del Instituto Internacional Antirracismo de la cantante y actriz negra Josephine Baker. Perón la había invitado varias veces a la Argentina y había apoyado la apertura de una oficina del instituto en Buenos Aires. Perón recuerda que en cierto momento, Baker estaba tan conmovida por la gratitud por la ayuda de él que le pidió que le permitiera besarle la mano. “Y esto me emocionó mucho porque era una mujer humilde, una gran artista, una luchadora, y porque pensé también en esos prejuicios que los negros anidan en su mente cuando se encuentran con los blancos. Ella era una mujer culta y de exquisita educación, un poco vencida por la edad. No me pareció atractiva como mujer”. (*ibid.*, p. 92).
  20. Simpson, “Porteños de color”, p. 85.
  21. Era Bell Thompson, “Argentina: Land of Vanishing Blacks”, *Ebony*, octubre de 1973, p. 84.

22. Simpson, "Porteños de color", p. 80.
23. *Ibíd.*, p. 84. Ver también Luis Grassino, "Buenos Aires de ébano", *Revista Clarín*, 5 de diciembre de 1971.
24. Alicia Nydia Lahourcade, *La comunidad negra de Chascomús y su reliquia* (Chascomús, 1973), pp. 63-65; y Simpson, "Porteños de color", p. 83.
25. "El chisporroteo de las hermanas Platero", *La Nación*, 29 de setiembre de 1976.

## Apéndice A

### Categorías ocupacionales enumeradas en las muestras de los censos municipales de Buenos Aires de 1810 y 1827

Las categorías ocupacionales empleadas en las Tablas 3.2 y 3.3 contienen las siguientes ocupaciones enumeradas en los censos.\*

Propietarios: estanciero - hacendado - conventillero.

Profesionales: contador - químico - boticario - médico - funcionario del gobierno abogado - oficial militar - notario, escribano - sacerdote - maestro de escuela agrimensor - graduado universitario - licenciado.

Comercio: corredor - negociante - comerciante - fondero - repartidor - provisor dueño o amo (de tienda, negocio, etc.) - puestero - almacenero - pulpero - abastecedor.

Pequeños agricultores: quintero - labrador - afincado.

Artesanos: panadero - barbero - cirujano - herrero - carnicero - carpintero - tonelero tintorero - grabador - armero - talabartero - sombrerero - albañil - molinero harinero - músico - pastelero - confitero - ollero - alfarero - impresor - zapatero platero - sastre - hojalatero - relojero - peluquero.

Semicapacitados: barbero - velero - celador - carretillero - calafateador - chocolatero cigarrero - cochero - cocinero - cuerdero - abaniquero - pescador - colchonero fideero - ordenanza - pintor - policía - marinero - costurera - sacristán - desollador soldado - curtidor - mozo - botero - sereno.

No capacitados: jornalero - peón - bovero - lavandera - mucama - sirviente changador - barraquero - aguatero - pocero - aserrador - de conchabo.

Inactivos: reformado - retirado - estudiante - jubilado.

\* Deseo reconocer la ayuda de Thomas Shick y Juan Carlos Garavaglia en la preparación de estas categorías ocupacionales. Ver también Mark D. Szuchman y Eugene F. Sofer, "The State of Occupational Stratification Studies in Argentina: a Classificatory Scheme", *Latin American Research Review* 11 (1976), 159-71.



## Apéndice B

### Las muestras de los censos municipales de Buenos Aires en 1810 y 1827

Para garantizar una muestra lo bastante grande de afroargentinos para un análisis estadísticamente significativo, la población fue estratificada para el muestreo en dos categorías, afroargentinos y no afroargentinos. Esta última categoría incluye blancos, indios y mestizos. La primera incluye pardos, morenos, negros y mulatos. Del censo de 1810 se tomó una muestra de uno de cada siete de los afroargentinos (14,3 por ciento) y una muestra de uno de cada catorce de los blancos, indios y mestizos (7,1 por ciento). Del censo de 1827 se tomó una muestra de uno de cada ocho afroargentinos (12,5 por ciento) y una muestra de uno de cada veinte blancos, indios y mestizos (5,0 por ciento). La selección de la muestra se realizó tomando cada enésima persona hallada en las listas. En cada caso se tabularon datos relativos al individuo, el jefe de su familia, el número de hijos de la familia, el jefe de la casa y el número de personas de la casa.

Ambos censos son incompletos. De veinte cuarteles, el censo de 1810 carece de seis. De los catorce restantes, tres no incluyen ninguna información respecto de la raza, lo que deja sólo once cuarteles que contenían 18.854 personas, o el 57,9 por ciento de la población de los cuarteles de los que perdura la información.\* Para 1827, la ciudad se había expandido y se la había organizado en cincuenta y cuatro cuarteles, de los cuales del uno al dieciséis forman el área central de población más densa. De los treinta y seis cuarteles para los cuales perduran hojas, cuatro y parte de una quinta no contenían ninguna información sobre la raza y por lo tanto no fueron incluidos en esta muestra. Cuando se hizo el muestreo, se tornó evidente que la población afroargentina en los distritos suburbanos era tan escasa como para tornarla de poco valor en el análisis de tendencias entre la población negra y mulata. Por lo tanto, decidí no muestrear los cuarteles 30, 31, 34, 50 y 52, dejando los cuarteles 21 a 29, 35, 46, 47 y 54 que sirvieran para presentar las regiones alejadas abrumadoramente blancas de la ciudad.

\* Marta B. Goldberg, "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico* 16 (abril-junio de 1976), 79.



## Apéndice C

### Coroneles afroargentinos, 1800-1900

**Barbarin, Manuel Macedonio (1781-1836).** Barbarin nació en la costa Balabar de Africa occidental y fue traído a Buenos Aires como esclavo. No es claro en qué fecha obtuvo su libertad, pero aparece por primera vez en los registros militares desempeñándose como sargento de la milicia negra durante las invasiones inglesas en 1806. Finalmente se convirtió en teniente coronel de regulares y segundo jefe de los Defensores de Buenos Aires. Era un partidario del régimen de Rosas, y su muerte suscitó diversos artículos recordatorios en la *Gaceta Mercantil*, el periódico oficial del gobierno.

**Barcala, Lorenzo (1795-1835).** Barcala nació en la provincia de Mendoza, de padres esclavos africanos. Ingresó en el servicio militar a los dieciocho años y pasó el resto de su vida en uniforme. Se desempeñó en las guerras revolucionarias, en la guerra con Brasil, en varias campañas contra los indios y en ambas partes de las incesantes guerras civiles entre unitarios y federales. Obteniendo el rango de coronel en 1829, se desempeñó de 1831 a 1835 bajo las órdenes del caudillo federal Facundo Quiroga, gobernador de las provincias de Córdoba y La Rioja. Cuando Quiroga fue asesinado en 1835, Barcala volvió a Mendoza donde fue acusado por el gobernador Molina de complotar para derrocar al gobierno provincial. Fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

**Cabrera, Nicolás (1780-1832).** Un pardo nacido en la provincia de Córdoba, posteriormente Cabrera fue trasladado a Buenos Aires, donde se elevó al rango de capitán de la milicia negra en 1806. Sirvió en el ejército revolucionario, en 1815 fue nombrado comandante de la milicia de hombres de color libres de Buenos Aires, y fue hecho teniente coronel de regulares en 1819. Al año siguiente perdió su puesto por razones políticas y entró en un retiro prematuro. El gobernador Rosas le devolvió el cargo de teniente coronel en 1830 y lo asignó al servicio en el cuerpo de Defensores de Buenos Aires. Cabrera murió dos años más tarde.

*Irrazábal, Pablo (1819-69).* Un negro nativo de la provincia de Buenos Aires, Irrazábal nació en la ciudad de Mercedes, a unos 65 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires. Combatió en las guerras civiles y pasó la última década de su vida atacando la final resistencia federal al gobierno unitario en el interior. Fue personalmente responsable de la captura y ejecución de Angel Peñaloza, "el Chacho", uno de los caudillos federales más famosos de la Argentina.

*Maldones, Estanislao (1826-76).* Nacido en la ciudad de Buenos Aires, Maldones inició su carrera militar a la edad de catorce años en el Batallón Restaurador del gobernador Rosas. Su sobresaliente desempeño en las guerras civiles y en la guerra del Paraguay le valió su promoción a teniente coronel en 1868. Con la salud quebrantada por el servicio en Paraguay, murió a la edad relativamente joven de cincuenta años, pero no antes de arreglar la admisión para su hijo, Estanislao, en el Colegio Militar. El joven Maldones se convirtió en mayor del ejército regular.

*Morales, José María (1818-94).* Un pardo nacido en la ciudad de Buenos Aires, Morales fue originalmente aprendiz de hojalatero, pero en 1838 partió de Buenos Aires hacia Montevideo para servir entre las fuerzas antirrosistas en el exilio. Regresando a Buenos Aires con los unitarios victoriosos en 1852, continuó sirviendo en varias unidades de milicia y regulares que combatieron en la guerra del Paraguay y en una serie de disturbios civiles. Se desempeñó por tres términos como legislador provincial, y avanzado en su carrera, sus colegas legisladores propusieron que se lo promoviera a general. La idea fue rechazada, por razones que permanecen oscuras, y Morales murió en 1894 como coronel.

*Narbona, José (?-1850).* Una figura oscura de la que se sabe poco, Narbona fue un destacado partidario del gobernador Rosas y un supuesto líder de la policía secreta de Rosas, la Mazorca. Un negro, Narbona se elevó a los cargos de teniente coronel y comandante del batallón Restaurador.

*Pesoa, Inocencio (Ca. 1775-?).* También perdura poco material sobre Pesoa, el que experimentó una vertiginosa serie de promociones entre 1806 y 1813, elevándose del puesto subordinado de sargento de la milicia negra para convertirse en teniente coronel del Batallón de Pardos y Morenos del Alto Perú. Después de eso desaparece de los registros militares, tal vez muerto mientras efectuaba una campaña.

*Sosa, Agustín (1775-Ca. 1820).* Un pardo brasileño que emigró a Buenos Aires vía Córdoba, tanto se distinguió Sosa durante las invasiones inglesas de 1806-7 que fue recomendado por los oficiales reales para la promoción a teniente coronel de milicias, un rango sin precedentes para un hombre de color. La Corona aprobó la promoción en 1809. Sosa se unió al ejército revolucionario en 1810 y fue confirmado en el rango de teniente coronel de regulares al año siguiente. No es claro en qué fecha se retiró del servicio militar.

*Sosa, Domingo (1788-1866).* Hijo de Agustín Sosa, Domingo ingresó en el servicio de la milicia negra en 1808 y siguió de uniforme hasta su muerte, ocurrida por

causas naturales en 1866. Fue nombrado coronel por el gobernador Rosas y se le dio el mando del batallón Provisional en 1845. Sus talentos eran tales que se le permitió conservar el rango y el mando bajo el gobierno unitario que sucedió a Rosas, y él pasó a servir en la legislatura provincial de 1856 a 1862. Después de su muerte, a un batallón del ejército provincial se lo denominó, en su honor, Batallón Sosa.

*Thompson, Casildo (1826-73)*. Porteño nativo, Thompson sirvió bajo las órdenes de Domingo Sosa en el Cuarto Batallón de la Guardia Nacional. En 1868 se lo nombró teniente coronel y comandante del Segundo Batallón del Tercer Regimiento de la Guardia Nacional, sucediendo en el puesto a José María Morales. Hombre polifacético, era un distinguido cantante y compositor, así como fundador de la Sociedad de ayuda mutua La Fraternal.

Nota: las biografías de Barbarin, Barcala, Irrazábal, Maldones, Morales y Domingo Sosa pueden hallarse en Jacinto R. Yaben, *Biografías argentinas y sudamericanas*, 5 vols. (Buenos Aires, 1938-40).

África occidental: Abaya - Awa-Mbaya - Baka - Bambara (Bambary) - Baka  
Mali - Wagunoo - Bwa (Bwa-Mba) - Bwa  
Mali - Bwa - Bwa

África: Anguira - Barundi - Capangui - Capangui - Capangui - Capangui - Capangui  
Lumbi - Lumbi  
Anguira - Anguira  
Anguira - Anguira

África oriental: Malawi - Malawi  
Malawi - Malawi

América Argentina: Argentina - Argentina

América: América - América

América: América - América

En esta obra se han utilizado los datos de la obra de la Academia de la Lengua  
de la Lengua Argentina. Una lista de las obras de la Academia de la Lengua  
de la Lengua Argentina se encuentra en el libro de la Academia de la Lengua  
Argentina. La Academia de la Lengua Argentina se encuentra en la  
Ciudad de México, 1977, pp. 224-25.



## Apéndice D

### Orígenes y nombres de las naciones africanas de Buenos Aires, 1770-1900

Africa occidental: Abayá - Auzá (Hausa) - Bornó - Carabará (Kalabari) - Goyo Main - Maquaqua - Mina (Mina Mají, Mina Nagó) - Moros - Sabalú - Santé (Ashanti) - Tacuá - Yida.

Congo: Augunga - Basundi - Cambundá (Cabinda) - Congo - Loango - Lubolo Lumboma - Luumbi - Mayombé - Momboma - Mondongo - Umbonia - Zeda - Zongo.  
Angola: Angola - Benguela - Casanche (Kasanje) - Ganguelá - Huombé - Lucango Majumbi - Muñandá - Quipará (Kibala) - Quisamá (Kisama) - Umbala.

Africa oriental: Malavé (Malawi) - Mancinga - Mauinga - Mozambique - Muchague Mucherengue - Muñambani.

Afroargentino: Argentina Federal.

Afrobrasileña: Brasileños Bahianos - Nación Brasileira.

Desconocidas: Bagungane - Hambuero - Monyolo - Villamoani.

Le estoy agradecido a Jan Vansina por su ayuda en la localización de nombres de lugares africanos. Útiles fuentes secundarias influyeron, Philip D. Curting, *The Atlantic slave trade: A Census* (Madison, 1969), pp. 291-98 et passim, y Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México* (Ciudad de México, 1946, reed. Ciudad de México, 1972), pp. 333-40, 351-66.



# BIBLIOGRAFIA

## ARCHIVOS

La investigación para este libro fue realizada en varios archivos argentinos y uruguayos. Esas instituciones, con las abreviaciones empleadas para identificarlas en las notas al pie, fueron:

- Archivo General de la Nación, Buenos Aires (AGN).
- Archivo General del Ejército, Buenos Aires (AGE).
- Archivo General de la Nación, Montevideo (AGN, Montevideo).
- Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba.
- Archivo Histórico de la Provincia de Entre Ríos.
- Archivo de la Parroquia de Monserrat, Buenos Aires.
- Archivo de la Parroquia del Socorro, Buenos Aires.
- Archivo de la Parroquia de la Merced, Buenos Aires.

La mayor parte de la investigación fue realizada en el Archivo General de la Nación en Buenos Aires. Entre las fuentes allí consultadas estaban los registros judiciales, militares y policiales, los registros notariales, los censos, informes y documentos oficiales del gobierno, y testamentos. También fue de utilidad la colección de grabados y fotografías que se encuentran en el Archivo Gráfico del Archivo General de la Nación.

El archivo militar, el Archivo General del Ejército, contiene el registro de servicio de oficiales que se han desempeñado en los ejércitos argentinos desde la independencia. Este material fue invaluable en la preparación del Capítulo 7.

Los archivos provinciales de Córdoba y Entre Ríos, así como los archivos nacionales de Montevideo, contienen censos que fueron útiles para verificar el grado en que esas áreas estuvieron vinculadas con Buenos Aires mediante la migración.

Los registros de nacimiento, muerte y matrimonio guardados en los archivos parroquiales de Buenos Aires formaron una rica fuente de información bibliográfica para ciertos individuos, así como para familias seleccionadas que fueron seguidas por dos o más generaciones.

Las citas de documentos ubicados en esos archivos son bastante claras, salvo en el caso del Archivo General de la Nación. La forma de la mayoría de las citas de ese archivo consiste en las iniciales AGN, seguidas por cuatro números, v.g., AGN-X-31-11-5. El número inicial indica la sala en que se encuentra el documento, y los números separados por guiones indican su ubicación en los estantes de esa sala.

Las citas de documentos notariales y documentos de AGN consisten en el número del volumen, el año y la ubicación del documento dentro del volumen, v.g., AGN, Registro 4, 1894, folio 91, o AGN, Sucesiones 8498, Testamentaría de Federico Mendizábal, 1869.

## PERIODICOS Y REVISTAS

Si bien tomé información de numerosos periódicos del siglo XIX (investigadores colegas me proporcionaron muchas referencias invaluable), me concentré en la lectura de once publicaciones diarias y semanales y revistas del siglo pasado. Esas publicaciones, los años que leí intensivamente y las instituciones donde pueden hallarse las colecciones, son como sigue:

*La Broma*, quincenal, 1878-83. Biblioteca Nacional. Buenos Aires.

*Caras y Caretas*, semanal, 1898-1902, AGN.

*Gaceta de Buenos Aires*, diario, 1810-21. Edición facsimilar, 6 vols. Buenos Aires, 1910-13.

*Gaceta Mercantil*, diario, 1823-24, 1834, AGN.

*La Igualdad*, semanal, 1873-74. Biblioteca Nacional.

*La Juventud*, publicado cada diez días, 1876-78. Biblioteca Nacional.

*La Moda*, semanal, 1837-38, AGN.

*El Negro Timoteo*, semanal, 1878-80, AGN.

*El Proletario*, semanal, 1858. Biblioteca de la Universidad de La Plata.

*Telégrafo Mercantil*, bisemanal, 1801-2, AGN.

*La Tribuna*, diario, 1853, AGN.

## FUENTES SECUNDARIAS

Acosta Saignes, Miguel, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas, 1967.

Acosta Saignes, Miguel, y otros, "La vivienda de los pobres", en *Estudio de Caracas*, Caracas, 1967, vol. 2, pp. 627-893.

- Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, 88 vols., Buenos Aires, 1907-34.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México*, Ciudad de México, 1946.  
Reed. México, 1972.
- Alberdi, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina*, Buenos Aires, 1852.
- Alvarez Pereyra, Manuel, *Historia del Regimiento 8 de Infantería de Línea*, La Plata, 1921.
- Andrews, George Reid, "The Afro-Argentine Officers of Buenos Aires Province, 1800-1860", *Journal of Negro History* 64 (primavera de 1979): 85-100.
- Andrews, George Reid, "Forgotten but Not Gone The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1978.
- Andrews, George Reid, "Race versus Class Association: The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1850-1900", *Journal of Latin American Studies* 11 (mayo de 1979): 19-39.
- Avellaneda, Andrés, "Prohíbe la Junta el ingreso de esclavos", *La Opinión* (Buenos Aires), 28 de mayo de 1976, p.8.
- Bagú, Sergio, *Estructura social de la colonia*, Buenos Aires, 1952.
- Baily, Samuel L., *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, N.J. 1967.
- Beck-Bernard, Lina, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*, trad. por José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1935.
- Benarós, León, "Negros en Buenos Aires", *Todo es Historia*, 40 (agosto de 1970): 24-25.
- Benarós, León, "Oficios de negros en el antiguo Buenos Aires", *Todo es Historia*, 34 (febrero de 1970): 31.
- Berlin, Ira, *Slaves Without Masters: The Free Negro in the Antebellum South*, Nueva York, 1974.
- Besio Moreno, Nicolás, *Buenos Aires: Estudio crítico de su población, 1536-1936*, Buenos Aires, 1939.
- Best, Félix, *Historia de las guerras argentinas*, 2 vols., Buenos Aires, 1968.
- Biedma Straw, Juan J., *Crónica histórica del N° 2 de Infantería de Línea*, Buenos Aires, 1904.
- Bilbao, Manuel, *Buenos Aires*, Buenos Aires, 1902.
- Blank, Stephanie Bower, "Social Integration and Social Stability in a Colonial Spanish American City, Caracas (1595-1627)", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1971.
- Bohigas, Nuria Sales de, *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas*, Barcelona, 1974.
- Bowser, Frederick P., *The African Slave in Colonial Perú, 1684-1750*, Stanford, 1974.
- Bowser, Frederick P., "The African Slave in Colonial Spanish America: Reflections of Research Achievements and Priorities", *Latin American Research Review*, 7 (primavera de 1972): 77-94.
- Boxer, Charles R., *Race Relations in the Portuguese Colonial Empire*, Oxford, Inglaterra, 1963.
- Caillet-Bois, Ricardo Rodolfo, *Ensayo sobre el Río de la Plata y la revolución francesa*, Buenos Aires, 1929.

- Cánepa, Luis, *El Buenos Aires de antaño*, Buenos Aires, 1936.
- Carracedo, Orlando, "El régimen de castas, el trabajo y la Revolución de Mayo", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, 1960, 4: 157-86.
- Castro, Jeanne Berrance de, "A imprensa mulata", *O Estado de São Paulo* (noviembre 2, 1968), Suplemento Literário, p. 5.
- Castro, Jeanne Berrance de, "O negro na Guarda Nacional Brasileira", *Anais do Museu Paulista* 23 (1969): 151-72.
- Celton, Dora Estela, "Censo de la ciudad de Córdoba del año 1840", Tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1971.
- Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires*, 2 vols., Buenos Aires, 1889.
- Chávez, Fermín, *La cultura en la época de Rosas*, Buenos Aires, 1973.
- Cohen, David W., y Greene, Jack P., comps., *Neither Slave nor Free: The Freedman of African Descent in the Slave Societies of the New World*, Baltimore, 1972.
- Comadrán Ruiz, Jorge, *Evolución demográfica argentina durante el período hispano, 1535-1810*, Buenos Aires, 1969.
- Curtin, Philip O., *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, 1969.
- Cutolo, Vicente, *Nuevo diccionario biográfico*, 4 vols., Buenos Aires, 1968.
- Degler Carl., *Neither Black nor White*, Nueva York, 1971.
- Diego, J. A. de, "Prontuario de la patota porteña", *Todo es Historia* 101 (octubre de 1975) 28-42.
- Di Tella, Torcuato S. y otros, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, 1965.
- Documentos para la historia argentina*, 23 vols. hasta la fecha. Buenos Aires, 1913.
- Dzidzienyo, Anani, "Activity and Inactivity in the Politics of Afro-Latin America", *Secolas Annals* 9 marzo de 1978): 48-81.
- Dzidzienyo, Anani, *The Position of Blacks in Brazilian Society*, Londres, 1971.
- Eblen, Jack E., "Growth of the Black Population in Ante Bellum America, 1820-1860", *Population Studies* 26 (1972): 273-89.
- Elizaga, Juan C., y otros, *Temas de la población de la Argentina: Aspectos demográficos*, Santiago, 1973. Publicado originalmente en *Desarrollo Económico* 12 (enero-marzo de 1972): 7-116.
- Endrek, Emiliano, *El mestizaje en Córdoba, siglo XVIII y principios del XIX*, Córdoba, 1966.
- Espejo, Gerónimo, *El paso de Los Andes*, Buenos Aires, 1953.
- Estrada, Marcos, *El cabo segundo Antonio Ruiz (a.) "Falucho"*, Buenos Aires, 1964.
- Farley, Reynolds, *Growth of the Black Population*, Chicago, 1970.
- Feliu Cruz, Guillermo, *La abolición de la esclavitud en Chile*, Santiago, 1942.
- Fernandes, Florestan, *The Negro in Brazilian Society*, Nueva York, 1969.
- Fernández, Norma Cristina, y otros, "Demografía retrospectiva de la ciudad de Córdoba (1823-1856)", tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1976.
- Foner, Jack D., *Blacks and the Military in American History*, Nueva York, 1974.
- Foner, Laura, "The Free People of Color in Louisiana and St. Domingue: a Comparative Portrait of Two Three-Caste Slave Societies", *Journal of Social History* 3 (verano 1970): 406-30.
- Foner, Laura, y Genovese, Eugene D., comps., *Slavery in the New World*, Nueva York, 1969.

- Ford, Jorge Miguel, *Beneméritos de mi estirpe*, La Plata, 1899.
- Frazier, E. Franklin, *Black Bourgeoisie*, Nueva York, 1962.
- Frías, Susana R., y Méndez, Liliana E., *Censos y padrones existentes en el Archivo General de la Nación, 1776-1852*, Buenos Aires, 1974.
- Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto, *La república conservadora*, Buenos Aires, 1972.
- Gálvez, Víctor (seudónimo de Vicente Quesada), "La raza africana en Buenos Aires", *Nueva Revista de Buenos Aires* 8 (1883): 2246-60.
- García, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, Buenos Aires, 1900. Reed. Buenos Aires, 1956.
- García Jiménez, Francisco, *El tango: Historia de medio siglo, 1880-1930*, Buenos Aires, 1965.
- Garzón Maceda, C. y Dorflinger, J. W., "Esclavos y mulatos en un dominio rural del siglo XVII en Córdoba", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Ser. 2, 2 (1961): 625-40.
- Genovese, Eugene D., *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Nueva York, 1974.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1971.
- Gillespie, Alexander, *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, 1921.
- Glazer, Nathan y Moynihan, Daniel Patrick, *Beyond the Melting Pot*, Cambridge, Mass, 1964.
- Goldberg, Marta B., "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico* 16 (abril-junio, 1976): 75-99.
- Goldberg, Marta B. y Jany, Laura Beatriz, "Algunos problemas referentes a la situación del esclavo en el Río de la Plata", en *IV Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, 1966, 6: 61-75.
- González Arzac, Alberto, *Abolición de la esclavitud en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1974.
- Graff, Gary Wendell, "Cofradías in the Kingdom of New Granada: Lay Fraternities in a Spanish-American Frontier Society, 1600-1755", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1973.
- Grassino, Luis, "Buenos Aires de ébano", *Revista Clarín*, 5 de diciembre de 1971.
- Haigh, Samuel, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Buenos Aires, 1920.
- Halperín Donghi, Tulio, *Argentina de la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, Buenos Aires, 1972.
- Halperín Donghi, Tulio, *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period*, Londres, 1975.
- Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra*, Buenos Aires, 1972.
- Hershberg, Theodore: "Free Blacks in Antebellum Philadelphia: a Study of Ex-Slaves, Freeborn, and Socioeconomic Decline", *Journal of Social History* 5 (invierno, 1971-72): 183-209.
- Hoetnik, Harry, *The Two Variants in Caribbean Race Relations*, Londres, 1967.
- Hudson, W. H., *Far Away and Long Ago*, Londres, 1951.
- Ibarguren, Carlos, *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, 1953.
- Ingenieros, José, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, 1937.
- Ingenieros, José, *Sociología argentina*, Madrid, 1913.
- Inglés, Un., *Cinco años en Buenos Aires, 1820-1825*, Buenos Aires, 1962.

- Johnson, Lyman L., "The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1778-1810", tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1974.
- Johnson, Lyman L., "La manumisión de esclavos durante el Virreinato", *Desarrollo Económico* 16 (octubre-diciembre de 1976): 333-48.
- Johnson, Lyman L., "La manumisión en el Buenos Aires colonial: Un análisis ampliado", *Desarrollo Económico* 17 (enero-marzo de 1978): 637-46.
- Karasch, Mary Catherine, "Slave Life in Río de Janeiro, 1808-1850", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1972.
- King, J. Anthony, *Veinticuatro años en la República Argentina*, Buenos Aires, 1921.
- Kordon, Bernardo; "La raza negra en el Río de la Plata", *Todo es Historia* 3 (1969), Suplemento 7.
- Kroeber, Clifton B., "Rosas and the Revision of Argentine History, 1880-1955", *Inter-American Review of Bibliography* 10 (enero-marzo, 1960): 3-25.
- Kueth, Allan J., "The Status of the Free Pardo in the Disciplined Militia of New Granada", *Journal of Negro History* 56 (abril de 1971): 105-17.
- Lahourcade, Alicia Nydia, *La comunidad negra de Chascomús y su reliquia*, Chascomús, 1973.
- Lanuz, José Luis, *Morenada*, Buenos Aires, 1946. Reed. Buenos Aires, 1967.
- Lanuz, José Luis, comp., *Cancionero del tiempo de Rosas*, Buenos Aires, 1941.
- Lattes, Alfredo E. y Poczter, Raúl, *Muestra del censo de la población de la ciudad de Buenos Aires de 1855*, Buenos Aires, 1968.
- Lewin, Boleslao, "La 'conspiración de los franceses' en Buenos Aires (1795)", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, 1960, 4: 9-58.
- Lewis, Oscar, *La vida*, Nueva York, 1965.
- Litwack, León F., *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860*, Chicago, 1961.
- Lockhart, James, *Spanish Perú, 1532-1560*, Madison, 1968.
- Lombardi, John V., *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854*, Westport, Conn., 1971.
- López, Nelly Beatriz, "La esclavitud en Córdoba, 1790-1853", tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972.
- Luca de Tena, Torcuato y otros, comps., *Yo, Juan Domingo Perón*, Barcelona, 1976.
- Lutz, Christopher Hayden, "Santiago de Guatemala, 1541-1773: The Socio-Demographic History of a Spanish American Colonial City", tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison, 1976.
- McAlister, Lyle, "Social Structure and Social Change in New Spain", *Hispanic American Review* 43 (agosto de 1963): 349-70.
- McAlister, Lyle, *The "Fuero Militar" in New Spain, 1764-1800*, Gainesville, Florida, 1957.
- Mantilla, M. F., *Páginas históricas*, Buenos Aires, 1890.
- Martín, Haydeé María, "El censo del año 1813 en la provincia de Buenos Aires", *América* 1 (abril de 1976): 13-20.
- Martínez, Enrique, *Manifestación de la conducta observada por el Jefe de la División de los Andes Auciliar del Perú...* Lima, 1823.
- Martínez Peláez, Severo, *La patria del criollo*, San José, 1975.
- Masini Calderón, José Luis, "La esclavitud negra en la República Argentina -

- Epoca independiente", *Revista de la junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Ser. 2, 1 (1961) 135-161.
- Masini Calderón, José Luis, *La esclavitud negra en Mendoza*, Mendoza, 1962.
- Matamoro, Blas, "Los negros han desaparecido del ámbito de Buenos Aires", *La Opinión* (Buenos Aires), 6 de julio de 1976, p. 17.
- Meador, Ernesto J. A., *Evolución demográfica argentina desde 1810 a 1869*, Buenos Aires, 1969.
- Mellafe, Rolando, *La introducción de la esclavitud negra en Chile*, Santiago, 1959.
- Mendizábal, Horacio, *Horas de meditación*, Buenos Aires, 1869.
- Mendizábal, Horacio, *Primeros versos*, Buenos Aires, 1865.
- Mercedes Luna, Ricardo, *Los coroneles de Mitre*, Buenos Aires, 1974.
- Molinari, Diego, *La trata de negros, datos para su estudio en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1944.
- Molinari, José Luis, "Los indios y negros durante las invasiones inglesas al Río de la Plata, en 1806 y 1807", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 34 (1963): 639-72.
- Monge, Carlos, "Aclimatación en los Andes: Influencia biológica en las guerras de América", *Revista de la Historia de América* (1948), pp. 1-25.
- Moreno, José Luis, "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, 1965, 8: 151-70.
- Mörner, Magnús, *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, 1967.
- Mörner, Magnus, "Recent research on Negro Slavery and Abolition in Latin America", *Latin American Research Review* 13 (1978): 265-89.
- Mörner, Magnus, comp., *Race and class in Latin America*, Nueva York, 1970.
- Olgo Ochoa, Pedro, "El invento de Falucho", *Todo es Historia* 4 (setiembre de 1970), 32-39.
- Ortiz de Marco, Enrique, "El negro en la formación étnica y sociocultural argentina", *Boletín del Centro Naval*, julio-setiembre de 1969, pp. 363-81.
- Ortiz Oderigo, Néstor, *Aspectos de la cultura africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1974.
- Ortiz Oderigo, Néstor, *Calunga, croquis del candombe*, Buenos Aires, 1969.
- Ortiz Oderigo, Néstor, *Rostros de bronce*, Buenos Aires, 1964.
- Padilla, Elena, *Up from Puerto Rico*, Nueva York, 1958.
- Parish, Woodbine, *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, trad. por Justo Maeso, Buenos Aires, 1958.
- Partes oficiales y documentos relativos a la Guerra de la Independencia Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, 1900.
- Pereda Valdés, Ildefonso, *El negro en el Uruguay pasado y presente*, Montevideo, 1965.
- Pereda Valdés, Ildefonso, *Negros esclavos y negros libres*, Montevideo, 1941.
- Pérez Colman, César B., *Paraná, 1810-1860* Rosario, 1946.
- Petit Muñoz, Eugenio, y otros, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, 2 vols., Montevideo, 1947.
- Pla, Josefina, *Hermano negro: La esclavitud en el Paraguay*, Madrid, 1972.
- Pomar, León, *El soldado criollo*, Buenos Aires, 1971.

- Puccia, Enrique, *Breve historia del Carnaval porteño*, Buenos Aires, 1974.
- Quinteros, Mamerto Fidel, *Memorias de un negro del Congreso*, Buenos Aires, 1924.
- Rabinowitz, Howard N., *Race Relations in the Urban South, 1865-1890*, Nueva York, 1978.
- Ramos, Artur, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo*, Ciudad de México, 1943.
- Ramos Mejía, José María, *Rosas y su tiempo*, 3 vols., Buenos Aires, 1967.
- Rattier, Hugo, *El cabecita negra*, Buenos Aires, 1971.
- Ratzer, José, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, 1970.
- Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires*, 34 vols., Buenos Aires, 1822-25, 1854-82.
- Rennie, Ysabel Fisk, *The Argentine Republic*, Nueva York, 1945.
- Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, 3 vols., Buenos Aires, 1972.
- Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, 1968.
- Rodríguez Molas, Ricardo, *La música y danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, 1957.
- Rodríguez Molas, Ricardo, "El negro en el Río de la Plata", *Polémica* 2 (mayo de 1977): 38-56.
- Rodríguez Molas, "O negro na histórica argentina (1852-1900)", *Alfa* 4 (setiembre de 1963): 189-204.
- Rodríguez Molas, Ricardo, "Negros libres rioplatenses", Buenos Aires, *Revista de Humanidades* 1 (setiembre de 1961): 99-126.
- Rogers, J. A., *Great Men of Color*, 2 vols., Nueva York, 1972.
- Román, Marcelino M., *Itinerario del payador*, Buenos Aires, 1957.
- Romay, Francisco L., *El barrio de Monserrat*, Buenos Aires, 1971.
- Rosenblat, Angel, *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 vols., Buenos Aires, 1954.
- Rossi, Vicente, *Cosas de negros*, Córdoba, 1926. Reed. en Buenos Aires, 1958.
- Rout, Leslie B., *The African Experience in Spanish America*, Cambridge, 1976.
- Russell-Wood, A. J. R., "Black and Mulatto Brotherhoods in Colonial Brazil", *Hispanic American Historical Review* 54 (nov. de 1974): 567-602.
- Saldías, Adolfo, *Los números de línea del Ejército Argentino*, 2 vols., Buenos Aires, 1912.
- Sánchez Albornoz, Nicolás, *La población de América Latina desde los tiempos pre-colombinos al año 2000*, Madrid, 1973.
- Sánchez Albornoz, Nicolás y Torrado, Susana, "Perfil y proyecciones de la demografía histórica en la Argentina", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, 1965, 8: 31-56.
- Sanguinetti, Manuel Juan, *San Telmo: Su pasado histórico*, Buenos Aires, 1965.
- Sarmiento, Domingo F., *Ambas Américas*, Buenos Aires, 1899.
- Sarmiento, Domingo F., *Conflicto y armonía de las razas en América*, 2 vols., Buenos Aires, 1900, reed. Buenos Aires, 1953.
- Sarmiento, Domingo F., *Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants*, Trad. por Mary T. Mann, 1868, reed. en Nueva York, 1961. Publicación en castellano original, 1845.
- Scarano, Julita, *Devoção e escravidão*, San Pablo, 1976.
- Scenna, Miguel Angel, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, 1974.

- Schuler, Mónica, "Ethnic Slave Rebellions in the Caribbean and the Guianas", *Journal of Social History* 3 (verano de 1970): 374-85.
- Schwartz, Stuart, "The Manumission of Slaves in Colonial Brazil: Bahia, 1684-1745", *Hispanic American Historical Review* 54 (noviembre de 1974): 603-34.
- Scobie, James, *Argentina: A City and a Nation*, Nueva York, 1971.
- Scobie, James, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*, Nueva York, 1974.
- Segundo censo de la República Argentina: Mayo 10 de 1895*, 3 vols. Buenos Aires, 1898.
- Sempat Assadourian, Carlos, *El tráfico de esclavos en Córdoba, de Angola a Potosí: Siglos XVI y XVII*, Córdoba, 1961.
- Shryock, Henry S., Siegel, Jacob S. y otros, *The Methods and Materials of Demography*, 2 vols., Washington, DC, 1973.
- Simpson, Máximo, "Porteños de color", *Panorama*, junio de 1967, 78-85.
- Skjldmore, Thomas, *Black into White*, Nueva York, 1974.
- Socolow, Susan Migden, "Economic Activities of the Porteño Merchants: The Viceregal Period", *Hispanic American Historical Review* 55 (febrero de 1975): 1-24.
- Soiza Reilly, Juan José, "Gente de color", *Caras y Caretas*, 25 de noviembre de 1905.
- Soler Cañás, Luis, "Gabino Ezeiza, verdad y leyenda", *Todo es Historia* 2 (1967): 65-77.
- Soler Cañás, Luis, *Negros, gauchos y compadres en el cancionero de la Federación, 1830-1848*, Buenos Aires, 1958.
- Soler Cañás, Luis, "Pardos y morenos en el año 80...", *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* 23 (1963): 272-309.
- Studer, Elena F. Scheuss de, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1958.
- Szuchman, Mark D. y Sofer, Eugene F., "The State of Occupational Stratification Studies in Argentina: A Classificatory Scheme", *Latin American Research Review* 11 (1976): 159-71.
- Taullard, Alfredo, *Nuestro antiguo Buenos Aires*, Buenos Aires, 1927.
- Tauro, Azucena Perla M. Della Casa de, "Censo de la ciudad de Córdoba del año 1832", tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972.
- Thernstrom, Stephan, *The Other Bostonians*, Cambridge, Mass., 1973.
- Thompson, Era Bell, "Argentina: Land of the Vanishing Blacks", *Ebony*, octubre de 1973, 74-85.
- Tiffenberg, David, *Luchas sociales en Argentina*, Buenos Aires, 1970.
- Tomas de razón de despachos militares, cédulas de premio, retiros y empleos civiles y eclesiásticos, donativos, etc., 1740-1821*, Buenos Aires, 1925.
- Toplin, Robert Brent, comp., *Slavery and Race Relations in Latin América*, Westport Conn., 1974.
- Torre Revello, José, *La sociedad colonial*, Buenos Aires, 1970.
- Torres, Félix A., "El comercio de esclavos en Córdoba, 1700-1731", tesis, Universidad Nacional de Córdoba, 1972.
- Torres, Haydeé Gorostegui de, *La organización nacional*, Buenos Aires, 1972.

- Tourón, Lucía Sala de, y otros, *Estructura económico-social de la colonia*, Montevideo, 1967.
- Trelles, Rafael, *Indice del Archivo del Departamento General de Policía, desde al año 1812*, 2 vols., Buenos Aires, 1859 y 1860.
- Trías, Vivian, *Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, 1969.
- Tristany, Ramón, *Regimiento 8 de Infantería de Línea*, Buenos Aires, 1897.
- Uniformes de la patria*, Buenos Aires, 1972.
- Vial, Ramón F., *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, 1969.
- Vidal, Emeric E., *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo*, Londres, 1820.
- Wade, Richard, *Slavery in the Cities*, Londres, 1964.
- Wilde, José Antonio, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, 1903.
- Yaben, Jacinto R., *Biografías argentinas y sudamericanas*, 5 vols., Buenos Aires 1938-1940.
- Yunque, Alvaro, *Calcuturá, la conquista de las pampas*, Buenos Aires, 1956.
- Zuluaga, Rosa María, "La trata de negros en la región cuyana durante el siglo XVIII", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Ser. 2, 1 (1970): 39-66.

## ILUSTRACIONES

Muchacho sirviente con sus amas	39
Un pastelero	44
Lavandera	45
Bernardino Rivadavia	97
Un sobreviviente de las guerras	150
Retrato del coronel Lorenzo Barcala	152
Retrato del coronel José María Morales	153
Retrato del coronel Domingo Sosa	154
Una comparsa de carnaval	190
El compositor Zenón Rolón	199
El payador Gabino Ezeiza	202
Un vendedor callejero	215
Miembros de la clase media negra porteña	225
El emblanquecimiento de un afroargentino	227

## CUADROS Y GRAFICOS

3.1. Lugar de nacimiento de africanos residentes en Buenos Aires	35
--	----

3.2.	Distribución ocupacional en Buenos Aires, 1810	48
3.3.	Distribución ocupacional en Buenos Aires, 1827	49
4.1.	Hijos que vivían con y sin sus padres en Buenos Aires, 1827	60
4.2.	Condición legal de afroargentinos en Buenos Aires, 1810	61
4.3.	Condición legal de afroargentinos en Buenos Aires, 1827	62
4.4.	Porcentaje de población negra y mulata que vivía en unidades sociales controladas por blancos, 1810 y 1827	63
4.5.	Condición legal de los afroargentinos por fecha de entrada en la provincia de Buenos Aires, 1827	66
5.1.	Resultados de ocho censos de la ciudad de Buenos Aires, 1778-1887	81
5.2.	Resultados por raza de las muestras de los censos de Buenos Aires, 1810 y 1827	83
5.3.	Afroargentinos por lugar de nacimiento en Buenos Aires, 1810 y 1827	84
5.4.	Lugar de nacimiento de los afroargentinos enrolados, 1810-20 y 1850-60	85
5.5.	Proporción de niños de edad de 0 a 4 años por cada 1.000 mujeres de 15 a 44 años en Buenos Aires, 1810 y 1827	87
5.6.	Número de nacimientos y muertes de blancos y de color en la ciudad de Buenos Aires, 1822-25 y 1854, 1856-87	105
5.7.	Matrimonios por raza en Buenos Aires, 1858-76	106
5.8.	Muertes por raza en Buenos Aires, 1858-76	106
7.1.	Alistamientos en algunas unidades militares por raza, 1813-60	144
7.2.	Composición racial de cuerpos de oficiales de algunos batallones, Buenos Aires, 1800-1860	157
7.3.	Rango más alto conocido logrado por individuos de raza conocida en algunos batallones de Buenos Aires, 1800-1860	160

#### Gráficos

5.1.	Pirámides de edad, ciudad de Buenos Aires, 1810	86
5.2.	Pirámides de edad, ciudad de Buenos Aires, 1827	89

# Indice

	Pág.
Reconocimientos .....	7
1. El enigma de la desaparición .....	9
2. El marco .....	17
3. La esclavitud y el comercio de esclavos .....	31
4. La transición de la esclavitud a la libertad .....	53
5. Cómo desaparecieron los afroargentinos .....	79
6. Por qué desaparecieron los afroargentinos .....	113
7. Las legiones negras .....	137
8. Organizaciones comunitarias .....	167
9. Los afroargentinos en las artes .....	187
10. 1850-1900. La declinación irreversible .....	211
11. Buenos Aires en una perspectiva comparativa .....	237
12. Epílogo .....	245
Apéndice A .....	257
Apéndice B .....	259
Apéndice C .....	261
Apéndice D .....	265
Bibliografía .....	267
Ilustraciones .....	276
Cuadros y gráficos .....	276

## CUADROS Y GRÁFICOS



Colección

## **Aquí mismo y hace tiempo**

Dirigida por Juan Carlos Garavaglia

---

Otros títulos en la misma colección:

Juan Carlos Garavaglia. *Economía, sociedad y regiones.*

Susan Socolow. *Familia y comercio. Los mercaderes del Buenos Aires virreinal.*

Carlos Marichal. *Estado, finanzas y deuda externa. Argentina 1860-1890.*

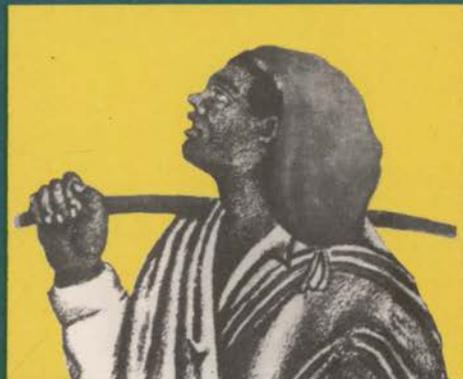
Editorial Grijalbo  
Buenos Aires  
Argentina  
1985





## Los afroargentinos de Buenos Aires

George Reid Andrews



A fines del siglo XVIII, casi un tercio de la población de Buenos Aires estaba constituido por negros y sin embargo, como lo señala el autor, el silencio de la historiografía sobre este sector de la población de la ciudad y sobre su posterior desaparición casi completa, es poco menos que total. Andrews se pregunta en este libro acerca de las razones de este silencio e intenta estudiar cuáles fueron las complejas causas de la desaparición casi total de los afroargentinos de Buenos Aires a lo largo del siglo XIX. Las explicaciones que buscaron los escasos publicistas que se ocuparon del tema para estudiar ese fenómeno (las guerras, el

proceso de mestizaje, las bajas tasas de natalidad y altas de mortalidad y la declinación de la trata esclavista), son analizadas aquí cuidadosamente.

Así comprobamos que en realidad sólo en parte pueden explicar este proceso. Es más, éstas terminan produciendo un auténtico oscurecimiento del papel de los africanos en nuestra historia. Este libro es un intento de correr ese velo y hallar una respuesta a este problema; respuesta que el lector hallará mucho más seria y apegada a un análisis cuidadoso de las fuentes y de la bibliografía existente sobre el tema para nuestro país y para el resto de América latina.

EDICIONES



DE LA FLOR